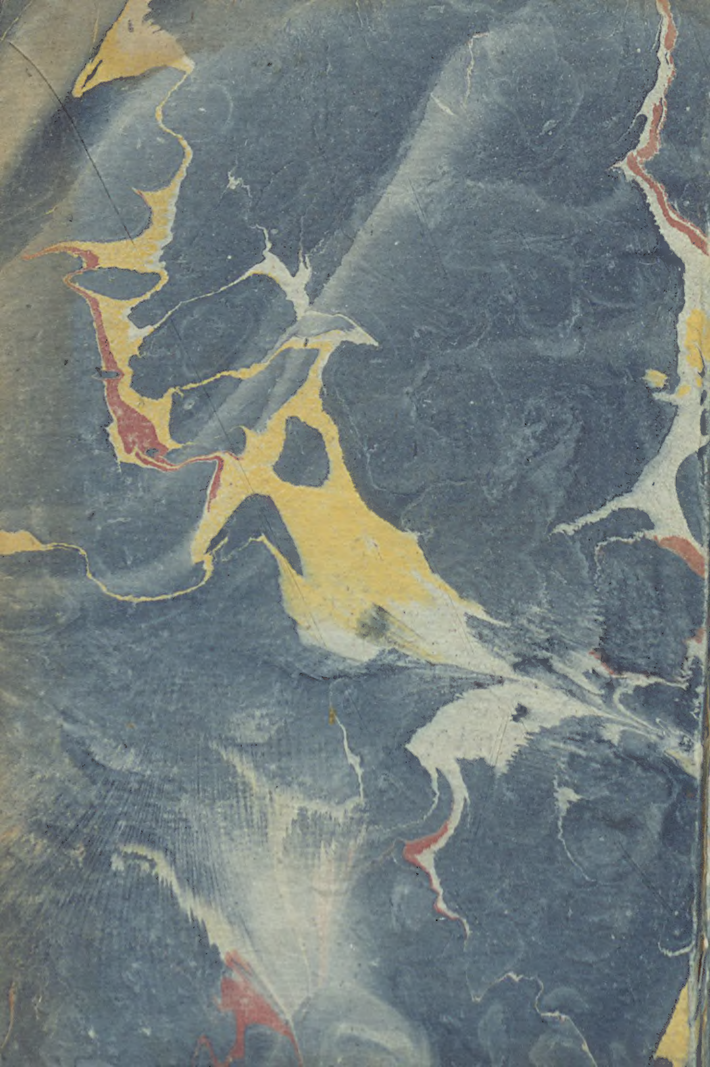






COMPENDIO HISTÓRICO

DEL ORIGEN Y PROGRESOS

DE LA

INSURRECCION DE LOS GRIEGOS

CONTRA LOS TURCOS

DESDE EL AÑO DE 1821 HASTA LA LLEGADA A EGINA DEL PRESIDENTE ACTUAL DE LA GRECIA, CONDE DE CAPO DE ISTRIA:

POR

D. MARCOS MANUEL RIO Y CORONEL.

TOMO I.

MADRID:
EN LA IMPRENTA TITULADA RAMOS Y COMPAÑIA
1828.

INDICE

DE LAS MATERIAS CONTENIDAS EN EL TOMO PRIMERO.

INTRODUCCION.

PARTE PRIMERA.

PARTE SEGUNDA.

PARTE SEGUNDA

INTRODUCCION.

La nacion griega que durante tantos siglos ha estado sepultada en el mas profundo olvido es hoy el objeto de la atencion general de todos los pueblos civilizados, y tal vez será el móvil de los mas importantes y memorables sucesos. Ya las esclarecidas hazañas de muchos ilustres hijos de la Grecia moderna, émula de la antigua, se habian hecho dignas, desde el año de 1821 en que estalló su gloriosa insurreccion, de ocupar un lugar distinguido en la historia, y de ser publicadas para consuelo de los contemporáneos y admiracion de la posteridad. Pero no hubiera sido cuerdo atormentar los corazones sensibles con la idea de las calamidades de un pueblo valiente, sublevado en defensa de su religion y de su independencia, sí, por mas portentosos que fuesen sus esfuerzos, debia al fin sucumbir á la fuerza colosal de sus enemigos. En efecto abandonados los griegos hasta hace poco tiempo á sus propios recursos, despedazados por facciones y bandos intestinos, y luchando penosamente contra el inmenso poder de la media luna, apenas podian inspirar alguna esperanza de feliz suceso. Por fortuna en la actualidad son muy otras las circunstancias. El protocolo de San Petersburgo de 4 de abril de 1826, el tratado de Londres de 6 de julio de 1827, la batalla naval de Navarino, que fue una consecuen-

cia de aquel acta diplomática, y la guerra declarada por la Rusia á la Puerta Otomana, son otros tantos acontecimientos que aseguran á lo menos la independencia de una buena parte de la Grecia y de las Islas adyacentes. Asi se ve que los infelices helenos no habrán derramado en vano su sangre, ni hecho inútilmente tan costosos é increibles sacrificios.

Esta nacion es acreedora por muchos títulos á nuestra gratitud. Ella nos enseñó las ciencias, la amena literatura, las artes liberales y mecánicas, el comercio, la navegacion y la industria: en una palabra de todo somos deudores á los antiguos griegos, tan adelantados en la civilizacion cuando nuestros mayores yacian sumidos en la mas grosera barbarie. La Grecia formó la culta Roma, y esta introdujo en Europa, por medio de sus conquistas, todos los conocimientos que despues hemos estendido y los que apenas hemos podido conservar. Pero la brevedad de esta obra que solo tiene por objeto dar una noticia del origen, progresos y estado actual de la guerra entre turcos y griegos no permite entrar en largos pormenores relativos á la historia antigua, ademas de que cuantos han tenido una mediana educacion estan informados, mas ó menos estensamente, de la historia de Grecia. Asi pues, será fuerza contentarse con un breve epítome ó ligera ojeada sobre los sucesos de los antiguos griegos, en favor de aquellas personas, que entregadas á otros estudios ó sujetas á otras ocupaciones, no han tenido ocasion de adquirir estas noticias, ó que si las adquirieron en su infancia han perdido, con el transcurso del tiempo, la memoria de ellas. Es-

tas nociones preliminares dispondrán el ánimo á la lectura de los sucesos posteriores, y formarán por decirlo así el primer eslabon de la cadena.

Origen de los pueblos griegos.

En la obscura noche de los tiempos y entre las ficciones de la fábula se pierde el origen de los estados de la Grecia, sin escluir aquellos que han logrado mayor celebridad. Generalmente se ha convenido en que la Grecia empezó á poblarse pocos siglos despues del diluvio, siendo sus primeros habitadores los descendientes de Jaban, nieto de Noe, los cuales solo se alimentaban de frutas, hierbas ó raices, pues el primer paso, ácia su civilizacion, fue el hacer provision de bellotas, por si llegaban á faltar los mantenimientos; dando principio entonces á vestirse de pieles y á guarecerse de la inclemencia de las estaciones en unas desaliñadas y rústicas cabañas. Del cómputo de su cronología resulta que tardaron largos tiempos en conocer la agricultura y la navegacion, pero luego por medio de esta y de las espediciones militares que emprendieron á otros paises mas adelantados, empezaron á conocer las ciencias y las artes. De Fenicia tomaron el alfabeto y la geometría: la astronomía y las supersticiones de la mágia, de Persia, Babilonia y Egipto.

La de Sicione debe haber sido la primera monarquía del universo, si como suponen algunos, existia antes de la muerte de Noe. Dícese que el fundador de Argos, ó á lo menos su primer rey, fue Innaco, que dió su nombre á la antigua ca-

pital de aquel reino, y al rio que bañaba sus muros. La ciudad de Atenas, capital del pequeño territorio del Ática, se asegura haber sido edificada por Cecrope, si hemos de dar fe al padre de la historia que tanto la confundió con la fábula. Cadmo fundó á Tebas en la Beocia, enseñó á sus vasallos el alfabeto fenicio y estableció escuelas donde se aprendia el comercio, la navegacion, y el arte de trabajar el cobre. Pelasgo pasa por haber sido el primero que reunió en sociedad á los arcades, de quienes era rey, enseñándoles á edificar chozas y cabañas para habitarlas. ¿Pero qué diremos del ridículo origen que se da á los pueblos de la Tesalia donde las piedras arrojadas por Deucalion y por Pirra se convirtieron en hombres y en mugeres para reparar el vacío que habia dejado un diluvio en aquella tierra? ¿Merecerán acaso fijar nuestra atencion las hormigas de Caco transformadas en seres humanos de ambos sexos para remediar el estrago de una peste cruel? Es evidente que ni estas ni otras ficciones de igual naturaleza son acreedoras á un serio examen, por mas que se les considere como alegóricas, pues con mayor fundamento pueden tenerse por enigmas indescifrables. Pero esta falta de noticias ciertas acerca de la formacion y principio de los antiguos pueblos de la Grecia, circunstancia que milita en casi todos los demas de la tierra, puede esplicarse facilísimamente. Como transcurrieron muchos siglos antes de que los hombres conociesen el arte de escribir encomendaban á la memoria sus principales sucesos, que pasaban por tradicion de unas á otras generaciones, sobrecargados ó desfigurados con una mul-

titud de falsedades hijas de la impostura, de la supersticion vulgar y de la ignorancia.

Tiempos heróicos ó fabulosos.

Otro tanto puede decirse con respecto á los tiempos que los griegos llamaron heróicos porque en ellos florecieron ciertos hombres dotados de estraordinarias cualidades en las que el vicio superaba con mucho á la virtud. Pero no es estraño que los que atribuian pasiones abominables á sus dioses confundiesen de un modo tan absurdo lo bueno y lo malo. Si se consulta aquella parte de la historia de Grecia se encuentra al dios Apolo seduciendo la hija de Crotopo, rey de Argos, y el fruto de su crímen devorado por los perros de este monarca. El dios envia un monstruo que despedaza todos los niños en los mismos brazos de sus madres; mas Corebo le mata, y Apolo irritado castiga al pueblo con una horrorosa peste que no cesa hasta que por su mandado le edifican el famoso templo de Delfos. Las dinastías que reinaron entonces en Argos fueron las de los Apisios, Pelopidas y Heraclidas, cuyo dominio se supone haber durado once siglos, hasta que la monarquía se convirtió en república. Entre esta serie de reyes figura Danao, con sus cincuenta hijas, matadoras de sus esposos, á escepcion de Hipermenestra, que salvó la vida á su marido Linceo, á quien dejó el suegro la corona. Perseo hijo de Danae y de Júpiter, convertido en lluvia de oro, fue un héroe que apenas habria con quien compararlo; pues no solo arrostró con valor los grandes peligros á que le espuso su abuelo Acrisio,

sino es que montado en el Hipógrifo, que era un caballo con álas, fue al Africa y mató á Medusa que transformaba en piedras á cuantos la miraban. Hércules hijo de Júpiter y Alcmena admiró al mundo con sus famosos trabajos, y le dejó malísimo ejemplo con sus rabiosos celos y con la muerte que dió á sus doce hijos y á su muger; no obstante lo cual se le colocó en el número de los semi-dioses. Tieste violó á la muger de su hermano Atreo, y este le dió á comer á su propio hijo en un banquete. Agamenon fue nombrado gefe de la espedicion contra Troya, llevando varios monarcas á sus ordenes. Antes de marchar sacrificó á su hija Yfigenia para que cesase la calma que detenia la escuadra en Aulide; y á su vuelta fue asesinado por su esposa Climenestra. Orestes, su hijo, le vengó y ha dejado eterna memoria de su amistad con Pilades.

No fue Atenas menos fecunda en héroes que el reino de Argos en aquella época, pues la gobernaron tan escelentes reyes, que muerto Codro, que fue el último de ellos, tomaron sus vasallos la resolucion de abolir la monarquía temiendo no hallar otro monarca que le igualara. Pero entre todos sus príncipes ninguno logró mas celebridad que Teseo. Este se propuso imitar á Hércules en sus trabajos y libertó á su patria del duro tributo que le habia impuesto Minos rey de Creta, de siete jóvenes de cada uno de los dos sexos que debia enviar Atenas todos los años para que fuesen pasto del feroz Minotauro, mitad toro y mitad hombre. En efecto dió muerte al monstruo sirviéndose, para gobernarse en el laberinto donde estaba, del hilo famoso que le dió la esposa de

Minos á quien habia seducido, y á quien dejó despues abondonada. El rey Egeo, padre del héroe, se precipitó en el mar, que tomó su nombre, creyendo funesto el éxito de aquella espedicion. Sin embargo no terminó por eso el hijo sus hazañas, antes bien consiguió una victoria señalada contra el toro de Maraton, cuyos cuernos y pies eran de bronce y arrojaba llamas por las narices: destruyó al Centáuro Neso, y por último bajó á los infiernos solo para robar á Proserpina y complacer con esto á su amigo Pirítoo. Es lástima por cierto que sus ingratos vasallos desconociendo tales proezas le obligasen á salir del reyno con su familia y á morir en su destierro, sin que volviese á empuñar el cetro.

Sabidos son los horrendos sucesos de la familia de Layo en Beocia. Muerto este por su hijo Edipo, que no le conocia, apareció la cruel esfinge, que daba muerte al que no le espl̄icaba un enigma concebido en estos términos: ¿Cuál es el animal que por la mañana anda en cuatro pies, al medio dia en dos y á la noche en tres? Edipo lo esplicó diciendo que era el hombre figurado en su infancia, en su edad viril y en su vejez. El resultado fue desposarse con su madre y dar el ser á Eteocle y á Polinice, que habiéndose odiado con encarnizamiento desde el vientre de su madre Jocasta, se disputaron el trono de Tebas y se dieron muerte uno á otro. Edipo, descubierto el secreto de su involuntario incesto, se sacó los ojos y Jocasta se quitó la vida: desde entonces no hubo ya reyes en Beocia.

Los Árcades fueron mas felices, pues no se

cuenta de su pais semejantes catástrofes, si se esceptúa la del rey Aristócrates á quien dieron muerte por haber faltado á la fe jurada á los mesenios, sus aliados. Mucho han ponderado los poetas las delicias de Arcadia, las fiestas campestres, las danzas, los cánticos en honor del dios Pan, divinidad de los Pastores, la esquisita miel de aquella tierra, su suelo feraz y encantador, y sus delicadísimos frutos.

La Tesalia, donde está el ameno valle de Tempe, y que se halla situada entre los montes Ossa, Pelion y Olimpo, pasaba por la mansion de las gracias y de las musas. De allí salió Jason á la conquista del Vellocino de Oro en una nave llamada Argos, por lo que se dió el nombre de argonáutas á los que fueron á aquella espedicion. La hechicera Medea contribuyó mucho á su buen éxito, enamorada de Jason á quien facilitó los medios de domar el toro, adormecer el dragon y esterminar á los que guardabn el Vellocino. Parece que este viage de los argonáutas es un hecho cierto, aunque disfrazado en trage de fábula; que fue una espedicion mercantil y que produjo grandes riquezas á Tesalia. De este mismo reino fue monarca el héroe del divino Homero, el famoso Aquiles, guerrero incomparable cuyas proezas en el sitio de Troya estan descriptas en la Hiliada.

La historia de Corinto ofrece el cuadro desastroso de la muerte de la princesa Glauca, cuyo palacio incendió Medea, quitando la vida á los hijos que habia tenido de Jason por vengarse de su infidelidad. Belorofonte, hijo de un rey de Corinto, venció á las Amazonas y mató á la Qui-

mera; grande hazaña, por la cual le regaló Minerva el caballo Pegaso y le enseñó á manejarle: pero habiendo querido elevarse con él hasta los astros, aprovechándose de su vuelo, fue precipitado, y de resultas quedó ciego, y así murió.

El pais de los Lacones, llamado tambien Esparta ó Lacedemonia, produjo á Castor y Polux, á Climenestra y á la hermosísima Elena, causa de la ruina de Troya. Uno de sus últimos reyes, cuyo nombre era Sou, consiguió una gran victoria contra sí mismo absteniéndose de beber, no obstante la ardiente sed que le abrasaba, con lo que pudo conservar sus conquistas y el botin que habia hecho en el pais enemigo, á consecuencia del pacto celebrado con sus contrarios.

La Elide y la Etolia fueron teatro de varias hazañas de Hércules el tebano, entre las cuales se cuenta la de haber limpiado las cuadras del rey Augias. Los pequeños paises de Locria y Doride eran habitados por gentes belicosas, y principalmente los doríos se hicieron temibles por su valor. De los reyes de Acaya nada de importante nos dice la historia de los tiempos heróicos, y de las islas griegas solo distingue entre los muchos príncipes ó reyezuelos al astuto Ulises, rey de Itaca, al legislador de Creta Minos, al desgraciado Idomeneo, y algunos pocos mas. En la misma época de obscuridad florecieron el celebrado músico Anfion que al son de su lira edificó las murallas de Tebas; el divino Orfeo que bajó al tártaro en busca de su esposa Eurídice, y sucesivamente otros muchos poetas, en cuya escuela se formó el príncipe de la epopeya Home-

ro, á quien despues de tantos siglos nadie ha podido superar en su género. Pero sobra con lo dicho acerca de unos hechos tan confusos é inciertos, y ya es tiempo de volver la vista hácia otros mas auténticos y conocidos.

ATENAS.

Luego que los atenienses abolieron la monarquía instituyeron un primer magistrado que los gobernase con el nombre de Arconte, cuyas funciones duraban diez años. Despues se hizo esta magistratura anual, eligiendo el pueblo nueve Arcontes del cuerpo de la nobleza, los cuales gobernaban segun los principios establecidos por la costumbre; hasta que uno de ellos llamado Dracon, redactó un código, cuyas leyes, aunque severas, se adoptaron en lo sucesivo. El inexorable Dracon condenaba indistintamente á muerte á los infractores de la ley, y aun se dió el caso de sentenciar á destierro á una estátua que con su caida dió muerte á un hombre. Los magistrados á quienes confió la ejecucion de las penas, se llamaban Efetas, y obraban con tal rigor, que irritado el pueblo de la crueldad del legislador, le desterró.

Una espedicion feliz contra Salamina que habia rechazado siempre los ataques de los atenienses, dió á conocer los talentos militares de Solon, y le grangeó la estimacion general de sus conciudadanos. Este hombre estraordinario cuyas virtudes marciales y políticas le hacian tan útil en el campo de batalla como en la tribuna, hizo adoptar, no las mejores leyes, segun decia,

sino es las que los atenienses se hallaban en estado de recibir. Una de ellas prevenia que si el pueblo llegase á dividirse en dos facciones y una ú otra hiciese uso de las armas, todo el que no tomase un partido para remediar las calamidades de la patria, seria condenado á destierro perpétuo y á la pérdida de todos sus bienes. Sus leyes en general tuvieron por objeto la forma del gobierno, el arreglo de las costumbres, la formalidad y circunstancias de los matrimonios, las garantías de la propiedad, el órden de los contratos civiles, y cuantos reglamentos eran compatibles con el estado de aquella república. Bien podia haber tomado el título de Rey, pero su moderacion le hizo contentarse con la dignidad de Arconte, siendo lo mas notable que despues que sus leyes se adoptaron en una junta popular, se retiró de Atenas.

El tirano Pisistrato, pariente de Solon, destruyó en parte su obra usurpando la soberana autoridad, y aunque varias veces se vió desposeido de ella, logró por último dejar su poder á Hipias y á Hipaico sus hijos. Este fue muerto en una sublevacion, pero aquel quiso vengarle y cometió tales atrocidades, que la multitud alborotada le arrojó del trono y le juró un odio eterno á él y á su familia. Hipias, traidor á su patria, le suscitó muchos enemigos hasta conseguir que los Persas viniesen con un formidable ejército á atacar á los atenienses en las llanuras de Maraton. Tres grándes hombres mandaban las tropas de Atenas en aquella memorable jornada, Milciades, Arístides y Temístocles, los cuales deliberaron entre sí sobre si se deberia

atacar ó esperar al enemigo; pero prevaleció el dictámen de Milciades, que fue de acometer. Arístides, á quien correspondia el mando aquel dia, se lo cedió generosamente reservándose él y Temístocles la gloria de pelear como simples soldados. La lucha fue sangrienta, el valor de los atenienses increible, y tan grande el estrago que hicieron en los persas que les obligaron á ponerse en fuga, no obstante la desmesurada superioridad de su número. El pueblo erigió á los vencedores arcos triunfales y monumentos, y esta batalla fue representada en las paredes de los porticos de Atenas, logrando Milciades, por toda recompensa, la satisfaccion de ver allí esculpido su nombre.

Arístides y Temístocles, el primero á la cabeza del partido aristocrático, y el segundo del democrático, gobernaron por mucho tiempo la multitud; pero el justo y virtuoso Arístides tuvo que abandonar el campo á su rival y salió desterrado conforme á la ley del Ostracismo (1). Sin embargo, el temor de una próxima irrupcion de los persas obligó á los atenienses á llamarlo, y aquellos dos grandes hombres se reconciliaron cordial y generosamente. Ambos rivalizaron en prudencia y valor durante la famosa batalla de Salamina en que las fuerzas marítimas de Pérsia que-

---

(1) *Segun esta ley condenaba el pueblo á destierro por diez años á cualquiera individuo que por sus escelentes cualidades podia atraerse el amor de la muchedumbre, y poner en peligro la república.*

daron destruidas. Euríbiades general de los lacedemonios se oponia á que se diese el combate en aquel parage, segun opinaba Temístocles, y fue tanta la irritacion del espartano que alzó el baston contra el ateniense, pero este sin alterarse le dijo aquellas memorables palabras: *da, pero escucha*, y prosiguiendo su discurso logró convencer á todos y consiguió una doble victoria. Sin embargo, los persas se vengaron despues, destruyendo á Atenas que renació con nuevo esplendor de sus mismas cenizas, gracias principalmente á los heróicos esfuerzos de Temístocles. La fábrica de las fuertes murallas con que entonces se fortificó la ciudad, hubiera sido imposible ejecutarla sin la astucia de este hombre singular que supo engañar á los de Esparta, los cuales llevaban á mal la construccion de aquellas obras: aunque tan repetidos servicios no pudieron librar á Temístocles de la injusticia del ostracismo, y le fue necesario retirarse á Persia, donde sus enemigos le colmaron de bienes, y se mostraron tan generosos como ingratos habian sido sus compatriotas.

Mas no bien se terminaron por este medio las desavenencias entre Arístides y Temístocles, cuando se presentaron en la arena otros dos rivales, Cimon y Pericles. Cimon, guerrero impetuoso, vencedor de los persas, en el Chersoneso, y rico con los despojos de las minas de oro de Tracia, tenia á su favor á los grandes. Pericles, orador escelente y celoso patriota, se habia captado la benevolencia del pueblo. Ambos lucharon con los recursos que les daba su carácter y su posicion, hasta que el ostracismo dió la vic-

toria á Pericles que supo conservar el poder contra los manejos del partido opuesto, los cuales pusieron algunas veces en gran peligro su fortuna. Durante su gobierno lograron las armas de Atenas muchas victorias, hasta que se encendió la guerra del Peloponeso, fruto de las rivalidades de aquella república y de la de Esparta.

Esta guerra, que duró cerca de treinta años, fue el principio de la decadencia de Atenas. Pericles reprimió al principio el imprudente ardor de sus conciudadanos temiendo los efectos de la disciplina espartana, bien que las ventajas que consiguió en la mar le indemnizaron de sus reveses en la tierra. Pero aun no habia transcurrido el segundo año despues de rotas las hostilidades, cuando Pericles esperimentó las vicisitudes de la fortuna. Una peste cruel se introdujo en la escuadra, quitando á los atenienses los medios de ofender á sus enemigos; y como las desgracias irritan los ánimos, tuvo Pericles que sufrir los efectos de la inconstancia popular: fue desposeido de sus dignidades, repuesto en ellas de nuevo, y muerto de resultas del contagio desolador.

La guerra continuó con vario suceso entre Atenas y Esparta, declarándose por una ú otra de aquellas repúblicas casi todos los estados de la Grecia. Del mismo modo que los franceses en los infelices tiempos del terrorismo de su revolucion, se obstinaban en plantar el árbol de libertad y en introducir la danza de la carmañola en cuantos paises ocupaban, así tambien entonces se empeñaban los atenienses en establecer la democracia en todas partes, al paso que

los espartanos instalaban y protegian el gobierno aristocrático con no menos furor de proselitismo. Varios pueblos fueron víctima de tan imprudente empeño, y sucedió lo que casi siempre acontece en todas las discordias civiles: volvieron sus armas el hijo contra el padre, el hermano contra el hermano, y el amigo contra el amigo. Por aquella época apareció en la escena el célebre Alcibiades, sobrino de Cimon, y grande amigo del filósofo Sócrates, de cuyas luces se aprovechó ventajosamente. Dotado de una grande elocuencia, sumamente activo, afable y liberal, diestro en el arte de sacar partido de las circunstancias; pero al mismo tiempo disoluto, intemperante é impío, superaba á todos sus compatriotas no menos en los vicios que en las virtudes. En una palabra Alcibiades fue por muchos años el alma de los negocios mas importantes de su pais, y supo hacer valer su dictámen en la tribuna y á la cabeza de los ejércitos, que condujo muchas veces á la victoria, manifestándose celoso partidario de la aristocracia.

Pero no contentos los atenienses y los lacedemonios con asolar su pais, hicieron á la Sicilia teatro de sus disensiones y se disputaron la conquista de aquella Isla. Alcibiades, general de los primeros, pensaba en pasar al África, apoderarse de Cartago y de toda la Libia y sujetar á su dominio la Italia, cuando una acusacion de impiedad contra las estatuas de Mercurio lo precisó á ponerse en fuga. Despues de andar errante por la Grecia se refugió á Esparta, á cuya república sirvió contra su patria, tomando el aspecto de un grave y austero espartano; bien que no tardó

mucho en seducir á la esposa del rey Agis, y tuvo que retirarse á Persia, huyendo de la justa venganza de un esposo ultrajado. Ya en Aténas se habia hecho una inovacion importante en la forma del gobierno, á consecuencia de los desastres sufridos en Sicilia y de las ventajas de los lacedemonios bajo la direccion de Alcibiades. El cambio consistia en el establecimiento de un consejo de ancianos para deliberar sobre los negocios, antes de presentarlos al exámen del pueblo. Empero los manejos de Alcibiades, desde su destierro, tuvieron tan buen éxito, que logró de nuevo ponerse al frente del ejército, con el cual batió en repetidos encuentros á los de Esparta, y á sus ausiliares, siendo un rico botin el fruto de sus esclarecidas victorias. En Aténas se estableció primero la aristocrácia de cinco mil personas de las mas ricas para que gobernasen á las demas, y despues una oligarquia, en cuya virtud se dividió el poder entre cuatrocientos individuos de la nobleza, que hubieron de cederlo de nuevo á los cinco mil, los cuales llamaron á Alcibiades.

El pueblo en masa salió á recibir á este hombre estraordinario que en medio de sus victorias y conquistas habia movido en Aténas todos los resortes convenientes para conseguir la soberanía. En efecto logró cuantas satisfacciones podian lisonjear su vanidad y su ambicion, y éstas habrian quedado mas contentas si la veleidad de los atenienses por una parte, y por otra las justas sospechas que inspiraba, no le hubieran obligado á retirarse á Tracia, donde formó un pequeño principado y edificó un castillo para ponerse á cubierto de las tentativas de sus enemigos. En-

tónces se principaron á notar los síntomas de la próxima ruina de la república: el pueblo condenó á muerte, en virtud de la acusacion de Teramenes, á los mismos generales que le habian conseguido una importante victoria naval; y los lacedemonios llegaron rápidamente á tomar tal superioridad que se apoderaron de las ciudades de Ática, y poniendo sitio á Aténas la rindieron por hambre. Lisandro, general espartano, mandó demoler todas las fortificaciones, al son de los instrumentos de guerra, en el mismo dia que era aniversario de la batalla de Salamina, y antes de salir de la ciudad nombró treinta gobernadores, á quienes, con justo título, apellidaron despues los treinta tiranos.

Fueron tantas las crueldades de estos monstruos que durante su gobierno dieron muerte á su mismo compañero Teramenes, porque era el único virtuoso. Alcibiades fué víctima de una traicion, y pereció peleando contra los asesinos que se enviaron á quitarle la vida por consejo de Ericias, gefe de los treinta. Pero su mas indigna hazaña fué el asesinato jurídico del virtuoso Sócrates, acusado injustamente de impiedad, y contra quien el poeta cómico Aristofanes habia empleado su chocarrera y satírica musa. Con la mayor serenidad bebió aquel grande hombre la cicuta, y falleció hablando tranquilamente con sus amigos y dejando un ejemplo mas de la ingratitud de los atenienses.

Es indudable que no ofrece la historia el ejemplo de un pueblo mas desconocido á los servicios, ni que haya producido mayor número de hombres grandes, ni de escelentes patriotas.

A un general victorioso y despues condenado, sucedia otro con no menos talentos ni mayor premio. Sus acciones siempre estaban espuestas á la crítica de una muchedumbre maligna y ociosa, y tal vez este fué la causa de las relevantes prendas de algunos caudillos atenienses. Tal vez esto produjo la constancia de Conon, la astucia de Cabrias y la vigilancia de Ificiates.

Ya no podia tolerarse la atrocidad de los treinta tiranos cuando Trasíbulo libertó de ellas á su patria, acercándose á Aténas con una partida de descontentos. Salieron emisarios de la ciudad y con ellos una gran parte del pueblo. Trasíbulo les arengó y el resultado fué el destierro de los treinta y de otros diez gobernadores que les sucedieron, restableciéndose de nuevo la democracia. No obstante la paz que negoció Altancides, casi siempre estuvieron en guerra atenienses y lacedemonios. Varios generales se distinguieron por sus hazañas, entre ellos Timoteo hijo de Conon, que habia levantado los muros de Aténas; pero de resultas de no haber podido combatir á causa de una tempestad, durante la guerra llamada de los aliados, fué condenado á una escesiva multa, y no pudiendo satisfacerla murió de pena. El pueblo perdonó á su hijo Conon Segundo la mitad de la multa, y aplicó la otra mitad á la reparacion de las murallas que su padre habia reedificado.

Despues se encendió en la Grecia la guerra que llamaron sagrada, porque tuvo su origen de que habiéndose introducido los foceos á labrar unas tierras del templo de Delfos, se negaron á pagar la multa que se les impuso por los anfictio-

nes, los cuales venian á ser como el consejo general de todos los griegos. Los manejos de Filipo rey de Macedonia tenian bastante influjo en las decisiones de Aténas, á pesar de la enérgica elocuencia de Demóstenes, á quien siempre se opuso el célebre Focion, hombre de grandes cualidades, y no menos prudente en la paz que valeroso y activo en la guerra. Sin embargo Filipo venció á los beocios en la gran batalla de Cheronea, y los atenienses sus ausiliares quedaron á su discrecion. El resultado fué una paz poco sincera de ambas partes, y algun tiempo despues murió Filipo, dejando el cetro al conquistador mas famoso del mundo.

No bien Alejandro subió al trono cuando sacó la espada y tiró tan lejos la vaina que no volvió á usar de ella hasta haber enfrenado á la Grecia, dominado la Persia y adelantado sus conquistas al Océano índico. Despues de muerto este gran guerrero juzgaron los atenienses que todo les era permitido, y tuvieron el arrojo de hacer guerra á Antipatro, que habia quedado encargado de los negocios de la Grecia; pero fueron derrotados y precisados á admitir guarnicion macedónica, y á entregar á los oradores Hiperilo y Demóstenes, no obstante las súplicas de Focion, cuya persona era muy respetada de Antipatro. Desde este tiempo, hasta la liga aquiva, apenas respiró Aténas un momento, pues fué pasando sucesivamente de mano en mano, de uno á otro dueño. A Antipatro sucedieron Casandro y Polisperecon, en cuyo obsequio el pueblo de Aténas condenó á Focion á muerte, atentado é ingratitud de que luego tuvo que arrepentirse. Demetrio Poliorcetes echó de Até-

nas á Demetrio Falareo, gobernador puesto por Casandro, y mereció tales lisonjas y adulaciones que solo pueden compararse con las que usó despues el Senado de Roma, respecto de sus emperadores. Por último Antígono, hijo de Demetrio, consintió en retirar la guarnicion que habia pues en la ciudadela de Aténas, mediante el pago de cincuenta talentos, de los cuales dió veinte de su propio peculio Arato gefe de la liga con los aquivos. Así es que por medio de esta recobró Aténas su libertad, al paso que los lacedemonios no sacaron de ella menores ventajas.

ESPARTA.

No se puede nombrar á los espartanos sin traer á la memoria á Licurgo su legislador. Cuando este dió sus leyes á aquellá república ofreció Esparta el estraordinario espectáculo de dos monarcas gobernando juntos y dividiendo entre sí las funciones de la soberanía. Aunque no se sabe la época en que tuvo principio está institucion, lo cierto es que Licurgo, como la mayor parte de los legisladores, quiso apoyar su código en una autoridad divina y consiguió una especie de mandato al efecto de parte del oráculo délfico. Todas sus miras se dirigieron á formar un pueblo militar, grave, austero, sobrio y de severísimas costumbres. Así es que las prácticas religiosas, la educacion, las leyes agrarias, las formas civiles y los usos domésticos todos propendian á un mismo objeto, sin que las mismas mugeres se libertasen de esta tendencia de las leyes á criar ciudadanos guerreros. »Vuelve con tu escudo ó sobre tu es-

cudo" decia una madre espartana á su hijo cuando se despedia para ir á campaña. Pero su régimen cruel con los esclavos llamados ilotas ; el hurto permitido como no fuese descubierto in fraganti ; las danzas poco honestas en que bailaban casi desnudos los jóvenes de ambos sexos, y otras varias costumbres, mas propias de la ceguedad en que vivian, que de una sociedad bien organizada, hacen ver cuan imperfectas son siempre las obras humanas. Como quiera luego que Licurgo logró la sancion de sus leyes, se despidió del pueblo exigiéndole juramento de que las observarian hasta su vuelta, y ausentándose se dejó morir de hambre para que eternamente tuviese fuerza su juramento.

En tiempo de Carilas, su sobrino, fiel observador de sus leyes, empezó la larga série de sucesos prósperos y adversos de la guerra emprendida contra Mesenia, cuyos generales, principalmente Aristodemo y Aristómenes, dieron mucho en que entender á Esparta. Como los oráculos eran sus verdaderos gobernadores pidieron los lacedemonios, por su consejo, un gefe ó caudillo á los atenienses para que los guiase contra los mesenios, pero los de Aténas, siempre envidiosos de la gloria de sus rivales, solo les enviaron por general á un maestro de escuela cojo, llamado Tirteo, á quien se le tenia por demente, y que su mas brillante cualidad era la de ser buen poeta. Sin embargo como ésta tiene tan poco influjo en las combinaciones estratégicas, sufrieron los espartanos una gran derrota á pesar del dicho del oráculo.

Consternados estaban con semejante revés, y

aun revolvian en su mente súplicas de paz, cuando Tirteo animándolos con cánticos guerreros, y dirigiéndolos con prudentes consejos, reclutó el ejército con algunos ilotas escogidos, y les hizo continuar la guerra con vario suceso. Uno de los mas importantes fue la prision de Aristómenes, que fue bárbaramente precipitado en una profunda caberna, de donde al cabo de tres dias de crueles padeceres, pudo salvarse asido de la cola de una raposa.

Durante el curso de esta prolongada lucha contra Mesenia, que se terminó en tiempo del rey Euricrates, por la conquista de Ira, cuyo sitio duró once años, se habian instituido los eforos, que eran cinco magistrados, elegidos de todas las clases del pueblo, y aun á veces de las mas bajas, siendo su objeto contrapesar el poder de los reyes y del senado, ó por mejor decir, residenciar sus acciones, aunque se ignora cuales podian ser, cuando los eforos presidian las juntas populares, y decidian de la paz ó la guerra y del número de tropas que debian organizarse, determinando la cuota y la naturaleza de los impuestos, y distribuyendo penas y recompensas en nombre de toda la república.

Grandes fueron las hazañas de los guerreros espartanos; pero la del rey Leonidas que en el desfiladero de las Termopilas detuvo todo el ejército de Gerges, hasta morir, con solos trescientos hombres que le acompañaban, dejó eclipsadas todas las brillantes acciones que presenta la historia griega tan fecunda en hechos heróicos. Sus compatriotas levantaron allí un monumento con este sencillo pero enérgico epitafio. »Caminante

»ve á decir á Esparta que nosotros hemos muer-»to aquí por defender sus santas leyes." Pausanias fue tambien uno de los mas célebres lacedemonios, pero su ambicion deslució sus glorias militares, y hallándose en el caso de ser preso por los eforos, tomó sagrado en el templo de Palas: sin embargo no le valió esta precaucion, porque mientras deliberaban sobre el modo de hacerle salir de su asilo, su misma madre puso una gruesa piedra junto á la puerta, é imitándola el pueblo quedó tapiado y murió de hambre aquel caudillo digno de mejor suerte, si hubiera sido mas moderado en sus deseos.

Del rey Agis se dice que fue gran político, y en su reinado florecieron dos escelentes generales Calicatridas y Lisandro. El primero, despues de las mas señaladas proezas, pereció en una victoria naval; y el segundo, de quien se hizo mencion hablando de Atenas, murió tambien por su patria en una accion contra los tebanos.

La guerra contra Beocia, en que tomó parte toda la Grecia, fue fatal para los lacedemonios, por los talentos de Epaminondas; bien que con este motivo brillaron mucho mas sus virtudes, y sobre todo su grandeza de alma. Cuando llevaron á Esparta la noticia de la derrota de Leuctres, tan cruel que no tenia egemplar en sus fastos, no quisieron los eforos interrumpir los juegos gímnicos que celebraban, y nada mas hicieron que enviar los nombres de los muertos á las casas de sus parientes. Los padres de los que habian perecido se daban afectuosas enhorabuenas, al paso que los demas, cuyos hijos sobrevivieron á la batalla, no osaban presentarse en público. No obs-

tante puede decirse con verdad que esta lucha ruinosa y mal entendida dió principio á la decadencia de la república. Una prueba de ello es que muerto Agesilao, de edad de 84 años, y despues de cuarenta de reinado, le sucedió su hijo Arquimadante que para disculpar los escesos de la gula solia decir que una mesa abundante no era incompatible con la virtud.

Este Arquimadante fue padre de Agis, que practicó las antiguas virtudes espartanas y pereció en un combate contra los enemigos de su patria dejando el cetro á Eudamias su hijo, el cual se dedicó á cultivar las artes de la paz, y se hizo célebre por la oportunidad de sus sentencias. Un dia entró en la escuela de Jenocrates, y observando la suma vejez del filósofo preguntó cuál era la profesion de aquel hombre. Es un sabio, le respondieron, que anda buscando la virtud. Ay infeliz, dijo, si ahora la busca ¿cuando usará de ella?

Durante el reinado de Areo que le sucedió, se empeñó Pirro rey de Epiro en colocar la corona en las sienes de Cleonimo, que la pretendia como hijo de Agis, y puso á Esparta en el último apuro; pero el pueblo se defendió con desesperacion, y aun las mugeres pelearon heróicamente hasta que el sitiador se vió obligado á levantar el cerco. Leonidas, indigno de tal nombre, reinó despues en compañía del virtuoso y malogrado Agis II mas propio de los tiempos de Licurgo, cuyas leyes quiso resucitar, que de la corrompida época en que vivia. Así pues cada uno de los dos reyes tenia miras y principios diferentes: el primero hijo del rebelde Cleonimo, á quien Pirro favoreció, era partidario de la re-

lajacion de la disciplina espartana, y acaloraba la faccion de los ricos al paso que el segundo estaba decidido por el establecimiento de las antiguas leyes, y pretendia, como los gracos de Roma, la promulgacion de reglamentos agrarios, para dividir convenientemente todas las tierras de la república. De esta oposicion de mîras y de ideas nació una lucha porfiada entre ambos monarcas, en la que primero fue vencido Leonidas, que tuvo que retirarse huyendo y abandonando el cetro en manos de su yerno Cleombroto. Sin embargo, las violencias y maldades del eforo Agesisilao, tio de Agis II, fueron causa de que, hallándose aquel rey en campaña, se sublevase el pueblo contra el gobierno. En consecuencia Leonidas fue de nuevo llamado á reinar cuando Agis, ya de vuelta de su espedicion se refugió en el templo de Minerva, y Cleombroto en el de Neptuno.

Leonidas pudo conseguir la prision de su colega, valiéndose de los medios mas infames para sacarlo del asilo sagrado; y los nuevos éforos nombrados por su influjo, no tuvieron reparo en condenar á muerte al infeliz Agis, que fue degollado por los guardias del tirano, á falta de verdugo que quisiese ejecutar tan injusta sentencia. Lloraban los mismos encargados de su suplicio, pero él les dijo con entereza: « Amigos » mios, no lloreis, que no merezco la pena que » sufro y soy mas dichoso que los que me la han » impuesto. " Al salir del calabozo donde se consumó este infame regicidio, uno de los traidores llamado Anfares, que habia presidido á su ejecucion, se encontró con Agesistrata, madre de

Agis, y engañándola cobardemente la hizo entrar en la prision con Arquidamia, abuela del difunto, madre de la misma Agesistrata, y hermana de Leonidas. Esta fue ahorcada, sin valerle su estrecho parentesco con el monarca reinante, y la otra despues de contemplar el terrible aspecto de los cadáveres de hijo, y madre, presentó su cuello á los verdugos. ¡Tremendo ejemplo de los funestos efectos de la venganza!

Mas adelante hubiera querido llevarla Leonidas estendiéndola hasta Cleombroto, pero las súplicas de su hija Quelonida, que lo habia seguido en su destierro, prefiriendo el padre al esposo, fuéron parte para que este obtuviese gracia de la vida, y para que se contentase el monarca irritado con arrojarlo del seno de su patria, desposeido de sus dignidades. Quelonida le acompañó posponiendo esta vez el padre al marido, y dando en ambas ocasiones una admirable prueba de toda la magnanimidad de una matrona espartana.

A Leonidas sucedió su hijo Cleomenes, adornado de las virtudes de sus antiguos compatriotas y dispuesto con la cooperacion de su madre Cratesila, el reparto de las tierras, que verificó valiéndose del ascendiente que le dieron sus victorias para destruir á los eforos, como opuestos á sus intentos. De los cinco mandó quitar la vida á cuatro, y el quinto debió á la fuga su salvacion. Empero Cleomenes fue el primero que entregó sus bienes al reparto, ordenando que se tuviese cuenta con ochenta individuos que él mismo habia desterrado por su conducta sediciosa y opuesta al bien comun. Despues de nombrar

por cólega á su hermano Euclides, con general aplauso, porque se temia que intentase reinar solo, restableció todas las leyes de Licurgo, y con especialidad las relativas á la educacion. En una palabra desterrado el lujo, renovada la austeridad antigua de costumbres, y organizado un cuerpo de tropas bien disciplinadas y armadas de un modo, hasta entonces desconocido, hubiera tenido un reinado feliz, á no ser por sus desavenencias con Arato, gefe de los aquivos. En la guerra que emprendió contra ellos sufrió tales reveses que hubo de implorar el ausilio de Ptolomeo rey de Egipto, el cual le exigió el envio en rehenes, de su madre y de su hijo, todavia de tierna edad. Forzado á condescender no sabia como dar tan triste noticia á Cratesila; pero luego que se declaró le preguntó aquella valerosa heroina: ¿Es eso hijo mio lo que no te atrevias á decirme? ¿Por qué no me mandas desde luego á donde creas que mi cuerpo puede ser útil á Esparta antes que lo destruya la muerte? En efecto se verificó el viage, y no bien habia llegado á Egipto cuando escribió á Cleomenes diciendo que hiciese con valor todo lo que juzgase glorioso ó conveniente á la patria sin temer á Ptolomeo, por una anciana y un muchacho.

Estos rasgos de grandeza fueron casi los últimos de Lacedemonia, porque vencido Clomenes por los macedonios, se vió en la necesidad de refugiarse á Egipto, donde el bárbaro Ptolomeo le hizo prender juntamente con los que le habian seguido. Desesperanzados de poder fugarse se quitaron la vida los presos los unos á los otros, y Ptolomeo hizo poner en una cruz el cadáver

del difunto monarca á la vista de su triste madre, á la cual mandó dar muerte, como tambien á los demas individuos de la familia real.

Dueños los macedonios de Esparta y de Laconia se contentaron con tenerlas sujetas, dejándoles el derecho de elegir sus reyes, cuya prerogativa les fue bastante funesta, pues sucesivamente se vieron entregadas al dominio de Agesípolis, de un cierto Licurgo que compró de los eforos la diadema, y por último de Macanidas, que destruyó el poder de aquellos magistrados y pereció en la guerra contra los aquivos. Pero el que mas hizo sufrir á la república, en los últimos momentos de su celebridad, fue el odioso tirano Navis, aunque tuvo tal felicidad en las armas que obligó á los aquivos á pedir auxilio á los romanos. El temor de la entrada de Tito Cunicio en Grecia y de su marcha contra Laconia, redobló la crueldad de Navis, á quien el general romano, segun la política de su nacion, no quiso destruir, contentándose con humillarlo, no fuese que libres las demas partes de la Grecia del respeto que le tenian, se hiciesen mas difíciles de sujetar. Sin embargo formada la grande coligacion, de que eran gefes los etolios, pudo conseguir, aunque por sorpresa, la muerte del tirano, y animados entonces los de Esparta por Filopomenes, volvieron á su antiguo estado y entraron en la liga de los aquivos.

ACAYA.

Desde el reinado de Giges, ó lo que es lo mismo, desde la conclusion de los tiempos heró-

cos hasta Alejandro, se sostuvo la confederacion de las ciudades de Acaya, que despues se reprodujo con el nombre de liga aquiva, y logró mantenerse con mucha gloria hasta que le fue forzoso ceder al inmenso poder de los romanos. De cortos principios llegó á hacerse tan formidable que abrazaba en el continente los estados de Ática, Megara, Locride, Focide, Beocia, Etolia y Doride, si bien luego se contuvo entre la bahía de Corinto, Sicione y Elide. El sistema de la asociacion consistia en que teniendo todas las ciudades que componian la pequeña república de los aquivos una misma forma de gobierno y unas mismas leyes, eran sin embargo independientes entre sí: pero las leyes que unian á los confederados parece que no eran otras que las que pudo prescribirles la necesidad de un mútuo ausilio contra los que pretendian subyugarlos, y asi es que no siéndoles posible resistir á una fuerza como la de Alejandro, cesó la liga por sí misma. Despues renovaron los de Acaya su antigua alianza con los habitantes de Patras, de Dinia y de otras ciudades cercanas, estableciendo tan buen orden y tan buenos principios de amor á la justicia y al bien público, que otros muchos pueblos imitaron su ejemplo. Pero la confederacion careció de los recursos necesarios para la guerra ofensiva hasta que le dieron cierta importancia las proezas y consejos de Arato.

Este grande hombre no menos sabio político que valiente guerrero, fue natural de Sicione, cuyo pais libertó de la tiranía de Nicocles, sucesor de Abandidas, el cual se habia apoderado del gobierno, quitando la vida á Clinias, padre

de Arato. Para resistir á Nicocles, que habia implorado con buen éxito la proteccion de Antígono rey de Macedonia, le pareció conveniente reunir el estado de Sicione á la liga de los aquivos, que volvia á formarse, y la aumentó con la Ciudadela de Corinto, que arrancó del poder de los macedonios, y que vino á ser el punto de apoyo y la principal garantía de la asociacion, la cual se hizo con este motivo mucho mas poderosa. Entonces se verificó el establecimiento de las leyes á que estaba sujeta la liga.

Dos veces al año se reunia el congreso general á quien todas las ciudades debian obedecer, enviando á su seno cierto número de diputados. El presidente era elegido á pluralidad de votos y podia reunir este cargo con la comandancia de las tropas, á cuyo efecto se elegia tambien un consejo de diez magistrados, llamados Demiurgos, para que dirigiesen los negocios en ausencia del gefe, pudiendo en casos urgentes convocar el consejo general. En este se proveian los empleos y se decidia la paz ó la guerra; en inteligencia de que cuando una ciudad se negaba á obedecer lo dispuesto por la liga, ó no contribuia con su contingente para la guerra, se le obligaba por medio de la fuerza á cumplir con estas obligaciones. Por lo demas ninguna ciudad podia entrar en la confederacion sin el consentimiento de sus miembros, ni tampoco se permitia presentar al congreso proposicion alguna de un estado estraño sin que antes se comunicase por escrito al presidente, con prohibicion á los individuos del congreso de admitir regalos de nadie, con cualquier pretesto que fuese: debiéndose advertir que

el congreso no duraba mas de tres dias.

Varias guerras sostuvo asi la liga contra Cleomenes rey de Esparta y contra los etolios, como agresores de los mesenios; pero habiendo tenido Arato una pérdida considerable aconsejó á los confederados que llamasen en su ausilio á Filipo de Macedonia, que en efecto los socorrió é hizo del republicano Arato su favorito principal. Sin embargo, como este se opusiese á que Filipo que habia tomado el partido de los cartaginenses contra los romanos, conquistase la plaza de Ytona, en Mesenia, perdió la gracia del monarca y tuvo que retirarse á Sicione, donde se asegura que pereció de resultas de un veneno que le suministraron de orden de Filipo. Este empeñó despues á los aquivos, mandados por Filopemenes á hacer la guerra á los romanos; mas el resultado de sus victorias fue una paz general, durante la cual consiguieron los embajadores de Roma atraer los aquivos á su partido.

Mientras Filopemenes permaneció al frente de la liga se sostuvo esta á pesar de los ocultos manejos de los romanos para destruirla; pero muerto cobardemente por los mesenios aquel famoso general, llamado el último de los griegos, suscitaron la division entre los confederados, y les dieron un golpe funesto enviando á Roma los principales de entre ellos en número de mas de mil. Diez y siete años pasaron en pretender inútilmente su vuelta, hasta que la consiguieron por el favor de Caton cuando ya no existian mas de trescientos. Critolao y Diceo, á su regreso intentaron una guerra desordenada y temeraria, que concluyó por una batalla delante de los muros

de Corinto, en la que fueron vencidos por Memnio general romano, el cual se apoderó de la ciudad, pasando á cuchillo á los hombres y vendiendo como esclavos los niños y las mugeres. Despues de sacar los inmensos é increibles tesoros que alli se hallaron y todas las estátuas, pinturas y muebles esquisitos que habia en la ciudad, la redujo Memnio á cenizas; pero fue tal la cantidad de oro, plata y bronce que se mezcló en el incendio, que formó arroyos de un metal compuesto de todos tres, que en lo sucesivo fue muy famoso y buscado. Asi concluyó Corinto, y con ella la confederacion aquiva. Los romanos abolieron el gobierno popular en todas las ciudades, aunque les concedieron la facultad de gobernarse por sus leyes bajo la dependencia de un pretor.

ETOLIA.

Los pueblos de Etolia formaron tambien una liga opuesta frecuentemente á la de Acaya, y que duró muchos tiempos haciéndose famosa por las victorias que lograron sus armas, hasta que habiendo tomado el partido de Antioco, rey de Siria, contra los romanos, se atrajeron su ruina. En efecto derrotado aquel monarca tuvo que abandonarlos, y aunque se defendieron con valor en Naupacta, en Lamia y en Ambracia, durante cuyo sitio inventaron una especie de contramina ingeniosísima, hubieron al fin de ceder al irresistible ascendiente de Roma. Sin embargo, destruida la liga aquiva participaron de la especie de independencia que los romanos concedieron á las

demas ciudades de la Grecia, pues hasta entonces habian vivido como esclavos.

A la ruina de estas confederaciones se siguió la de Atenas, á cuya ciudad puso sitio Sila, entregándola á todos los horrores de la guerra, y quitando á sus habitantes el derecho de elegir magistrados; bien que poco despues les devolvió esta prerogativa.

BEOCIA.

Abolida la monarquía en Beocia estableció el pueblo un magistrado anual con un consejo de siete, nueve ú once individuos llamados Beotarcos, los cuales contrapesaban su autoridad y obtenian los principales empleos del ejército. La justicia se administraba por varios magistrados llamados Polemarcos, y en la república existian cuatro consejos compuestos de los diputados de cada territorio y que se juntaban á deliberar sobre los negocios generales. En Tebas, que era la capital, tenian los artesanos y mercaderes derecho de eleccion, pero estabân escluidos de los empleos.

Los beocios tuvieron que ceder con frecuencia al impulso de las repúblicas mas poderosas que los rodeaban, no obstante lo cual figuraron con honor en diferentes guerras, y oprimidos últimamente por los romanos se vengaban asesinándolos: de modo que no pasaba uno por aquel pais si iba solo ó poco acompañado, que no fuese muerto y arrojado en un lago. Descubrieron al fin la causa porque desaparecian tantos individuos, de quienes no volvia á tenerse noticia, y

el procónsul romano encargado del castigo de los beocios, les impuso primero una multa considerable y despues los sujetó, sentenciando á muerte á los principales culpados.

ARCANANIA.

La situacion de Arcanania la hacia aliada natural de los macedonios, pero la política diestra del cónsul Flaminio consiguió á lo menos que se dividiesen en bandos en favor y en contra de Filipo. El pueblo en general se declaró contra el dominio de una república tan orgullosa, y el cónsul aprovechándose de las disensiones de los arcananios, puso sitio á Leucada que rechazó sus asaltos por tres veces, y le hubiera vendido cara su conquista sin la traicion de algunos desterrados de Italia, que por conseguir su perdon introdujeron en la plaza á los sitiadores. Perdida la capital fue tanta la consternacion de los pueblos, que abandonaron á Filipo y se sujetaron al vencedor; el cual les dejó sus leyes hasta que despues de la toma de Corinto llegó á ser la Arcanania provincia romana.

MONARQUIAS GRIEGAS.

MACEDONIA.

Los macedonios que formaron un reyno de muchos pueblos pequeños, descendian de los argivos; y siendo naturalmente belicosos consiguie-

ron tener el mas brillante ejército de Grecia. La mayor parte de sus reyes se ilustraron en la guerra, pero los que mas se distinguieron por sus talentos y gloria militar fueron Filipo y su hijo Alejandro Magno, cuyas hazañas son tan generalmente conocidas. Despues de la muerte de este conquistador dividieron entre sí sus generales el vasto imperio que habia dejado, y la Macedonia quedó reducida á sus antiguos límites. Una encarnizada guerra civil, de cuyas resultas murió degollada la reina madre Olimpia, que la habia suscitado por su ambicion, allanó el camino del trono á Casandro, el cual hizo perecer al jóven Alejandro, hijo del héroe, y aunque usurpador, gobernó con prudente y moderado consejo; restituyendo al reino la abundancia y la paz, y engrandeciéndole, principalmente con las conquistas de Epiro y del Peloponeso. Pero no sobrevivieron por mucho tiempo estas ventajas al príncipe que las habia procurado, porque despues de su muerte disputaron sus hijos el cetro, y fueron tan tristes las consecuencias de las guerras intestinas, que de dueña vino á ser la Macedonia provincia del Epiro. Trístisimo cuadro presenta desde entonces la historia de esta nacion. En efecto, ademas de ser el juguete de una multitud de usurpadores, se vió asolada por los galos que la invadieron, y que hicieron en ella grandes destrozos. Antígono Gonaro la libertó de esta plaga y murió dejando la corona á su hijo Demetrio II, que tuvo un reinado tranquilo pero corto. A este sucedió su hermano Antígono Doson, que habia quedado en clase de tutor de su sobrino Filipo, y que mu-

rió arrojando sangre por la boca de resultas de sus esfuerzos para animar á sus soldados en una batalla.

Filipo, no menos alentado y elocuente que su tio, poseia todos los conocimientos que debe tener un monarca, pero era sospechoso y cruel, con cuyos vicios deshonró su reynado. De él se dice que dió veneno á Arato, gefe de los aquivos, y sus hijos Demetrio y Perseo se hicieron ambos célebres, el primero por su afecto, y el segundo por su odio á los romanos. Este aborrecimiento fue muy fatal á Perseo, que atrajo sobre sí las armas de aquella temible república confiadas á un hombre como Paulo Emilio. El rey de Macedonia se defendió con valor, pero con desdicha, y tuvo que padecer la humillacion de servir de trofeo al triunfo del Cónsul, despues de lo cual murió en una estrecha cárcel por falta de sueño, pues los guardas le inquietaban contínuamente de modo que no le dejaban dormir ni un solo momento.

Paulo Emilio dividió el reino en cuatro gobiernos con rigorosa prohibicion de comunicarse los habitantes del uno con los del otro, y ademas les impuso nuevas leyes; les despojó de sus mas preciosas riquezas; hizo saber á los grandes que sus hijos debian abandonar el pais á la edad de quince años, y prohibió el cultivo de las minas mas abundantes.

Aunque el senado romano quiso despues dar una forma mas regular á la nueva república, el pueblo suspiraba siempre por su independencia perdida bajo el esterior de una sombra de libertad, y para lograrla necesitaba del gobier-

no monárquico. Así es que se apresuró á favorecer los intentos de Audiseo que pretendia la corona por su parentesco, real ó supuesto con Perseo, de quien aseguraba ser hijo, y que lo habia tenido de una de sus concubinas. Cecilio Metelo lo venció en batalla campal, y le hizo servir de adorno á su triunfo, sin que bastase este ejemplar de escarmiento á otros dos pretendientes al trono que sucesivamente aparecieron, no sin atraer á muchos á su partido. Pero derrotado y muerto el último que se llamaba Filipo, y se decia descendiente de los antiguos reyes de Macedonia, quedó ya esta definitivamente sujeta á Roma, que la trató mucho mejor como provincia que como nacion aliada.

La monarquía macedónica es un grande ejemplo de las vicisitudes de la fortuna. Duró como unos setecientos años: del estado de una pobre colonia argiva llegó á ser la base de un imperio poderosísimo: logró mucha gloria, y sufrió grande humillacion. Ultimamente, despues de volver casi á su primitivo estado desapareció no solo de la lista de los reinos poderosos, sino hasta de la de las naciones independientes. Su nombre sin embargo ha pasado al traves de los siglos, y se conserva no obstante hallarse el pais hace tanto tiempo bajo la dominacion de los turcos.

EPIRO.

El Epiro se componia de una porcion de ciudades habitadas por gentes belicosas. Este reino se formó de la reunion de diez pueblos diversos, de los cualés se cuenta como antiguo el

de Seleyde, cuyos habitantes servian en el templo dedicado en Dodona á Júpiter Pelasgo. Pirro, hijo de Aquiles, que fue el primero de sus reyes, de quien ha quedado una idea menos confusa, vengó á su padre dando muerte á Priamo, rey de Troya, á la princesa, hija de este monarca, llamada Polixena, á quien degolló sobre el sepulcro de Aquiles, y al niño Astianacte, hijo de Hector, que arrojó desde lo alto de una torre, haciendo concubina suya á Andrómaca, madre del desgraciado infante. Despues del incendio y ruina de Troya, conquistó Pirro el Epiro á la cabeza de los molosos, sus primeros vasallos, y reinó en aquella nacion hasta que ya anciano fue asesinado al subir las gradas del altar del templo de Delfos, en el acto de disponerse á saquearlo. Sucediéronle sus hijos Moloso, Pielo y Almeto, el cual murió dejando un hijo de tierna edad llamado Terimbas, que gracias á la educacion que le dió Sabilinto, introdujo en Epiro las ciencias y las artes y le dió sabias leyes.

Alejandro, tio del macedonio, quiso imitarle, pero las hubo con pueblos mas esforzados, y así es que perdió la vida en su desgraciada espedicion al occidente, y por no dejar hijos pasó la corona á Eacides, de una rama colateral, aunque descendiente de Pirro. Los epirotas se sublevaron contra él y le desposeyeron del trono á causa de su mal gobierno; pero despues de algunos años dieron el cetro á su hijo el jóven Pirro, que quedó niño en la cuna y se crió en la corte de Elaucias, rey de Yliria. Este Pirro fue el que, despues de muchas aventuras

singulares, prósperas y adversas, se hizo tan célebre por haber llevado la guerra á Italia contra los romanos. Al principio logró ventajas señaladas en esta lucha con el ausilio de sus elefantes que inspiraban grande terror en el enemigo; pero despues tuvo que ceder al valor y constancia de Roma, retirándose primero con el pretesto de hacer la guerra á los cartagineneses, y luego bajo la promesa de volver al socorro de los de Tarento, en cuya ciudadela dejó una buena guarnicion, antes de restituirse á Epiro. En Macedonia venció á los galos y levantó un famoso trofeo: en seguida atacó á Espartana con mal éxito, y por último halló la muerte á la entrada de Argos, de resultas del golpe de una teja que una muger anciana le arrojó sobre la cabeza desde un tejado.

Su hijo Alejandro fue tambien inclinado á la guerra, pero supo gozar de reposo despues de su conquistas, que fueron muchas. Muerto este monarca, apenas hicieron mas que sucederse otros tres hasta Deidamia, que murió virgen, y dejó en el testamento derecho á sus vasallos para elegir á su arbitrio la forma del gobierno. Entonces los epirotas se constituyeron en república, y la democracia les ocasionó tales agitaciones y discordias, que al cabo pararon en venir á ser provincia romana: porque habiéndose declarado en favor de Perseo dió órden el senado á Paulo Emilio para abandonar el pais al pillage y arrasar sus ciudades hasta los cimientos, lo que puso al general en precision de tratar al Epiro con gran rigor. Ciento cincuenta mil hombres fueron vendidos por escla-

vos á favor del fisco, y á los principales del reino los llevaron á Roma. Setenta ciudades quedaron desmanteladas.

Despues de este terrible golpe nunca volvió á ser lo que era el Epiro, y bajo el dominio romano formaba una parte de la provincia de Macedonia.

COLONIAS GRIEGAS.

Nada se sabe acerca de los primeros griegos fundadores de colonias en Asia. Dispútase si fueron los argivos, los mesenios ó los atenienses, y aunque estos últimos tienen mas votos en su favor, no es ciertamente por lo auténtico de las pruebas que para ello se alegan.

JONIA.

Las principales ciudades de Jonia fueron Focea, cuyos habitantes eran escelentes marinos; Esmirna fundada por los etolios, y grande aduladora de los romanos; Clazomene, que perteneció á los lidios y persas, y despues á Alejandro; Eritrea, célebre por la Sibila, que allí daba sus oráculos; Teos, patria de Anacreonte; Priene, donde nació el sabio Bias; Colofon, que produjo á Menandro el poeta cómico; Efeso, famosa por su maravilloso templo de Diana; y Mileto, de donde fue natural Talés, uno de los siete sabios de Grecia. Esta última ciudad sostuvo con fortuna y con solas sus fuerzas la guerra su-

cesivamente contra cuatro reyes de Lidia, y al fin fue destruida por los persas, que antes habian sido sus aliados. Es cierto que despues la reedificaron sus habitantes de vuelta del cautiverio que habian padecido, pero nunca volvió á su antiguo esplendor, y padeció mucho bajo el dominio de varios tiranos domésticos. De estos el mas notable fue Trasíbulo que consiguió mantener quieta la ciudad, por lo que los corintios enviaron á preguntarle cual era el secreto de que se valia. Trasíbulo llevó al mensagero á un campo donde el trigo estaba bastante crecido, y se puso como por entretenimiento á derribar las espigas que mas sobresalian entre las otras. Entendió el enviado la leccion, y no le fue inútil. Todas estas ciudades componian la liga jónica, cuyas leyes se ignoran; pero que segun parece se gobernaban con independencia entre sí, bien que se uniesen en caso de peligro de parte de los estrangeros.

EOLIDE.

La Eolide qne estaba situada entre la Jonia y la Propontide contaba once ciudades, y en ella se veia el campo de la famosa Troya. Los habitantes de uno de aquellos pueblos llamado Pitane, fabricaban una especie de ladrillos que nadaban sobre el agua como si fueran de madera.

DORIDE.

La capital de la Doride era la ciudad de Halicarnaso, patria dé los célebres historiadores

griegos Herodoto y Dionisio. En ella fue donde la princesa Artemisa, modelo del amor conyugal, erigió á su difunto esposo Mausoleo, un monumento fúnebre que ha dado su nombre á todos los de esta clase. Tambien tuvo la gloria Halicarnaso de producir los dos insignes poetas Heraclides y Calimaco. En Gnido, ciudad tambien de la Doride, se conservaba la admirable estátua de Venus, de Praxiteles.

ISLAS GRIEGAS.

Las islas griegas del Archipiélago se distinguian con las denominaciones de Ciclades, de una palabra griega que significa círculo, porque lo formaban alrededor de Delos, isla consagrada á Apolo, y de esporades, del verbo griego sembrar, porque estan como sembradas á cierta distancia del círculo.

La mayor de estas islas es la de Creta, hoy conocida con el nombre de Candia, que en lo antiguo tenia cien ciudades hermosísimas, de las cuales aun quedan unos ú otros vestigios. Contiene los famosos montes Yda y Dicte y el rio Leteo, célebre entre los antiguos poetas. Al gobierno monárquico que primero tuvo, y en el cual se hizo memorable su rey Minos, sabio legislador de su nacion, sucedió la democrácia con un senado de treinta individuos, cuyas decisiones no tenian fuerza hasta que el pueblo las sancionaba. Las ciudades cretenses estaban

casi siempre en guerra entre sí, y llegaron sus habitantes á poseer tal habilidad en el manejo del arco y de la honda, que pocos estados mantenian ejército donde no hubiera arqueros y honderos cretenses. Sus piraterías dieron pretesto á los romanos para subyugarlos, y para que mudándoles su gobierno les impusiesen contribuciones y les hiciesen provincia del imperio. Así dominaron los emperadores griegos esta isla, y los turcos la conquistaron, no sin grande dificultad, á los venecianos, que últimamente la poseian.

Rhytymna, hoy Retimo, Egdomia, ahora Canea, Melos, que se llama Milo, Pholegrandos, conocida por Policrando, y Seriphos, que se distingue en la actualidad con el nombre de Serfone, se gobernaron independientes y sufrieron el yugo romano, griego y musulman como las otras.

Thera ó Therasea, hoy Sartoni, debe su nombre al lacedemonio Thero, que llevó allí algunos descendientes de los argonáutas. De estos se cuenta, que habiendo arribado al territorio de Esparta quisieron enseñorearse del pais, y que los habitantes cargaron sobre ellos, los derrotaron y los hicieron prisioneros. La víspera de la ejecucion de la sentencia de muerte á que habian sido condenados, pidieron permiso las mugeres para entrar á despedirse de sus maridos, y siéndoles concedido entraron, cambiaron con ellos sus vestidos y lograron salvarlos. Otros dicen que Theras, rey de Esparta, arribó á esta isla y le dió su nombre.

Las otras islas que mas se distinguen en el

Archipiélago, son las siguientes: Siphus (Sifano), Sicino, Jos (Nio), Amorgos (Amurgo), Paros (Pario, famosa por sus mármoles y por ser patria del poeta Arquiloco y del escultor Fidias, Antiparos, Naxos, Cythnos (Thermia), Egina, cuya tierra pedregosa se hizo fértil por la industria de sus habitantes, y donde los poetas fingieron que despues de una peste que desoló el pais, lo poblaron los dioses con unos hombres llamados mirmidones ú hormigas: Salamina ó Salamnis (Coluri), Ceos, patria de Simónides, y tan poblada en lo antiguo, que tenia una ley para que todos los que pasasen de sesenta años tomasen veneno para que pudiesen vivir los demas. Syros (Sira), Delos (Sdiles), conocida por el suntuoso templo dedicado á Apolo. Mycone (Mycolo), Tenos (Tine), Andros (Andro), Eubea ó Euride (Negroponte), Sciros ó Porphiris (Sciro), Scolpus ó Scolpos (Scopulo), Thasos, Asteria ó Atria (Thasso), Samothracia (Sammandrachi), famosa por el culto que en ella se daba á los dioses Cabiros. Ymbros ó Ymbro (Lembro), Lemnos ó Hipsipylæ (Statimene), consagrada antiguamente á Vulcano, y Tenedos (Tenedo).

Las islas adyacentes al Ásia mas principales son la de Chipre, célebre por el culto que en ella se daba á Venus, por la aventura de Pigmalion, por los incestuosos amores de Mirra, y por la multitud de reyes que la gobernaban á un tiempo: la de Samos, cuya historia distingue al tirano Policrates de todos los demas reyezuelos que la gobernaron: Lesbos (Metelin), patria del poeta Alceo y del filósofo Teofras-

tro, Chio ó Scio al Sur de Lesbos (1). Ycara (Nicaria), Patmos (Palmosa), Cos (Lango), patria del médico Hipócrates y del pintor Apeles: Astypaleya (Stampalia), Carpatos (Scarpantos), y Rodas, famosa por su desmesurado coloso.

Todas estas islas han sido teatros de tremendas catástrofes, destrucciones de ciudades, y guerras civiles en que luchaban oprimidos con opresores, sin que la victoria se declarase siempre por la causa mas justa. Los turcos las arrancaron del poder de los emperadores griegos y de otros estados que sucesivamente las habian poseido.

IMPERIO GRIEGO.

Despues que Constantino quedó por único dueño de todo el inmenso imperio romano, mudó su capital á Bizancio, ciudad situada en el Bósforo de Tracia, que es el estrecho que separa los mares conocidos hoy con los nombres de mar Negro y mar de Marmora.

Llamóla Constantinopla para gloria de su nombre, y la embelleció adornándola con nuevos y suntuosos edificios, y con cuanto correspondia á la residencia de tan poderoso monar-

(1) *Chio ó Scio merece particular mencion por la catástrofe que ha sufrido en la guerra actual.*

ca. Entonces se formó el imperio de oriente que algunas veces estuvo reunido al de occidente, como en los reinados de Juliano y Teodosio, pero que despues de la muerte de este último príncipe permaneció ya constantemente separado y formando una monarquía, que cual vasta pirámide, empezó sobre dilatada base para concluir en un punto casi imperceptible. En tiempo de Arcadio, hijo del gran Teodosio, los hunos y godos, naciones bárbaras, que amenazaban siempre los paises meridionales, inundaron la Grecia é hicieron en ella grandes destrozos. Teodosio, sucesor de Arcadio, tuvo la desgracia de que le gobernasen siempre mugeres, si bien ilustró su gobierno con la promulgacion del código Teodosiano, que duró mucho menos en oriente, donde tuvo su cuna, que en el occidente; pues fue casi generalmente adoptado por los godos, visogodos, francos, germanos y otros bárbaros que conquistaron la Italia, las Galias y la España.

Como Teodosio murió sin sucesion y no habia ejemplo de que la dignidad imperial hubiese recaido en una muger, se vió precisada Eudoxia, hermana del príncipe difunto, á casarse con Marciano, revistiendo de la púrpura á este hombre de baja estirpe, que de simple soldado habia llegado á los mas altos puestos. Este monarca dejó la reputacion de haber sido muy pio y sencillo en sus costumbres, sin que semejantes virtudes pacíficas se opusiesen al valor y magestad que corresponden á un emperador. Sucediéronle, primero Leon y despues Zenon, á los cuales siguió Anastasio, que del empleo de silenciario ó encargado del silencio de palacio subió al trono,

por la fama de sus virtudes: reinó veinte y siete años, y murió á los ochenta y ocho de su edad. Su gobierno fue bastante inquieto con las disputas entre los ortodoxos y los eutiquianos.

Como la suma vejez de Anastasio anunciaba que presto necesitaria sucesor, se asegura que Evagrio, gefe de palacio, dió á Justino, prefecto del pretorio crecidas sumas para comprar el voto de la soldadesca en favor de un amigo suyo, y que Justino las distribuyó en su propio nombre, con cuya perfidia se abrió el camino al trono. Este ignorante que no sabia leer ni escribir, porque hasta que se alistó en las tropas habia pasado toda su vida guardando ganado, fue el que asoció al imperio á su sobrino Justiniano, que le sucedió, y que tanta memoria dejó á la posteridad por las conquistas de sus generales, con quienes usó de mucha ingratitud, y por los códigos que redactaron ó recopilaron sus jurisconsultos, de quienes se apropió la gloria. Generalmente se tiene por fábula el suceso de Belisario, ciego y pidiendo limosna en Constantinopla, despues de haber sido azote de los persas; pero todos convienen en que Justiniano le privó de su gracia y le dejó reducido á pasar una vejez obscura y miserable.

Justino su hijo, príncipe imbécil ó frenético, tuvo por asociado á Tiberio, su sucesor que dejó el trono al infeliz Mauricio, muerto de orden del bárbaro Focas, despues de haber presenciado el suplicio de sus cinco hijos. Pero este monstruo en castigo de sus crueldades sufrió por mandado de Heraclio el horroroso martirio de que le cortasen sucesivamente los pies, las manos, los bra-

zos, las piernas, las partes vergonzosas, y por último la cabeza. A Heraclio que reinó treinta años sucedieron Constante II su hijo, y Constantino Pogonato su nieto: el primero fue muerto en el baño por un criado suyo con el mismo jarro con que le echaba el agua sobre la cabeza; y el segundo murió de enfermedad á los diez y siete años de reinado.

Justiniano II, Leoncio y Tiberio ocuparon luego el trono, con la circunstancia de que los dos últimos mandó cada uno de ellos cortar las narices al que le habia antecedido, lo que prueba hasta qué punto de brutalidad habian degenerado ya aquellos cultos griegos que en tiempo de Alcibiades eran dechados de ilustracion. Justiniano fue muerto por disposicion de Filipico, á quien reemplazó Anastasio, despues de dar orden para que sacasen los ojos al monarca desposeido. Este se asoció con Leon, el cual venció á un Teodosio, hombre de baja estirpe, y proclamado emperador por los marinos. Con esto y con un convenio que hizo con Anastasio quedó por único soberano del oriente.

En su tiempo perdió el imperio toda especie de dominio sobre Italia á causa de las disputas que sobrevinieron sobre la veneracion de las imágenes, por ser Leon un exaltado iconoclasta, en lo que le imitaron su hijo Constantino y su nieto Leon. Todos estos príncipes hacian la guerra con mas ó menos suceso contra los búlgaros y contra los sarracenos, que ya se habian hecho muy formidables. Constantino Porfirogénito reinó casi siempre bajo la tutela ó influjo de su madre Irene, la que por ambicion de reinar sola algunos años fue

causa de la deposicion de aquel desgraciado monarca, muerto de resultas de los tormentos que le dieron al sacarle los ojos. Sucedieron Nicéforo que pereció en una batalla contra los búlgaros, y Miguel I que cedió su corona á Leon y se retiró con su muger Procopia, aunque ni este consuelo pudo lograr, porque el nuevo emperador separó á los dos esposos, y á Teofilacto nacido de este matrimonio, lo dejó incapaz de tener sucesion. Otro tanto hizo Miguel el tartamudo con los cuatro hijos de Leon y despues de un reinado de nueve años, durante los cuales no le faltaron competidores, murió de enfermedad, cosa bien de notar tratándose de los emperadores de oriente.

Teofilo su hijo reinó doce años y fue terrible iconoclasta. Miguel III se propuso á Neron por modelo; pero Basilio, á quien había nombrado césar y despues su cólega, desde la clase de picador de caballos, le mandó matar estando dormido. Este Basilio dió á su hijo Leon escelentes reglas de gobierno distribuidas en setenta capítulos, que empiezan cada uno por una letra, la cual junta con las otras viene á decir lo siguiente. "Basi»lio emperador de romanos en Cristo, á Leon su »amado hijo y cólega." Seguramente, observa Anquetil, que si Basilio no fue inventor de los acrósticos, á lo menos no puede negarse su aficion á ellos. Alejandro, Constantino VIII, Romano I y Nicéforo Focas, todos fueron actores de varios dramas en que se representó la usurpacion, el parricidio, la traicion y el asesinato por mas de medio siglo. Pero muerto Nicéforo por disposicion de su esposa Teofana, que introdujo los asesinos hasta su propio dormitorio, empuñó el ce-

tro Juan Zimisces, que asoció al trono á los dos hijos de Romano I, llamados Basilio y Constantino IX, los cuales lograron un reinado de mas de cincuenta años, despues de una menoredad borrascosa. Sucediόles Romano II que murió ahogado en el baño á manos de Miguel Plafagonio, hombre de humilde nacimiento y amante de la emperatriz Zoe, aunque despues tuvo ó afectó una ejemplar piedad. Miguel Calafate, su hermano y sucesor desterró á Zoe, que lo habia asociado al imperio, y por esta ingratitud se puso el pueblo en sublevacion, lo exoneró y restableció á Zoe en el trono juntamente con su hermana Teodora. El casamiento de la primera con Constantino, llamado Monaco, dió lugar á que éste gobernase durante trece años, hasta que murió del miedo que le causó la salida de su cuñada la princesa Teodora del monasterio donde estaba retirada, y la circunstancia de haberse hecho proclamar emperatriz.

Teodora reinó con gran prudencia y discrecion durante un año y algunos meses, y dejó al morir la corona á Miguel Estratiótico, que fue muy en breve reemplazado por Ysac Comneno, y él entró, aunque con dudosísima vocacion, en un monasterio. Ysac tuvo el cetro poco mas de dos años, tiempo suficiente para hacer á los pueblos víctimas de sus onerosos impuestos, los cuales crecieron en tiempo de Constantino Ducas, porque en lugar de repeler los ataques de los turcos procuraba que se retirasen, haciendo cuantiosos regalos á sus generales. Romano Diógenes tuvo una muerte muy cruel, y dejó el trono, que realmente habia usurpado, á Miguel Ducas, hijo de

Constantino, el cual al cabo de seis años y medio de reinado prefirió el báculo pastoral en paz, al cetro en inquietudes y temores, y recibiendo las órdenes sagradas, llegó á ser obispo de Efeso, del mismo modo que Nicéforo de Botoniate que ocupó su puesto y se casó con su misma esposa María, hubo de trocar la púrpura por la cogulla, dejando á aquella princesa viuda de un obispo y de un monge, que aun estaban vivos.

Alejo Comneno se vió casi siempre en guerra con los turcos, sarracenos y scitas; pero lo que es mas doloroso, tuvo que pelear contra los cruzados á las ordenes de Roberto Guiscard, usando, respecto á los demas, de la política necesaria con unos hombres, que si bien llevaban un objeto piadoso, cometian horribles desórdenes en las tierras del imperio, y aun aspiraban á dominarlo, como en efecto sucedió. Juan Comneno, hijo de Alejo fue felicísimo en sus guerras contra los hunos, servios, scitas y turcos, apoderándose del reino de Armenia. Manuel, su hijo, no imitó la buena conducta del padre, y Alejo Comneno II, su nieto, fue víctima del usurpador Andrónico, á quien Ysac Angelo quitó la vida y el poder. Pero Alejo, hermano de Ysac, lo destronó á los diez años de reinado, y le mandó sacar los ojos, bien que no le hizo falta la vista para el manejo del cetro que recobró con el ausilio de venecianos y franceses.

El jóven Alejo, su hijo y su libertador, apenas le habia sucedido cuando Juan Ducas Muntzulfo le ahogó con sus propias manos, y se hizo proclamar emperadór, cuyo atentado dió un pretesto á los cruzados para apoderarse de la sobe-

ranía á los ochocientos setenta y cuatro años despues de haberse trasladado la capital del imperio á Constantinopla.

El dominio de los latinos solo dió lugar á que reinasen cinco monarcas, á saber: Balduino, conde de Flandes, que obtuvo la Tracia con absoluta autoridad sobre las provincias griegas ya subyugadas, y las que en adelante se conquistasen: Henrique, su hermano, Pedro su cuñado, Roberto, hijo menor de este último, y Balduino II que vencido por Miguel Paleologo, se retiró á Venecia y dejó el imperio de nuevo á los griegos á los sesenta años despues que lo habian perdido; debiendo advertir, que al mismo tiempo que se estableció la dinastía latina se formaron los humildes y estrechos imperios de Trebisonda y Nicea.

A Miguel Paleologo, sucedió en Constantinopla su hijo Andrónico, en cuyo tiempo pasaron los turcos á Europa y le dieron mucho en que entender. Siguiéronle Andrónico, llamado el jóven, y el hijo de este Juan Paleologo, niño de corta edad, que quedó bajo la tutela de Cantacuceno, el cual tomó la púrpura y se hizo cólega de su pupilo. Manuel, hijo segundo de Juan, estaba en rehenes en la corte del emperador de los turcos Bayaceto, cuando recibió la noticia de la muerte de su padre, y engañando á las guardias se fugó á Constantinopla, lo que irritó de tal suerte á Bayaceto que le hubiera quitado el trono á no ser porque entonces sobrevinieron sus famosas desavenencias con Tamorlan. Empero ya estaba la suerte echada y el mezquino imperio de los griegos no era posible que se sostuviera por mucho tiempo. Asi es que en el reinado de Juan

volvieron los turcos á recuperar todas las provincias que Manuel, su padre, habia restaurado, y por último Mahomet II, apellidado Bojuc, ó el grande, puso sitio á Constantinopla y la conquistó despues de una defensa gloriosísima de parte de los sitiados y de su emperador Constantino, hermano de Juan, que murió valerosamente con las armas en la mano. Esta catástrofe dió fin en el año de mil cuatrocientos cincuenta y tres, al imperio que Constantino habia fundado en Constantinopla mil ciento veinte y tres años antes. En general puede decirse que casi todos los príncipes griegos se ocuparon mas en disputas teológicas contra sus contrincantes que en el manejo de las armas contra sus enemigos, haciendo mayor uso del argumento que de la espada: cuyo ridículo ergotismo reunido á las funestas disensiones intestinas que los despedazaban, presentó la mejor ocasion de ensanchar sus dominios á los osmanlis, que entonces caminaban rápidamente al apogeo de su grandeza y prosperidad.

Vicisitudes de varios estados griegos.

Durante las guerras civiles de los romanos obtuvieron los estados griegos ventajas ó sufrieron perjuicios segun el partido que cada uno de ellos abrazaba. Atenas fue desgraciada en adoptar sucesivamente los intereses de Pompeyo, Bruto y Antonio, con lo que fue castigada por todos los vencedores incluso Augusto. Germánico concedió un lictor á los atenienses en señal de soberanía, pero Vespasiano los hizo provincia de Roma, diciendo que no sabian vivir independientes. Adria-

no, que habia sido arconte de Atenas, la reintegró en sus privilegios, le aseguró una renta en trigo y reparó sus muros. Constantino dió al primer magistrado de Atenas título de gran duque; y en el siglo XIII perteneció este estado sucesivamente á varios señores latinos, griegos y aragoneses, á quienes quitó la posesion un florentino llamado Raynerio Acciayoli, dejándole luego á los venecianos, y la Beocia á Antonio, su hijo natural. Este logró despojar del Ática á los venecianos, pero los turcos le privaron de la corona y de la vida. En el año de mil seiscientos ochenta y siete volvió Atenas al dominio de Venecia, y pocos años despues cayó en poder de los turcos, que la conservaron hasta la insurreccion que la presente obra tiene por objeto.

El Epiro perteneció desde Constantino al imperio de oriente, y tomada Constantinopla por los latinos, lo gobernaron varios príncipes griegos que tomaron el título de déspotas de Epiro y de Etolia. Con las victorias de Escandemberg recibió cierto esplendor pasagero, y por último fue presa de los turcos, que lo han poseido con el nombre de Albania.

El emperador Manuel dividió en el siglo X el Peloponeso en siete provincias y las repartió entre sus hijos, dando al pais el nombre de Morea, por la semejanza de su figura con la hoja del moral. Cuando se formó en el siglo XIII el imperio latino cayó la Morea en poder de los venecianos, pero últimamente en mil setecientos quince quedó por el imperio de los osmanlis que la han dominado hasta la insurreccion de mil ochocientos veinte y uno.

Consideraciones sobre la Grecia antigua.

Las costumbres de la Grecia era preciso que se resintiesen en los primeros tiempos de la rusticidad y groseria de aquellos siglos en que toda la civilizacion del mundo estaba circunscripta á algunas regiones del Asia. Pero despues que los griegos fueron adquiriendo las luces y conocimientos de que carecian, atravesaron rápidamente la carrera del saber humano, y no solo igualaron, sino es que superaron con mucho á sus maestros. "No hay ramo alguno de todos cuantos dependen »de la mente del hombre, dice el erudito jesuita Andres, de que la Grecia no cogiese las mas »bellas flores y los frutos mas esquisitos. Las buenas letras, y las ciencias exactas, las artes li»berales y las que, aunque se llaman mecánicas, »exigen vastos y profundos conocimientos para »ejercerse dignamente, todas fueron cultivadas »por los griegos y adelantadas hasta el mas alto »punto de belleza y de perfeccion."

En efecto los griegos ilustraron las armas y las letras de modo que dejaron á la posteridad mas facil materia de asombro que de imitacion. Sin embargo de lo breve de esta sucinta idea acerca de la historia antigua de Grecia no ha dejado de hacerse mencion de muchos y muy célebres capitanes que tal vez no han hallado compañeros entre los modernos. ¿Pero qué podria decirse con respecto á las artes y á las ciencias? Homero, Hesiodo, Arquiloco, Alceo, Anacreonte, Autimaco, Mirtida, Corina, Safo, Téocrito, Bion, Esquilo, Sofocles y Eurípides con

otros escelentes poetas elevaron á la mayor altura la gloria del Parnaso griego, al paso que la elocuencia no hacia menores progresos cultivada por Lisia, Isócrates, Iperides, y mas particularmente por Esquino y Demóstenes. En la historia se distinguieron, entre una multitud de escelentes escritores, Erodoto, Tucídides Xenofonte, Dionisio Halicarnaseo, Dion Casio, Diógenes Laercio, y Plutarco. En la Cronologia Harpalo, Calippo, Eudoxio, Meton y Ptolomeo. La filologia contó tantos discipulos como autores nos sirven todavia de modelo del buen gusto y de los rectos principios, sin incluir los muchísimos que no han llegado hasta nosotros. ¿Y qué se dirá de la filosofia? Sería necesaria una obra esprofeso para dar al lector un catálogo de los filósofos que sobresalieron en Grecia, con una breve esplicacion de sus diferentes doctrinas. Tales, Pitágoras, Platon, Arquimedes, Apolonio, Diofanto, Euclides trataron con una increible felicidad las matemáticas, asi como Hipócrates y Galeno la medicina, Erasistrato y Erofilo la anatomía, Teofrasto y Dioscórides la botánica; en una palabra la jurisprudencia, los estudios eclesiásticos, la física, la historia natural y todas las ciencias tuvieron escelentes profesores, de quienes la sola nomenclatura es bastante a llenar volúmenes enteros.

Mas de todo lo que puede dar pábulo á la admiracion, si se consideran los prodigios, de que fue tan fecunda la Grecia en aquella época, nada parece mas estraordinario que el espíritu nacional de un pueblo cuyas provincias nunca formaron un mismo estado. Asi es como en la actualidad, aunque situadas á largas distancias, y

bajo el influjo de diferentes sistemas de administracion, todos los griegos se glorian de su comun origen y todos convienen en la superioridad que los distingue de sus opresores, cualquiera que sea la exageracion que el amor propio dé á este sentimiento que no carece de nobleza en su principio.

Con respecto á los hechos, y aun si se quiere á las conjeturas que se ofrecen al lector en esta obrita, es inútil decir que se ha procurado tomarlas de las historias, apuntes y papeles impresos é ineditos hasta ahora, que parecen mas exactos, verídicos é imparciales. El que lee para intruirse de lo que realmente ha pasado no busca apologías sino verdades, no quiere una novela ingeniosa de lo que deberia ser, sino es una historia fiel de lo que es. Asi que no ha creido bastante el autor de la presente noticia que los escritores de que se ha valido hayan sido testigos presenciales de los sucesos, y por lo mismo ha confrontado sus narraciones, ha examinado los motivos que podian conducir sus plumas, y ha apelado, en no pocas ocasiones, á una crítica, si no tan prudente y juiciosa como se necesita, al menos tal cual le ha sido posible emplear.





Alexandre Mavrocordato

PARTE PRIMERA.

Nociones geográficas relativas á la Grecia moderna: Estado de los griegos bajo el dominio turco: Organizacion militar, política y religiosa del Imperio Otomano: Origen de la insurreccion de la Grecia: Sucinta idea acerca de Alí Tebelen Bajá de Janina: Causas inmediatas de la insurreccion de 1821: Primer movimiento insurreccional: Alejandro Ypsilantis: Germanos: Insurrecciones de Laconia, Arcadia y Mesenia: Narracion histórica de los sucesos mas importantes desde Abril hasta fin de diciembre de 1821.

Nociones geográficas relativas á la Grecia moderna.

Las provincias de la Grecia moderna habitadas por dos pueblos absolutamente distintos, y sin mas relaciones que las forzosas entre opresores y oprimidos, corresponden todas á las del antiguo imperio griego, ya sea con diversos nombres, ya con los mismos que tuvieron en otro tiempo. Asi es que

la Yliria forma en la actualidad parte de la Croacia, Morlaquia, Dalmacia y Bosnia: de la Dacia se forman hoy los paises conocidos con los nombres de Transilvania, Moldavia y Valaquia: la Mesia es ahora la Servia y la Bulgaria: la Albania y el Epiro se distinguen con las denominaciones de alta y baja Albania: la Macedonia conserva su nombre dándolo á la Tesalia: la Arcanania se sostiene igualmente: la Tracia antigua es la Romelia moderna: los estados de Focide, Boecia y Ática componen al presente la Livadia: y por último, como se dijo antes, la Morea es el antiguo Peloponeso, que comprende la Acaya, Eles, Arcadia, Mesina y Laconia. El clima en general es suave, templado y favorable á la vejetacion, asi como el terreno es en gran parte feraz y abundante en granos, vinos y frutos esquisitos. La Grecia moderna, propiamente dicha, está situada entre el Archipiélago y el mar Jónico, siendo sus principales golfos los del Drin, del Arta, de Lepanto, de Coron, de Kolochina, de Nauplia, de Atenas, de Salónica y de Orsano, con un gran número de islas mas ó menos considerables (1) casi todas ellas bien cultivadas y habitadas por gentes industriosas y comerciantes; pero sobre todo muy á propósito para la marina. Las poblaciones principales en razon del número de sus habitantes, de su posicion ó de su celebridad son: en la Albania Escutari, capital de la provincia, á orillas del lago Zeta, Dulcig-

(1) *Véase la introduccion pagina* 44.

no, buen puerto al sudoeste del mismo lago y Durazzo, que es la antigua Dyrrachium: en Macedonia, Salónica, que tiene un puerto muy cómodo en el golfo del mismo nombre, y Orsano ó Contessa, tambien en el golfo asi llamado. En la provincia de Janina la ciudad de Larisa, que es la capital, y la de Janina, situada en medio de un lago y que ofrece un aspecto muy agradable: en la Livadia Parga, en la Costa del mar Jónico, Arta cerca del lago á que da nombre, Anatólico, Missolonghí, plaza fuerte y puerto situado en la costa del mar Jónico, çerca de la entrada del golfo de Patras. Lepanto, en el golfo de su nombre, antes llamado de Corinto, Livadia, capital de la provincia, Tebas que lo era de Beocia, y la célebre Aténas, cuya poblacion no escedia de seis mil almas antes de la guerra entre griegos y turcos. Ultimamente en la península de la Morea los puertos de Patras al norte, de Navarino y de Modon al sudoeste, enfrente de los islotes de Esfagia y Sapiencia, Coron en el golfo del mismo nombre, Mayna cerca del cabo de Matapan, que es el punto mas meridional de la península de Nápoles de Malvasia, á la entrada del golfo de Nauplia, y Nápoles de Romania, ó Nauplia. Las ciudades que mas se distinguen en esta parte de la Grecia son Tripolitza, antes llamada Mantinea, capital de toda la provincia, Longonico y Kolochina ácia el Sur, Misitra, cerca de las ruinas de la antigua Esparta, Argos al nordeste y Corinto á la entrada del Istmo que separa la Morea del resto del continente.

Estado de los griegos bajo el dominio turco.

Estos pueblos pudieran tal vez haber sido los mas felices de la tierra sin el influjo de sus circunstancias particulares, que siempre les han hecho estar en una posicion desastrosa. Ellos debieran ser dueños de todo el comercio del Asia y proveer de frutos y manufacturas á Europa, despues de haber provisto á su consumo con lo necesario y aun con lo superfluo, hallándose situados tan ventajosamente y tan en contacto con las tres partes del mundo antiguo. Ya se ha dicho que en los tiempos de la edad de oro de la Grecia estuvo esta nacion continuamente despedezada por guerras civiles, y que despues de formado el imperio griego apenas hicieron mas que mudar de opresores; los cuales preferian las disputas teológicas y las intrigas palaciegas al buen gobierno de sus estados. Empero jamas llegaron á un estremo de abatimiento y de ignominia semejante á la servidumbre en que les constituyó el dominio turco.

Mahomet II, conquistador de Constantinopla, consultando mas bien el fanatismo que le inspiraba su falsa creencia, que las reglas de una sana política, se propuso mantener constantemente un pueblo estrangero en medio de su imperio, con otro culto, otras costumbres y otros intereses. Algunos han elogiado esta tolerancia, segun las máximas modernas sin advertir que su objeto era hacer de los griegos otros tantos ilotas ó esclavos, que se empleasen, en el cultivo de las tierras, ó en las artes mecánicas, mientras el pueblo guerrero

que los dominaba adelantaba indeterminadamente sus conquistas. Tales fueron sin duda las miras de Mahomet al publicar aquel famoso Katicherif que los griegos han considerado por mucho tiempo como su ley fundamental.

En virtud de este acta quedó establecido el patriarca de Constantinopla por gefe de la nacion griega, presidente del Senado, y juez supremo en todos los negocios civiles y religiosos, esceptuándole del pago del impuesto llamado Kharadge ó Caratch tanto á él como á los demas individuos del sínodo, destinados á formar el consejo supremo de la nacion. Este se compone de doce metropolitanos, residentes siempre en Constantinopla, á saber; los de Cesarea, Efeso, Heraclea, Císica, Nicomedia, Nicea, Calcedonia, Salónica Dorcon, Ternoba, Andrinópolis, y Amasia, juntamente con el patriarca de Jerusalen.

Todos los cadis y los gobernadores deben ejecutar las sentencias jurídicas del patriarca con respecto á los cristianos del rito griego, como tambien las de los obispos en las causas de los de sus diócesis, y están obligados á ausiliar al clero en la recaudacion de sus rentas y derechos. El patriarca y los metropolitanos exigen una contribucion anual de doce aspros (1) por cada familia, y de un zequí, de cada uno de los papas de sus diócesis, ademas de las utilidades que les deja la administracion de justicia, por la cual cobran un diez por ciento del objeto en litigio, y pres-

(1) *Pequeña moneda de plata que se usa en Turquía.*

cindiendo de los impuestos que por varios motivos hacen pagar á los sacerdotes subalternos.

Estos se dividen en tres clases: 1.ª la de los proestos ó ecónomos de las iglesias que viven del producto de sus grandes derechos parroquiales: 2.ª la de los pneumáticos ó confesores, los cuales perciben una limosna por la administracion del sacramento de la Penitencia; y 3.ª la de los efemerios ó diaristas, bajo cuya denominacion se conocen aquellos, cuyas rentas solo consisten en el producto de sus misas. Las primeras dignidades de la iglesia griega son el Loghoteto ó Canciller que espide las bulas del patriarca para los arzobispos, obispos y demas dignidades: el Primiciero que recauda los derechos judiciales de la patriarcal y los que se adeudan por escomuniones y divorcios: el Protosingelos, que vigila sobre la conducta de los sacerdotes y entiende en el arreglo de las desavenencias que sobrevienen en las familias: el Archimandrita ó primero de los curas de la patriarcal, que recauda las herencias de los sacerdotes que mueren sin legítimos herederos: y el Arcediano encargado de espedir las licencias para matrimonios y las dispensas de amonestaciones. Ademas sostiene esta iglesia á los tres patriarcas de Jerusalen, Antioquía y Alejandría, con treinta y dos arzobispos y ciento cuarenta obispos, que careciendo de rentas y posesiones, viven solo de la piedad de los fieles. Sin embargo algunos de ellos, como sucede al de Éfeso, poseen hasta cien bolsas ó doscientos mil reales anuales en rentas.

A esta especie de gobierno sacerdotal se asocia el dominio turco, de cuyas autoridades de-

penden los griegos que gimen bajo su duro yugo. Es en efecto tan pesado, que la situacion de los súbditos cristianos de la Puerta arrancaría la compasion de los pechos mas insensibles. Con su industria han hecho siempre estos infelices la fortuna de sus opresores, pagando á sus verdugos del producto de su trabajo, empleando su habilidad en sostener la marina de sus injustos amos, y contribuyendo para mantener el ejército destinado á conservarlos en tan vergonzosa humillacion; pues segun los estatutos de los genízaros venian á ser los opresores los mismos hijos de los oprimidos.

El peso de las contribuciones recaia principalmente sobre los rajas, nombre que dán los turcos á los que no profesan el culto de su falso profeta. Tres son los impuestos mas considerables: el mirí ó contribucion territorial, el derecho sobre las propiedades particulares; y en fin, el caratch ó capitacion. El mirí es la décima ó la quinta parte del producto de la tierra que debe pagarse, bien sea al Sultan para el tesoro del imperio, ó bien á los bajaes, como parte de sus emolumentos. El impuesto sobre las propiedades se fija con la mayor arbitrariedad, pero en Grecia se valuaba en la cuarta parte de las utilidades del negociante. El caratch es un tributo desde cuatro á doce piastras (1) por cabeza, exigible á todo individuo que ha cumplido ya doce

---

(1) *La piastra turca no vale actualmente mas de dos reales quince maravedis de vellon.*

años: y los medios para averiguar la edad de los que deben contribuir son de tal naturaleza que las dudas se resuelven siempre en favor del gobierno. No ha faltado quien promueva la pueril cuestion de si algunos viageros se equivocaban ó no en considerar este impuesto como un permiso á cada cristiano de prolongar su vida por un año mas; pero sea de esto lo que fuere, siempre será cierto que los turcos despues de haber conquistado el territorio impusieron á los vencidos la condicion de abrazar el islamismo, ó de pagar un tributo bajo pena de la vida á los que se negasen á ambos estremos. Así que, el caracth es una consecuencia de su eleccion, y consiste en una especie de carta de cierto color que debe el contribuyente presentar á la primera intimacion que se le haga al efecto. Este tributo lleva naturalmente consigo una multitud de vejaciones arbitrarias, y es ademas origen de mayores males, porque se calcula con anticipacion la cantidad que debe producir un distrito, y el perceptor es responsable con su cabeza de hacerla efectiva. Este tributo y el que afecta la propiedad se arrendaban en Grecia por los bajaes á unos griegos llamados codja-bachis, que hacian sufrir á sus infelices compatriotas todo género de opresion. Si la poblacion ó las riquezas disminuian en un distrito, debian sin embargo sus habitantes soportar el aumento de cargas, lo que aseguraba con certeza la ruina del pais; pero todos estos gravámenes eran muy inferiores á las estorsiones arbitrarias de los bajaes, como consecuencias de su rapacidad y avaricia, las cuales siempre quedaban impunes

en Constantinopla, con tal de que el sátrapa concusionario no faltase á enviar al Gran Señor y á sus ministros preciosos, y frecuentes regalos.

A todos los medios de opresion inventados para el pago de los impuestos, deben añadirse los que se usaban en la administracion de justicia cuando los griegos litigaban contra los turcos, ó vice-versa; advirtiendo que á los cristianos se les considera como á una casta inferior, y que en todas las relaciones de la vida les acompañan las señales de su degradacion. En virtud de un fetva solemne del Mutphi, carece de fuerza el juramento de un cristiano contra un musulman sino va apoyado por el testimonio de otro sectario de Mahoma, y al efecto debe este último hallarse en estado de gracia. Bayaceto I no pudo comparecer un dia como testigo porque no habia recitado las cinco oraciones en público. En tal concepto, ¿qué valor puede darse al juramento de un raja? Pero ademas debe entenderse que la ley solo inflinge un ligero castigo al perjurio de un mahometano contra un infiel, segun su lenguage, y el de este contra un musulman, es siempre castigado con pena de muerte. Fácil es conocer cuantas reclamaciones se harán contra un infeliz cristiano, y que cualquier estraño se apoderará de sus propiedades y de su casa sin que haya recurso contra una violencia semejante. Si un musulman da muerte á un cristiano de caso pensado, la ley que lo condena no se ejecuta, y el asesino queda impune; pero la mas pequeña ofensa personal de parte del raja es castigada con el último suplicio.

Las casas y los vestidos de los cristianos han de ser de un color pardo, y les está prohibido usar del turbante verde, del chal blanco ó de las babuchas amarillas. Si sus habitaciones son elegantes, á lo menos es preciso que el esterior de ellas ofrezca el aspecto de la miseria: si poseen hermosos caballos, ni siquiera se atreven á montarlos. Por último, los turcos se sirven de los griegos como si fueran sus criados, en términos que un musulman ve á cualquiera raja sentado en su tienda, lo llama imperiosamente, y le obliga á que le ayude á cargar las caballerías que lleva, ó á otra faena mas penosa. Los mas bajos del pueblo dan pública é imperiosamente de palos á los mas distinguidos de entre los griegos, y la vida de estos estaba siempre á la merced del primer acceso de cólera de un musulman. Se les asesinaba, se les mutilaba por menos motivo que el que tiene cualquiera magistrado de un pueblo culto para imponer una ligera multa ó un apercibimiento. Estos ultrages hacen por necesidad la mayor impresion en el ánimo de un pueblo que empieza á conocer la vergüenza, y á tener ideas de honor; pues si semejantes injurias se toleran primeramente sin resentimiento, al cabo provocan una venganza mucho mas cruel que las ofensas que la han producido.

Los que niegan el triste estado de los griegos bajo el dominio turco, se apoyan en la sola razon de que este pueblo no se ha destruido enteramente, y de que muchos de sus habitantes con bastante riqueza para vivir donde les acomode, prefieren la residencia en Constantinopla

á la de Londres, Paris ó Madrid. Pero si reflexionasen lo que puede el amor al pais donde nacemos; si viesen que para cada griego acomodado hay millares de indigentes en la última miseria, y que por cada millar de habitantes de los que encontraron los turcos apenas han quedado ciento, entonces se convencerian de la debilidad de sus raciocinios. Sin embargo, es tal el desórden y la falta de uniformidad en el gobierno, que las islas en general vivian casi en una completa independencia de la Puerta, pues solo le contribuian con alguna gente para la marina y ciertos tributos en especie, rigiéndose por sus magistrados particulares; en cuyo nombramiento apenas tenia parte el soberano. Los habitantes de las montañas en el continente, y con especialidad los de Epiro, componian en cada canton, y tal vez en cada ciudad, una especie de república autónoma dividida en *Phares* ó partidos, donde los grandes feudatarios contrapesaban enmedio de aquellas asociaciones la autoridad de la Sublime Puerta. El turco, cualquiera que fuese su carácter público, era sospechoso á los epirotas, y todos se reunian en caso necesario á fin de impedir las usurpaciones, y sobre todo la inamovilidad de los bajaes ó procónsules anuales (1). Pero apenas libres de los temores que los bajaes les inspiraban, los

---

(1) *Los visires, bajaes, cadis &c. reciben sus nombramientos por un año lunar que se renueva cada Bayram.*

inconstantes schypetars (1) revolvian sus armas un pueblo contra otro, tomando parte en tales luchas y en diferentes sentidos los mismos armatolis. Eran estos una especie de gendarmes encargados de la policía del pais en la Grecia septentrional, y repartidos en catorce capitanías; á saber: en la alta Macedonia, las de Verria, Servia, Alassona, Greveno y Milias: en la Tesalia, Olympos, Maurovonni, Cassia, Agrafa, Patradgik y Malacassis; y en la Arcanania y Etolia Venético, Lidoriki y Xeromeros, que abrazaba todo el bajo Epiro hasta Rogous y Djoumerca. Los cristianos, que en cualquiera otra parte eran esclavos, luego que entraban en las filas de los armatolis y de los guardias de los señores, quedaban libres del tributo del caratch, apenas conocian al sultan mas que de nombre, y gozaban de una especial consideracion con los turcos, á quienes á veces hacian temblar.

Los griegos que habitaban enmedio de los bosques y en la cima de las montañas escarpadas, estaban generalmente sumidos en la mas bárbara y grosera ignorancia, que les hacia mirar como honrosa la profesion de salteadores de caminos, en la cual se ejercitaban durante el buen tiempo, volviendo cargados de botin á sus inaccesibles riscos luego que concluia el otoño. Así pues eran diestrísimos en la guerra de monta-

---

(1) *Nombre que se dá á los descendientes de los albaneses cristianos que abrazaron el islamismo despues de la conquista.*

ña, y casi siempre tomaban partido en las disensiones civiles, ocasionadas por la desobediencia de los bajaes á las órdenes del gobierno, ó por efecto de aquella incomprensible anarquía que autorizaba á un visir á hacer á otro la guerra, como si se tratase de dos estados independientes. Pero para conocer el influjo que podian tener semejantes partidas en el éxito de estas guerras, no será fuera del caso dar una idea del sistema militar de los turcos antes de la abolicion de los genízaros, con cuyo motivo se dirá lo que baste acerca de la organizacion civil y religiosa del imperio otomano, para que pueda apreciarse la verdadera fuerza de esta monarquía, cuando se efectuó el levantamiento general de los griegos.

Organizacion militar, política y religiosa del imperio otomano.

El ejército regular, si merece este nombre el de Turquía, constaba el año de 1826 de poco mas de sesenta mil hombres pagados por el tesoro imperial, de los cuales cuarenta mil eran de infantería con el nombre de genízaros á sueldo, y doce mil de caballería llamados Spahis, que con los Topchis, ó soldados de artillería volante y de á pie, zapadores, pontoneros y empleados en el tren, componian el número espresado. De esta pequeña fuerza solo los últimos cuerpos tenian una disciplina análoga á la de los europeos, siendo en lo demas el orden de guerrear, la calidad de las armas y el trage mismo otros tantos obstáculos para vencer. Es

cierto que los turcos cuando sus conquistas repartieron muchas tierras entre los soldados, formando una especie de posesiones amayorazgadas con los nombres de Zaimets y de Timars, cuyos poseedores tienen obligacion de acudir á campaña cuando se les llama, con cierto número de soldados. Pero si bien este instituto proporciona á los turcos la facilidad de reunir considerables masas de fuerzas, la clase de ellas, su absoluta falta de instruccion militar, su indisciplina y la crasa ignorancia de sus gefes, las hacen mas perjudiciales que útiles para batallar contra los ejércitos de Europa. Mahomet II, Soliman el magnífico y otros conquistadores turcos las hubieron con enemigos al nivel de sus conocimientos militares, y que tenian que ceder al entusiasmo fanático de aquellas numerosas hordas sedientas de sangre cristiana, y atraidas por el pillage: ¿pero quién ignora los adelantamientos que en el arte de la guerra han hecho despues las naciones civilizadas, al paso que los turcos no han tenido progreso alguno en esta ciencia, no menos fatal que importante?

Los generales otomanos que regularmente han sido educados en el serrallo en la clase de esclavos, y de los cuales muchos dejan de la mano la azada ó el hacha cuando empuñan el baston de mando, no son mas á propósito que sus soldados para hacer la guerra con acierto, ni para observar los principios de una sabia y prudente estrategia. Si por ventura algunos de ellos adquieren en los colegios de palacio varios conocimientos imperfectos, no son aplicables en lo general á la ciencia de la guerra, como lo ma-

nifiestan las contínuas derrotas que han sufrido los turcos de siglo y medio á esta parte por la impericia de sus gefes, unida á su táctica monstruosa. En vano usaban los sultanes del gran resorte de apellidar guerras de religion todas las que hacian contra los cristianos, por motivos puramente políticos: en vano llamaban á todos los musulmanes á las armas sacando el roto y consumido estandarte de Mahoma, porque ni sus sectarios acudian en el número que se supone, ni semejantes masas de gente brutal y grosera servian de otra cosa que de asolar el pais que pisaban y de hostilizar bárbaramente á sus habitantes, siquiera fuesen amigos ó enemigos, rajas ó musulmanes aquellos cuyas casas daban á saqueo y de quienes violalaban las mugeres.

Ordinariamente residian las tropas de paga en Constantinopla ó en sus inmediaciones durante la paz, consistiendo la fuerza militar de las provincias en los genízaros sin sueldo, que solo se alistaban en el cuerpo para gozar de sus privilegios. Asi es que los visires y bajaes para sus sublevaciones y guerras de unos con otros, armaban á los paisanos ó se valian de los armatolis, existiendo por decirlo asi reglamentada la sedicion y protegido el desórden por las mismas autoridades que en cualquiera nacion culta tienen interes en mantener la tranquilidad.

Todos los gobernadores turcos son militares y el estado está dividido en veinte y seis gobiernos generales ó *ayalets* compuestos de ciento sesenta y tres provincias ó *livas* que comprenden mil y ochocientos distritos llamados *cazas* ó jurisdiciones para la administracion de justicia. Los

bajaes mandan la fuerza armada en tiempo de paz, y la llevan á sus órdenes en caso de guerra hasta el punto de reunion del ejército ó durante toda la campaña: cuidan del cobro de las contribuciones y de su envio á Constantinopla, y ejercen por sí mismos las funciones de jueces; suscitándose muchas veces entre ellos y los magistrados judiciales de sus provincias las mismas diferencias que entre el sultan y los ulemas del imperio. Pero enmedio de sus riquezas y de su poder un bajá no es mas, segun la espresion de los turcos, que una estátua de vidrio que con solo un gesto del soberano puede convertirse en polvo. Asi es que aunque han sido frecuentes las sublevaciones de estos gefes, rara vez han tenido buen éxito sus tentativas de independencia y jamás han venido á ser sus bajalatos hereditarios como los feudos de los reinos del norte.

Las leyes civiles y religiosas por las cuales se rige el imperio, todas estan consignadas ó tienen su principio en el alcorán, que es el único código escrito de los mahometanos; pues los demas libros que contienen los preceptos de los cuatro primeros imanes, y los comentarios de los doctores no siempre tienen fuerza de ley. Los encargados de las funciones sacerdotales, los intérpretes de los preceptos del alcorán, y los encargados de los oficios judiciales salen todos del cuerpo de los ulemas ó legistas, que es por lo tanto el mas poderoso de la monarquía. Puede calcularse cuál será su influjo si se considera que en el año de mil ochocientos cinco habia solo en Constantinopla cuatrocientas ochenta y cinco mezquitas para las oraciones de los viernes, y comprendi-

das las ausiliares, cinco mil mezquitas ordinarias. Los ministros del culto llamados ismanes, son los menos doctos entre los ulemas; pues los mas sabios se destinan á la toga y administran la justicia en todos los puntos del imperio con el título de *Cadis* ó de *Mollaks*. A la cabeza de este cuerpo estan los dos cadileskers, y principalmente el Mutphi ó soberano pontífice de los turcos.

Los negocios gubernativos se despachan por el gran Visir ó lugar teniente del sultan, que tiene á sus órdenes inmediatas diversos agentes encargados de los varios ramos de la administracion, tales como el *reis-effendi* para los asuntos diplomáticos, el *testerdar-effendi* para el despacho de hacienda, el *thersana emini* ó ministro de marina, y el *kiaya-bey* para el ministerio del interior. Pero todas las resoluciones importantes se deliberan en el divan ó consejo supremo de estado, compuesto de las grandes dignidades de que se ha hecho mencion, y ademas del genízaro *aga* ó general en gefe de los genízaros pagados, antes de su estincion, del Spahis, aga ó gefe de la caballería pagada, del *Toppi-bachi* ó director general de artillería, y del capitan bajá ó grande almirante.

Sin embargo, los escritores mas versados en la historia otomana convienen en el escesivo influjo que ejercen sobre los negocios por medio de manejos ocultos las poderosas facciones que se forman en el interior del serrallo, de las que suelen ser las mismas sultanas el principal resorte. No hacen menos papel en aquellas farsas cuyo desenlace se efectua á veces en virtud de sangrientas catástrofes, los miserables mutilados que

con los títulos de *Kislar-aga* ó gefe de los eunucos negros, y de *Capi-aga* ó gefe de los eunucos blancos vienen á ser dos dignidades de las mas distinguidas de palacio.

A vista de un orden de cosas tan estraordinario y mal entendido, que por mas que quieran decir apoyándose en el argumento de su duracion, solo se sostiene de mucho tiempo á esta parte por una consecuencia de la política europea, es evidente que esta misma política ha podido dirigir los sucesos segun sus miras ó conforme á sus intereses. Pero se hace preciso no desatender semejantes observaciones para examinar imparcialmente el primitivo origen de la actual insurreccion de la Grecia.

Origen de la insurreccion de la Grecia.

El Czar ó emperador de Rusia Pedro I, llamado con razon el grande, no contento con crear un pueblo culto donde solo existian hordas de salvages casi en estado de naturaleza, ambicionó la posesion de los mares de levante para estender el comercio que consideraba como el alma de la riqueza de las naciones. La fama de sus triunfos y sobre todo la de su victoria en Pultava, tan funesta para su rival Cárlos XII, hizo una grande impresion en el ánimo de los griegos unidos al imperio moscovita con los lazos de una comun creencia. Pero si bien resucitó en los infelices helenos una esperanza á que habian renunciado hasta entonces, y si bien pudieron ver en aquella época el primer rayo de luz enmedio de las tinieblas que los rodeaban, toda ilusion

desapareció cuando Pedro cercado por los turcos á orillas del Pruth se consideró demasiado feliz en recibir su libertad de manos de un visir á costa de varias de sus conquistas. Una sola comarca crisiiana consiguió en aquel tiempo unir su destino al trono de los czares y fue la de Czerna Gora ó Monte negro, tribu esclava que dió á sus correligionarios el primer ejemplo de una pública separacion de la Puerta Otomana.

Los griegos empezaron ya á salir de su prolongado letargo, y adelantaban en la carrera de la civilizacion mientras que sus opresores permanecian como paralizados en su misma ignorancia. No tardaron estos mucho en necesitar de las luces y conocimientos de los rajas, á quienes manifestaban tanto desprecio: y entonces fue cuando las principales familias griegas, habitantes de un arrabal de Constantinopla, llamado Fanar, consiguieron dar una importancia á sus servicios. Empleados en las funciones de dragomanes ó intérpretes de la Puerta, y en posesion de obtener las soberanías de Valaquia y Moldavia, con título de Vaivodes, les fue fácil ir adquiriendo cierta superioridad moral sobre sus propios amos. La necesidad de estudiar las lenguas y la política de los gabinetes de Europa, para el desempeño de los oficios diplomáticos que servian, les puso por una parte en el caso de instruirse y de adquirir ideas que insensiblemente fueron propagando despues entre sus compatriotas, y por otra les obligó á tratar con los ministros y dependientes de las embajadas, de lo que tomaron ocasion para informarse de los secretos del estado y para intervenir, de acuerdo con las

potencias estrangeras, en las tramas de los diversos bandos ó parcialidades del serrallo.

Esta combinacion de circunstancias favorecia ya la ilustracion de los griegos cuando Juan OEcónomos, religioso de San Basilio, fundó, con permiso de la Puerta, un colegio en Cydonia, pobre aldea del Asia menor, que llegó á ser despues una floreciente ciudad. Por aquella época el gimnasio de Janina adquirió dotaciones para el entretenimiento de sus profesores y de cierto número de alumnos, á consecuencia de las sumas puestas al efecto en los bancos de Viena y de Moscou por Kapeland y los hermanos Zozimas; y en la isla de Chio se estableció una academia de ciencias y de artes. Asi se generalizaba en Grecia la cultura, y con ella se avivaba en aquella nacion el instinto natural de todos los pueblos á la independencia.

Mas de medio siglo despues del desgraciado suceso de Pedro el Grande junto al Pruth, volvieron á parecer entre los helenos emisarios de la emperatriz Ana, recordando á los montañeses de la Laconia, de la Seleyde y de la Aerocerauna cierta tradicion popular de los cristianos orientales que consiste en la profecía de que el imperio otomano será destruido *por unos hombres rubios llamados Ros, y unidos con ellos por una misma religion*. Pero la muerte de la emperatriz de Rusia y la desgracia de su ministro Munick dieron fin por entonces á estas pláticas lisongeras, aunque no á las esperanzas que habian hecho renacer: las cuales tomaron mayor incremento por la política de la Semíramis del norte que con el nombre de Catalina II mostró todo lo que es ca-

paz de hacer una muger sentada en un trono firme y poderoso.

El secreto plan de Catalina parece que en la realidad consistia en enviar un formidable ejército al Danubio, poner en sublevacion la Grecia para llamar la atencion de los turcos, amenazar por mar á Constantinopla y lograr la cesion de la Crimea bajo cualquier pretesto. Por lo que respecta á los griegos se valió principalmente de un agente llamado Gregorio Papadopoulo que corriendo de un punto á otro inflamaba los espíritus deseosos de sacudir el yugo, y logró atraer á sus miras á Janaki Mauro Míchalis, bey de Maina, padre del que despues ha peleado con tanta gloria en la guerra actual. El bey comunicó el proyecto á sus capitanes; los eclesiásticos mas principales cansados del orgullo turco se reunieron á la faccion, y cuando en el mes de abril de mil setecientos setenta la escuadra rusa ancló en la bahía de Oetilos, sus comandantes fueron recibidos con entusiasmo por los obispos de Lacedemonia y de Chariópolis seguidos de una multitud de montañeses que no tenian mas ansia que la de alistarse en las banderas de sus libertadores. Sin embargo el tiempo destinado por la Providencia para la emancipacion de la Grecia no era llegado aun, y el resultado de aquel movimiento fue muy doloroso para los habitantes del Peloponeso, de los cuales muchos murieron á manos de los turcos y los demas abandonados por el general ruso Dolgorouki, se hallaron en la necesidad de entregarse á discrecion de los vencedores. No habian tenido á la verdad mejor efecto, ni quizá mejor fe, las pruebas de cooperacion de parte de

la emperatriz Catalina en un movimiento insurreccional de los griegos en la alta Albania.

Empero no por eso desmayó la constancia de este desgraciado pueblo. Ademas de que por otra parte todo concurria á mantenerlo en espectativa nadie ignoraba las ideas de Catalina y de su favorito Potemkin con respecto á Turquía. La publicacion en San Petersburgo de un mapa de Rusia que contenia los dominios europeos de la Puerta Otomana, el motivo de haber puesto los nombres de Alejandro y de Constantino á los nietos de la emperatriz, el famoso viage de esta á la Crimea, su recibimiento en Kerson por el emperador de Alemania José II, y la alegria con que leyó sobre la puerta de la casa que le tenian preparada la siguiente inscripcion: POR AQUI ES NECESARIO PASAR PARA IR A BIZANCIO.

En efecto la guerra se declaró por la Rusia á la Puerta Otomana el dia diez y ocho de agosto de mil setecientos ochenta y siete, y se pusieron en planta las mismas maniobras anteriores para sublevar á los griegos, convidándolos por medio de un manifiesto en nombre de la emperatriz *á tomar las armas para ausiliarla con el fin de echar á los enemigos de la cristiandad del pais que habian usurpado, y de reconquistar su antigua independencia nacional.* La Grecia no obstante se mantuvo tranquila hasta el año de mil setecientos ochenta y nueve en que varios individuos se constituyeron por sí mismos en diputados, sin que precediese eleccion de sus compatriotas, y marcharon á Petersburgo á pedir socorro á la emperatriz. En abril de mil setecientos noventa fueron presentados por el conde Zubof

á Catalina, que recibió con mucho agrado su peticion. Despues pasaron al cuarto de los grandes duques Alejandro y Constantino, y habiéndose adelantado ácia el primero para besarle la mano, como á emperador futuro de los griegos, señaló S. A. I. á su hermano el gran duque Constantino, manifestando á los diputados que él era á quien correspondia aquella señal de vasallage. Entonces tomó el tierno príncipe la palabra y respondió en griego á la arenga que se le hizo diciendo para concluirla: "Andad con Dios y que "todo suceda como deseais."

Mas á pesar de estas demostraciones, los griegos no olvidaban el abandono que sufrieron cuando su insurreccion de mil setecientos setenta, y solo se pusieron entonces en movimiento los suliotas y algunos isleños que se armaron en corso, mas bien con la ansia del pillage los unos y los otros, que con el deseo de cooperar á la realizacion de las miras del gabinete ruso. Este hizo la paz con el turco, y Catalina II murió dejando gravada la idea de independencia en el corazon de todos los griegos.

Por el mismo tiempo presenció tambien la Grecia las estravagancias á que condujo á los franceses su funesta revolucion. El famoso griego Rigas, natural de la Morea, que habia empleado su habilidad poética en la composicion de varios himnos y canciones para recordar á sus compatriotas las hazañas de sus mayores, se arrebató del entusiasmo de la época y compuso una cancion imitando la marsellesa de los franceses, canto ominoso que acompañaba ó precedia siempre á sus operaciones revolucionarias. Ocupadas las

islas Jónicas, antes pertenecientes á Venecia, por las tropas de la república francesa á consecuencia del tratado de Campo Formio, y aposesionadas del Vaivodilisko de Arta (1), pudieron esparcir sus ideas entre los griegos del continente, cuya acalorada imaginacion habia tomado una efervescencia estraordinaria con los cantares de Rigas, no menos que en virtud de los medios que él y sus compañeros adoptaron para provocar la *Santa epanastia* ó insurreccion, dándose entre ellos la palabra de *Victoria por la Cruz.* Los franceses alborotaron algunas cabezas, bailaron la caramañola en presencia del bajá de Janina, y engañados por éste perdieron sus posesiones continentales y dejaron sus huesos en Nicópolis y Prevesa como una de las menores consecuencias de la espedicion de Napoleon para la conquista de Egipto. Pero si bien los republicanos desaparecieron y Rigas fue entregado por el Austria á los turcos que le ahogaron en el Danubio, no por eso la semilla sembrada dejó de echar profundas raices en el suelo feraz de la Grecia.

Durante las últimas guerras entre Rusia y Turquía, que se terminaron por medio de la paz de Bucharest, no cesó de aumentarse la cantidad de materia combustible para producir el grande incendio que se preparaba. Este amenazó despues mas de cerca cuando precipitado Bonaparte del

---

(1) *Vaivodilisko es el distrito que gobierna un Vaivode.*

trono francés, y formada la santa alianza, todos los griegos volvieron los ojos ácia el congreso de Viena, que oyó por primera vez hablar de una sociedad que se llamaba de los *Heteristas* ó de los amigos.

Si ha de darse crédito á los griegos, sus estatutos, habian sido redactados en Viena bajo los auspicios de un gran monarca: varios soberanos de la santa alianza cooperaban al logro de su intento suministrando sumas considerables para los gastos de la asociacion, y su caja ó tesorería estaba en Munich. Su objeto era esparcir entre los cristianos de oriente los dones de la Sociedad Bíblica destinada á la propagacion del evangelio, y reunir á todos los hijos de la redencion bajo el signo augusto de la cruz. Esta benevolencia de parte de unos príncipes considerados como los padres de sus pueblos, no podia menos de tener un efecto sensible entre los griegos. Ya les parecia caduca la tiranía de los turcos. Sus prolongados y recientes reveses, la ruinosa torpeza de su gobierno, su irritante iniquidad, el embrutecimiento de un sultan adormecido en el seno de la molicie, la orgullosa estupidez de casi todos los visires, ó su accion sanguinaria, la venalidad de sus tribunales, y el estado miserable de las clases bajas del pueblo, habian inspirado á los oprimidos el sentimiento mas peligroso para los opresores; el desprecio. Midiéndose con aquellos á quienes habian considerado con espanto durante mucho tiempo, vinieron á conocer los griegos que los habian creido demasiado superiores; y comprendieron que los soberbios osmanlis no podian ni aun existir sin el socorro de los cristianos. Co-

mo se veian con influjo en las deliberaciones de los consejos supremos del imperio dirigidos por los príncipes griegos del Fanar, y como al propio tiempo se consideraban asociados á los armamentos marítimos del sultan, cuyas escuadras conducian los hidriotas, y dueños del comercio, de la industria, de la agricultura y de las riquezas; siendo por otra parte los mas fuertes numéricamente en la Helade, donde habia diez cristianos para cada turco, se preguntaban unos á otros los oprimidos, por qué causa permanecieron esclavos durante tantos siglos.

En el Archipiélago era todavia mayor esta admiracion. El mar Egeo cubierto de buques griegos parecia separado del imperio otomano mediante la actividad de sus isleños, de los cuales muchos de ellos no contentos con navegar en el estrecho mediterráneo habian penetrado hasta mas allá del Atlántico. Algunos despues de dar la vuelta al mundo regresaban á su patria, que se les ofrecia á la vista llena de la gloria de los grandes hombres que en otros tiempos la ilustraron, pero esclava y envilecida por sus tiranos, con lo que los cánticos de alegría se convertian en himnos á la venganza. Muchas veces les parecia que veian en el propio sitio y en las propias actitudes en que los habian dejado á aquellos mismos turcos que los humillaron al partir, y que los esperaban para humillarlos de nuevo á la vuelta. Asi es como siendo reyes á bordo de sus buques, mas rápidos que el viento, volvian á verse esclavos luego que entraban en el puerto.

No era menos profunda la indignacion en el continente cuando los cristianos comparaban su

estado con mas de veinte mil hijos de Grecia empleados en Rusia. En las ciudades, en las aldeas, y entre las tribus belicosas de las montañas se referia como los naturales de esta ó de la otra poblacion esclava tenian asiento en los consejos de S. M. rusa; el honor que algunos de ellos gozaban hablando en su nombre como embajadores; las ventajas que muchos reportaban de su educacion en los colegios y escuelas militares de Rusia, y la fortuna de un gran número de sus compatriotas que servian en los ejércitos de aquel imperio, obteniendo desde los principales hasta los últimos empleos en la milicia. Pero aun era mas inmediata y por lo mismo mas dolorosa la comparacion viendo en la embajada rusa muchos rajas emancipados, y casi todos los consulados de Turquía servidos por griegos.

Estos sentimientos fueron mas veementes cuando los cuerpos militares formados de gente de la Herzegovina y de la Bosnia y las falanges que habian servido en los ejércitos de Inglaterra, Rusia y Francia regresaron á sus lugares, donde los hombres acostumbrados al yugo de la disciplina, pero no menos valientes que orgullosos, se volvieron á hallar en contacto con una soldadesca bárbara que les inspiraba el mayor desprecio. Sin embargo, por no compremeter á sus familias hubieron de humillar su cerviz delante de los turcos, vestir de nuevo el trage de la servidumbre, despojarse de sus insignias militares y tomar otra vez el arado para alimentar á sus innobles tiranos: los cuales se complacian tanto mas en abatirlos cuanto mas distantes estaban de perdonarles la gloria que habian adquirido. Por último, otros

agentes de mucha mayor importancia agitaban en secreto la Grecia. Estos eran varios griegos jóvenes educados en las universidades de Italia, Francia y Alemania.

Todos estaban dotados de virtudes y llenos de entusiasmo por su patria, sin ser de la escuela de los que conspiraban á introducir en ella las máximas antisociales de la anarquía. Conocian que la Grecia no podia regenerarse sino es mediante la union de la moral con la religion, y no ignoraban el poder de la Cruz sobre un pueblo pronto siempre á sacrificarse en su defensa. Por lo tanto muchos se sujetaron á la austera regla de los religiosos de san Basilio, á fin de imprimir una autoridad sagrada á sus preceptos, y de dirigir de un modo eficaz la instruccion pública, dando á la enseñanza un sentido político y religioso. El patriarca, el sínodo y las demas dignidades de la iglesia griega derramaron sus bendiciones sobre las nuevas escuelas helénicas, en cuya fundacion tuvieron mucha parte las familias nobles del Fanar, estableciendo las de Constantinopla, Smirna, Salónica y otras principales ciudades de Grecia: donde se enseñaba á los jóvenes del rito griego las buenas letras, algunas lenguas europeas, la medicina y las ciencias físicas y matemáticas.

A cada una de estas circunstancias en particular, y á todas ellas reunidas puede atribuirse la insurreccion de las provincias griegas que despues de tanto sufrimiento han levantado el estandarte de la independencia. Pero cualquiera que conozca el influjo de la costumbre, lo aventurado de una empresa tan ardua, y los obstáculos que necesariamente debian presentarse antes de

darle principio, será fuerza que convenga en que á pesar de lo mucho que habia adelantado, faltaba todavia lo principal; esto es, una coyuntura favorable para dar gran cuerpo á la hoguera, antes que los interesados en apagarla hubiesen siquiera advertido las primeras chispas que despediria. De otra suerte no era fácil que los pueblos se atreviesen á provocar la irritacion del gobierno turco, de cuya temible venganza conocian por repetidas esperiencias los terribles efectos. Fuese una disposicion especial de la providencia, ó fuese un resultado del desorden del imperio otomano, pocos años tardó en presentarse la ocasion esperada. Las medidas de la Puerta contra el bajá de Janina, á quien perdonaba todos sus crímenes, y no pudo perdonar sus riquezas, vinieron á ser la señal del movímiento que con tanta ansia se esperaba.

Sucinta idea acerca de Ali Tebelen, bajá de Janina.

Ali Tebelen Veli Zadé, ó lo que es lo mismo, Ali, hijo de Veli, natural de Tebelen, pequeña ciudad del Epiro, debió el ser á uno de los beyes ó nobles de aquella tierra, feudatarios del Gran Señor. Su primera juventud la empleó en correr por los bosques con una cuadrilla de bandoleros, y se aprovechó del fruto de sus rapiñas para formar una partida que puso en cuidado á Curd, bajá de Berat, obligandole á salir á su persecucion. Preso por las tropas del bajá hubiera sufrido Ali como sus compañeros la pena de hor-

ca, si Curd no se hubiera compadecido de su tierna juventud y de las lágrimas de Khamco su madre; pero el injusto perdon que se le concedió, solo condujo á hacerle pasar de la clase de salteador á la de político ambicioso: de modo que no hubo crimen ni atrocidad que no cometiese si la consideraba conveniente á su elevacion. Eslabonando un delito con otro delito, el fratricidio con el robo, el incendio con el asesinato y la calumniosa delacion, con los escándalos de la desobediencia, llegó por fin á conseguir el gobierno de la Tesalia con el título de Der-vendgi-bajá, ó gran preboste de los caminos.

Es necesario convenir en que este bárbaro, criado entre bandidos, tenia sin embargo una política de instinto que le inspiraba aquella hipocresia y aquel espíritu de intriga que solo suelen ser fruto de la ilustracion depravada. No satisfechas sus codiciosas miras con el alto puesto que habia obtenido, se concertó con varios capitanes de las ligas de Tesalia y de Arcanania para que infestasen con sus gentes las tierras del bajalato de Janina. De esto resultó que al propio tiempo que los epirotas hacian inmensos daños en toda la comarca vecina, engañados con la promesa de que Ali les ayudaria para que se hiciesen independientes de la Puerta, como griegos y musulmanes deseaban, no cometian la menor agresion contra la Tesalia, cuyo distrito respiraba pacífico y tranquilo, dando al Divan una falsa idea de los talentos y de la actividad de su gobernador. Por tales medios consiguió Ali Tebelen el Sangiaco de Janina con el título de bajá de dos colas, sin perjuicio del empleo que ya ejercia,

logrando en consecuencia todo lo que hasta entonces habia sido el principal objeto de sus deseos.

No bien tomó posesion de su nuevo cargo, que le proporcionaba dar mayor ensanche á sus miras ambiciosas, cuando trazó el plan de oprimir el pais y de consolidar su dominacion, descargando con una mano el azote sobre los rajas, y despojando con la otra de sus bienes á los beyes de Janina, cuyos manejos, ayudados de sus riquezas, solian ser funestos á los bajaes. Pero supo conducirse de tal modo, que al mismo tiempo que lisonjeaba á los schipetars con darles esclusivamente los empleos, por una rara innovacion admitia en su consejo á los griegos, cuyos talentos le fueron de la mayor utilidad. Sentados así los principios mecánicos de la administracion, el sátrapa, hábil en ceder á las circunstancias, para dominarlas en favor de sus intereses, representó cuantos papeles puede desempeñar un hombre sin conciencia. Con los turcos era musulman, y aun distinguia á los fanáticos, bien que si llegaba la ocasion les mandaba dar de palos como á los esclavos. Era panteista con los bektadjis (1), y profesaba el materialismo cuando estaba con ellos, llegando su impiedad ó su indiferencia en materia de religion hasta el punto de embriagarse con los griegos, brindando por la vírgen María, cuyo nombre santísimo quedaba profanado en sus tor-

(1) *Los bektadjis creen que la materia es eterna, y es tal su barbarie que no la distinguen del mismo Dios.*

pes labios. Si la virtud tuviese curso en las cortes de oriente, dice Mr. Pouqueville (1), hubiera tenido Ali valor para ser hombre de bien, con tal de llenar el objeto que se propusiese. Al paso que se disfrazaba con cualquiera máscara, cuando le convenia engañar, jamas se separó de la marcha fija y constante que se habia propuesto para sostenerse en la region de las borrascas políticas á donde le elevó su fortuna. Siempre fue muy obsequioso con la Puerta Otomana, como ésta no atentase á su autoridad particular, y tuvo por regla invariable no solo satisfacer puntualísimamente al Gran Señor la parte que le correspondia de las contribuciones, sino es en caso necesario anticiparle fondos; y por decirlo así, pensionar á los personages de mayor influjo en el ministerio.

Un hombre de esta política y de estas cualidades estaba seguro de hacer una larga carrera entre los turcos. Así es, que la de Ali Tebelen fue de las mas brillantes, y si terminó con la catástrofe tan ordinaria en los de su clase, solo consistió en que en aquel pais no es muy fácil ser rico impunemente. Por lo demas el bajá de Janina estendió el territorio de su gobierno, esclavizó al Epiro, satisfizo sus venganzas personales destruyendo pueblos enteros y pasando á cuchillo á sus habitantes, y con el ausilio de una nueva táctica que le

---

(1) *Historia de la Regeneracion de la Grecia lib.* 1. *cap.* 2.

enseñaron los ingleses, luego que fueron dueños de las islas Jónicas, llegó á ser el visir mas formidable del imperio (1). Antes habia estermінado las poblaciones de Nivitza, Bouba y San Basilio, habia derrotado á los franceses en Nicópolis y en Prevesa, y habia hecho la guerra contra el rebelde Passevend Oglou. La rendicion de las tribus de la Seleyde que aprisionó y espulsó de sus inaccesibles montañas, mas bien valiéndose de las armas del engaño, que de las de sus soldados, sino le añadió gloria, á lo menos le proporcionó mayor seguridad: pero lo que verdaderamente lisongeó su amor propio fue la entrada en Parga, cuya ciudad le entregó el comisario ingles de las islas Jónicas Sir Tomas Maitland, de órden de su gobierno.

No hace al intento indagar las razones políticas que pudo tener el gabinete de San James para la entrega á los infieles de una plaza, cuyos habitantes cristianos se habian acogido á su pabellon voluntariamente sin dar despues á la Gran Bretaña el menor motivo de queja. Como quiera, la posesion de este punto importante puso al bajá de Janina en el apogeo de su grandeza. Pocos hombres habrán bebido con mas frecuencia el venenoso licor de la adulacion, ni de un modo tan estraordinario, pues no solo sus cortesanos sino es las gentes de aquel mismo pueblo que tenia inhumanamente esclaviza-

(1) *Los ingleses dieron ó vendieron al bajá artillería de montaña, obuses y cohetes á la congreve.*

do, se arrojaban á los mayores y mas inútiles peligros sin mas objeto que tener el gusto de complacerle. Dos hechos que sino los afirmase un historiador diligente y verídico serian increibles, porque pasan la raya de lo verosimil, prueban hasta donde llegaba el prestigio de Ali Tebelen, y hasta qué estremos es capaz de conducirnos nuestra misma bajeza. Cuando se celebraban las bodas del hijo tercero del visir llamado Salik-bey, cierto dervis quiso proporcionar á los concurrentes, con tan plausible motivo, un espectáculo estraordinario, y se precipitó desde lo mas alto del palacio, gritando: "Caigan sobre mi cabeza cuantos males amenacen la del jóven esposo." En otra ocasion un griego natural de Arta se tendió sobre un carril demasiado profundo para nivelar el terreno, y que no hiciese movimiento el carruage del baja. Este infeliz tuvo por recompensa de sus piernas quebradas una oca, ó dos libras y media de pan cada dia. Pero despues que Ali se vió proscripto y desgraciado, ¡cuán diferentes escenas se representaron! Tan cierto es que la muchedumbre imita las olas del mar, que siempre van delante del viento que domina.

Llegado Ali al último término de la riqueza (1) y de la fortuna (2), era preciso que descen-

---

(1) *Eran tales sus riquezas, que habiéndose incendiado su palacio de Tebelen, se hallaron solamente en dinero contante mas de quinientos y cincuenta millones de reales.*

(2) *Todos sus hijos habian obtenido gran-*

diese; pero vendió cara la victoria á sus enemigos. En su ruina envolvió la pérdida de la Grecia para el imperio otomano, y el momento de su caida fue la señal de la insurreccion que despues estalló en todos los puntos simultáneamente y con igual violencia.

Causas inmediatas de la insurreccion de 1821.

Codicioso el sultan Mahamud de poseer las riquezas de su bajá de Janina, dió con gusto oidos á las acusaciones que por todas partes se le hacian. El que mas le acriminaba, y el que habia tramado principalmente su pérdida era Ismael Packo-bei, pariente y enemigo mortal del sátrapa, que lo pretendió asesinar, enviando al efecto sus satélites hasta Constantinopla, donde descubierto el designio que llevaban fueron ahorcados en el momento. Inmediatamente se espidió un firman de proscripcion contra Ali Tebelen declarándole fermanly ó escomulgado, y se dió su empleo al mismo Ismael que le acusaba. En consecuencia el nuevo baja marchó á la cabeza de sus hordas armadas á prender al rebelde que lo estaba esperando con un ejército mas que suficiente para burlarse de la anatema, sino le hubieran abandonado sus generales y con particularidad Omer-Briones, de quien se hará

---

des dignidades y el título de bajaes, de modo que su familia vino á ser la mas poderosa de Grecia.

despues bastante mencion. Luego que vió Ali desertar sus tropas de campaña destinadas á la defensa de los desfiladeros, se retiró á las fortalezas situadas dentro del lago de Janina, incendió la ciudad y se preparó á sostenerse detras de las escelentes fortificaciones de sus castillos, hasta el último trance. Cuando Ismael-bajá se presentó con su ejército sitiador, se componia la guarnicion que mandaba Ali de mas de ocho mil hombres, distribuidos en tres fortalezas donde habia muy hábiles soldados de artillería procedentes de diversos ejércitos de Europa, y que habian formado una brillante escuela de artilleros y bombarderos al servicio del bajá. Un napolitano llamado Carretto, digno de servir á semejante amo, y adicto á sus iniquidades, era el que tenia á sus inmediatas órdenes estas tropas ejercitadas en las maniobras. Los sitiados conservaron por mucho tiempo una fácil comunicacion con Litharitza, y otras tan completas, que podian espedir y recibir correos. La escuadrilla de Ali, dueña del lago, le habia proporcionado la ventaja de apoderarse en la calzada de Castritza de una carabana cargada de víveres que venia de Tricala, y de hacer prisioneros los soldados que la escoltaban. El castillo donde estaba el proscripto tenia bastantes municiones de guerra y boca para hacer la resistencia mas larga y tenaz; advirtiendo que como estaba situado enmedio de un lago abundante en pesca, ademas de tener toda el agua necesaria, las carpas, las anguilas y las aves aquaticas, le aseguraban un alimento sano para el soldado. Su oro, superior á cualquiera otra ar-

ma defensiva, debia proporcionarle la carne fresca mientras hubiese ganados en Epiro, pues Ali sabia muy bien que los paisanos atraidos con el cebo de la ganancia le llevarian hasta el último cabrito que tuviesen, despreciando el peligro de ser ahorcados si caian en manos de Ismael. Asi que, animado con estas esperanzas, solo se ocupaba en fatigar al enemigo, esperando el momento de sacar partido de sus disensiones.

En efecto, estas no podian tardar; pero el atractivo del botin, tan poderoso para los turcos, exaltó los ánimos, y luego que se supo que Ali Tebelen se hallaba bloqueado en sus castillos, los mismos gefes que en un principio se manifestaron apáticos, cuando se trató de marchar contra el rebelde, corrian entonces en su busca esperanzados de tener parte en sus despojos. Veinte y seis bajaes atravesaron sucesivamente la Thesalia, y veinte y seis veces tuvieron los cristianos que rescatarse á fuerza de sacrificios pecuniarios, del pillage de sus iglesias, que eran el pretesto de sus frecuentes vejaciones.

A su colmo habia llegado la miseria cuando Selim-bajá, reuniendo los contingentes de los muselimnos, de los beyes y de los agaes de la Yliria y de la Macedonia superior, bajó tambien al Valle del Peneo con direccion al ejército de Epiro. Del mismo modo que sus predecesores, señaló su marcha con estorsiones y asesinatos, cuyo rigor sufrieron esclusivamente los cristianos, los cuales llenos de temor al mirar aquellos enjambres numerosísimos de bárbaros

sucederse unos á otros en sus campos desolados, huyeron con precipitacion á los montes.

Viendo los habitantes de las alturas retirarse así á los de los llanos, y no fiando ya en las promesas de los heteristas que reputaban como instrumentos de la Rusia para hacerlos el juguete de su política, solo trataron de conjurar la borrasca. Sin detenerse en raciocinios ni congeturas acerca de la independencia, que consideraban entonces como quimérica, resolvieron enviar una diputacion á Packo Bey y humillarse á los pies de aquel gefe de los ismaelitas. Ellos juzgaban que puesto que ya se habian soportado tantos gravámenes, era preciso resignarse y ofrecer la cooperacion de sus fuerzas para sujetar á Ali Tebelen, abreviando así la guerra, y desembarazándose lo mas pronto posible de un ejército que consumia rápidamente todos los recursos de Grecia.

Tomada esta resolucion eligieron los cristianos las personas mas á proposito para pasar al cuartel general de Ysmael. Pero ya no era posible detener el curso de los sucesos, y la Grecia debia recobrar su primera juventud, sumergiéndose antes en un mar de sangre. Todavia no habian visto los de Thesalia pasar las últimas hordas mahometanas, que se precipitaron sobre el Epiro en número de sesenta mil hombres, cuando un bajá asiático, nombrado para el sangiaco de Negro Ponto, cayó sobre la Beocia, y habiendo establecido en Livadia la capital de su gobierno, intimó á los nueve cantones de tierra firme, dependientes de la isla de Eubea, el pago de una doble contribucion, con el título de

subsidio ordinario y estraordinario de guerra.

Informado Ali de esta conducta de sus enemigos, concibió las mas favorables esperanzas del triunfo de su causa. Las noticias que recibia de todas partes le anunciaban que se organizaba un partido muy formidable, aprovechándose de la coyuntura que le ofrecian los acontecimientos de Epiro. Y en efecto, los heteristas de Jassi y de Bukarest habian establecido una correspondencia que se estendia desde la orilla izquierda del Danubio hasta Mezzovo, en el Pindo. De este punto partian sus agentes para introducirse en los consejos de los sitiadores, y aun en el mismo castillo del proscrito: el cual estaba mejor informado de lo que pasaba por fuera que Ismael Packo Bey, seraskier de cuarenta y seis visires ó bajaes que tenia á sus órdenes; y aun habia conseguido varias veces interceptar los correos de aquella multitud de gefes, que todos seguian su correspondencia particular con la Puerta y con el gran Visir Khalet-effendi, á quien era imposible averiguar la verdad, en medio de semejante caos.

Por el contrario, Ali que no tenia ministro ni tomaba consejo mas que de sí propio, seguia una marcha regular aunque con formas tortuosas. Sus mensageros y corresponsales estaban tan interesados como él en observar el mayor arreglo y exactitud; de modo que por medio de emisarios que penetraban hasta la casamata donde vivia retirado, estaba en correspondencia, bajo nombres convenidos, con Teodoro Vladimiresko, Constantino Ducas, Sava, gefe de los arnáutas, Caravia, Constantino Pentedekas, de

Janina, Atanasio de Agrafa y Pharmakis, epirota, los cuales disponian sus planes con la proteccion de una potencia, que segun decian., estaba pronta á auxiliarlos. Los primeros golpes contra Turquía debian partir de Crajova, capital de la pequeña Valaquia, de Tergovist y de Galatz, interin se ponian en movimiento el Peloponeso y las islas del Archipiélago. Estos proyectos inspiraban gran confianza á los conjurados; pero en nada la tenian mayor que en las devastaciones de los turcos, que habrian de forzar á los griegos á sublevarse precisamente, cuando ya se hallaban armados de resultas de la insurreccion provocada por la ignorancia de los osmanlis, y la astucia de los helenos desde principios del año de mil ochocientos veinte.

Primera insurreccion de Grecia el año de mil ochocientos veinte.

Una de las medidas del Divan inmediatamente despues de la proscripcion de Ali Tebelen, fue la de exonerar del gobierno de Thesalia á Veli, su hijo, y proveer este empleo en Suleyman-bajá, cometiendo la torpeza politica de escitar á los epirotas á hacerse justicia por sí mismos contra el rebelde. No bien llegó esta providencia á noticia del griego Anagnosto, gramatista ó secretario del nuevo visir, cuando persuadió á Suleyman, que acababa de llegar á Larissa, de la necesidad de publicar entre los helenos el firman de la Puerta dirigido á todos los cadis, en que Ali-bajá era declarado fermanly. Despues no le fue dificil conseguir que

Suleyman dejase á su cargo el traducir en griego el documento, multiplicar sus copias, y circularlas hasta los mas remotos puntos de la Grecia.

Entregado á la direccion de Anagnosto, y traducido el firman en griego, cuya lengua ignoraba el Visir, vino á hacerse una especie de proclama insurreccional. Es cierto que en el escrito se anunciaba que *Tebelen era fermanly*; pero sonando la trompa guerrera se dirigia la voz á los cristianos, y se les hablaba en estos términos: «A vosotros, fieles rajas mios, es á »quienes recurro. Levantaos, armad vuestros »brazos ociosos hace tanto tiempo. Ya han lle»gado los dias de la cólera: marchad contra el »impío linage de los arnáutas que se han uni»do á la causa de Ali Tebelen. Vengaos de los »ultrages cometidos durante tantos siglos por »esta casta inhumana y perjura; caed sin con»miseracion sobre estos infames que en todos »tiempos hán deshonrado á vuestros mayores, á »vuestros padres, á vuestras esposas y á vues»tros hijos. El vilipendio de vuestros nombres, »el robo de vuestros bienes, el peso de los im»puestos con que estais abrumados, los oficios »de servidumbre personal á que estais sujetos, »como los mas irracionales de entre los bru»tos; todo, todo os da voces para que corrais »á las armas. Armatolis á las armas. Paisanos »de los campos, empuñad vuestras hoces y »vuestras herramientas de labranza. Toda cla»se de hierro afilado para la venganza, será una »arma terrible en vuestras manos. Valerosas »mugeres de Agrafa, á falta de fusiles tomad

„las hachas con que hendís la leña para vuestros
„hornos: que los mancebos tuerzan sus hondas y
„que las ruecas de las mismas doncellas se con-
„viertan en instrumentos mortíferos contra el
„enemigo comun. Tal es la volùntad del Padis-
„cha (el Gran Señor) y de la sublime puerta de
„felicidad."

Con esta proclama formidable de guerra publicada por los arzobispos, por los obispos y por los sacerdotes de inferior gerarquía hasta en las aldeas mas pequeñas, la Grecia entera se halló en un momento y casi sin sentirlo sobre las armas. En todas direcciones se cruzaban correos con la noticia de que los malhechores se entregaban al pillage en diferentes puntos. Segun sus relaciones Thaumacos, Farsalia, Tricala y Patradgick habian sido incendiadas; y el temor del enemigo, que se suponia hallarse á las puertas de todos los lugares, aunque no existiese en ninguna parte, agitó los espíritus de modo que se resolvió mantenerse sobre el pie de guerra hasta que se reconociese la realidad de los peligros que amenazaban. Tal fue la primera sublevacion de la Grecia sucedida en el mes de mayo de mil ochocientos veinte en los distritos que se estienden desde el Pindo hasta las Termópilas, donde el pueblo permaneció armado, pagando sus contribuciones á Suleyman, bajá de Larissa, ocupándose cuando era necesario en las faenas de la agricultura, y absteniéndose de cometer ninguna especie de hostilidades contra los musulmanes, á los cuales sin embargo causaba recelo aquella actitud belicosa.

Como todo se dispuso desde luego por el go-

bierno turco bajo los auspicios de una política propia de salvages, uno de los errores que cometió fue el de consentir la vuelta de los suliotas, que acostumbrados á vivir como foragidos y sin disposicion, la mayor parte de ellos, para hacer la guerra sino es al abrigo de sus escarpadas montañas, no habian podido sujetarse á la policía regular de los rusos, ni distinguirse en sus ejércitos. De regreso en su patria, despues de diez y seis años de ausencia, no tardaron mucho en abandonar la causa del sultan, que habian venido á defender, y concertándose secretamente con Ali-Tebelen marcharon á ponerse en posesion de los cerros de la Seleyde. Veli y Muctar, hijos del proscrito, rindieron las fortalezas de Prevesa y Argivo-Castron que su padre les habia confiado; pero éste recibió con grande presencia de ánimo la noticia de tan escandalosas cobardías; continuó su defensa, con vario suceso, protegido en parte por la diversion que los suliotas hacian á Ismael, y no perdió nunca de vista el designio de sublevar la Grecia, cuyo estado á principios de mil ochocientos veinte y uno ofrecia evidentes señales de la esplosion que amenazaba.

Señales notables de la próxima insurreccion en enero de mil ochocientos veinte y uno.

En efecto los ánimos de los griegos estaban agitados de un modo increible, y enmedio de aquella siniestra calma que precede ordinariamente á las tempestades, fermentaba la rabia y la desesperacion en los corazones. En los primeros dias de enero de mil ochocientos veinte y uno se vie-

ron ya movimientos parciales de insurreccion en diferentes puntos. La ciudad de Patrás manifestó su descontento por la arbitrariedad y esceso con que le exigian las contribuciones. La salida de Kurchid-bajá de la Morea para tomar el mando del ejército destinado contra el rebelde visir de Janina, produjo alborotos en diversas ciudades y con diferentes pretestos. Los agaes descontentos, que del campo de Ismael se retiraban á la Seleyde, haciéndose misioneros de la insurreccion, no perdonaban medio alguno de sublevar tanto á los griegos como á los schypetars. El selictar Ismael Podez reunia un gran número de toxides agraviados, y Tahir Abas llamaba los armátolis de Agrafa al socorro de los suliotas y de Ali-Tebelen. Hago Bessiaris sublevaba la Cassiopia, Jusuf Zaza agitaba la Chaonia, Hasan Dervis provocaba á los Chimariotas á la desercion; y Alejo Noutza iba alistando á los zagoritas. En una palabra, nunca se vieren signos mas ciertos del fuego oculto durante tantos años por toda la superficie de la Grecia.

Hasta la misma naturaleza parecia anunciar por esfuerzos estraordinarios la importancia de los futuros sucesos. A fines del mes de diciembre de mil ochocientos veinte se sintió en el Peloponeso uno de los mas furiosos terremotos que hasta entonces hubiese sufrido aquella hermosa y desgraciada Provincia. La ciudad de Patrás, las aldeas de su distrito y la isla de Zante habian padecido mucho de sus resultas, por la violencia de los movimientos. En algunos parages de la Elide salieron del seno de la tierra manantiales de agua hirviendo, al mismo tiempo que varias fuentes

y gran número de pozos se secaron enteramente. En la Arcadia se hundieron algunas montañas, quedando en su lugar lagunas de agua fétida, cuyas exalaciones mefíticas corrompieron la atmósfera y empezaron á producir una multitud de enfermedades de que perecian hombres y animales. Temíase una peste cruel cuando en los primeros dias de enero las aguas del golfo de los Alciones huyeron de repente de la ribera, se alejaron y volvieron con notable ímpetu movidas por los vientos de una terrible tempestad, que tambien daba impulso á una manga abundantísima de agua, acompañada de un ruido pavoroso, la cual derribó las casas, arrancó de raiz los árboles y amenazó transformar la Acaya en un vasto sepulcro.

Era natural que á vista de tan singulares fenómenos se amedrentasen los mas alentados, y los mas piadosos viesen levantado el brazo omnipotente del Altísimo para castigarles conforme á sus culpas. Pero era tal la esperanza de los griegos en que Dios se compadeceria de sus males, que de aquellos prodigios mismos que debian aterrarlos, sacaban la razon de animarse con un nuevo valor, creyendo que les vaticinaban su próxima libertad, despues de sufrir un choque semejante al que habian presenciado entre los elementos.

No hay duda en que la Providencia divina se digna á veces darnos avisos en las proximidades de las grandes crisis, ya para que nos preparemos á tolerarlas con cristiana resignacion, y ya para que tengan cumplimiento sus altos é inescrutables juicios. Pero tambien es cierto que exaltadas las imaginaciones por la impresion de cier-

tas ideas peregrinas que coinciden con las inclinaciones del alma, engendran fantasmas que se tienen por realidades; sino que entre á la parte la política llevando en su ausilio el fingimiento. Puédese juzgar que alguna de estas causas ó todas juntas producirian los prodigios que entonces se contaban en Grecia. Se aseguraba haber visto derramar lágrimas á la imágen sagrada de Nuestra Señora de Mega Espileon, como la titulan los naturales. Los religiosos del convento de San Lucas oyeron á la hora de maitines una voz que les exortaba á que tuviesen ánimo. Los padres basilios de Monte Santo divisaron durante las fiestas de navidad una cruz luminosa en la cumbre del monte Atos, en el sitio á donde la creencia vulgar de aquel pais supone que el demonio tentador llevó á Nuestro Señor Jesucristo para mostrarle todos los reinos de la tierra. Algunos peregrinos que venian de Jerusalen atestiguaban haber navegado durante varias noches enmedio de ciertos bajeles de donde salian á cada mudanza de cuarto las voces de *Cristo triunfa*; *Cristo es vencedor*. En Thesalia se decia que un religioso, ya difunto, del monasterio de San Belisario habia salido de su sepulcro y habia ido llamando una noche á las puertas de todas las celdas advirtiendo á los monges que se preparasen al combate. Los cenobitas de los meteoros (1) vieron desde lo alto de sus montañas las iglesias de Tesalia incendiadas por los infieles; y por último

---

(1) *Conventos de Tesalia designados especialmente con este nombre.*

los suliotas, vueltos en sí de la sorpresa que les habia causado una victoria contra los turcos, la atribuyeron al glorioso arcángel san Miguel. Contaban que un caballero celestial blandiendo su lanza radiante habia perseguido á los turcos hasta el lugar de Catchika; que su desaparicion fue enmedio de las ruinas de la iglesia de San Taxiarco, y que de ellas se oyó salir este grito de guerra de la milicia celeste. "Solo Dios es grande."

Reales ó imaginados estos prodigios son siempre precursores de las grandes agitaciones políticas, y entonces se oian con mayor interes por las desconfianzas existentes entre cristianos y musulmanes, no menos que por las atrocidades de éstos contra aquellos, y por la obstinada defensa que hacian los suliotas en sus escabrosas alturas, desde donde sostuvieron una lucha sangrienta hasta dar lugar á la conflagracion general de la Grecia.

Primer movimiento insurreccional.

En tan violento estado no podia conservarse por mucho tiempo el orden existente. Asi es que solo una disposicion desacertada de parte de Kurchid-bajá bastó para ocasionar el primer movimiento insurreccional, que se efectuó en la ciudad de Patrás, en la Morea. Con noticia de los alborotos ocurridos en razon del arbitrario reparto de contribuciones, mandó Kurchid castigar á los descontentos y hacerles cumplir sus deberes sin escusa ni réplica alguna. De esto tomó ocasion su caimacan en Tripoliza para espedir un despacho dirigido á todos los arzobispos, obispos y demas personas principales del Pelopo-

neso, ordenándoles que inmediatamente pasasen á aquella ciudad de su residencia, al mismo tiempo que los rajas, sin distincion, debian entregar las armas á sus vaivodes, *sin siquiera alzar la cabeza*, que solo se les permitia conservar por aquel año, satisfaciendo doble cantidad por razon de caratch y con tal de que no diesen oidos á los enemigos de la religion de Mahoma y del glorioso Khan, hijo de Khan, sultan Mahamud.

Este imprudente mandato fue lo mismo que arrojar una mecha ardiendo enmedio de un almacen de pólvora. El arzobispo de Patrás, Germanos salió de la ciudad con los arcontes griegos como para obedecer la orden, y no bien hubo llegado á Calavryta, cuando manifestó su repugnancia á ser víctima inútilmente de la crueldad de los turcos si seguia hasta Tripolitza. Sin embargo, para disimular en parte su desobediencia, y con el fin de ganar tiempo, propuso á los arcontes que se escribiese á la Puerta Otomana justificando aquella necesaria resolucion.

Su marcha nocturna de Patrás lejos de amedrentar á los cristianos les advirtió que se preparasen á la resistencia. Todos se armaron, y fuese que el gobierno turco desease tantear el valor de los griegos, ó que una oculta política tuviese interes en conocer sus disposiciones, lo cierto es que un pistoletazo tirado el dia veinte de marzo enmedio de la plaza de San Jorge los puso sin dilacion en movimiento. Las tiendas se cerraron, se gritó que la sublevacion estallaba, y huyendo el pueblo casi en masa se agolpaba al puerto para embarcarse, cuando algunos jonios que estaban allí desterrados se presentaron de repente arma-

dos de pistolas y puñales y anunciaron á los turcos con voces horroroses que si uno solo de ellos parecia en público serian todos esterminados en el momento. Esta actitud demostró á los mahometanos lo que tenian que temer, y los habitantes vueltos á sus casas se burlaron del vergonzoso miedo que habian manifestado.

La orden de Kurchid-bajá, publicada en forma de bando dos dias despues de este moviuiento, sirvió para confirmar á los griegos en el concepto de que se les queria desarmar, pues oyeron que S. A. deseando que cesasen las inquietudes de los rajas enviaba mil y quinientos hombres para proporcionarles toda seguridad, y que si este número no bastase mandaria á Mahomet, nuevo bajá de Morea, que volviese á Tripolitza con un cuerpo de ejército formidable. El bando fue recibido con la irrision que merecia, cuando hasta los mismos turcos, que no ignaraban que todas las fuerzas disponibles se hallaban bien ocupadas en el sitio de Janina, se apresuraron á retirar al fuerte las mugeres, los niños y las mas preciosas riquezas que poseian. Los griegos sorprendidos con estos preparativos y temiendo que los bárbaros pusiesen fuego á la ciudad luego que hubiesen abandonado las casas, trabajaron tambien por su parte en ocultar sus muebles y utensilios de algun valor, aunque para encubrir sus designios trabajaban todavia la víspera de la insurreccion en transportar al castillo la artillería, cuyos estragos habrian de sufrir despues.

ALEJANDRO IPSILANTIS.

Casi al mismo tiempo echaba el guante á los turcos Alejandro Ipsilantis en los principados de Valaquia y Moldavia, tal vez no con tan puras intenciones como los insurgentes de Grecia. En los papeles públicos europeos se hicieron en aquella época grandes apologías de sus miras y de su conducta; pero despues los historiadores lo han juzgado con mas severidad. "Alejandro Ipsilantis, „dice, Mr. Pouqueville (1) era un oficial que ca„recia de talentos positivos, y que habiendo sido „educado, segun el uso de los titulados prínci„pes del Fanar, por varios preceptores que le „enseñaron á hablar correctamente algunos idio„mas, estaba no obstante muy lejos de tener „aquella instruccion varonil que resulta de los „estudios clásicos. Asi pues, era poeta sin nú„men, amable sin urbanidad, soldado sin ser „militar, y aunque habia perdido el brazo dere„cho en la accion de Culm, no se podia casi de„cir por esto que era valiente. Pero lo que ca„racterizaba especialmente á Alejandro Ipsilantis „era la vanidad propia de los fanariotas, el es„píritu de intriga que les domina, cuyo móvil „mas poderoso se limitaba á la ambicion de lle„gar á ser hospodares de los pueblos embruteci„dos de la antigua Dacia, y tal debilidad de ca-

(1) *Véase la obra citada sobre la regeneracion de la Grecia*, *tomo II*, *página* 294.

„rácter que se dejaba dominar de algunas perso-
„nas indignas de su trato." Esta pintura parece, en parte exagerada, no tanto por el gusto de usar del estilo hiperbólico cuanto por la aficion á las antítesis, demasiado comun en los escritores franceses. Lo cierto es que el título de general ruso, sus muchas condecoraciones, la reputacion que gozaba entre los cristianos, quienes le suponian mucho favor con el emperador de Rusia, las miras ostensibles de este monarca, su ejército acantonado en el Pruth, y la direccion pública de la sociedad de los heteristas, de que estaba encargado Ipsilantis, atrajeron cerca de su persona una multitud de griegos deseosísimos de favorecer sus intentos. Esta ventaja le puso en el caso de tramar una conspiracion en Besarabia, provincia sujeta á los rusos, para sublevar la Grecia; empezando sus movimientos por los principados de Valaquia y Moldavia, donde envió emisarios, lo mismo que á Constantinopla, á diversos puntos del continente, y hasta á las islas del Archipiélago.

Los boyardos ó señores indígenas de la Valaquia en consecuencia de la muerte del hospodar, que los gobernaba entonces, se habian reunido en consejo ó divan provisional y habian enviado una humilde súplica á la Puerta para que conforme á las antiguas capitulaciones les permitiese elegir un príncipe de su misma nacion (1). Con esto es-

---

(1) *La ambicion de mandar y de enriquecerse con rapidez pódia solo sugerir esta súplica, como se verá por la siguiente lista de los*

taban sumamente inquietos y disgustados los fanariotas, cuando se manifestaron otros manejos insurreccionales hasta entonces ignorados de los heteristas, y que tenian su principio en Kzernetz, ciudad situada en la estremidad occidental de la Valaquia.

En efecto, Teodoro Vladimiresco, persona de bajo nacimiento, y que habia sido gefe de panduros, salió de una oculta guarida, reunió sus soldados, les hizo ver que los boyardos eran unas sanguijuelas públicas; prendió y ahorcó á cuantos halló al paso, y fue tal el temor de los demas, que el divan nuevamente formado tuvo que abandonar á Bukarest con los cónsules de las potencias estrangeras. Pero el plan de Teodoro no solo

---

hospodares ó príncipes de Valaquia y Moldavia ahorcados ó decapitados por orden del sultan desde el año de 1716.

1716. *Cantacuceno y su padre*, ahogados.
1719. *Juan Maurocordatos*, envenenado.
1737. *Juan Hipsilantis, primero de la casa de estos príncipes*, ahorcado.
1740. *Constantino Ghikas*, decapitado.
1760. *Juan Sonizos*, ahorcado.
1765. *Stavraki*, ahorcado.
1769. *Gregorio Calímaco*, decapitado.
1777. *Gregorio Ghikas*, muerto á puñaladas.
1778. *Bogdan*, decapitado.
1786. *Petraki della Zecca*, decapitado.
1806. *Handjerlay y Alejandro Souzos*, decapitados.
1812. *Demetrio Morousis*, ahorcado.

no estaba combinado con el de Ipsilantis, sino es que fue la causa de su ruina, porque Vladimiresko cuyo objeto no se estendia á mas que á obtener de la debilidad de la Puerta el nombramiento de hospodar, envió un emisario al gran Visir para informarle de los progresos de Ipsilantis y de los heteristas, creyendo por este medio contraer un mérito que le facilitase la concesion de la gracia que pretendia. Tan desdichado azar reunido á la circunstancia de haber sido preso un agente de Ipsilantis por las autoridades turcas en las inmediaciones de Vidin, puso á la Puerta en conocimiento del designio de los conjurados, como avisaron de Constantinopla á Ipsilantis, lo que le obligó á romper el movimiento sin la debida preparacion, y hallando que se le habia anticipado Vlademiresko, con quien no tardó en entrar en conflicto de ambicion y de autoridad.

Tales fueron las causas que atrajeron sobre las provincias transistrianas el doble azote de una insurreccion inconsiderada y de una invasion desastrosa. Alejandro dió principio á sus operaciones imprimiendo en Odessa una proclama con fecha de veinte y cuatro de marzo de mil ochocientos veinte y uno, en su cuartel general de Jassi.

En aquel escrito se tituló regente del gobierno, recordó á sus compatriotas los gloriosos hechos de su antigua historia, les habló de la patria y de la religion ultrajada, y llamó á las armas á un pueblo á quien solo la mano poderosa de Dios podia ya sacar del abismo. Pero el logro de un triunfo tan importante estaba sin duda reservado para otro hombre de muy diferente carácter.

GERMANOS.

El arzobispo de Patrás era el que debia tener la honra de dar principio á la grande obra de la independencia de la Grecia. Este varon venerable llamado Germanos, nació de padres pobres, fue criado entre los pastores del monte Menalo y se educó en una ciudad de poco nombre, en la Morea. Luego que concluyó sus estudios sirvió de gramatista al metropolitano de Argos y al arzobispo de Smirna, que despues llegó á ser patriarca de Constantinopla. Sucesivamente fue coadjutor del arzobispo de Cyzica, y exarca de las iglesias del Peloponeso, en cuyos encargos adquirió tan buena reputacion por su vida austera y sus irreprensibles costumbres, como asimismo por el ardiente celo que le devoraba en defensa de la fe, que en el año de mil ochocientos seis fue promovido al arzobispado de Patrás.

En este puesto de la iglesia de oriente se hallaba Germanos, cuando empezaron á sentirse los primeros movimientos de la insurreccion griega. Era hombre de profundo discurso, no menos versado en las ciencias eclesiásticas que en el conocimiento del mundo, muy popular, instruido en la lengua de Platon que hablaba con una suavidad digna del gusto de la academia, y en una palabra, estaba lleno de la doctrina de las santas escrituras, no era estrangero á la literatura europea, y poseia una elocuencia de inspiracion, con una imaginacion ardiente, y con aquella fe que transporta los montes. Semejante atleta parecia digno de verter su sangre por el altar y por la patria.

Luego que resolvió en Calavrita, como queda dicho, no pasar hasta Tripolitza, ni obedecer la orden del caimacan de Kurchid-bajá, se retiró al convento de religiosos lauros ó trapenses del monte Erimanto, donde se le juntaron mil y quinientos paisanos que los primados de Calavrita tenian reunidos, dos meses habia, para reprimir los escesos de los vandoleros laliotas. Animada esta gente con las exortaciones de Germanos, no solo le defendió contra los turcos que fueron á prenderle, sino es que inspiró tal espanto en los infieles, que huyeron precipitadamente hasta Vostitza, en cuyo puerto se embarcaron para Lepento, dejando á los griegos por únicos dueños de Calavrita. De esta ciudad hizo Germanos su cuartel de reserva que vino á ser en muchas ocasiones el asilo de un gran número de cristianos.

Por entonces informado de la fuga de los turcos reunió en el monasterio donde se hallaba los arcontes de Patrás, Vostitza y Calavrita, los gefes militares del monte Olenos, algunos diputados de Gastouni, y los hegumenos de los monasterios cercanos. Luego que todos estuvieron juntos pronunció un largo y elocuente discurso que en sustancia se reducia á dos puntos principales: á recordarles la dura esclavitud que sufria la Grecia, y á probar la necesidad de vencer ó morir por su independencia, sin confiar en ningun socorro de parte de las potencias cristianas, cuya política en otras ocasiones les habia sido bastante funesta. Concluida su arenga señaló á cada gefe el punto que debia ocupar, dispensó á todos de la obligacion del ayuno y tremoló intrépidamente el estandarte de la insurreccion. A los pocos

dias ya contaba mas de diez mil hombres bajo sus banderas, cuando hallándose en Nezeros, aldea situada á la entrada del desfiladero meridional de Calavrita, tuvo noticia del levantamiento de Patrás.

Esta ciudad habia sido teatro de escenas horrorosas. El dia cuatro de abril á las seis de la tarde, los turcos antes de retirarse al castillo pusieron fuego á la casa de uno de los primados griegos llamado Papa-Diamantopulos, de donde el viento propagó rapidísimamente el incendio, de modo que al caer la noche el estruendo de las casas que se hundian, el estrépito de los cañonazos de la fortaleza, el ruido y esplosion de algunas bombas, los gritos de las mugeres y de los niños, y la confusion de la muchedumbre buscando asilo en el puerto y en las casas de los cónsules europeos, formaba el conjunto mas espantoso que puede figurar la imaginacion. Los griegos por vengarse incendiaron el barrio de los mahometanos, al propio tiempo que las gentes de los campos llegaban á bandadas gritando *mueran los turcos.* En la plaza de San Jorge se dispuso un altar donde se colocó la imágen de Nuestro Señor Jesucristo, y el estandarte de la cruz reemplazó el pendon de la media luna en las torres de las mezquitas.

El dia seis de abril llegó el arzobispo é hizo alto delante de la ciudad, con sus tropas armadas de escopetas, puñales atados á la punta de unas estacas, palos, hondas, y hasta hoces y otros intrumentos de labranza. El dia siguiente hizo su entrada en el pueblo, y publicó una proclama reducida á decir: "Paz á los cristianos, protec-

„cion á los cónsules de las potencias estrangeras, „y guerra á los turcos." Inmediatamente se apagaron las llamas, se restableció la tranquilidad, y los emblemas, banderas y vestidos nuevos con las escarapelas azules y blancas, reemplazaron el trage griego de raja, usándose en su lugar del gorro y vestimenta rusa. Pero poco duraron estas alegrias. El dia siete en la noche rompió el castillo un fuego muy vivo de cañon, el incendio volvió á tomar cuerpo, y habiéndose comunicado á los almacenes de aceite pareció que solo esto se esperaba para entregarse á un pillage general. El desórden, la confusion y la muerte eran los espectáculos que ofrecia Patrás por todas partes como indicios de la sangrienta guerra comenzada.

Insurrecciones de Laconia, Arcadia y Mesenia.

Tambien se preparaban ó por mejor decir se precipitaban á ella al mismo tiempo los eleuterolacones, habitantes de los confines meridionales del Peloponeso. Estos se habian apresurado demasiado á entregar los rehenes pedidos por el caimacan de Kurchid, y teniendo noticia del asesinato de varios cristianos en las cercanias de Misitra y de los acontecimientos de Calavrita y de Vostitza, acababan de dar el grito de alarma. A esta voz se inflaman los ánimos, los turcos de los lugares circunvecinos son degollados, sus casas de campo incendiadas, y los pueblos de Potamia y de Bardumi, colonias de ezeritas mahometanos nadan en sangre. Los maniotas proclaman la insurreccion y declaran que nada respetarán sino les devuelven los rehenes que por medio de un

infame engaño les han arrancado para sepultarlos en los calabozos de Tripolitza.

Como el fluido eléctrico corre veloz por el conductor, del propio modo se propagaba el movimiento de unos puntos á otros de la Grecia. Constanza Zacarías, espartana, é hija de un mártir de la libertad, calificado de vandolero y empalado como tal en Tripolitza el año de mil setecientos noventa y nueve, deja de la mano el uso para empuñar la espada, y sedienta de venganza pone una bandera en lo mas alto de su casa, llamando á sus compatriotas á alistarse bajo sus auspicios. Las mugeres de Laconia y los valientes del monte Pentedactylon se inflaman á su voz y se precipitan en pos de ella al llano de Lacedemonia, donde proclama la regeneracion de la Grecia al frente de quinientos paisanos. Antinos, obispo de Helos, corre al encuentro de la heroina, bendice su empresa, y despues de haber obligado á los turcos á encerrarse en el castillo de Misitra, marcha hasta Londari donde echa á tierra todas las medias lunas de las mezquitas, poniendo fuego á la casa del Vaivode, que perece á sus manos.

Inmediatamente se sintió el movimiento en Mesenia, y la ciudad de Calamata, uniendo sus resentimientos á los de los lacones, tremoló el estandarte de la cruz. Nisi, Baliada y los lugares de Steniclaros siguieron su ejemplo, y los turcos demasiado débiles para resistir, se refugiaron los unos en Coron y los otros en Tripolitza. Entonces la parte de la alta Arcadia, donde nace el Alfeo, se agitó tambien á la te-

mible voz de los Deli-Janei, cuya familia poderosa se componia de siete hermanos, y siempre habia permanecido fiel al Dios de sus padres. Canelos, que era el primogénito, reunido á los paisanos, y batiendo á los turcos en todas partes, los dispersa y se apodera del castillo de Caritene, desde donde anuncia á los griegos el reino de la cruz y de la independencia.

Por todo el ámbito de la espaciosa selva de Coelá resonó el ruido de las armas de los sulimiotas que habian bajado del monte Yra, y los habitantes del territorio de Geremios que vivian pacíficos y tranquilos, se vieron impelidos por sus compatriotas ansiosos de tener altares, patria y leyes. Así que, se aprovecharon de las tinieblas de la noche y se dirigieron á Calamata, donde fueron recibidos con los brazos abiertos por Mauromichalis, y por los gefes de la Mesenia que estaban organizando en aquella ciudad un gobierno municipal.

Narracion histórica de los sucesos mas importantes, desde abril hasta fin de diciembre de mil ochocientos veinte y uno.

Habiendo llegado á Epiro la noticia de tan estraordinarios acontecimientos, que celebró Ali Tebelen desde lo alto de sus torres, y de que tuvo Kurchid conocimiento por diferentes conductos, es inesplicable la alegria que manifestaron los habitantes de aquel pais. Ya consideraban á sus opresores rendidos á sus pies, y ya se creian seguros del triunfo; pero este de-

bia costarles todavia mucha sangre y muchos sacrificios.

El dia quince de abril á las tres de la mañana se sintió en Patrás un terremoto que despertó á sitiados y sitiadores. Dos horas despues un vivo cañoneo del castillo anunció la llegada de un socorro que esperaban los turcos. Informado Jusuf-bajá de que los cristianos habian retirado un cuerpo de observacion que tenian en Sichena, salió de un castillo situado en el cabo Rhion y penetró en el Acrópolis de Patrás. Fue tanta la consternacion de los griegos con este suceso, que inmediatamente empezaron á dispersarse á bandadas, dejando al arzobispo solo con veinte hombres y empeñado en defenderse dentro de una casa hasta morir. Sin embargo, á fuerza de ruegos se logró el embarque del prelado, al mismo tiempo que una multitud de cristianos arrancados, por decirlo así, de las garras de la muerte, se hacian á la vela.

La pluma se resiste á describir las atrocidades de los turcos en aquella ocasion El incendio completo de toda la ciudad, que quedó reducida á cenizas, los bárbaros y crueles suplicios de cuantos griegos encontraron, el asesinato de las mugeres y de los niños despues de haberlos arrastrado por los cabellos, y todo lo que puede haber de mas brutal y feroz en el asalto de una plaza, apenas daria una idea de semejante catástrofe.

Los cónsules europeos en tales dias de dolor tuvieron la humanidad de salvar millares de personas, hasta que volvieron á divisarse sobre

el monte Panacaicos algunas hogueras, señal cierta de que se reunian de nuevo los insurgentes, cuya pérdida no habia sido considerable puesto que los inocentes habitantes de Patrás fueron esclusivamente las víctimas del hierro de los asesinos. Ya disminuian estos su arrogancia, porque no ignoraban que Germanos tenia establecido su cuartel general en Nezeros, desde donde podia caer repentinamente sobre ellos, y porque no podia ocultárseles que acababa de estallar una insurreccion en los confines de la Focide, por cuyo motivo no era posible que el lugar-teniente del bajá de Negroponte les enviase los socorros que se le tenian pedidos.

Entretanto la Beocia cansada de sufrir tan contínuas vejaciones se sublevó igualmente, y reunida la poblacion en masa á la voz del clero y bajo las órdenes de un griego llamado Diacos, pasó á cuchillo mas de dos mil musulmanes, se apoderó de la ciudad y castillo de Livada, tremoló la bandera de la cruz en el fuerte de Lebadea, y consiguió en menos de quince dias que no quedara ni un solo turco en la provincia. El famoso Odissea acababa de sublevar las poblaciones griegas de la Doride y el valle de Sperchius, mientras el archimandrita Gregorio Dikaios llegaba secretamente á la Megaride, y su hermano el archimandrita Antemio Gaces exortaba á los habitantes del monte Pelion á tomar las armas. Los helenos de Nea-Patra no tardaron en formar una confederacion, en la cual figuraban los nombres de Demetrio Kontoyanis, Dyovurnitis, gefes de las partidas del Parnaso, Diamantis de Tesalia, y el epirota Odissea, guer-

reros desconocidos hasta entonces en Europa y llamados por la providencia á representar un papel tan importante en la emancipacion de su patria.

Indecisos estaban los habitantes de Etolia sobre si abrazarian el partido de sus compatriotas, cuando supieron que los negocios no se hallaban tan desesperados en la Morea como lo aseguraban los turcos de Missolonghi y de Vrachori. En efecto, el obispo de Bura Procopio destacado por Germanos, de quien era sufragáneo, habia sublevado la Elide, al paso que las brutales proclamas de Jusuf bajá exasperaban cada vez mas los ánimos, de cuya circustancia sabia muy bien aprovecharse el arzobispo, así como de las relaciones exageradas acerca de las ventajas que se decia haber conseguido Alejandro Ipsilantis en los principados de Valaquia y Moldavia.

Pero la verdad era que Vladimiresko se habia adelantado hasta Bukarest donde se hizo proclamar vaivode por sus mismos panduros, cometiendo tales atropellamientos y tales latrocinios, que todos deseaban con ansia la llegada de Ipsilantis, de quien le creian agente. Sabíase por otra parte que un destacamento de su ejército, á las órdenes de uno de sus caudillos, habia entrado en Galatz, ciudad situada á orillas del Danubio, y que despues de dar muerte á algunos patrones de buques turcos se habia apoderado de veinte cañones pequeños, lo que se tuvo por una hazaña; aplaudiéndose con no mayor razon la conducta de Constantino Ducas, emisario de Ali Tebelen, que recorria la Moldavia y la

ponia en contribucion para suministrar caudales á la caja general del ejército. En una palabra, las gentes estaban en la mayor equivocacion sobre la naturaleza de aquellos hechos y de su origen, cuando se supo que el cónsul de Rusia en Jassi habia protestado en nombre de su soberano contra la proclama de Alejaudro Ipsilantis.

Informado este de lo que pasaba en Jassi envió dos oficiales á organizar el que titulaba ejército de Moldavia. Uno de ellos llamado Constantino Pentedekas, natural de Janina, amigo de Dncas, y por consiguiente instrumento de la política de Ali Tebelen, debia reunir todos los griegos dispersos en el pais, y formar un cuerpo que iria á sus órdenes. El otro que era ún etólio llamado Atanasio de Agrafa, iba encargado de pasar á Galatz donde se le incorporarian ochocientos griegos, y se entregaria de cuarenta piezas de cañon procedentes del desarme de algunos buques apostados en el Danubio, con órden de conducir este parque á Tergovitz. Dadas tales disposiciones, se dirigió el príncipe ácia Valaquia publicando repetidas proclamas, y reuniendo bajo de sus banderas los heteristas que acudian de las provincias cristianas fronterizas. A principios de abril llegó por fin á Kolentina, y estableció su cuartel general en una casa de campo distante una legua de Bukarest.

Entonces fue cuando se hizo conocido aquel cuerpo de heteristas vestidos de negro, que llevaban en los gorros calaveras y huesos en haspa formando el monograma X, con una cruz encima, y escarapelas negras, blancas y encarnadas.

Sin embargo, Ipsilantis no parecia en la ciudad aunque hubiesen salido ácia Kolentina una multitud de curiosos, y aunque el camino estuviese cubierto de carretelas de los boyardos que no habian emigrado. Todos se apresuraban á hacerle la corte lo mismo que á sus hermanos Jorge y Nicolas; pero nadie podia penetrar la reserva de que usaban, por ignorarse que Ipsilantis y Teodoro Vladimiresko estaban en una mútua desconfianza.

El dia siguiente á esta especie de ceremonia que se verificó en Kolentina, fue tremolada la bandera tricolor en Bukarest y saludada por los panduros y arnáutas con descargas de fusilería. Creyóse entonces sincera la reunion de los generales; pero en otra conferencia manifestó Vladimiresko al príncipe que su objeto diferia del suyo. *Puesto que vuestro objeto*, le dijo, *es libertar la Grecia, aquí no estais bien*, *id*, *pasad el Danubio*, *medid vuestras armas con las de los turcos*, *porque yo no intento batallar con ellos.*

Algunos dias despues se supo que Ipsilantis habia llevado repentinamente su cuartel general á Tergovitz, cuya posicion, cerca de la frontera austriaca, podía dar á entender que solo pensaba en retirarse, y que habia sido vencido antes de sacar la espada.

No habian tomado en Moldavia los negocios mas favorable giro. Luego que Pentedekas llegó á Jassi se ocupó en reunir los griegos esparcidos en la provincia, y en uniformarlos, recogiendo las municiones que le eran necesarias; pero los boyardos de segunda y tercera clase,

enemigos de los grandes, le propusieron que se deshiciese de aquel fantástico senado, y que les ayudase á colocarse al frente del gobierno. El epirota, educado en la escuela del sátrapa de Janina, rehusó con fingido horror prestarse á este designio, puso de acuerdo á los contendientes, y apoderándose de la autoridad resolvió administrar por su cuenta la Moldavia. Así que, sustituyó el gobierno militar al senado, mandando ahorcar á los descontentos, y como los soldados siguiesen su ejemplo todo quedó en la mayor confusion y anarquía

Entonces fue cuando los boyardos de Jassi, de acuerdo con los emigrados en Besarabia, resolvieron llamar á los turcos en su ausilio sin curarse de las consecuencias de semejante invasion. Mientras Ipsilantis en Tergovitz se ocupaba en diversiones y festines, se adelantó hasta Galatz el visir de Ybrailof con cinco mil caballos, once mil infantes y dos piezas de campaña; de suerte que los habitantes atemorizados se retiraron al interior del pais. Pero aunque Atanasio de Agrafa solo contaba con doscientos hombres, esperó intrépidamente al enemigo detras de unos atrincheramientos de tierra casi arruinados que los rusos habian levantado durante la última guerra, para poner la plaza al abrigo de un ataque brusco. Allí se sostuvieron los griegos con heróico esfuerzo y mas que todos Kotiras, natural del Peloponeso, que con treinta y cuatro hombres se encargó de la defensa de un reducto situado á la derecha de la línea, é hizo prodigios de valor. Veinte barcas cañoneras batian la ciudad, ya ocupada en parte por un

destacamento de caballería turco, cuando viendo Kotiras ser necesario evacuar su batería que se hallaba á descubierto, dijo con notable ánimo á los suyos. *Amigos, ahora debemos dar á la Grecia un grande ejemplo. Hace mucho tiempo que deseaba vengarme de los turcos, y ninguna ocasion pudiera ser mas oportuna que la presente. En este supuesto, que me sigan los que tengan los mismos sentimientos, porque hoy no debemos ver el sol puesto.* Era entonces el medio dia. Veinte y cinco griegos se precipitan con él hasta el centro de la ciudad; pues aunque la caballería enemiga hubiera podido oponérsele estaba divertida en el pillage. Como un leon furioso corre por las calles con el puñado de valientes que le seguian, degüella un gran número de turcos que encuentra al paso, y cercado por ellos entra en una casa donde una horda de infieles se estaba embriagando. Inmediatamente los pasa á cuchillo, y haciendo una plaza fuerte de aquella habitacion ensangrentada, pelea y se sostiene, hasta que los turcos desesperados de vencerlo pusieron fuego al edificio y pereció con sus soldados en medio de las llamas, mostrando á la Grecia que aun poseia hijos dignos de la admiracion del universo. Atanasio que tambien habia batallado contra los turcos rechazando con valor todos los asaltos, despreció la intimacion que le hizo el visir de que se rindiera, y á favor de la noche se salvó con su gente refugiándose en una especie de península formada por el lago Bralitz y el Pruth donde halló seiscientos griegos fugados vergonzosamente cuando el enemigo se presentó al

frente de Galatz. Mientras los turcos se entregaban en la plaza á sus atrocidades ordinarias, despojando las iglesias y bañándose en la sangre de algunos ancianos, se fortificó Atanasio en su puesto con la esperanza de volver á la ofensiva luego que Pentedekas viniese en su socorro. Pero aquel gefe que solo habia reunido un peloton como de unos quinientos hombres, apenas supo lo sucedido en Galatz, cuando no pensó mas que en fugarse con el fruto de sus rapiñas y con los cobardes que le acompañaban.

Este incidente perjudicial para Atanasio se compensó con la retirada de los turcos á Ybrailof, temiendo ser cortados por los insurgentes de Valaquia, con lo que quedó la Moldavia en poder de Pentedekas, gefe despreciable, orgulloso y fecundo en proclamas insignificantes.

Al mismo tiempo llegó la noticia al cuartel general de Tergovitz de la entrada de los turcos en Bukarest, pero ignorábase el paradero de Vladimiresko, cuando se supo haber sido preso por el capitan Jorge á media legua de Kimpolongo, y que llegaria de un momento á otro. Este suceso quitó la venda de los ojos á todo el ejército insurgente. Averiguóse la traicion de Teodoro, y que despues de introducir á los turcos en la capital de Valaquia habia salido de aquella ciudad con intencion de cortar la retirada á las tropas de Ipsilantis, lo que en efecto hubiera conseguido si le hubiesen dado media hora mas de tiempo.

Esta felonia justificada, que Vladimiresko pagó con su cabeza, y la aproximacion de los bárbaros, moderaron el deseo de diversiones en

el cuartel general, donde las acaloradas disputas entre los gefes sucedieron á los bailes y á los conciertos. El suplicio de Vladimiresko, léjos de calmar los resentimientos de los generales insurgentes, los aumentó hasta tal punto que Cantacuceno se separó de Ipsilantis, llevándose consigo cuatro mil hombres con los cuales pretendia atacar á Ybrailof. Pero apenas aquel príncipe, que era natural de Moldavia, y que habia abrazado por un espíritu nacional la causa de los griegos, hubo salido de Tergovitz, cuando destacó como partidarios á casi todos sus capitanes quedándose con solos seiscientos hombres, á cuya cabeza pasó los montes de Foxan, y entró el 25 de mayo en Jassi. Allí se reunió con Pentedekas, y concibió el plan de invadir la Moldavia, pero hubo de renunciar á su intento con la noticia de que Ipsilantis pocos dias despues de su separacion habia pasado por Kimpolongo y Courte-d'Argis á Rimnik, ciudad situada á la derecha del Oltein, casi á la entrada de las montañas. Entonces debió conocer que la causa de la insurreccion estaba perdida.

Sin embargo, su entrada en Jassi, que tanto disgustó á los boyardos principales, dió aliento á los insurgentes de Galatz, que quedaron atrincherados entre el Pruth y el Danubio, y que aprovechándose de un socorro que les llegó, se pusieron en marcha rio arriba hasta Falsi, de donde pasaron á Jassi en número ds quinientos hombres. Venian á ponerse á las órdenes de Cantacuceno, pero era ya demasiado tarde para poder sostenerse en la ciudad, pues el bajá de Ybrailof que habia tomado de nuevo

la ofensiva, adelantaba á marchas forzadas ácia el oriente de Moldavia.

Entre tanto los turcos inundaban la alta Valaquia, sin dejar de perseguir constantemente á Ipsilantis, cuyo ejército se aniquilaba de dia en dia. Los gefes mismos no disimulaban su inquietud, y los soldados solo esperaban una ocasion favorable para dispersarse. Unicamente el batallon sagrado ó de los heteristas parecia cobrar nuevos ánimos sabiendo que en breve iban á venir á las manos con los opresores de la Grecia, y en las calles de Rimnik resonaban sus himnos patrióticos. Pero aquel puñado de valientes no podia ya tener otro objeto que el de pelear y morir con gloria.

Por el contrario, Cantacuceno que estimaba en mucho mas su vida solo pensaba en escapar de la mala posicion en que se veia. Al intento destacó quinientos caballos ácia Romano con orden de replegarse si el enemigo se presentaba con fuerzas superiores, y evacuando á Jassi pasó con seiscientos hombres á un llano inmediato á la orilla derecha del Pruth, distante media legua de Skullen. Semejante conducta le hizo sospechoso de cobardia y de traicion para con los griegos venidos de Galatz, que ciertamente no trataban de imitar su prudencia.

Asi pues, mas bien indignados que influenciados por el proceder de Cantacuceno los oficiales de la corta guarnicion de Galatz se reunieron el dia diez y seis de junio y nombraron taxiarca (1)

(1) *Es una clase equivalente á la de oficiales generales.*

á Atanasio y á Kontogones. Pero era necesario salir de Jassi, el enemigo se acercaba, ya Cantacuceno habia huido á tierras de Rusia, y parecia indispensable borrar la siniestra idea de su vergonzosa fuga por medio de una accion brillante; cuyo sentimiento esculpido en el fondo de todos los corazones se manifestó con un grito general de la valiente tropa que desde luego se puso en marcha en direccion del Pruth.

Del mismo deseo se hallaba animado el batallon de los heteristas. El ejército de Ipsilantis habia pasado el Oltan el diez y siete para tomar posesion en el monasterio de Dragachan, situado á dos leguas de Rimnik, no lejos de las fronteras de Transilvania, mientras que la falange de Anastasio se hallaba estrechada por el enemigo en el estremo oriental de Moldavia. Ambas huestes debian renovar en el mismo dia la memorable hazaña de las Termópilas, y los griegos en aquellas posiciones distantes entre sí, parecian de inteligencia para admirar á su siglo y á la posteridad.

Los valientes del batallon sagrado que ansiaban por la pelea divisaron á los turcos el diez y ocho, y el diez y nueve contra el sabio dictámen del capitan Jorge, el cual hubiera querido que se pasase el dia en escaramuzas, para dar lugar á la llegada de algunos refuerzos, Caravia que estaba medio ébrio hizo prevalecer su voto, y se resolvió aceptar la batalla.

Atanasio y Kontogones llegaron á Skullen, y hallando mal dirigidos los trabajos empezados por Cantacuceno, determinaron fortificarse en una península formada por el Pruth, lo que era fácil con solo dejarla hecha una isla por medio de un

foso. En este caso no podia acercárseles la caballería ni dañarles la artilleria sin que las balas de cañon de los turcos llegasen á los establecimientos rusos situados á otro lado del rio. Púsose pues mano á la obra, pero apenas se habian movido algunas toesas de tierra cuando un destacamento turco de seiscientos caballos é igual número de infantes, se presentó á puestas del sol delante de la meseta ó llano de Stuika, donde pudo rechazársele despues de haberle hecho sufrir una pérdida considerable.

Convencidos los griegos con este ataque de lo insuficiente de sus fuerzas para la defensa de Skullen, quemaron durante la noche aquel lugar, donde el enemigo se hubiera establecido infaliblemente, incomodándoles desde las casas en que se atrincherasen. Despues volvió á continuarse el trabajo del reducto, y estaban ya colocadas nueve piezas de cañon, cuando el diez y nueve á las seis de la mañana parecieron los turcos en las alturas de Stuika. Seis mil caballos y dos mil infantes cubrieron en un momento el llano comprendido entre los rios Pruth y Zizias. Entonces los arnautas huyen cobardemente, y Atanasio, á quien solo quedaron cuatrocientos ochenta hombres, hace el juramento, que todos los suyos repiten: de *morir con gloria*. En seguida forma su tropa, y entrando en un barquichuelo atraviesa el rio para despedirse por la última vez de sus amigos que desde la orilla opuesta eran testigos de lo que pasaba. En efecto allí estaban algunos ancianos y varios comerciantes de Moldavia con sus familias que se habian libertado de la muerte refugiándose en el territorio ruso. En

vano suplicaron á Atanasio con vivas instancias que no hiciese un sacrificio inútil. ¿*Cómo*, les replicó, *podremos tolerar en adelante la presencia de nuestros compatriotas si llegan á saber que sin defendernos hemos huido de los turcos*? Y sin mas vuelve á embarcarse y llega donde estaba su gente, mientras los soldados de un batallon ruso destinado á la guarda de la frontera, y los griegos que se hallaban en el lazareto gritan á un tiempo que Atanasio y su tropa son perdidos, suplicándoles é instándoles á que se retirasen donde ellos estaban. Pero los valientes determinados al combate se contentan con saludarlos. Un parlamentario llega á intimar á Atanasio la entrega de sus armas al poderoso visir de Ybrailof. *Di á tu amo que venga por ellas*, le responde el nuevo Leonidas.

Inmediatamente prorrumpen los bárbaros en furiosos ahullidos, se mueven y precipitan amenazando destruirlo todo, cuando un fuego bien dirigido introduce en sus filas la confusion, les detiene y les obliga á retroceder. Entonces reunen sus masas y atacan por segunda vez con tal furia que los soldados de Atanasio se ven obligados á replegarse, dando lugar á cuatrocientos turcos para apoderarse de Skullen, donde se hacen firmes. Pero doscientos griegos se arrojan contra los infieles y despues de un combate de quince minutos los espectadores de la orilla opuesta del Pruth vieron salir de las ruinas de la aldea como unos cien mahometanos huyendo y á los griegos con veinte y cinco prisioneros que llevaban á su bateria. Los demas infieles habian perecido á sus manos, y los turcos rabiosos re-

petian los asaltos y siempre retrocedian dejando á los helenos una gloria indeleble.

De resultas de uno de estos ataques se vió á Spiros Alostros, natural de Zante, á quien habian dado un balazo en el pecho, rellenar su herida con pedazos de la camisa y continuar batiéndose, hasta que sofocado por la hemorragia dejó correr la sangre, con la cual escribió un billete á su madre para *darle la enhorabuena de haber perdido un hijo*, *muerto por la patria.* No lejos de este héroe acodado en tierra se hallaba Sebastopoulos, natural de Chios, detras de un monton de cadáveres de que habia hecho un espaldon, combatiendo y pereciendo despues de haber inmolado á su venganza una multitud de aquellos bárbaros. Apenas acababa de espirar cuando la atencion general se fijó en un jóven que seguia á un soldado de caballería á la carrera, y que logrando agarrarse de la cola del caballo saltaba á la gurupa y daba muerte á puñaladas á su adversario.

Ya volvia con la cabeza del turco en la mano en ocasion que Atanasio, Juan Kontogones, Apóstolos y Kontos, saliendo de sus atrincheramientos y perdiéndose de vista por algunos instantes, aparecieron de nuevo cargados de despojos y con sus sables teñidos en sangre. Era despues del octavo ataque y despues de ocho horas de combate, cuando aquellos hombres valerosos que carecian de víveres y estaban espuestos á la fuerza de los rayos del sol acababan de hacer tan heróica escursion. Sus fusiles estaban ardiendo de la continuacion de tirar, de modo que no eran manejables, y sus cañoncillos venian á ser

casi inútiles porque no habia otros proyectiles que unos pedazos de hierro y algunas piedras. Sin embargo su valor no se desmentia, y era necesario usar con ellos de medios estraordinarios. El enemigo logró poner seis piezas en batería frente al reducto, é hizo abanzar á sus reservas, al mismo tiempo que treinta soldados griegos, la mayor parte heridos, salieron de la fortificacion y se precipitaron en el Pruth, donde hallaron el fin de sus padeceres. Entonces Atanasio, Kontogones y otros cincuenta valientes de los mas distinguidos en sus pueblos, y que eran el consuelo de sus familias, se entran denodadamente por lo mas espeso de la muchedumbre enemiga y perecen de un modo digno de su valor.

Otro tanto sucedia en Dragachan donde el ejército de Ipsilantis á la vista de cuatro mil genízaros se puso en desordenada fuga, abandonando el batallon sagrado, cuyos guerreros quedaron casi todos en el campo de batalla. Cuatro mil fugitivos llegaron á Kosia, y como los gefes deseasen desembarazarse de ellos, se valieron de una estratagema impropia de la generosidad militar, y que seguramente les cubrió de oprobio. A los cuatro dias de su llegada se oyó de repente un repique general de campanas acompañado de salvas de fusilería, mientras los sacerdotes, seguidos de una multitud numerosa, pasaban á la iglesia á entonar un Te Deum. Decíase que los príncipes acababan de recibir cartas en que se les noticiaba que el Austria habia declarado la guerra á la Turquía, y que las tropas del emperador habian entrado en Kinnen, distante doce leguas. Todos se felicitaban mútuamente de un socorro

tan inesperado, todos se abrazaban y todos tenian por segura la venganza, cuando Ipsilantis y los suyos luego que anocheció se retiraron ocultamente dejando alli aquellas tristes víctimas de sus sugestiones. Desengañados el dia siguiente de la desercion de los gefes y de los artificios que se habian usado con ellos, se entregaron los oficiales y soldados á los mayores desórdenes, se batieron unos contra otros, y los que pudieron salvarse llegaron al lazareto de Torre Roja, donde encontraron á Ipsilantis con su estado mayor. Al salir de aquel establecimiento sanitario algunos dias despues, fueron presos Alejandro y sus hermanos y conducidos por los austriacos á la fortaleza de Mongatz, con lo que dió fin la insurreccion de los principados de Valaquia y Moldavia, que tan fatalísimas consecuencias tuvo para ambas provincias.

No fueron menos tristes en Constantinopla donde la proclama de Ipsilantis habia despertado el fanatismo adormecido de los turcos, y dado un pretesto á las miras codiciosas de Mahamud. Espantosa y sangrienta persecucion se levantó contra los cristianos que perecieron asesinados de un modo atroz. El barrio del Fanar fue saqueado, las numerosas y ricas bibliotecas de los griegos vendidas al peso, los templos destruidos y despojados, y el patriarca con todos los prelados que componian el sínodo, fueron ahorcados en las puertas de las iglesias, despues de haberles hecho sufrir los mas atroces tormentos, y llevándolos al suplicio con sus hábitos pontificales de que estaban revestidos, para la celebracion de la pascua. Los judíos arrastraron luego hasta el mar los

cadáveres de aquellos varones venerables por medio de un populacho no menos supersticioso que despiadado; pèro los cristianos no perdieron de vista el cuerpo muerto de su patriarca dentro de las aguas, y pudieron despues recogerlo para hacerle unas exequias dignas de su alta gerarquía. Por mucho tiempo las orillas del golfo de Ceras y de la Propontide, hasta las siete torres, permanecieron cubiertas de cadáveres griegos que el mar arrojaba sobre la arena, donde servian de pasto á los perros vagamundos que infestan ordinariamente las calles de Constantinopla.

Entre tanto no solo habia tomado un estraordinario incremento la insurreccion de la Morea, donde Germanos logró sublevar casi tado el pais en masa: no solo se hallaban en estado de sitio las plazas de Tripolitza, Coron, Modon, Navarino y Arcadia, sino es que el incendio se habia comunicado á las islas del Archipiélago. Es verdad que los isleños contentos con su ventajosa posicion y con el goce pacífico y tranquilo de las riquezas que les producia su comercio reusaron al principio tomar parte en tan aventuradas revueltas: pero los turcos se empeñaron en hacerlos tambien responsables de los sucesos de la Morea, y les obligaron, casi á pesar suyo, á ponerse en insurreccion.

Los habitantes de la isla de Hidra tuvieron noticia de que, á consecuencia de lo acontecido en Patrás, mas de cien marinos hidriotas de los mas distinguidos habian sido asesinados por orden del Vice-Almirante otomano, en cuya escuadra servian; y que á los demas, á quienes se habia hecho gracia de la vida, marchaban á

la fuerza á Janina para embarcarse en una escuadrilla que se queria oponer á Ali Tebelen, dueño hasta entonces de la navegecion del lago. Indignados en vista de semejante infamia, y con aviso de que las islas de Ipsara y de Spetzia habian alzado el pendon insurreccional, proclamó solemnemente el senado de Hidra la defensa de la Cruz el dia veinte y ocho de abril, y nombró por almirante de las fuerzas navales á Santiago Tombasis, hijo de Nicolas, capitan del navio Temístocles.

Cinco dias despues salió la escuadra con el pabellon de la Cruz que las islas del mar Egeo no habian visto desde la pérdida de Constantinopla. El almirante Tombasis esparció por todas ellas una proclama enérgica y patriótica logranelo el consuelo de que la mayor parte se adhiriesen á la santa causa proclamada, la cual adquirió mayor fuerza con la irritacion de los ánimos al saber los atentados cometidos contra el patriarca y demas prelados del sínodo griego. Solamente se negaron á la emancipacion las islas de Scyro, Chio, Cos, Rodas, Chipre, Mitilene y Creta, ya porque tuviesen diversas miras, ó porque el peso de las guarniciones turcas las obligasen todavia á permanecer por algun tiempo en un estado de esclavitud peor que la muerte.

Tombasís regresó á Hidra concluida su ventajosa espedicion, aunque con el disgusto de que hubiera sido inútil la tentativa de sublevar la isla de Chio, donde se desembarcó alguna gente para poner en movimiento á los paisanos, sin que esto produjese el efecto que se creia. Sin embargo aquel pequeño reves se compensó con las

muchas y ricas presas que hicieron los griegos, tanto de buques que conducian municiones de guerra, pertrechos y bastimentos contra ellos como de bajeles mercantes cargados de preciosas riquezas. El dia diez de mayo los capitanes Pinotzis y Gakturis apresaron un buque destinado á Alejandría, donde iban un mollah, varias familias turcas y muchos peregrinos mahometanos que fueron enviados de regalo á los capitanes de Mayna, para que trabajásen en las tierras mientras los naturales combatian en defensa de la patria. El bergantin quedó en poder de los griegos que hallaron á su bordo doce grandes candeleros de plata, seis de oro, tres espejos guarnecidos de piedras preciosas, bajilla de plata, diamantes, brillantes y perlas por un valor de mucha consideracion. No era necesario mas para trastornar la cabeza de unas gentes que hasta entonces se habian contentado con las moderadas ganancias de su comercio. Inmediatamente todas las islas comprometidas, aprontaron sus contingentes en buques y marineros, y se formó una escuadra mas respetable por su calidad que por la clase, ni por el porte de sus bajeles. El nuevo pabellon llevaba una efigie de Nuestro Señor Jesucristo, y por leyenda el antiguo adagio espartano. "Con ó sobre el escudo," convertido en estas palabras: "Con ó á pique," esto es, con la presa ó en el fondo del mar.

Lejos de tomar medida alguna conciliatoria el gobierno turco, no hacia mas que atizar el fuego con sus crueldades, cebándose especialmente en los individuos mas respetables del clero griego. Cirilo, Doroteo y Eugenio, arzobispos de He-

mo, Andrinópolis y Éfeso fueron ahorcados ó degollados con un gran número de eclesiásticos de sus diócesis. Igual suerte sufrieron varios comerciantes y mercaderes, entre ellos Demetrio Papavigopoulos, banquero de la Sublime Puerta, que le estaba debiendo grandes cantidades. ¡Digna recompensa de un gobierno compuesto de canibales sedientos de la sangre cristiana!

La insurreccion, como es de creer, se generalizaba cada vez mas. Los griegos ocuparon á Atenas, cuya guarnicion turca tuvo que retirarse precipitadamente al castillo ó acrópolis. En breve todos los pueblos del Ática siguieron el ejemplo de la capital, y los de Argos que hubieran deseado mantenerse sujetos al turco, se vieron en la precision de hacer causa comun con sus compatriotas. No les valió el leal acogimiento que hicieron á Achmet Deni, destinado por Kurchid para apaciguar los alborotos de la Grecia; porque á media noche fueron presos mas de seiscientos argivos en sus casas y decapitados en el momento. Los turcos pusieron fuego á varios cuarteles de la ciudad, las mugeres y niños perecieron en el incendio, y los que lograron salvarse, que eran mas de seis mil personas, iban inspirando con la narracion de aquella catástrofe el deseo de la venganza, hasta en las regiones mas inaccesibles de la Arcadia.

Por el mismo tiempo fue la arruinada ciudad de Patrás, conquistada, perdida y vuelta á conquistar sucesivamente por los griegos; quienes carecian de los medios necesarios para desalojar á los turcos de la fortaleza. Una de las islas que poseia Ali Tebelen en el lago de Janina cayó en

manos de los sitiadores que faltando á la fé de su palabra se entregaron, contra la poblacion cristiana, á toda clase de atrocidades, vendiendo como esclavos á los habitantes. Pero los de Etolia que conocieron el plan de esterminacion formado contra ellos, se sublevaron con la fortuna de derrotar en los primeros encuentros á sus opresores. El famoso Omer Briones pasó de orden de Kurchid con una division encargada de sujetar aquellos paises; pero se halló en el caso de los generales franceses durante la guerra de la independencia en la península española. Apenas era dueño del terreno que pisaba; siempre molestado por las guerrillas, siempre careciendo de comunicaciones, y habiéndolas con partidarios que conocian el terreno perfectamente, se vió al fin derrotado por Odissea, y bloqueado en el castillo de Bodonitza, por unos mil paisanos. Las consecuencias de estos reveses fueron la conquista por Odissea de los fuertes de Arachova y de Anfisa, en cuyos puntos pasó á cuchillo las guarniciones y los habitantes turcos, al paso que la Focide y la Locride se pusieron en una completa insurreccion, y que las ciudades del Pindo eran ocupadas alternativamente por ambos ejércitos beligerantes, sufriendo en todas ocasiones los horribles estragos que lleva consigo la guerra.

En los primeros dias de junio pareció una escuadra griega á la vista de Patrás, y empezó á bloquear el castillo cruzando sus fuegos con los de los sitiados, y poniéndolos en tanto apuro, que hubiera sido infalible su rendicion si los buques ingleses hubiesen respetado el bloqueo y no hubieran socorrido á Jusuf-bajá con toda

clase de bastimentos. Pero la aparicion de la escuadra en aquellos mares habia ocasionado la insurreccion de Missolonghi y de Anatólico, á cuyas poblaciones se reunieron los paisanos del campo de Lelanto y de las montañas de Calydon, formando en todos mas de seis mil hombres que pasaron de la otra parte del monte Aracinto. Furiosos con la noticia del asesinato de los sacerdotes de muchos lugares donde entraban, pusieron fuego al arrabal turco y á las mezquitas de Vrachori, y los infieles atemorizados de tales represalias se atrincheraron en la casa del vaivode, donde bloqueados, y despues de haber consumido sus provisiones, pidieron capitulacion para ellos y para los judíos sus ausiliares. Concedióseles la vida, con lo que se rindieron á discrecion, y tanto los musulmanes como los judíos fueron declarados rajas. Poniéndoles gorros de algodon fueron conducidos á la isla de Anatólico y destinados á los trabajos públicos en compañía de los mahometanos de Zapandi, que sujetándose á iguales condiciones, dejaron terminada la emancipacion de la Etolia.

Sin embargo, desembarazado del bloqueo Jusuf-bajá con el ausilio de los ingleses, resolvió proveer de víveres el Acrocorinto (1) y socorrer á los laliotas del monte Pholoé, mientras los griegos por su parte, despues de haber ocupado los pueblos de Filatra y de Sargaliano, bloqueaban á Navarino. El gobernador

---

(1) *La fortaleza ó castillo de Corinto.*

de esta plaza Ydris-bey se habia puesto en la imposibilidad de tratar con los sitiadores, mandando ahorcar á varios eclesiásticos de la ciudad y de las cercanías. En tal concepto solo pensó en defenderse, y como los insurgentes hubiesen cortado el aqüeducto, se halló la guarnicion obiigada á beber el agua salobre de algunos pozos que cabó la misma tropa en el recinto de la plaza. Los cristianos del arrabal de Modon, que carecian de fuerzas para resistir á los turcos, tomaron el partido de reunirse á los que sitiaban á Navarino, al propio tiempo que los habitantes de la comarca de Olixaya observaban los movimientos de los musulmanes de Coron, gente orgullosa y feroz, que no dejó el campo hasta que se acercaron los eutero-lacones de Mayna.

Estas partidas de montañeses casi todas compuestas de piratas de Nezapos y de cacovuniotas, fueron en breve derrotadas por los turcos á quienes bastaba salir con cincuenta hombres para ponerlas en fuga. Entonces se determinaron á reintegrarse de los gastos de su espedicion poniendo á saqueo el arrabal de los cristianos, de donde se llevaron los muebles, las puertas y ventanas, las vigas, y hasta las tejas de las casas. En vano se les habló de religion, de patria, ó de la injusticia que era robar así á sus correligionarios: ellos respondieron que desde la mas remota antigüedad estaban acostumbrados á vivir á su modo, y que no tomarian parte en la emancipacion de la Grecia sino es en cuanto se les pagasen sus servicios.

Esta conducta de los pueblos anárquicos de

Mayna, distaba mucho de conformarse con las resoluciones de un senado ó *gerusia* provisional que acababa de organizarse en Calamata, bajo la presidencia de Pedro Mauromichalis, bey de los maniotas. El arzobispo Germanos habia cedido el mando del ejército á Teodoro Colocotroni que era un soldado intrépido, antiguo partidario, y mucho mas á propósito para aquel empleo que el prelado (1). En consecuencia se decidió este á ocuparse en funciones mas análogas á su ministerio, que el oficio de la guerra, en el que no habia tenido otra guia que la necesidad de inducir á los griegos á la defensa de la religion y de la patria. Conforme á su nuevo plan de operaciones, se presentó al congreso de Calamata con los primados de Patrás y de Arcadia, y en compañía del llamado Coletti, que lo era de Syriaco, en el Pindo.

El príncipe Demetrio Ipsilantis, hermano de Alejandro, desembarcó entonces en Hidra, y su llegada aumentó mucho el entusiasmo popular. Decíase que era sabio y valiente, y que solo carecia de un personal mas aventajado para

---

(1) *Tenia entonces Colocotroni cincuenta y seis años, y todos los parientes habian perecido en épocas anteriores con las armas en la mano. Esto dió lugar en el pais á una especie de proverbio cuando se hablaba de cualquiera que sufria alguna desgracia.* "*Este ha tomado sobre sí*, se decia, *los pecados de los Colocotronis.*"

ser el gefe que necesitaban los griegos. Su aparicion no podia dejar de serles muy agradable cuando les llevaba armas y municiones, y mas de cincuenta y cinco mil pesos fuertes pertenecientes al dote de su hermana María, que ofrecia de este modo en el altar de la patria la esperanza de colocarse segun su rango. Acompañábale un sugeto llamado Afendulief, aunque su verdadero nombre era Miguel Comneno, hijo de un griego, pero nacido en Nizna, ciudad de Rusia, y que si sus cualidades hubieran igualado á los medianos conocimientos que poseia, hubiera sido una preciosa adquisicion para los insurgentes. Como quiera, se le prometió un empleo militar, y se convino en que pasaria con Demetrio Ipsilantis al sitio de Tripolitza, que se trataba entonces de estrecdar todo lo posible.

Igual destino se dió á Cantacuceno que llegó procedente de Trieste, con unos treinta oficiales alemanes entusiastas de los tiempos heróicos de la Grecia. Estos llevaban armas y municiones de guerra con el anuncio de que una multitud de estudiantes alemanes se preparaban á seguirlos, para servir la causa de los griegos. Mr. Baleste, teniente de granaderos del ejército frances, recibió el encargo de formar y disciplinar á la europea una compañía regular, la cual dió origen al cuerpo de filhelenos, de que habrá ocasion de hablar en el curso del presente compendio histórico.

Empero es necesario convenir en que muy pocos de estos estrangeros que acudieron al socorro de los griegos, estaban preparados al es-

pectáculo de un pueblo esclavo durante doce generaciones, y que aunque tuviese valor era su aspecto repugnante y bárbaro como contraido en la servidumbre. ¿Acaso podia conocerse á los descendientes de los famosos helenos, bajo el disfraz de una multitud de salteadores? Los ideologos que pretendian emancipar la Grecia usando de corolarios metafísicos; los que pensaban haber hallado un momento oportuno para fundar la república de Platon, maldijeron despues el dia en que se habian decidido á participar de los peligros de un pueblo que queria reconquistar su patria y sus altares, antes de ponerse á discutir planes de utopia.

Uno de los miembros del senado de Calamata, el lacónico Krevata, les desvaneció la ilusion, respondiendo á los que hablaban de publicar periódicos, *que los antiguos griegos no hubieron menester de efemérides para transmitir á la posteridad la memoria de las jornadas de Maraton y Salamina.* Sobre todo, es necesario figurarse que los ausiliares europeos no encontraron mas cama que la tierra, ni mas pan que el de maiz para comerlo con cebollas ó aceitunas y agua; sin hospitales, sin tren y sin ninguno de los requisitos para hacer la guerra á lo culto, y se verá que el desengaño debió ser no menos amargo que tardío.

El senado dispuso que el obispo de Modon marchase á estrechar el sitio de Navarino, y que Mauromichalis tomase el mando de la gente que cercaba la plaza de Monembasia, ó Nápoles de Malvasía. Pero este último tuvo gran dificultad en persuadir á los maniotas á seguirle;

pues hallaban mas conveniente destruir la Morea que pelear contra los turcos. Pudo al fin reducirlos, levantándoles la escomunion en que habian incurrido cuando el pillage de Coron, y marchó con ellos á la espedicion proyectada.

Mientras esto sucedia al sur del Peloponeso, Jusuf-bajá al norte lograba diferentes ventajas, libre ya del bloqueo. Una de ellas fue el socorro que dió á los turcos sitiados en el Acrocorinto, á la que se siguió la de conseguir salvar á los laliotas á quienes atacaba vigorosamente el conde Andres Metaxas, de Cefalonia, que obtuvo contra aquellos infieles una señalada victoria. Jusuf-bajá al cabo de seis dias de marcha, de privaciones y de combates, en que sufrieron los laliotas pérdidas considerables, los condujo á Patrás con sus familias, y mas de seis mil cabezas de ganado vacuno. Mas no bien llegaron al fuerte, cuando dieron á sus libertadores el merecido galardon, espulsando á los turcos naturales del pueblo, robándoles, apoderándose de la fortaleza, y manifestándose tan contrarios á Jusuf, que se dió por contento con escapar sano y salvo al castillo de los Dardanelos, situado en el cabo Rion. De este modo los albaneses de Lala se hicieron dueños del Acrópolis de Patrás, resueltos á sepultarse en sus ruinas, ó á establecerse en la ciudad si quedaban vencedores en la guerra de la insurreccion. Con lo cual vinieron á ser unos sublevados entre Jusuf-bajá y los otros sublevados griegos, que habiéndoles atacado le quitaron sus ganados, les derrotaron y los cercaron en el castillo.

Entretanto tomaba la causa de la independencia un aspecto grandioso en las islas. La de Samos formó una division de tropas disciplinadas, y con ella no cesó de inquietar á sus vecinos los mahometanos de la Anatolia, haciendo contínuos desembarcos en sus costas, y retirándose cargados de un rico botin. Los turcos asiáticos se vengaban cometiendo sus ordinarios atentados contra las indefensas poblaciones griegas, y en Constantinopla no tenia límites el furor, cuando salió de aquel puerto la escuadra otomana, que se componia de cinco navíos de línea, cuatro fragatas é igual número de corbetas, á las órdenes de un vice-almirante, hechura del capitan bajá Kara-Ali; y cuyas tripulaciones se formaron de vagamundos forzados de las galeras y de gentes todas de mal vivir. Pero los resultados de esta espedicion marítima correspondieron á las virtudes de los héroes que la emprendian. Todo se redujo al pillaje y asesinato de algunos griegos habitantes de las costas; despues de lo cual huyó vergonzosamente la armada turca á la vista de la escuadra hidriota, aunque no logró salvarse del todo, pues tuvo la pérdida de un navío de setenta y cuatro que encalló en el puerto Sigrió, donde fue atacado por cuatro bergatines cristianos que le destruyeron, incendiándole con camisas embreadas; dado que todavia no conocian los griegos el uso de los brulotes. Con esta accion, que en dictámen del almirante Halgan, citado por Mr. Pouqueville, es una de las hazañas mas atrevidas de la marina de nuestro siglo, quedó enteramente libre de infieles el mar Egeo.

La escuadra griega meditaba la conquista de Esmirna; pero conocido su plan por el enemigo se limitó á un ataque vivísimo en Cydonia, colonia griega muy floreciente en el Asia menor, y que quedó arruinada por haberle puesto fuego los turcos. Una consecuencia de este suceso fue la horrorosa sublevacion de los mahometanos de Esmirna, que asesinaron á sus propios magistrados, é hicieron terrible estrago en los rajas.

En verdad que debiera escribirse con sangre, en lugar de tinta, la historia de Grecia, desde el año de mil ochocientos veinte y uno hasta el presente. Si se fija la atencion en los sucesos de la época que ahora nos ocupa, se ven por una parte los habitantes de la isla de Creta sublevarse en masa, enviar su rica miel y delicados frutos á Malta, cambiarlos por municiones de guerra, bajar al llano y cargar sobre los turcos, haciendo en ellos una cruel carnicería, y obligándolos á encerrarse en las fortalezas de Suda y de Canea. En seguida se ofrece al pensamiento la terrible mortandad de los griegos en Scala Nova, ciudad de la Natolia, y la destruccion de este pueblo incendiado por los infieles, mientras sus correligionarios en las islas de Cos, Rodas y Chipre se cebaban en la carne humana, con mas ferocidad que pudieran los tigres ó los leopardos. Apartemos la vista por un momento de este lúgubre y doloroso cuadro para transportarnos al Archipiélago, donde la gloria de las hazañas disminuia el horror de los hechos.

El dia catorce de julio salió de los Darda-

nelos la escuadra turca en dos divisiones, que juntas componian cuatro navíos de línea, otras tantas fragatas, doce bergantines y varios buques menores. El intento del capitan-bajá era castigar á los de Samos; pero habiendo hecho un desembarco, en que perdió bastante gente, le fue forzoso contentarse con cubrir los mares con el humo de sus cañonazos y romper las rocas de la isla, desperdiciando en tan inútil objeto sus municiones. No bien habia empezado á gobernar al norte, cuando divisó la escuadra griega de ciento y cincuenta velas que salia en columnas de batalla del canal de Chio. Los buques griegos de mayor porte no llevaban mas de treinta cañones de veinte y cuatro, para batirse con navíos de línea que los tenian de treinta y seis, y que presentaban las proas cubiertas de obuses. Pero la victoria en el mar solo se concede al valor unido á la esperiencia, y los turcos carecian de uno y otro, al paso que los griegos estaban dotados de ambas cualidades. Como intrépidos soldados y hábiles marinos, conocieron que no les era posible presentarse en línea por la desproporcion de sus buques, y que solo debian observar al enemigo para aprovecharse de sus faltas. Así que, resolvieron despues de haberlo asombrado con su número, deslumbrarlo con sus maniobras.

Del mismo modo que los delfines juegan y se divierten en medio de las aguas, así los griegos durante todo el dia veinte de julio ejecutaron las mas brillantes maniobras de la estrategia naval. El dia siguiente cuando los turcos furiosos de verse provocados por unos bergan-

tines, se cubrian de velas á fin de darles caza, hizo el navarca señal de lanzar dos brulotes y los infieles se dirigieron viento en popa ácia el canal de Samos. Dueños los cristianos del campo de batalla en virtud de este cambio de frente, y habiendo quedado separados del cuerpo de la armada otomana nueve buques de transporte, los estrecharon de tal suerte contra la costa que les fue inevitable encallar, y allí perecieron incendiados por los griegos. Estos dieron caza en seguida al capitan-bajá, y lo persiguieron durante toda la noche del veinte y dos de julio llevando los fanales encendidos, mientras que el enemigo iba con fuegos apagados y no los volvió á encender hasta llegar á vista de Cos, donde pudo al fin refugiarse. Entretanto las mismas causas que habian ocasionado la insurreccion en todos los puntos de la Grecia, la produjeron en la alta Macedonia, donde sus principios fueron muy funestos para los griegos, á quienes los turcos unidos con los judíos derrotaron en repetidos encuentros, obligándolos á refugiarse en la península de Casandria. Pero era notable la traza de Achmet, bey de Salónica, para dar mayor importancia á sus victorias; pues enviaba á Constantinopla no solo las orejas de los griegos vencidos, sino es las de los hebreos y turcos muertos en cada batalla, con lo que parecia mucho mas grande la pérdida del enemigo. Luego que Jusuf-bajá sucedió á Achmet en el mando, atacó á los insurgentes delante del foso que habian formado en las puertas casandrianas, y fue rechazado por el beotarca Diamantis con pérdida de quinientos

hombres, siete banderas y varios cajones de municiones de que se apoderaron los vencedores. Este reves venia á ser tanto mas funesto cuanto las noticias de la crítica situacion de los turcos en aquellas partes se sucedian rápidamente. Teocleto de Macrinitza, literato distinguido, llamaba á las armas á los habitantes del monte Olimpo, y si lograba insurreccionarlos no quedaba menos comprometida la suerte de Salónica que la de Larisa: los paisanos de la comarca estaban todos sublevados; y por último, el bey de Caterin, suegro de Veli-bajá, hijo de Ali Tebelen, no era mas que un rebelde disfrazado que andaba moviendo los ánimos á la sedicion.

El estado de la Morea no podia considerarse como mas favorable á los mahometanos. El dia cuatro de agosto llegó á Missolonghi Alejandro Maurocordatos que se habia embarcado en Marsella con algunas armas y municiones, en que convirtió los ricos chales de casimiro que poseia. Al mismo tiempo arribaban el general vutembergues Norman y una multitud de oficiales, de modo que cada dia se veian desembarcar varias personas que iban al socorro de los griegos, aunque ninguna llamase tanto la atencion como Maurocordatos. Este escelente patriota tendria ya mas de treinta años, y muchos naturales del Peloponeso le habian conocido en Constantinopla y en Bukarest cuando estaba allí empleado con el hospodar Caradjea, su tio, que recogió grandes riquezas y muchas maldiciones públicas, mientras el sobrino adquiria una honrosa reputacion por su desin-

teres. Era su fisonomía amable, noble y franca, su paciencia admirable, y muy corteses sus modales; de suerte que por sus prendas mereció el aprecio que se hizo de él.

La llegada del nuevo campeon casi coincidió con la rendicion de Nápoles de Malvasía, donde los turcos sitiados se vierón en tanto apuro, que despues de comerse las mulas y caballos pedian á gritos que se diese permiso para la venta de carne humana, teniéndose por muy felices cuando en alguna salida podian llevarse los cadáveres de los griegos que mataban, cuya carne se vendia á mas de tres pesetas la libra. En una palabra, ya se habian alimentado de alga marina y del musgo que crece en los arrecifes, cuando vencidos por el hambre y las enfermedades consintieron en rendirse á Cantacuceno el dia primero de agosto.

En este medio tiempo capituló la plaza de Navarino, y los turcos, á quienes Gregorio obispo de Modon habia logrado libertar del furor del soldado, fueron conducidos á una isla desierta donde no tardaron en perecer de hambre. Los pormenores de tan deplorable acontecimiento se supieron en la Acaya por el bergantin Pegaso, que despues de haber desembarcado varios filhelenos en Calamata, fue á Missolonghi creyendo que se encontraria en aquella plaza Maurocordatos. Pero este se habia internado en el Peloponeso con el fin de hallarse en el sitio de Tripolitza.

A medida que los turcos sufrian descalabros iban dando mayor impulso á su fanatismo feroz, que se satisfacia con la destruccion de todos los

templos del rito griego situados en la Turquía europea, con el asesinato de los rajas por mas inocentes que fuesen, y sobre todo, con el martirio de los eclesiásticos. El baron de Strogonof, embajador de Rusia, cerca de la Sublime Puerta, presentó al reis-effendi en nombre de su soberano una nota muy enérgica contra semejantes escesos, apoyándose en el artículo del tratado de Kainardgi, por el cual se reconoce á S. M. rusa como protector de la religion griega en los estados otomanos. A esta comunicacion diplomática contestó la Puerta, con su ordinario orgullo, diciendo que el atentado hecho contra el patriarca Gregorio habia sido un acto de justicia, por habérsele probado su participacion en el movimiento insurreccional de Calavrita: que los rajas griegos se habian sublevado sin razon contra su legítimo soberano; y por último que en Kainardgi se estipuló el protectorado de la religion, pero no el de los crímenes. Esta altiva respuesta y los preparativos y operaciones militares que entonces se hacian por parte de la Rusia, fueron causa de que en Europa se creyese generalmente en una ruptura entre aquel imperio y el turco, lo que hubiera dado lugar á los cristianos de sacudir prontamente el yugo de los infieles. Pero otras consideraciones políticas de grande importancia paralizaron por entonces la ejecucion de los planes del emperador Alejandro.

Sin embargo, no por eso se desanimaron los griegos, quienes cada dia se hacian con nuevos partidarios útiles por sus talentos militares, ó por su capacidad en otras materias de estado. Entre ellos merece particular mencion Teodoro Ne-

gris, que habiendo salido de Constantinopla como encargado de negocios de la Sublime Puerta en París, arrojó al mar sus credenciales y se dirigió á Calamata, donde obtuvo el nombramiento de canciller del senado, y fue el primer ministro de negocios estrangeros de los helenos.

No faltaban ya entonces disensiones en el congreso griego, porque el orgullo que inspiran las riquezas, la vanidad de haber tenido una ilustre cuna, y la exageracion de los servicios reales ó supuestos que cada uno alegaba, fomentaron discordias perjudiciales á la causa pública. El arzobispo Germanos se retiró á su aldea, segun se dijo exasperado, porque no podia conseguir que fuese dominante el partido del clero en los campos de batalla y en los consejos.

Nombrado generalísimo Demetrio Ipsilantis, no tardó en fijar su atencion en la Etolia, á donde se resolvió enviar á Maurocordatos y á Sakeris, hombres universalmente estimados y dignos de serlo. Este último tenia bellísimas prendas: hablaba con increible facilidad casi todas las lenguas de Europa, y á sus conocimientos reunia una modestia y una moralidad poco comunes. Era natural de Tripolitza, cuya ciudad saludó desde las alturas del monte Menalo, despues de catorce años de ausencia; y los generales que mandaban el sitio le habian concedido el grado de hipotasiarca ó teniente coronel cuando partió para Missolonghi, como cólega de Maurocordatos. Alli se tuvieron varias conferencias con los armátolis que hasta entonces habian pelcado sin mudar de plan, y con los agentes de Ali Tebelen, Tahir Abas, Alejo Noutzas y Hagos Bessiaris, enviados

por el bajá rebelde antes de la insurreccion de la Morea para sublevar á los montañeses de la Helade. Unos y otros tenian diversos intereses y pretendian engañarse recíprocamente, de modo que el resultado fue convenirse en que los cristianos unidos á los musulmanes conquistarian la ciudad de Arta y revolverian despues sus armas contra Janina en socorro de Ali, cuando en realidad nadie prometia de buena fe ni era posible que se reuniesen dos pueblos tan opuestos. Pero el objeto de los negociadores griegos era operar una diversion favorable á la Morea, donde se sabia que Omer Briones y el visir de Negroponte se proponian dirigir un cuerpo formidable de tropas.

Enmedio de esta justa inquietud se tuvo noticia de una carta encíclica del patriarca Eugenio, puesto por el sultan en la silla del mártir Gregorio. En esta especie de pastoral dirigida con fecha de diez y siete de agosto á todos los griegos eclesiásticos y seculares, anunciaba en nombre de S. A. un perdon general con tal de que se rindiesen á discrecion, contando con la seguridad que les daba el *clemente* corazon de Mahamud. Los helenos hollaron la encíclica del sucesor intruso de Gregorio: los prelados del Peloponeso anatematizaron á aquel apóstata que fue solemnemente calificado con el título de Judas Iscariote, y el ejército cristiano respondió á la pastoral con los gritos de vencer ó morir.

Entre tanto Ali Tebelen seguia haciendo dentro de sus fuertes una tenaz resistencia, y los suliotas llamaban la atencion de Kurchid-bajá con sus contínuas correrías, en que le interceptaban

las comunicaciones, se apoderaban de sus comboyes, y á veces le ponian en terribles apuros. Pero como sus fuerzas eran considerables, y cada dia se aumentaban con nuevos refuerzos, no repugnó Ali entrar con él en negociaciones que solo condujeron á ganar tiempo de una y otra parte. Marcos Botzaris, á la cabeza de los suliotas y Diamantis, al frente de los insurgentes de Casandria, hicieron prodigios de valor, bastantes para adquirir un glorioso renombre, aunque no para determinar el éxito de aquella famosa contienda que se ofrecia con un carácter mucho más imponente en la Morea.

Las noticias llegadas al monte Menalo, donde estaban acampados los griegos delante de Tripolitza, todas convenian en el pronto arribo al Peloponeso de un ejército turco, bien que se ignorase el punto en que se verificaria el desembarco. Los soldados se iban haciendo cada dia mas aguerridos, y aproximándose á la plaza progresivamente se apoderaron de los desfiladeros mas importantes. Uno de los gefes llamado Nicetas avanzó y tomó posicion á la entrada de Trochos ó Kaki Scala; mas no bien se habia situado alli con noventa hombres, cuando vió acercarse al kiaya-bey (1) en persona á la cabeza de tres mil infantes y quinientos caballos. El bárbaro venia á recibir un comboy de cien cargas de harina procedentes de Lerna, donde las habia llevado uno de los buques ingleses que se empleaban en aprovisionar á los turcos. Era la primera vez que

---

(1) *Teniente de gobernador.*

los griegos se veian enfrente del enemigo, porque desde el principio del sitio solo lo habian visto desde las montañas. Nicetas mandó inmediatamente hacer alto á su tropa, la formó en el parage mas estrecho del desfiladero, cubrió su flanco derecho con la montaña en que está situado el lugar de Doliana, y colocó su izquierda á la orilla de un torrente que le servia de espaldon y de foso.

Pasmados los infieles de semejante resolucion se detienen gritando: *idólatras, rendid las armas. Impuros*, respondió Nicetas, *es menester ganarlas*. Al decir estas palabras, espantados los cristianos del número de los enemigos se horrorizan, tiemblan sus rodillas, y sus manos trémulas apenas pueden sostener el fusil. Pero Nicetas manda hacer fuego contra la caballería turca, que segun su costumbre se cubria los ojos con la mano izquierda. Compañeros ellos no se atreven á mirarnos, fuego! dice, y mas de cuarenta bárbaros caen en tierra. Los turcos hacen un movimiento retrogrado, se reunen, atacan de nuevo, y rechazada la infantería, que el kiaya-bey hizo avanzar, despues de haber continuado el tiroteo durante cinco horas, se puso en fuga.

Doscientos paisanos griegos que habian permanecido tranquilos espectadores de la lucha desde lo alto de la montaña, vinieron al momento á auxiliar á Nicetas. ¿Ahora es cuando venís? les grita, pero no importa, vamos sobre ellos. Tira del sable y los demas siguen su ejemplo precipitándose del cerro abajo y cebándose de tal suerte en los turcos, que el hermano del kiaya quedó mortalmente herido, Ali, bey de Fanari, fue

muerto, una multitud de bárbaros perecieron, y su lugar teniente general logró salvarse en Tripolitza con pérdida de seiscientos hombres y del comboy, que recibió el vencedor como en recompensa de su gloriosísima victoria.

Un suceso tan estraordinario que mereció á Nicetas el sobrenombre de Turcolekas, *ó hendidor de turcos*, bastó para animar á los insurgentes á que bajasen del monte Menalo á fin de formar sus líneas de bloqueo á una milla de Tripolitza, y el kiaya-bey se vió obligado á encerrarse en la plaza con doce mil hombres, aunque en razon á su caballería conservó la salida libre por la puerta oriental que conduce al llano. Entonces empezó el sitio propiamente dicho de la moderna capital del Peloponeso.

Sin embargo no hubieran sido grandes sus progresos á no ser por la brillante victoria que consiguió Odissea juntamente con Dyovouniotis y Juan Gouras en el desfiladero de las Termópilas contra los seraskers, Hadgi-Bekir bajá, Seim-Ali y Memich, cuyo plan era penetrar en el Peloponeso, pasando por la Beocia y por el Ática. Las divisiones del ejército turco situadas en escalones en aquella direccion, despues de haber pasado el istmo debian reunirse con la escuadra del capitan-bajá que cruzaba por las aguas de la península griega. Segun ellos, el otoño bastaba para exterminar á los griegos, la rendicion de Ali Tebelen seria una consecuencia inevitable y daria fin á la campaña proporcionando de nuevo á los insurgentes el despotismo musulman con todos sus horrores. Pero á fe que fueron muy diversas las consecuencias de su tentativa. Apostados

los tres capitanes griegos convenientemente, Gouras que solo mandaba mil hombres fue el primero que tuvo la gloria de batir al enemigo, causándole una pérdida de setecientos hombres muertos, inclusos el seraskier en gefe Bairam-bajá, su lugar teniente Memech-bajá, el boulouk-bachi Frassaris, Soumin-bey, quince bimbachis ó comandantes de mil hombres y varios dervises. Estos últimos que iban delante del ejército montados en asnos, cantaban himnos en honor de Mahoma para animar á los soldados, anunciándoles la victoria ó el paraiso reservado á los que mueren peleando contra los infieles. Luego en memoria de un supuesto milagro de su falso profeta echaban puñados de arena ácia donde estaban los griegos, que les correspondian á balazos; de modo que cayeron víctimas de su propia imprudencia. El dia siguiente no fue menor el destrozo que sufrieron las huestes bárbaras combatiendo con Odissea, que les tomó nueve piezas de cañon, cuarenta y tres banderas, la caja militar y un gran número de bagages y de caballos; hasta que habiendo llegado al puente de Alamana donde tuvieron que desfilar bajo el fuego de Dyovonitif, se hizo general el desórden, y Seim-Ali-bajá gravemente herido, no logró volver á Cyrtones sino para espirar alli en los brazos de su familia. El cuerpo de ejército de Hadgi Bekir-bajá, testigo de aquella derrota, se dispersó, y no bien hubo llegado á Larissa cuando empezó á desertar en masa con la noticia de la muerte de su general, fallecido de resultas de una herida que recibió al tiempo de pasar el Trachis, lo que no pudo hacer sino abriéndose camino por medio de las par-

tidas de insurgentes bajadas del monte Othrix.

Tan prósperos sucesos hubieran causado la mas pura alegria en los griegos á no haberse contrapesado con las ventajas conseguidas por las tropas de desembarco de la escuadra otomana, que unidas á la guarnicion de Patrás obligaron á los sitiadores á levantar el cerco, y que despues cometieron tales atrocidades y profanaciones en el puerto de Galaxidi. Es triste obligacion de la historia la de haber de manifestar que la armada naval de los turcos iba guiada por el buque inglés la Zenobia, y que D. Vicente Micarelli, canónigo palermitano, servia de piloto en el navio almirante. ¡Lamentables y funestos efectos de la codicia ó de una política mal entendida!

Sin embargo, "la divinidad de Cristo ultrajada, dice un autor griego, suspendiendo el castigo de los infieles, cuyas blasfemias resonaban en las playas de Delfos, descargó su mano formidable sobre la guarnicion mahometana de Tripolitza." Hallábase esta plaza bloqueada muchos meses habia, cuando estrechado ya el sitio formaron algunos oficiales estrangeros el plan de ataque, si merece este nombre la construccion de varias baterías de poquísimo efecto, con piezas de á diez y ocho y dos morteros en tan mal estado que era de temer que reventasen á los primeros tiros. Apenas parecia la aurora cada mañana cuando empezaba el tiroteo de una y otra parte: al medio dia se echaban á dormir los turcos protegidos por la vigilancia de algunas centinelas que fumaban tranquilamente su pipa sentadas en las troneras de las murallas; ácia la tarde se continuaba el fuego de fusilería, y llegada la noche

se retiraban sitiados y sitiadores sin observarse. De modo que por este orden hubiera podido durar el sitio de Tripolitza tanto como el de la famosa Troya, si el hambre no hubiera trabajado para abreviarlo.

Pero á fines de agosto constaba el ejército griego de mas de ocho mil hombres, y el parque de artillería se habia aumentado á proporcion, pues se componia de diez y seis bocas de fuego de diversos calibres: con lo que se pudo formar una batería de dos morteros de diez y doce pulgadas contra la ciudad, destinando tres obuses para tirar al llano en caso de salida.

Desde entonces se hicieron los ataques mas vivos, se perfeccionó la batería de brecha, y se continuó el bombardeo con mucha actividad hasta el dia veinte y seis de setiembre en que los turcos hicieron señal de parlamentar, y se dirigieron al cuartel de Colocotroni, donde estaban reunidos los gefes del ejército griego, y varios capitanes de la marina hidriota que habian acudido á presenciar aquella importante conquista.

Despues de mas de una hora de fumar en las pipas y de mirarse sin decirse nada, tomó la palabra Colocotroni y pidió á los parlamentarios ochenta mil bolsas por el permiso de conservar los efectos de uso particular de la guarnicion, y para que pudiese ésta embarcarse en el golfo de Calamata, á fin de ser transportada á Egipto ó á la Natolia. Los turcos esclamaron contra lo escesivo de la suma pedida, y manifestando su falta de poderes se convino en una suspension de armas por dos dias, al cabo de los cuales debia darse una respuesta categórica.

Todavia se lisongeaban los sitiados con la esperanza de que les socorriese el ejército que fue derrotado en las Termópilas, de cuya catástrofe no tenian noticia, y probaron aun á seguir la negociacion á fin de ganar tiempo. Pero nadie pensó ya mas que en su propia seguridad viendo presentarse el seraf ó banquero del visir á tratar en nombre de los israelitas. Llevaba unas magníficas pistolas de oro, de las cuales le despojó Colocotroni diciendo: *Judio y armado, eso no sienta bien.* Tampoco rehusó tomar el dinero que le presentaba, pero le despidió con palabras puramente evasivas.

A favor de estas entrevistas, las mugeres que componian el harem de Kurchid-bajá, informadas de la existencia en el campamento de una heroina griega llamada Bobolina, solicitaron conferenciar con ella, y habiendo entrado en la ciudad varios capitanes inducidos por la codicia, la siguieron á fin de avocarse con los gefes de la guarnicion turca. A ejemplo de sus oficiales muchos insurgentes entraron á vender pan en cambio de armas, y llegó el desórden á tal punto que unos y otros se proporcionaban los medios de perpetuar indefinidamente la guerra. Pero los soldados fueron los primeros que previeron las consecuencias de aquella escandalosa chalaneria, pensando con razon que las visitas de Bobolina al harem de Kurchid no eran enteramente desinteresadas, y que algunos hijos de Licurgo preferian el oro y las alhajas de los turcos á la moneda de hierro de sus abuelos. Asi que, murmuraron y pidieron á voces que cesasen las comunicaciones; mas como no se les diese oidos empeza-

ron á hacer fuego, y obligaron á los turcos á volverse á la plaza el dia dos de octubre.

Con este motivo se finalizaron del todo las conferencias y no ocurrió suceso notable hasta el dia cinco al medio dia, que se oyó una voz que decia. *Al asalto: los griegos escalan la muralla.* Desde el reducto que batía la puerta septentrional, habia observado un soldado de Colocotroni que la muralla estaba mal guardada por aquella parte, y sin perder tiempo la escaló intrépidamente seguido por otros compañeros, y en breve por todo el ejército que voló á su socorro. Los turcos rompieron el fuego desde el castillo y desde algunas torres, pero la tropa de Maurimichalis que mandaba en gefe, al ejemplo de la de Colocotroni escaló la muralla, se apoderó en un momento de una de las principales torres, y volviendo sus cañones contra el castillo desmontó sus baterías, y todos los soldados penetraron en la ciudad.

Lo primero fue preguntar por los arzobispos y obispos que estaban alli en rehenes, pero que ya no existian. Una voz acusó á los turcos de haberlos envenenado, y este grito unido á la resistencia que oponian desde lo interior de algunas casas, donde se atrincheraban, exaltó el furor de los helenos, y se oyeron las terribles palabras de que no haya cuartel. "El lector puede elegir á »su voluntad, dice Mr. de Pouqueville (1) la »mas horrible relacion que los historiadores nos »hayan transmitido sobre el saqueo de las ciuda-

(1) *En su obra citada, tom. III, pág. 206.*

„ des, donde en los siglos bárbaros se degollaba
„ hasta á los animales, y tendrá una copia fiel
„ de la historia del asalto de Tripolitza."

La sangre de los inocentes griegos asesinados en Constantinopla no basta para disculpar los crímenes que se cometieron en esta plaza; pero es necesario convenir en que los turcos en igual caso á nadie hubieran perdonado, y en que los griegos respetaron la vida del kiaya de Kurchid, no entraron en su harem, y dejaron vivos enmedio de tan horrorosa carnicería á varios gefes turcos, cuyos haremnes se abstuvieron de profanar. Ultimamente los vencedores solo perdieron doscientos hombres, y ademas del tesoro imperial saquearon las considerables riquezas que los beyes de Corinto, Arcadia, Misitra y otras principales ciudades habian depositado en Tripolitza.

Entre tanto Demetrio Ipsilantis que habia salido por manejos de Colocotroni al frente de la tropa reglada de M. Baleste, presenciaba sin poder remediarla la catástrofe de Galaxidi, que describió muy bien en su parte, aunque no se hizo caso, porque nadie pensaba mas que en el pillage, sin siquiera curarse de enterrar á los muertos. Las mas ocultas partes de la ciudad y los mas ocultos rincones de las casas fueron registrados, y asi que cada guerrillero llenaba la bolsa se volvia á su lugar creyendo hecha su fortuna y la guerra concluida con la toma de Tripolitza.

Esta conquista hubiera podido en efecto decidir del buen éxito de la insurreccion, si los gabinetes de las principales potencias europeas no hubieran creido ver en el movimiento de la Grecia cierta analogía con los sucesos de España, Italia

y Portugal en aquella época. El Austria, temiendo la propagacion del incendio, como mas próximo á sus fronteras, y deseando evitar todo motivo de rompimiento entre Rusia y Turquía, no solo no se mostró al principio propicia á la causa de los griegos, sino es que se negó á dar asilo en sus estados á los insurgentes que emigrasen huyendo del furor de los turcos. Pero la Gran Bretaña, con especialidad, dió indicios del recelo que le inspiraba la determinacion de la Grecia, que pudiera ser de un influjo funesto en las islas Jónicas, cuyos habitantes son en realidad griegos tambien, y estan sujetos á su dominio. Asi pues, creyó prudente ahuyentar el contagio moral, bien fuese á favor de algunas medidas rigorosas con respecto á las mismas islas, ó bien haciendo valer los estrechos vínculos que unian á la Inglaterra con la Puerta, en virtud de la antigua alianza entre ambos estados. Esto tal vez podrá esplicar la conducta del alto comisario inglés en las islas Jónicas, y la de los buques de la marina británica, que protegieron decididamente las operaciones de la escuadra otomana durante el último periodo, á lo menos de la campaña del año de mil ochocientos veinte y uno.

Sin embargo, el capitan-bajá tuvo que dejar á los griegos por dueños de la navegacion del Archipiélago, y se retiró á Constantinopla vociferando sus triunfos, que consistian en haber socorrido las plazas de Coron, Moron y Patrás, pero mas que todo en la destruccion de la marina de Galaxidi. No se vanagloriaria por cierto de los vergonzosos reveses que habia sufrido y que no

debian tener lugar en los fastos de la invencible marina turca.

Semejantes fanfarronadas no paralizaban de ningun modo las operaciones del enemigo, pues el dia veinte y dos de noviembre hizo Colocotroni su entrada en Patrás á la cabeza de quince mil hombres, y empezó sus ataques contra el castillo. Pocos dias despues llegó un buque procedente de Liburnia, con dos mil seiscientos barriles de pólvora, seiscientas balas de cañon, algunas bombas, y veinte y cuatro piezas de artillería que enviaban á los helenos las generosas casas de comercio de Galati, Ulastos y Pestokis, de Chios. En una palabra, todo presentaba el mas favorable aspecto, y todo en aquella parte daba la idea de un pronto y feliz desenlace, mientras en otros puntos se hacia la guerra con varia fortuna.

En la alta Macedonia era triste la suerte de los griegos, pues el nuevo bajá de Salónica Abulubud Mehemet, logró forzar las puertas casandrianas con una gran pérdida de parte de los griegos, al propio tiempo que éstos daban la ley en el Ática, ocupando nuevamente la arruinada y pavorosa ciudad de Atenas, á las órdenes del valiente caudillo Odissea. Maurocordatos en Etolia renovaba las conferencias con los partidarios de Ali Tebelen, y pronunciando enérgicos discursos en el congreso de Vracori, donde los convocó, vino á cabo de combinar un plan que fue inútil por la desconfianza del mismo rebelde, reducido ya á un solo fuerte, porque el otro habia sido conquistado por las armas del seraskier Kurchid. Los suliotas, siempre batiéndose y siempre incomodando al enemigo, habian tenido que ce-

der á la superioridad inmensa de éste delante de Arta, no obstante el denodado arrojo de Marcos Botzaris; y por último el senado de Calamata transferido á Tripolitza y despues á Argos, á causa de la peste que se manifestó en la recien conquistada capital del Peloponeso, habia decretado, á propuesta de Demetrio Ipsilantis, una espedicion para socorrer á los insurgentes de la isla de Creta: debiendo ir las tropas reunidas con este objeto, á las órdenes de Miguel Comneno, conocido, como se ha dicho, con el nombre de Afendulief.

Luego que Alejandro Maurocordatos tuvo noticia del descalabro de los suliotas y del estado de los negocios en Epiro, conoció que Ali Tebelen no tardaria en sucumbir, y temió que el seraskier Kurchid, dueño de los tesoros de aquel bajá, reuniria un poderoso ejército y caeria sobre el Peloponeso con todo el peso de sus fuerzas. Por lo tanto se determinó á pasar á estrechar el sitio de Patrás, donde los griegos de Calavrita y los naturales de la plaza habian entrado en largos altercados, de cuyas resultas los primeros habian abandonado el bloqueo, dejando solos á sus rivales. Colocotroni y su gente estaban en Argos á recibir órdenes del senado, y todo aquel aparato que antes ofrecia una próxima y segura victoria, se hallaba convertido en el mas anárquico desórden. Jusuf-bajá se aprovechó de tan feliz coyuntura para hacer una salida, en que logró dispersar á los griegos con mucha pérdida, llegando las cosas á tal apuro, que Maurocordatos solo pudo salvarse gracias á la viveza de su caballo, y dejó

su equipage, de que, segun parece, hubo de tomar posesion un pariente del cónsul ingles en Patrás, pues le vieron despues en Zante vestido con las ropas de aquel general.

Demetrio Ipsilantis á pocos dias de establecerse el gobierno en Argos, ciudad incendiada antes por los turcos, y cubierta de ruinas, dispuso atacar por sorpresa la plaza de Nápoles de Romania. Pero los sitiados conocieron el movimiento, y como dueños de una formidable ciudadela, y de unas obras de fortificacion guarnecidas de numerosa artillería en muchos escelentes baluartes, se prepararon para la mas vigorosa resistencia. Nicetas, que no quiso ceder á nadie el honor de ser el primero en el asalto, se adelantó á la cabeza de una columna que M. Baleste, debia sostener con su tropa reglada; y marchando en silencio á favor de la oscuridad que le facilitaba acercarse sin ser descubierto, preparó las escalas y tomó posicion. Todas las tropas fijaban la vista en la cima del monte desde donde las llamas de una hoguera debian dar la señal del combate.

No bien se divisaron cuando Colocotroni dió principio al ataque, que se hizo general; pero en breve los sitiados, á quienes se habia creido sorprender, rompieron un fuego terrible. La gente vacila y se detiene, y la tentativa se desgracia. Sin embargo, Nicetas y las tropas regladas sostienen el tiroteo, hasta que viendo que no parecia la escuadrilla destinada á atacar la ciudad por la parte de la aduana, en razon á hallarse detenida por una calma, al salir el sol fue necesario no pensar mas que en la retirada.

Tristísima era entonces la situacion de los valientes griegos. Al separarse de la muralla se hacia preciso atravesar la calzada dominada por una batería de siete piezas, y marchar á descubierto bajo el fuego de la ciudadela. Una lluvia de balas y de metralla acribillaba todo el terreno; pero no solamente se arrostró aquel peligro sin debilidad ni desórden, sino es que muchos soldados tuvieron valor para detenerse á cargar sobre sus hombros los heridos, y aun con el fin de llevarse los muertos por quitar á los turcos la ventaja de apoderarse de sus cabezas y de formar con ellas trofeos.

Esto acababa de suceder cuando Maucordatos llegó á tomar asiento en el congreso de Artos, á donde habia sido diputado por los etolios. Demetrio Ipsilantis lo recibió con frialdad porque desde luego le tuvo por un rival, superior en mérito, y no tardó mucho en advertir cuan fundados eran sus temores. En breve los demas diputados aburridos de sufrir la importuna altivez de Ipsilantis, dejaron de visitarlo sino es por pura etiqueta, y una reunion organizada bajo el nombre *de amigos de la patria*, acabó de desconceptuarlo. El arzobispo Germanos era el alma de aquel club, al cual pertenecian todos los mas distinguidos gefes del ejército, de modo que viéndose Ipsilantis en tanto abandono, dirigió sus miras esclusivamente á la guerra y marchó á Corinto dejando el campo libre á sus adversarios.

Algunos dias despues propuso Germanos que se transfiriese la residencia del gobierno á Epidauro, y se decidió de comun acuerdo salir de

Argos donde reinaban muchas enfermedades, y donde se padecia una contínua inquietud por las frecuentes salidas de los turcos desde el infructuoso asalto de Nauplia. Inmediatamente se efectuó la marcha que hicieron los individuos de la anfictionia ó congreso, montados en mulas y en asnos, pues la fortuna no habia aun hecho perder á los griegos sino el temor.

Antes de partir se acordó encargar la redaccion del acta de independencia y del proyecto de gobierno provisional, á una comision compuesta de Maurocordatos, Germanos, Coletti y Teodoro Negris. Luego que los diputados llegaron á Epidauro se eligió un vergel plantado de limoneros para celebrar en él las sesiones; pero habiéndose atrevido algunos soldados á dirigir la palabra á los ilustres senadores mientras deliberaban, se espidió un decreto prescribiendo para lo sucesivo el mayor silencio y respeto.

Llegado el quince de diciembre, en cuyo dia estaba resuelto que fuese la apertura del congreso, se anunció aquella solemnidad con el ruido del cañon de una escuadrilla anclada en el puerto de Methenia, y se reunieron cincuenta y nueve diputados de varios puntos de la Grecia. El presidente Neofito, arzobispo de Talanto y de las Termópilas celebró el oficio divino, y declaró abierta la sesion. Entonces todos se sentaron con las piernas cruzadas, á estilo oriental, sobre unas esteras de junco, y levantándose el presidente, que tenia su asiento debajo de la copa de un oloroso limonero, rogó á Nuestro Sacrosanto Redentor que derramase los preciosos dones de su sabiduría sobre aquellos sus

fieles hijos. En seguida hizo un sencillo y oportuno discurso en que recordó los deberes del magistrado, del militar, y generalmente de todos los patriotas. Trajo á la memoria los males de Grecia, sus padeceres y humillacion, la necesidad de defender la santa causa proclamada, y por último la obligacion de separarse absolutamente de los falsos sectarios de Mahoma. Luego continuó examinando los títulos de los griegos á la proteccion de la Rusia, y dijo: que *era de pública notoriedad, que para la Puerta Otomana la causa de la religion y de la nacion griega habia estado siempre íntimamente unida á la causa política y religiosa de los moscovitas, y que en todas las guerras entre ambos estados el gobierno turco habia confundido siempre los deseos de los helenos con los de los rusos.* Aquí hizo el orador una discreta y delicada transicion, contentándose con pedir á Dios por la prosperidad espiritual y temporal de S. M. rusa. El nombre de Parga espiró en sus labios, y concluyó su discurso advirtiendo que el dia siguiente se reuniria el congreso para la lectura de las leyes orgánicas de la Grecia.

En efecto, la sesion anunciada se celebró, pero no puede esplicarse cual fue la confusion en que todos se hallaron cuando hubieron de discutirse las pretensiones de tantas ligas, distritos é islas que tenian diversos intereses, con frecuencia opuestos entre sí. Varias veces estuvo el congreso á punto de disolverse, pero como en un particular todos estaban de unánime opinion, esto es, en el odio al gobierno turco, Maurocordatos supo aprovechar la ocasion para

conciliar los ánimos. Como su paciencia y su amabilidad eran inalterables, se valió diestramente de la llegada de dos diputados de la isla de Creta, para distraer la atencion de aquellos motivos de discordia, é hizo aceptar las bases de una ley fundamental, que sin estar en un todo perfectamente en regla, debia á lo menos suplir la falta de otra mejor, en un pueblo donde era urgente destruir la anarquía.

Los despachos de los diputados cretenses hablaban de la situacion de su isla, donde los turcos seguian encerrados en las plazas fuertes, y en el mayor apuro, porque los insurgentes los estrechaban mucho despues de haberse hecho dueños del fuerte de Baza (1). Los comboyes que iban de Egipto para los infieles eran en gran parte interceptados por los armadores de Kasos, y el enemigo se hubiera visto reducido á la mayor miseria sino les hubiesen socorrido los francos de Esmirna, abusando del pabellon de sus soberanos, con el afan de una ganancia ilícita. Pero se añadia que, á pesar de todo, la formidable plaza de Candia se hallaba sufriendo grandes privaciones, y que con especialidad la de Canea era la que estaba en mayor apuro.

Mientras que Comneno Afendulief consumia todas sus fuerzas en la publicacion de proclamas, los sfaciotas mandados por los intrépidos capitanes Melidoros y Rousos rompian los aqüe-

---

(1) *Es un fondeadero con un fuerte situado en el punto mas accidental de la isla de Creta.*

ductos, se alojaban en la contraescarpa de Canea, y reducian á los sitiados al estremo de beber agua salobre, de cuyas resultas estaban padeciendo una horrorosa epidemia.

Este sustancialmente era el contenido de los partes de que se dió cuenta; y en su vista se decretó dirigir las mas humildes súplicas á los almirantes y gefes de las escuadras de los príncipes cristianos, á fin de que rehusasen su proteccion á los contrabandistas que abastecian las plazas turcas sitiadas por los griegos. Sin embargo, los cretenses parecieron de nuevo aquel mismo dia ante el senado quejándose de Afendulief, y pidiendo que se diese el mando de las tropas de Creta al capitan Baleste. Pero este se hallaba entonces en el sitio de Corinto con Demetrio Ipsilantis y varios oficiales del cuerpo de los filhelenos.

Mucho tiempo habia que el Acrocorinto estaba cercado. Esta fortaleza se estiende por un terreno de mas de mil quinientas toesas de longitud en la cima de una roca, á la cual es necesario subir por una cuesta muy pendiente antes de llegar á la puerta, que está defendida por tres líneas de fortificaciones bien provistas de artillería. Pero el resto de la ciudadela solo se cubre con un simple cordon de muralla, y para la defensa de tan vasto recinto no tenian los turcos mas de seiscientos hombres. Los insurgentes habian traido de Hidra dos cañones que se situaron en el monte Pente-Scufi, luego que se presentó Ipsilantis, y cuyos fuegos impidieron las salidas de los sitiados á hacer leña y á segar hierba, inquietándoles las balas hasta en

sus mismas habitaciones dispuestas en anfiteatro, detras de lá puerta de la entrada de la ciudadela.

Era ya á fines de diciembre y Kyamil-bey, prisionero de guerra en Tripolitza, con quien contaba Demetrio Ipsilantis para persuadir á los turcos á capitular, vacilaba en intervenir en tales negocios, cuando Colocotroni venciendo la dificultad con sus furiosas amenazas, le obligó en el acto á darle una carta para su madre y para su esposa, que se hallaban encerradas en el Acrocorinto, y se renovaron las negociaciones (1). Se trató al principio con franqueza militar, pero luego se vino en conocimiento de que Kyamil-Bey, previendo lo que se exigiria de él, habia hallado un medio para prevenir á su mager y á su madre lo que debian hacer, y un artillero disfrazado que les enviaba reveló todo aquel enredo.

Hasta entonces los artilleros turcos casi no habian hecho daño á los sitiadores, mas despues se observó mejor direccion en su puntería. Las balas y las bombas tiradas con notable tino, caian en gran parte en el alojamiento de Ipsi-

---

(1) «*El desapiadado Colocotroni, dice Mr.* »*de Pouqueville, llevó la crueldad hasta el* »*punto de tener privado á Kyamil-Bey del* »*gusto de fumar, que es la mayor abstinen-* »*cia que puede exigirse de un turco.*" *También lo separó de su esposa; pero es falso que esta fuese deshonrada casi á su vista, aunque el hecho no fuese imposible.*

lantis, que se halló precisado á mudarlo á otro sitio. Verdaderamente ya no se estaba en el tiempo en que los griegos se echaban á tierra con solo el ruido del cañon, y en que les espantaba el fuego de la artillería; pues por el contrario se encontraban tan familiarizados con sus estragos, que no les impedian frecuentar los mercados ni celebrar devotamente los funerales de sus compañeros. Pero el astuto Kyamil-Bey tenia grandes inteligencias con los sitiados, y el aspecto de los sucesos podia cambiar, cuando un negro que salió de la ciudadela como esplorador, y fue conducido á la presencia de Ipsilantis, le dió noticia de que los schypetars mahometanos empezaban á demostrar su descontento.

Como de este á la desercion del partido solo hay un paso para hombres que tienen la guerra por oficio, no ansiaban mas que por salir de su apuro. Sin embargo las negociaciones estaban paralizadas á consecuencia de los manejos de Kyamil-Bey y de su madre, cuando el valiente capitan Panorici se presentó en el campamento de los helenos. Admitido en el consejo aquel veterano se manifestó no menos indignado que sorprendido del lujo insensato de los caudillos griegos, que se habian enriquecido en la conquista de Tripolitza. Así que, no pudo menos de afearles amargamente que imitasen á los bárbaros sus enemigos, y no vaciló en pronosticarles las desgracias, aunque todavia lejanas, de que la patria estaba amenazada. Despues de lo cual, recordando sus antiguas relaciones con los schypetars, encerrados en el Acrocorinto,

se encargó de dar fin á los ocultos manejos del bey prisionero, y se lisongeó con razon de que sus gestiones tendrian un éxito feliz.

Tal era el estado en general de la nacion griega á fin del año de mil ochocientos veinte y uno, apenas transcurridos nueve meses desde el movimiento insurreccional. Habíanse sufrido reveses, la sangre cristiana habia corrido á torrentes por el territorio feraz de la Grecia, como para purificarlo de la profanacion de los bárbaros: pero los descendientes de Milciades, de Temístocles y de Epaminondas, se habian mostrado dignos de aquellos héroes cuyas hazañas portentosas nos transmite admirada la historia; y aunque sin proteccion ni ausilio estrangero, habian coronado sus sienes con laureles no menos inmarcesibles que los de sus abuelos.

SEGUNDA PARTE.

Disposiciones del congreso de Epidauro y conquista de Corinto, donde se traslada el gobierno: Trágico fin de Ali Tebelen: Preludios de la próxima campaña terrestre y marítima: Operaciones de las escuadras beligerantes: Sucesos de Epiro: Horrenda catástrofe de la isla de Scio: Vicisitudes de la Guerra de Créta: Maravillosa hazaña de Constantino Canaris y de Jorge Pepinis: Sucesos en el continente: Espedicion de Maurocordatos á Epiro: Ojeada sobre la Morea: Narracion histórica de los mas importantes acontecimientos de la insurreccion griega, hasta fin de diciembre de mil ochocientos veinte y dos.

Disposiciones del congreso de Epidauro y conquista de Corinto, donde se traslada el gobierno.

El dia primero de enero de mil ochocientos veinte y dos eligió el congreso de Epidáuro á Alejandro Maurocordatos para presidente del po-

der ejecutivo, y promulgó, en medio de un numerosísimo concurso del pueblo, la ley fundamental de la Grecia. Sus principales disposiciones, contenidas en siete capítulos y en ciento y dos artículos, abrazaban todo lo concerniente al culto, al gobierno, á la administracion de justicia y á la formacion de las leyes. Demetrio Ipsilantis fue nombrado presidente del senado legislativo en virtud de esta acta firmada por sesenta y siete diputados; y en el artículo noventa y cinco se previno, que ínterin se efectuaba la conquista de Atenas se trasladaria el gobierno á Corinto, cuya rendicion se esperaba de un dia á otro.

En efecto, Panorias cumplió su promesa desconcertando los planes y manejos de Kyamil-bey y de su harem, y negociando con los mahometanos epirotas, los cuales salieron de la plaza con sus armas y mil piastras cada uno, el dia veinte y dos de enero. Inmediatamente se les embarcó dejándolos en un punto de la costa próxima á Lepanto, desde donde prometieron volverse á su pais; mientras los turcos aterrados con la desercion, pidieron capitulacion y hubieron de pasar por las condiciones que se les quiso imponer. Una de ellas era que se les transportaria con sus familias al Asia menor; y en su virtud bajaron los beyes el veinte y seis de enero á la puerta de la ciudadela, á recibir á los gefes griegos que venian á tomar posesion del fuerte. No bien llegaron los unos á la presencia de los otros, cuando los beyes tirando á tierra sus pistolas, sables y puñales, dijeron levantando la voz: *ahí os rendimos esas armas que somos indignos de llevar.*

Sin embargo, era demasiado el resentimiento que se habian atraido de parte de los griegos para entregarse inermes; porque no existia tal vez un solo cristiano que no tuviese que pedir cuenta á los prisioneros de la sangre de un deudo ó de un amigo. Aunque Ipsilantis cuidaba de que los turcos no se hallasen en contacto con enemigos tan irritados, los buques que esperaba no parecian y era urgente ocupar el Acrocorinto. Primeramente no se permitió la entrada sino á algunas tropas escogidas; pero despues fue necesario que entrasen las milicias, las cuales no tardaron en venir á las manos con sus contrarios, despues de haber empleado las injurias y las amenazas. Baste decir que los prisioneros fueron saqueados y asesinados, y que las mugeres fueron transportadas á varios pueblecillos distantes de allí, antes que se hubiesen podido detener aquellos desórdenes. Así pues la reputacion de Ipsilantis quedó comprometida, de que se apesadumbró tanto que hubo de caer peligrosamente enfermo. Todos eran contratiempos para él, porque ademas de que Kyamil persistió en ocultar sus riquezas, el congreso de Epidauro, como se ha dicho, acababa de determinar la suerte de la Grecia sin consultarle, cuando él juzgaba que le correspondia el gobierno supremo, como teniente de su hermano Alejandro.

Habiéndose proclamado el dia veinte y ocho de enero el acta de independencia de la nacion griega, firmada por Maurocordatos, y refrendada por el archigramatista Teodoro Negris, anunció el congreso al panhelion de la Grecia,

que pues estaba lleno el objeto de su encargo, cesaban sus funciones, y que los griegos debian en adelante obedecer al directorio ejecutivo.

Poco despues espidió éste un decreto relativo á un empréstito para remediar la penuria de fondos del erario, y luego que se trasladó el gobierno á Corinto, el primer boletin de leyes que se publicó en Grecia por medio de la imprenta, contenia las disposiciones de Epidauro. El presidente dió principio en cierto modo al desempeño de su encargo, disponiendo que se entendiese con el ministro de negocios estrangeros un agente del comisario inglés Maitland, encargado de tratar sobre el rescate de la esposa y del harem de kurchid-bajá; cuyo pago debia correr de cuenta del senador Fiscardi. Al mismo tiempo se apresuró Maurocordatos á acceder al deseo de los cretenses, y el esforzado Baleste marchó á Candia acompañado de los señores Justino Grabwoski, Kuschuleuski, Isolani y Rossi.

Desde entonces toda la atencion del nuevo gobierno se fijó en los medios de resistir al turco. Sabíase que una formidable escuadra se disponia á pasar los Dardanelos, y que la Puerta, arregladas las diferencias con el imperio ruso, trataba de enviar sobre Grecia sus ejércitos del Danubio. Estas noticias causaban tanta mayor inquietud cuanto ya se preveia que la diversion operada por Ali, bajá de Janina, tocaba á su fin, puesto que los schypetars habian abandonado su partido y pasádose á las filas del seraskier Kurchid.

Trágico fin de Ali Tebelen.

Con efecto, cada dia era mas deplorable la situacion de aquel rebelde. La guarnicion de la única fortaleza que le habia quedado empezó á desertársele al enemigo, luego que tuvo noticia de la llegada al campo imperial de Tahir Abas, Hago Besiaris y demas caudillos de la faccion de Ali. El mismo ingeniero napolitano, Caretto, á pesar de los estrechos vínculos que le unian al bajá sitiado, creyó no tener mas recurso que el de la fuga para salvar su triste existencia; y atando una cuerda á la cureña de un cañon se descolgó hasta el foso, de donde le llevaron con un brazo fracturado á la tienda del general en gefe.

A esta desercion siguió muy en breve una felonia capaz de advertir al tirano de su último fin. Desanimada la guarnicion por las muchas enfermedades que se padecian en el castillo, irritada de la avaricia de Ali, y no siendo bastante para los trabajos que exigia la defensa, abrió de repente la puerta á los sitiadores. Perdido era el sátrapa si su enemigo no hubiese temido que aquello fuese una estratagema, y no le hubiera dado tiempo para refugiarse al que él llamaba su asilo.

Este era una especie de palanquera fabricada de cal y canto, con sus correspondientes cañones y que abrazaba todo el recinto particular de su serrallo llamado Kis-Koulé, esto es, la torre ó cuartel de las mugeres. Luego que se hubo retirado alli dejó tranquilamente al enemigo ocupar la puerta del castillo, poner en libertad los prisioneros, recorrer las murallas, y contar los ca-

ñones de las plataformas, que de la caida de las bombas estaban resentidas. Pero asi que llegaron donde pudieron oirlo, les manifestó su deseo de que Kurchid le enviase un parlamentario; y usando de un tono de autoridad bien notable, les mandó detenerse en el sitio que les indicaba. Informado de todo el seraskier, creyó que Ali reducido al último apuro pedia capitulacion, y envió á Tahir Abas y Hago Besiaris á tratar del asunto. Escuchóles el astuto viejo sin reprenderles su perfidia, y cuando finalizaron su plática les dijo que queria entenderse con algunos de los principales oficiales de Kurchid, á quienes recibió despues afectando el orgulloso continente y la estudiada gravedad de un visir. Finalizados los cumplidos de estilo, les condujo á una caberna practicada debajo del fortin, donde tenia colocados en diversas filas mas de dos mil barriles de pólvora, y encima sus tesoros con una multitud de alhajas preciosas, y los víveres que le quedaban. En seguida les llevó á la habitacion, donde pasaba la noche para no ser sorprendido, y que consistia en una especie de celda ricamente amueblada, contigua á la caberna de la pólvora, con tres puertas cuyas artificiosas cerraduras solo él conocia. Su guarnicion alojada en una mezquita inmediata, no pasaba de cincuenta hombres, determinados á sepultarse bajo los escombros de aquel recinto, único terreno que le quedaba de toda la Grecia, sujeta poco antes á su dominio.

Examinadas estas cosas, presentó á los enviados uno de sus mas celosos seidas, llamado Fehim Coutzos, guarda del fuego, jóven dotado de tan amable figura como intrepido era su corazon, y

cuyo encargo se reducia á estar preparado siempre para poner fuego al subterráneo. Preguntóle el tirano si continuaba resuelto á morir, y su única respuesta fue besarle la mano con tal entusiasmo que dejó sorprendidos á los circunstantes; despues de lo cual tuvo siempre la vista fija en su señor, observando todos sus movimientos.

Solo á su custodia y á la de Ali estaba confiado el farol á cuya inmediacion ardia la mecha fatal, y como el rebelde visir hiciese ademan de tirar un pistoletazo á la pólvora, se estremecieron los enviados de Kurchid, y se postraron á sus pies. El los levantó, sonriéndose de su temor y manifestándoles que su intencion habia sido únicamente despojarse de sus armas porque le molestaban. En efecto, las puso sobre un sofá, los hizo sentar y les dijo que no solo se hallaban sobre la bóveda de una casamata cargada con doscientas mil libras de pólvora, sino que todo el castillo estaba minado. *Me han hecho la guerra,* añadió, *para apoderarse de mis riquezas, y en un momento puedo destruirlas. En nada aprecio la vida que hubiera podido prolongar en medio de los griegos; pero hallándome anciano y destituido de poder ¿cómo era posible que yo me resolviese á tener por iguales á aquellos mismos de quienes era el señor absoluto? Es evidente que de cualquier modo que lo considere está ya acabada mi carrera. Sin embargo, no dejo de tener en la tierra objetos queridos, y por lo tanto ved aqui mi última determinacion. Que se me presente un indulto firmado de la propia mano del sultan, y yo me entrego. Iré á Constantinopla, al Asia menor ó á donde*

quisieren conducirme; de todas maneras no me convendria lo que viese en este pais.

Los enviados le respondieron que no dudaban de que se accediese á su propuesta; y él les dijo mirando su relox, que si pasada una hora no habian evacuado las tropas el castillo, pondria sin remedio fuego á la pólvora. Con esto partieron los parlamentarios, y de resultas del informe que dieron á Kurchid, nó solo se dejó libre la fortaleza, sino es que todo un ejército de treinta mil hombres queria huir de los cincuenta de Ali Tebelen y levantar el sitio, temiendo los horrorosos efectos de la esplosion que les amenazaba. Sin embargo, Kurchid continuó las negociaciones y logró engañar á su adversario, enviándole una especie de acta firmada por sesenta gefes de los mas principales del ejército, en que se comprometian colectivamente y cada uno en su propio nombre, á solicitar del sultan la gracia del proscrito, á quien se daban los títulos de *visir*, *consejero áulico y veterano mas distinguido* entre los esclavos de S. A.

El kafetandgi del seraskier (1) particularmente encargado de estos manejos, hizo saber á Ali, luego que pasaron algunos dias, que su general habia recibido un aviso semi-oficial de estar concedido el indulto, y que era preciso que tuviesen una conferencia en la isla del lago; para lo cual se habia mandado adornar suntuosamente el pabellon construido alli por él en tiempos mas felices. Ali pidió algunas horas para consultarlo,

(1) *Gefe de su gurdarropa.*

pero fueron tales las seguridades que se le dieron y tan artificiosas las palabras del kafetandgi, que se determinó á pasar á la isla con diez de los suyos, dejando encargada la mecha á su guardian del fuego. Como hacia mucho tiempo que se hallaba reducido á un estrecho recinto, se alegró al principio de haber aceptado el partido, porque en la nueva residencia se hallaba con mayor anchura; pero pasaron algunos dias y el seraskier no se presentó á la prometida conferencia, con lo que Ali empezó ya á desconfiar.

El cinco de febrero por la mañana le envió Kurchid un mensage diciéndole, que ya se habian satisfecho los deseos de todos con la llegada del ansiado indulto, pero que convenia á la dignidad del soberano que antes de comunicársele oficialmente, manifestase su gratitud y sumision, dando orden á Fehim para apagar la mecha fatal y disponiendo que su pequeña guarnicion evacuase la palanquera, despues de haber enarbolado la bandera imperial.

Bien conoció Ali entonces la indigna falacia que con él se habia usado, y para contrarrestarla pidió que se le permitiese pasar al fuerte á dar personalmente la orden á Fehim; pues en conformidad de lo que se le tenia prevenido no obedeceria ningun mandato por escrito. Pero fueron inútiles sus instancias en un asunto ya resuelto: y por otra parte los juramentos que sobre el alcorán hicieron los enviados de Kurchid, sus promesas, y mas que todo la ciega creencia en el dogma del fatalismo, le determinaron á consentir en su propia ruina. Sacando del seno una señal particular de convencion, la entregó al kafetandgi

y le dijo. *Id, presentad este objeto á Fehim y aquel dragon terrible se transformará en un tímido y obediente cordero.* En efecto, á vista del talisman se prosterna Fehim, apaga la mecha y muere en el momento á puñaladas. Al mismo tiempo se retira la guarnicion, se iza la bandera del sultan, y el castillo queda enteramente ocupado por las tropas del seraskier, que hacian resonar en todo el ámbito del campo sus alegres aclamaciones.

Era entonces el medio dia, y Ali que se hallaba en la isla estaba enteramente desengañado; pero los que le vieron en aquel momento terrible aseguran que su continente firme y sereno fue digno de un hombre mas virtuoso. En los fondeaderos de la isla no se divisaba ni una sola barca, y sus guardias, preparando las armas, no apartaban un instante la vista del lago. A las dos de la tarde se observó que de cuando en cuando parecia meditabundo, que bostezaba con frecuencia, y que pasaba los dedos por su larga barba. Luego bebió café y agua de nieve, y sacando sin cesar el relox, tomaba su anteojo de larga vista y miraba alternativamente al campamento, los castillos de Janina, el Pindo, y las tranquilas aguas del lago. Larguísimas le parecian las horas sin atreverse á mirar al cielo y sin pronunciar su impia lengua una sola palabra acerca de Dios y de la vida eterna. Ocupado á veces en requerir sus armas, centelleaba en sus ojos el fuego de la juventud, y daba muestras de desear un desenlace cuyo éxito no podia dudarse ya.

El pabellon donde residia era como una especie de recibimiento correspondiente á un cuer-

po de casa, construido de madera al modo de los teatros que se levantan en campo raso para una fiesta pública. Las mugeres se hallaban confinadas en unas estancias lejanas, y en todas partes reinaba un triste y pavoroso silencio. El visir conforme á su ordinaria costumbre, estaba sentado enfrente de la puerta de entrada, para ser el primero en divisar á cualquiera que se presentase. Acabábanse de descubrir algunos barquichuelos que iban acercándose, y ya serian como las cinco de la tarde, cuando llegaron á la playa con melancólico semblante Hassan-bajá, Omer Briones, Mehemet, selictar de Kurchid, su kafetandgi, otros varios gefes, y un numeroso acompañamiento. A su vista se levanta Ali impetuosamente, pone mano á sus pistolas, y grita con espantosa voz. *Deteneos::: ¿qué me traeis? La voluntad de S. A.* responde Hassan. *¿Conoceis estos augustos caracteres?* por los del frontispicio del firman escritos en relucientes letras de oro. *Si conozco y los reverencio*, dijo Ali. *Pues entonces*, replicó Hassan, *resignaos á la suerte, haced vuestras abluciones* (1) *y encomendaos á Dios y al profeta, porque vuestra cabeza la pide él:::* Ali no le deja acabar. *Mi cabeza*, responde, *no se entrega tan fácilmente.*

Pronunciadas con impetuosidad estas palabras hiere en un muslo á Hassan de un pistoletazo, y no menos rápido que un relámpago dá muerte al kafetandgi, al propio tiempo que sus guardias

(1) *Especie de labatorio con que se purifican los turcos.*

tirando á la multitud echan á tierra á varios tchoadars. Espantados los osmanlis salieron huyendo del pabellon, cuando Ali al notar que derramaba sangre de una herida en el pecho, bramó como un toro furioso, y se determinó á morir antes que rendirse. De todas partes le hacian fuego, y cuatro hombres de su guardia cayeron muertos á su lado, mientras él oia el ruido de las armas de sus enemigos que estaban debajo de sus pies, y le fusilaban traspasando las tablas del piso. Primeramente recibió un balazo en un costado, y despues otro que le alcanzó á la columna vertebral, de modo que no pudiendo ya sostenerse, se agarró á una ventana y luego se echó á rodar sobre su sofá. Entonces se abrió la puerta, como que ya habia cesado toda clase de resistencia, y el selictar de Kurchid entró delante de los verdugos. Encontrando á Ali todavia bastante vivo dijo un cadi, *cúmplase la justicia de Dios*, y apenas pronunció estas palabras sujetaron los verdugos al reo por la barba, y lo llevaron arrastrando hasta debajo del peristilo, donde apoyada su cabeza sobre uno de los escalones, le dieron repetidos golpes con un alfange muy mellado, antes de podérsela separar del cuerpo. Asi murió Ali, sufriendo la mas horrorosa agonía, á manos de los ejecutores de la justicia.

Sin perder tiempo remitió Kurchid la cabeza del rebelde bajá á Constantinopla, donde fue espuesta al público, como de costumbre, á la misma entrada del serrallo. Los hijos y nietos de Ali murieron desastrosamente por orden del sultan, y las mugeres de los unos y de los otros fueron vendidas como esclavas en público mercado, no

sin què los schypetars del Epiro manifestasen su gran descontento, y sin que los griegos dejasen de sentir muy en breve las consecuencias de tan importantes sucesos. En efecto, luego que Kurchid consiguió aquel triunfo, digno de las glorias mahometanas, y desembarazado ya de las dificultades que le oponia su adversario, dirigió á los cristianos una circular concebida en los términos siguientes.

"Ved aqui lo que el seraskier del invencible »padischa, Mahamud II, hace saber á los rajas sus »esclavos. Se os concede gracia de la vida. Comereis el pan de la servidumbre en paz si entregais »inmediatamente vuestras armas. Esto se dirige »con especialidad á vosotros, suliotas y armatolis; »pagareis como los demas rajas los impuestos, pe»chos y tributos que antes pagabais á Ali-bajá. Os »quitareis sin demora esos vestidos de brillantes »colores, reservados para los musulmanes y que »ahora profanais. En lo sucesivo no os dejareis »crecer el cabello, y solo os cubrireis la cabeza »con un gorro de piel de búfalo. Hospedareis y »sustentareis durante tres dias á todos los soldados »que pasen por vuestros lugares, y jamás podreis »montar en caballo ensillado. Os levantareis en »presencia de cualquier musulman y le cedereis el »asiento. Ya no fabricareis monasterios ni iglesias, »ni podreis reedificar los edificios consagrados á »vuestro culto que estan destruidos, como tam»poco se os permitirá cantar vuestros oficios, sino »en voz baja." Es inútil decir que esta proclama imprudente produjo una grande irritacion en el ánimo de los griegos, los cuales solo pensaron en prepararse para la guerra, á imitacion de los

turcos, que disponian un armamento mucho mas ruidoso que temible.

Preludios de la próxima campaña terrestre y marítima.

Todavia se hallaba el congreso de Grecia en Epidauro cuando tuvo noticia de los preparativos de la Puerta Otomana contra el Peloponeso. Ademas de haber embarcado unos diez ó doce mil hombres entre francos, facinerosos de las galeras, y gente cogida de leva en las calles y plazas de Constantinopla, se hacian considerables reuniones de tropas en las costas del Asia menor. Mehemet-Ali, bajá de Egipto, destinaba por su parte una grande espedicion contra la isla de Creta, y varias divisiones del ejército del Danubio debian reunirse en Thesalia á las órdenes de Kurchid, que con el cargo de general en gefe de todas las fuerzas, iba á vengar la vilipendiada magestad de la media luna, y el ultrage hecho á su harem, que continuaba en poder de los griegos. Tambien se trataba de dar principio á la campaña ácia las Termópilas y la Acarnania, cuyo pais habia de atravesar Omer Briones para darse la mano con los turcos de Patrás, á fin de entrar á sangre y fuego en la Morea por el itsmo y por la parte de poniente. En una palabra, el plan era gigantesco Cien mil hombres apoyados por la escuadra naval estaban prontos para ponerse en movimiento; pero como se ha dicho, todo aquel formidable aparato bien examinado, no ofrecia probabilidades de buen éxito.

La Puerta habia empezado con su ordinaria

falacia, publicando por la décima vez una especie de acta de amnistía en contradiccion con la proclama de Kurchid. La de S. A. estaba firmada por el gran dragoman Aristarco, griego fanariota, y como no se ignoraban sus relaciones con un tranfuga etolio, llamado Rhasis, se despreciaron, con mas arrogancia que nunca, las promesas hechas en nombre del Gran Señor.

Los insurgentes no podian oponer en el mar sino débiles bajeles á los buques otomanos de alto bordo, y en tierra un puñado de paisanos mal armados para contrarrestar la fuerza de las numerosas hordas del enemigo; pero sabian que para merecer la victoria era necesario prepararse á ella con prudencia y cordura.

Desde principios de enero habia hecho rumbo el almirante Tombasis ácia los Dardanelos, con el fin de observar los movimientos del enemigo, y volviendo á Ipsara para escitar al almirantazgo á que acelerase sus armamentos, halló en buen estado las fortificaciones y se encontró con treinta bergantines y ocho brulotes, prontos á darse á la vela á la primera señal. Cuando arribó á Samos apenas pudo conocer aquella isla belicosa, pues toda su poblacion de sesenta mil almas, formaba, por decirlo asi, como la masa de operarios de un solo taller militar vastísimo, donde solo se veian por todas partes fraguas y máquinas para la fabricacion de hojas de sable. Diez mil hombres perfectamente disciplinados alternaban en el servicio, y todas las gargantas de las montañas estaban defendidas con anchos fosos. Los monges habian convertido voluntariamente sus monasterios en cuarteles; las iglesias estaban entapizadas con

las banderas tomadas á viva fuerza al enemigo, los almacenes bien provistos de municiones de guerra, y por último, se organizaban varias compañías que se embarcaban para Creta, luego que tenian suficiente destreza en las maniobras. El almirante dió comboy á trescientos ochenta griegos cretenses que pasaban á Tenos á incorporarse con otros voluntarios reunidos en aquella isla, desde donde debian dirigirse al cuartel de los sfaciotas.

Valiéndose despues de algunos buques que hizo circular por medio de las cyclades, consiguió Tombasis que se obligasen los isleños á pagar los tributos del modo menos oneroso para los contribuyentes, y al mismo tiempo dió cumplimiento á los decretos del senado de Calamata, en que se mandaba reunir los cretenses diseminados por el continente y por las islas del Archipiélago. El importe de las contribuciones junto con la parte que el gobierno tenia en las presas, lo pusieron entonces en disposicion de fijar la paga del soldado en servicio permanente, disponiendo que fuese de quince piastras mensuales. Asi iba sucediendo el reino de las leyes á los desórdenes inseparables de una violenta conmocion. Pero antes de regresar á Hidra envió Tombasis una division naval compuesta de buques ipsariotas para que se apoderasen de un depósito de cañones de bronce, procedentes de dos navios de guerra turcos que encallaron el año de mil ochocientos siete en la costa de una isla inmediata á Stagira, á consecuencia de un combate entre las escuadras rusa y otomana. En efecto, se consiguió el embarque de ochenta piezas de artillería, y los ipsariotas llegaron al golfo de Talanto en el momento en que los griegos

se preparaban á atacar el ejército de observacion que el general turco Dramali habia enviado desde Larissa á las fronteras de la Focide y de la Livadia.

Segun el parte de Odisseá al gobierno, el ejército griego destinado á aquel punto y que se componia de ocho mil hombres, con corta diferencia, impidió al enemigo que penetrase en el Ática en virtud de varias maniobras bien concertadas. La pérdida de los turcos en los diversos ataques á que dieron ocasion estas operaciones, fue de quinientos hombres muertos, sin contar los heridos, cuando los griegos solo tuvieron treinta de los primeros y cincuenta y ocho de los segundos. Pero estos combates no eran mas que preludios de los que debian hacer memorable la invasion de la Grecia.

Los pueblos de Paros que se habian señalado desde el principio del movimiento insurreccional, enviando al Peloponeso un contingente de tropas, las cuales se distinguieron mucho en el sitio de Tripolitza, tenian organizado desde entonces un gobierno en la capital de la isla. Este estaba en correspondencia con los gobiernos de Creta, favorecidos de tal modo por la fortuna en aquella época, que la última carta que dirigia Baleste al senado de Ipsara, era desde la tienda del bajá de Retimos, á quien habia derrotado obligándolo á encerrarse en el recinto de la ciudad.

Despues de conseguidas estas ventajas, recibió Baleste el diez y ocho de febrero un batallon de ochocientos hombres de refuerzo, y á las doce de la mañana del mismo dia pusieron fuego á tres casas de campo de los agaes, situadas cerca del

lugar de Klaristos, inmediato á Canea. "Sus fu-
„siles, dice un testigo de vista del combate, bri-
„llaban al sol como los de municion en un dia
„de parada: oiamos sus tambores, y esto nos
„confirmaba en la idea de haberse efectuado la
„llegada de las armas y de los oficiales que De-
„metrio Ipsilantis debia enviar del Peloponeso."
El visir de Creta, á quien semejantes sucesos hicieron mas prudente, esperaba el socorro que le habia prometido el bajá de Egipto, y Afendulief, siempre magnífico y liberal en proclamas, declaró en estado de bloqueo todos los puertos de la isla ocupados por los turcos. Pero aunque para esta medida no carecia de derecho ni de razon, fundándose en un principio fijo, como la insurreccion estaba hasta entonces caracterizada de motin, se consideró nulo el edicto de Comneno.

Sin embargo, la Grecia iba saliendo del caos á la voz de la religion, y mediante los esfuerzos de los cristianos reunidos bajo el estandarte de la cruz. Trasladado el senado á Corinto, se dividió el territorio en cinco grandes eparquias; á saber: la Grecia central ó el Peloponeso: la oriental, compuesta de una parte de la Corintia moderna, de la Megaride, del Ática, de la Eubea, y de la Beocia: la meridional que comprendia todas las islas del Archipiélago: la occidental cuyas provincias eran la Etolia, la Acarnania, la Agraide, el Achelous, la Anovlaquia, la Anfiloquia, la Atamania, la Seleyde y la Casiopia; y últimamente la septentrional formada por la Doride, Agrafa, el monte OEta, y toda la Tesalia hasta el Axio. Aunque varios de estos distritos estuviesen todavia ocupados por los turcos, el senado

que preparaba la regeneracion de la Grecia, no vaciló en declararlos parte integrante de la liga, porque siendo cristianos, tarde ó temprano debian pertenecer á la Anfictionia de los helenos.

Despues se decretó la formacion de un consejo supremo de justicia con el nombre de Areopago, y que debia constar de tantos ministros como distritos hubiese en las cinco grandes divisiones de la Grecia. Pero siendo indispensable bastante tiempo para efectuar la division del territorio, se eligió un areopago provisional, encargado de dar audiencias donde quiera que necesario fuese, en inteligencia de que en tiempos mas tranquilos debia ser Atenas la ciudad de su residencia. Tambien se puso interinamente á su cuidado lo relativo á la organizacion municipal de la Grecia; nombrando para los empleos de areopagitas á varios sugetos de los mas distinguidos por su rango ó por sus conocimientos literarios.

A propuesta de diversos miembros del cuerpo legislativo se procedió á la organizacion de un ministerio. El de justicia fue reunido á las demas funciones de Maurocordatos: á Juan Coletti de Syraco se confió el de guerra; el de policía ó del interior, á Lambros Nano, natural de Beocia; y el de hacienda á Panousios Notaras, de Corinto, descendiente de una antigua familia noble de Venecia. Los ministros principiaron á desempeñar sus encargos luego que los areopagitas se pusieron en camino para Atenas.

Llegados á aquella ciudad hallaron el Acrópolis sitiado por los cristianos, y mandaron tremolar la bandera de la Cruz en lo alto del palacio que habia sido del Agá. Luego eligieron una

mezquita para tener en ella sus sesiones, y en la primera nombraron doce éforos, decretando la destruccion de todos los signos ó emblemas de la media luna: y asi como los ascendientes de los bárbaros habian derribado en otro tiempo las iglesias, se demolieron entonces todas las mezquitas. Varias personas poco adictas á la causa de la Grecia, censuraron severamente esta conducta de los areopagitas; pero ellos sin curarse de las vanas declamaciones de sus adversarios y continuando en el desempeño de su encargo, marcharon ácia las Termópilas en el momento en que se anunciaba que una escuadra otomana al mando de cierto renegado llamado Ismael Gibraltar, estaba á la vista del cabo Suniun.

Operaciones de las escuadras beligerantes.

Habíase hecho creer al capitan-bajá que una poderosa faccion de la isla de Hidra, solo esperaba que pareciese su escuadra en aquellas aguas, para levantar el grito á su favor. Este falso aviso le indujo á disponer la salida precipitada de la division naval que se estaba equipando contra Patrás, donde los turcos se hallaban sitiados estrechamente, por cuarta vez desde el principio de la insurreccion. Pero en breve se desengañó el vice-almirante que la mandaba del error de su gefe, y prosiguió su marcha hasta el cabo de Matapan; en cuyo parage algunos buques griegos obligaron á dos de sus barcos de transporte á encallarse en la costa, perdiéndose con los efectos que conducian. Furioso de recibir semejante desaire se propuso hacer un desembarco en Navarino, cuyos

resultados fueron la pérdida de tres cuartas partes de la gente que saltó en tierra, y la fuga de la restante, precisada á reembarcarse huyendo de las tropas que el obispo de Modon y dos senadores helenos se habian apresurado á poner á las órdenes del general Norman. En Zante fue bien recibida la escuadra otomana por las autoridades inglesas, pero los habitantes, á quienes la necesidad hizo ingeniosos, hallaron la ocasion de servir á sus correligionarios, haciendo que se desertasen mas de trescientos marineros griegos embarcados por fuerza en Constantinopla y en los Dardanelos. Tambien consiguieron quitar de los buques turcos algunos botes, con los cuales pudieron salvarse á la Morea los desertores, no sin haber sido provistos de armas y municiones de guerra por los zantiotas.

El veinte y cinco de febrero se hizo á la vela la escuadra otomana para Patrás, y el veinte y seis ya se habia perdido de vista: el dia siguiente empezaron á atribuírsele no se sabe qué soñados sucesos, y el veinte y ocho se le suponia victoriosa: el primero de marzo por la mañana se divisó al sudoeste una multitud de velas desconocidas, hasta que se supo que era la escuadra griega mandada por el nearca Andres Miaoulis Vocos que venia avanzando.

Los jonios, á quienes se habia hecho creer que los hidriotas despedazados por disensiones intestinas no podian presentarse en el mar, estaban gozosísimos, cuando habiéndose levantado viento al anochecer, vieron los bajeles de los cristianos maniobrar con tal habilidad, que su escuadra logró doblar el promontorio de Araxe el

dia dos de marzo por la mañana. Cuarenta y ocho horas despues ya estaban los turcos de vuelta en el puerto, pero se ignoraban los pormenores de la accion del tres, entre treinta y cinco buques de guerra turcos y otros tantos bergantines griegos. Los bárbaros en lugar de aceptar el combate habian huido, cortando cables al aproximarse la escuadra cristiana en orden de batalla, por divisiones: pero no obstante su celeridad consiguieron los griegos separar un bergantin de la retaguardia enemiga y echarlo á pique, obligando á las tripulaciones de cuatro transportes encallados á que pusiesen ellas mismas fuego á los bajeles. Al propio tiempo cuatro bergantines insurgentes atacaron la fragata almirante, é iban ya á apagarle los fuegos, cuando otro bergantin griego que llegó á participar de la victoria, hizo una falsa maniobra y salvó la fragata. Desarbolado por una andanada de los castillos de proa del enemigo, se desordenó y el capitan bey pudo aprovecharse de aquel desconcierto, para incorporarse con su division que se hacia á la mar á toda vela.

El dia seis de marzo volvió á salir del puerto de Zante la escuadra turca ácia Patrás, donde desembarcó cuatro mil asiáticos al mando de Mehemet-bajá, porque supo engañar la vigilancia de los griegos; bien que despues le dieron estos caza y perdió dos bergantines en los surgideros de Andro, como tambien cincuenta soldados de marina que saltaron á bordo de un brulote griego, donde fueron quemados vivos sin que Ysmael-bajá intentase socorrerlos.

En el primer boletin impreso en Corinto

se dió cuenta de los principales sucesos de esta espedicion, y el trece de marzo publicó el presidente Maurocordatos un edicto confirmando y estendiendo el de Comneno, relativo al bloqueo de los puertos y plazas marítimas ocupadas por los turcos, mientras estos sufrian en Patrás un descalabro considerable. No bien se habia puesto en fuga la escuadra otomana, cuando Colocotroni reunió alguna gente y atacó á la division de Mehemet. El combate tuvo principio en Hierocomion, y los turcos batidos y atemorizados huyeron al Acrópolis, donde para bloquearlos se esperaban nuevos refuerzos; aumentándose la consternacion de los infieles con la aparicion de la escuadra griega. Tales eran los combates que indicaba en resumen el boletin de Maurocordatos. De modo, que la division que salió del Helesponto á principios de enero, engañada en sus esperanzas con respecto á la supuesta conjuracion de Hidra, atacada al doblar el cabo Tenaro, rechazada en el combate de Navarino y derrotada en las costas de Acaya, donde solo habia desembarcado cuatro mil asiáticos para entregarlos á la cuchilla de los cristianos, volvia al cabo de dos meses al canal de Constantinopla, despues de haber manifestado su impericia y su cobardía. Entonces la escuadra de Hidra mandada por Miaoulis, y compuesta de treinta bergantines, con mil ochocientas piezas de cañon, se encargó del bloqueo de la Morea y del resto del continente hasta Brutotum, destacando diez y siete buques á fin de establecer un punto de observacion entre Prevesa y el cabo Blanco de Corfú. La armada naval de Spetzia á las órde-

nes de Vasili Ghinis, y que constaba de veinte buques de diversos portes con cuatrocientas bocas de fuego, fue á cruzar entre el Atica y las islas de Creta y Eubea, observando lo que pasaba en aquellos puntos, sin permitir á ningun bagel que penetrase en el golfo de Argos: porque hallándose Atenas situada á una legua del mar, y siendo los insurgentes dueños de la campaña, no era de temer que fuese abastecida por medio de la navegacion. Ultimamente, la marina de Ypsara, cuyo comandante era Anagnotis Apóstolos, y que se componia de cuatro buques de tres palos, una goleta, dos bergantines y diez lanchas cañoneras, gobernó ácia las costas del Asia menor para observar constantemente los armamentos que se hiciesen en los Dardanelos del Helesponto. Todas fueron á sus respectivos apostaderos, convencidos los griegos de que el problema político lo resolveria una larga perseverancia, y de que la palma de la victoria solo se daria al que tuviese la última tabla para reparar un bajel, ó el último barril de pólvora para volar los baluartes ocupados por su adversario. Y en este concepto ocupaba el Epiro, especialmente en aquella época, la atencion de los defensores de la Cruz.

Sucesos de Epiro.

Kurchid-bajá habia enviado contra los de Acarnania dos espediciones que sucesivamente fueron derrotadas en las cercanías de los lugares de Paradisi y de Bali-bey, y en el paso de

Macrinoros, perdiendo sesenta caballos y dejando en el campo setecientos hombres entre muertos y heridos. Ya se decidia el seraskier á enviar dos mil genízaros, que debian incorporarse con cuatro mil soldados reunidos en Salagora, para la tercera tentativa contra Acarnania, cuando tuvo aviso del arribo de la armada naval hidriota á las costas de Epiro, y hubo de suspender la ejecucion de los planes que meditaba. Al informarle los beyes tesprotas de la llegada del navarca Miaoulis á Regnassia, fondeadero de la Cassiopia, le representaron que ademas del peligro á que estaban diariamente espuestos de parte de los suliotas, se hallaba el pais sin defensa contra los desembarcos que hiciesen los insurgentes para quemar los pueblos. Por último, le decian que el enemigo se proponia desembarcar en Syvota, donde estaban refugiados varios buques turcos, y le suplicaban que los socorriese; manifestándole, que para poder incorporarse en sus banderas era preciso que antes los libertase de los cristianos de la Seleyde.

Estas reclamaciones coincidian con la orden del sultan para el esterminio de los suliotas: pero convenia ocultar este designio aparentando que se trataba antes de sujetar á los arcananios. Kurchid reunió seis mil schipetars prontos á marchar á Tesprocia, haciendo circular la voz de que no pasaban de mil y quinientos hombres, al propio tiempo que dispuso un parque en el Carávanserrallo de San Demetrio para la artillería de campaña que se dirigia ácia Arta. En una palabra, solo restaba oponerse á

las empresas marítimas de los hidriotas, de cuyo empeño le sacaron airoso los ingleses que no permitieron entrar á los griegos en el canal de Corfú, y les imposibilitaron de apoderarse de los buques turcos de Syvota. Tranquilo Kurchid por la parte del mar, conoció bien la importancia de esta ventaja, y el veinte y tres de marzo hizo otra tentativa contra Acarnania, transportando tres mil hombres hasta Vonitza. Deseaban los bárbaros vengarse de las derrotas pasadas, y así es que el dia siguiente se empeñó una accion, en la que el capitan Macris los batió en términos que hubieron de volverse vergonzosamente á Prevesa por tercera vez, despues de haber perdido mas de ochocientos hombres.

Pero los turcos sin arredrarse por tales reveses, y con el socorro de tres mil hombres que les llegaron de Arta y de Salagora, marcharon inmediatamente contra Regniasa, donde el capitan Ciriaco estaba de guarnicion con sus mainotas. El objeto era quitar á los de Souli aquel puesto para cortarles las comunicaciones con el mar; y ya estaba la plaza cercada, cuando el veinte y ocho de marzo por la mañana oyeron los turcos el sonido de las trompetas de madera que acostumbran llevar delante de sí los visires de S. A., y juzgaron que Kurchid-bajá llegaba en persona á su socorro. En el momento corrieron á las armas, para ostentar su valor en presencia del general, disponiéndose para un asalto, y haciendo injuriosas amenazas á los sitiados. Pero Márcos Botzaris que habia usado de aquella estratagema para engañarlos, cayó sobre ellos,

los dispersó y los persiguió, matándoles mucha gente hasta Castra-Skia, donde se acampó á orillas del rio Nexia que desemboca por allí en el mar Jónico.

Los suliotas ignoraban los proyectos formados para arruinarlos; pero léjos de temer los combates los deseaban ansiosamente. Hallábanse instruidos de los pocos recursos de los griegos y de la falta de uniformidad en sus operaciones; y como veian engrosarse de dia en dia el ejército de Kurchid-bajá, que creian destinado contra el Peloponeso donde estaba prisionera su familia, ordenaron rogativas públicas para pedir á Dios la gracia de ser los primeros objetos de la cólera de los infieles. Anhelaban la guerra como un beneficio de la Providencia, y ya hacia mas de quince dias que humeaba el incienso en los altares de Santa Veneranda su patrona, á fin de merecer que fuesen oidas sus oraciones, cuando llegó á Epiro la noticia de la insurreccion de la isla de Chio.

Horrenda catástrofe de la isla de Scio.

Los habitantes de Scio, antiguamente llamada Chio, solo vivian del comercio y de la industria, sin que hubiera una sola familia que no tuviese alguno de los suyos en otro pais, y particularmente en las ciudades mahometanas. Los labradores que tenian tres hijos varones, enviaban uno ó dos á trabajar en Turquía, donde ejercian por lo regular la agradable profesion de jardineros, cuyas costumbres son en todas partes tan puras como pacíficas. Los proletarios

se espatriaban tambien en clase de marinos ó mercaderes, para ir á vender á Constantinopla los productos de su isla, y el comercio de esportacion y de importacion habia estendido de tal suerte sus relaciones, que mas bien residian en las provincias otomanas, que en el seno de su patria. Claro es que hallándose en este caso no les era posible unir sus esfuerzos desde luego á los de sus compatriotas, sin esponerse á perder todos sus caudales que circulaban entre los turcos, y á ocasionar la ruina de una multitud de comerciantes y artesanos, cuyos bienes hubieran sido confiscados, dejando la isla perdida y sin recursos para socorrer á los insurgentes y contribuir á los gastos de la guerra que sostenian.

Por lo tanto, no solo no quisieron prestarse á las miras de los hidriotas, cuando en el año de mil ochocientos veinte y uno intentaron un desembarco en la isla, sino que ellos mismos dieron aviso á las autoridades turcas y contribuyeron á la defensa de la isla contra los griegos. Pero ni aun con esto habian podido calmar las sospechas de sus tiranos, que llevaron en rehenes á la ciudadela una buena parte de las mas distinguidas familias, descargando sin conmiseracion un brazo de hierro sobre los chiotas, á quienes sacrificaban con escesivas exacciones y con frecuentes castigos, no menos arbitrarios que crueles. Sin embargo, estos tratamientos se suavizaron en lo posible por intercesion de las sultanas de Mahamud, que consideraban el territorio de Scio como su mas rica dotacion.

Esta isla deliciosa, que tiene el mas hermoso

cielo de la Jonia, y que estaba poblada por mas de noventa mil habitantes, en cuyo número apenas se comprendian seis mil mahometanos, afeminados á causa del clima, no era menos admirable en razon del lujo de sus campos, que por su industria (1). La capital, construida en el declive de una montaña, ofrecia á la vista del navegante la opulencia de las treinta mil personas ricas que la habitaban, reunida al aspecto de las ciudades marítimas de la fértil Tinacria. Sus casas eran altas, edificadas con solidez, y estaban adornadas con magníficas azoteas que servian de habitacion ó de belveder á los habitantes; los cuales, ó dormian en ellas en las ardientes noches del estío, ú observaban durante el dia el mar y los campos que les ofrecian la mas grata contraposicion. Es inesplicable el gusto con que veian aquellas torres góticas construidas por los genoveses, y cuya parte sólida estaba cubierta con grupos de naranjos entremezclados con zambogos, morales, jazmines, rosales y arbustos olorosos; hallándose situadas en bosques amenísimos esmaltados de diversas flores. Desde todas partes se divisaban sitios agradables y pintorescos, y luego la vista

---

(1) *En el radio de una legua habia mas de dos mil norias, cada una con dos mulas, que alternaban á sacar agua para regar los jardines plantados de limoneros, naranjos &c. Cada familia rústica poseia á lo menos una caballería mayor ó menor para carga, y un hatillo de ganado cabrío.*

de las costas del Asia menor, completaba el cuadro mas interesante y gustoso que puede presentarse á los ojos de los que navegan por aquellas partes.

La capital y los lugares de Chio estaban en armonía con la belleza de sus paisages, porque la habilidad de los griegos lo habia hermoseado todo, gracias á la proteccion de las odaliscas del harem imperial que se estendia sobre aquel paraiso terrestre. Biblioteca, gabinete de antigüedades, colegio, imprenta, hospitales, establecimientos, santuarios, lazaretos; y en una palabra, cuanto constituye un pueblo culto otro tanto habia en la ciudad, con la cual rivalizaban los campos en riqueza y ventura. Allí las mugeres, dotadas de una virtud y de una belleza poco comunes, pasaban una vida inocente y entretenida con ocupaciones tan delicadas y curiosas, como castas y cristianas eran sus costumbres (1). Las de la ciudad tegian telas de seda, estraian esencias suaves, y preparaban preciosas sustancias que se despachaban con mucha estimacion en oriente; mientras las aldeanas trabajaban en teñir el algodon y la seda que las otras empleaban en sus labores.

Los hombres no eran menos activos ni menos aficionados al trabajo: casi todos ellos se ocupaban en la agricultura, en la marina ó en el comercio, y á las ricas producciones de su

(1) *Las aldeanas eran tan laboriosas que se contentaban con dos ó tres horas de sueño durante la noche.*

territorio reunian una que solo es propia de aquel pais, y que se conoce con el nombre de mastic. Es una goma que destila el lentisco todos los años, y que sirve de betel (1) á las ociosas criaturas que pueblan los haremnes de oriente, las cuales mascan esta sustancia para pasar el tiempo que les molesta. Fácil es conocer el interes con que las mugeres del sultan protegerian á unos esclavos empleados en la cultura de sus lentiscos, y por lo mismo los lugares, cuyos términos se destinaban á esta labor, eran los mas florecientes de la isla. Sus colonos, ademas del derecho de campanario que les daba el de tocar cuando les parecia, gozaban el privilegio de llevar unas cintas ó listoncillos blancos de seda en el peinado, prerogativa á que daba mucha importancia la vanidad de aquella sencilla gente.

Así pues no era estraño que los de Chio sufriesen con paciencia la tiranía de los turcos, y rehusasen embarcarse en el borrascoso mar de la revolucion. Pero los inescrutables designios de la Providencia debian cumplirse, y los mismos griegos habian de ser el instrumento de la ruina de sus islas mas ricas y poderosas. La escuadrilla de los de Samos al mando del temerario Licurgo Logoteto arribó á la costa el dia veinte y tres de marzo, y echó en tierra unos dos mil y quinientos hombres de las peores tropas samienses, que fueron sin embargo suficien-

(1) *Planta que se cria en la India, cuya hoja mascan por regalo los naturales.*

tes para poner en fuga á los turcos y obligarlos á encerrarse en la ciudadela.

Aunque ningun habitante de la capital ni de los lugares inmediatos hubiese abrazado el partido de los turcos ni el de los insurgentes, no bien entraron estos en la ciudad, abandonada por los mahometanos, cuando empezaron á saquear indistintamente á amigos y á enemigos. Despues de haber despojado la aduana, á cuyo edificio pusieron fuego, como tambien á dos mezquitas, embarcando sus techos que eran de plomo, cual si se dispusiesen á la fuga, incendiaron algunos cafés turcos; y fue tal el desórden que hasta la noche no se aventuraron los vecinos á salir de sus casas. El atractivo del pillage habia reunido ya entonces á los de Samos varios labradores de mastic, los cuales fueron en breve seguidos por los paisanos naturales de Airythe, que venian armados con hondas y palos endurecidos en el fuego.

Ausiliado por una gente de esta clase, convocó Logoteto á los principales de la isla, les presentó sus capitanes, declaró abolidas las instituciones, no dudó en proclamarse príncipe de Chio, y publicó un edicto diciendo, que en virtud de la autoridad que le habia confiado el gobernador general Demetrio Ipsilantis, nombraba para los empleos de éforos á varios sugetos, que por mas que lo resistiesen, tuvieron que ceder á la fuerza, y entraron á su pesar á ejercer los cargos de jueces, magistrados y administradores.

Los recursos militares del cabecilla estaban en perfecta proporcion con lo desconcertado de sus planes; pues todo su parque de artillería consistia en sesenta y cuatro piezas de cañon del cali-

bre de seis y de ocho, con dos barriles de pólvora, y un pequeño número de balas. El almirantazgo de Ipsara se negó á darle los socorros que le pedia por no contribuir en nada á tan desastrosa espedicion; y aunque el senado mandó despues entregar á los éforos algunas municiones, lo cierto es que el miserable simulacro de sitio puesto á la ciudadela, apenas merecia este nombre. Pero luego que se tuvo noticia de estos sucesos en Constantinopla, se apresuró el equipo de la escuadra, y se dieron órdenes para reunir un numeroso cuerpo de tropas en las costas del Asia menor.

El dia once de abril á las nueve de la mañana pasó por delante de la isla la armada otomana, compuesta de seis navios de línea, seis fragatas, quince corbetas ó bergantines, y veinte y siete buques de transporte, bajo el fuego de algunas piezas de artillería con que los insurgentes estaban batiendo la ciudadela. Este fue el último esfuerzo de su desesperacion; y la única é insignificante ventaja que lograron, tuvo por resultado echar á pique una barcaza turca donde iban cuarenta soldados. Sin embargo, no por esto dejó el almirante Cara-Ali de ponerse en comunicacion con el bajá que mandaba la ciudadela, ni de enviarle una tabla de señales; despues de lo cual internándose en el golfo de Tchesmé volvió muy en breve con quince mil hombres de desembarco, que saltaron á tierra en el momento en que el gobernador del castillo hacia ahorcar ciento y veinte personas, constituidas en rehenes, que aparecieron colgadas en lo alto de las murallas.

De improviso se introdujo un espantoso des-

órden en la ciudad, y varios habitantes que aun no se habian desengañado corrieron con los brazos abiertos á recibir á los bárbaros, apellidándolos *sus buenos amos, sus libertadores.*

Entonces los soldados chiotas se dispersaron, y los de Samos que quedaron abandonados, despues de haberse defendido durante una hora en un reducto construido sobre el monte Túrtolis, se pusieron en fuga con sus gefes.

Los turcos incendiaron una iglesia inmediata al puerto, que era la señal concertada para principiar la carnicería, y otros cincuenta incendios se manifestaron simultáneamente. Un grito pavoroso voló por los aires, y ancianos, mugeres y niños inundaron la tierra con su sangre. Los derviṣes, los calenders y los faquires, solo pronunciaban estas palabras. *Esterminad: Alá, el profeta y el sultan lo ordenan.* Vehid-bajá dirigia las teas incendiarias, y un cierto Jusuf Bayractar, natural de Esmirna, se distinguia entre los asesinos. Grande fue la mortandad que hicieron enmedio del estrépito de la artillería y del inmenso estruendo de las armas.

No satisfecho el furor de aquellas fanáticas gentes con el asesinato ni con el incendio, abrieron los sepulcros en que suponian tesoros escondidos. Los huesos y los cadáveres á medio consumir, se veian por las calles mezclados con los cuerpos palpitantes de los cristianos recien muertos. De tiempo en tiempo se relevaban los bárbaros durante el dia para asesinar, sin que la noche, mas lúgubre con la opaca luz del incendio, suspendiese ni un solo momento los efectos de su atrocidad. Al contrario, entonces parecia acrecen-

tarse, y con el resplandor de las llamas se veian escenas de lujuria y de horror, inauditas en la historia de los mas feroces salvages. Mientras que las mugeres arrastradas por los cabellos eran violadas enmedio de los muertos y de los moribundos, los dervises ébrios de vino, bailaban en derredor de los montones de cadáveres que habian apilado como las haces de espigas estan en un campo durante el agosto. Al mismo tiempo los soldados reunidos en torno de las hogueras se ocupaban les unos en formar pirámides de cabezas, plantando en lo alto de ellas sus estandartes, y los otros en hacer guirnaldas de orejas para coronar la popa de los bajeles otomanos. Los emires por su parte llenan de sangre y de lodo las imágenes de Jesucristo y las reliquias de los santos, blasfemando de la divinidad del Redentor y de los ministros de su cruz. Por todas partes no se oyen mas que los cánticos impíos de los mahometanos: la atmósfera se impregna de un vapor de sangre, y en las abrasadas calles resuenan los alaridos de los verdugos ó los lamentos de los cristianos que espiran, dando testimonio de la verdad de Dios vivo.

A la pálida claridad de una aurora causada por el mismo incendio, se descubrieron dos hordas de genízaros silenciosamente formadas al rededor de setecientas aldeanas cautivas. Algunos oradores militares salian de las filas y procuraban sosegar la soldadesca, que no podia convenirse en la distribucion de aquellas infelices, á tiempo que un iman exórtaba la gente á la concordia. Pero un faquir gritó interrumpiéndole, que el modo de terminar las diferencias entre los musulmanes

era pasar á cuchillo á los cristianos. Todos le responden con una espantosa aclamacion: mugeres y niños son hechos pedazos, y los hombres, arrastrados fuera de allí, y degollados, como los carneros en una carnicería, mueren tan lentamente, que uno de ellos á quien solo habian cortado la traquearteria, no espiró hasta pasar cuarenta y ocho horas de cruel agonía.

La pluma se resiste á estampar semejantes horrores. ¿Habremos de describir la confusion de aquellos infelices habitantes de casi todos los lugares de la isla, huyendo á los montes sin tener que dar pan á sus pobres hijos, mientras dejaban sus bienes en poder de los bárbaros, y sus casas entregadas á las llamas? ¿Nos detendremos en hacer la pintura del dolor de las madres que veian estrellar á sus niños contra las rocas, ó del sentimiento de las doncellas, que despues de haber satisfecho el apetito brutal de la canalla, eran vendidas como esclavas? Bastará decir que ya habian perecido mas de nueve mil cristianos cuando llegaron nuevas hordas procedentes del Asia, y se renovaron las inhumanas escenas de que ya empezaban á cansarse las primeras.

Pero mientras esto sucedia en la tierra no era menor la carnicería en la escuadra; cuyos buques estaban llenos de verdugos, asesinando sin cesar, ó servian para conducir grandes cargamentos de cabezas á Constantinopla, al paso que los bageles mercantes esportaban mas de treinta mil cristianos esclavos, como consta de los registros de la aduana. Y llegó á tal estremo la atrocidad, que fingiendo el general turco que el sultan habia dado oidos á la intercesion

de las mugeres de su harem en favor de los chiotas, prometió un indulto general á los que estaban refugiados en los montes, y con este indigno artificio logró atraerlos á las posesiones de los labradores de mastic, donde fueron sacrificados. Licurgo Logoteto, con setecientos hombres que se le habian reunido, se situó en Lithocoron para proteger la retirada de los fugitivos; pero ni aun esto pudo conseguir, y hubo de retirarse á Ipsara, en cuya isla le prendieron á él y á los suyos por orden del almirantazgo.

Algunos habitantes de Scio hubieran logrado salvarse en las embarcaciones de Ipsara, Micone y Tenos, que arribaban frecuentemente á las costas para recogerlos, burlando la vigilancia del enemigo; pero la infundada esperanza de la amnistía ofrecida, les hizo rehusar un medio tan sencillo de salvar sus vidas. Cruelísima fue su desesperacion cuando se desengañaron de las funestas consecuencias de tan necia credulidad.

Ya desde el dia cinco de mayo habian empezado los turcos á poner en ejecucion el atentado que meditaban, aplicando á cuestion de tormento las personas que tenian en rehenes en el castillo y en los buques, á fin de que declarasen los sitios donde habian escondido sus riquezas. Todo aquel dia con su noche estuvieron usando de los látigos, del agua hirviendo, y de las tenazas hechas ascua, contra sus desventurados cautivos, cuando el seis al amanecer se oyó una descarga general de la artillería del navio almirante, que izó inmediatamente flámula y bandera de combate, haciendo señales á la ciudadela y á la escuadra.

Los gritos de Alá y de Mahoma poblaron los aires, y los turcos saludaron con sus aclamaciones á ochocientos ochenta y cinco rehenes que el almirante y los capitanes de su armada acababan de colgar de las entenas de sus bageles, los cuales hacian salva en señal de regocijo. La fortaleza correspondió con descargas de artilleria, y ahorcando de la tronera de un cañon al arzobispo de Scio, Platon, revestido con sus hábitos pontificales. En seguida mandó Vehib-bajá imponer el suplicio de horca á setenta y seis cristianos que tenia en su poder, y á todos los primados de los pueblos comprendidos en el indulto, que estaban con él como garantes de la fidelidad que le habian jurado. Asi se consumó el perjurio de ambos gefes, el mismo dia en que Mahamud II mandaba degellar en la plaza de su palacio á los rehenes de Scio, transportados á Constantinopla por orden suya.

Los horrores, las devastaciones y los asesinatos volvieron á generalizarse de un modo increible, y ya las miasmas pútridas que exalaba tan inmensa multitud de cadáveres habian corrompido la atmósfera, cuando se manifestó la peste, que como dice Mr. de Pouqueville (1) seria el último estremo de las miserias humanas, si los turcos no hubieran probado que son todavia mas temibles y destructores. En vano el gefe de los asesinos Vehib-bajá ordenó que se arrastrasen todos los cadáveres hasta el mar, porque el puerto

(1) *Historia de la regeneracion de la Grecia*, tom. *III*, pág. 492.

estaba tan lleno de víctimas degolladas en la escuadra, que no se podia usar de los remos. Como ya no habia ilotas cristianos para purgar de inmundicias la ciudad, y como aquella soldadesca solo sabia asesinar, hubo de contentarse con tomar una posicion distante del punto principal del contagio.

Acia el mismo tiempo ocurrió un suceso natural, pero que llenó de espanto á los bárbaros; y fue que habiéndose levantado viento de tierra llevaron las olas una noche hasta el navio almirante muchas masas de cadáveres que parecian batallones formados en actitud de ataque, siendo mayor el cuidado, cuanto como es de creer, no retrocedian á la voz de las centinelas. El navio tiró entonces un cañonazo en señal de alarma; todas las tripulaciones se pusieron en movimiento, y ya se habia roto el fuego, cuando despejada la luna de unas nubes que ofuscaban su luz, dió lugar á ver que eran cuerpos muertos los que rodeaban á la mayor parte de los buques. Entonces sucedió el pavor al miedo del peligro, y cada cual creyó conocer sus víctimas entre las demas. Pero el susto llegó al estremo en el momento en que el capitan-bajá distinguió al arzobispo Platon, rodeado de su clero, debajo del castillo de popa del navio almirante.

Aunque la claridad del dia disipó la ilusion, los cadáveres reunidos en torno de las embarcaciones no se separaban de sus costados; de modo que siguiendo la estela fueron muchos de ellos, como en forma de escolta, hasta Tchesme y hasta el golfo de Esmirna. Este fenómeno imponente unido á la codicia de aprovecharse del pillage,

bastó para suspender la carnicería, y aun llegó el caso de que Vehib-bajá enviase tropas contra Jusuf Bairactar, que prosiguiendo el curso de sus asesinatos amenazaba el distrito meridional de la isla que se habia conservado intacto. Acia el mismo tiempo recibió orden el capitan-bajá de que no se hiciese daño á los habitantes de los distritos donde se cultivaba el mastic para el regalo de las mugeres del harem imperial, las cuales habian sentido mucho aquellos escesos, especialmente la Khasnadar-Ousta, que acusaba de ellos al gran visir. En resolucion, despues de tan horrendos males parecia que los turcos se habian cansado de hacer daños, y que se hallaban en una contínua inquietud, causada por sus justos remordimientos. Asi es que aunque los buques insurgentes se mostrasen muy de tarde en tarde en las costas de Chio, luego que se oian algunos cañonazos era general la consternacion: porque habiéndose enriquecido todos, nadie pensaba mas que en gozar del fruto de sus escandalosas rapiñas. Cara-Ali solo esperaba que se le incorporase la escuadra egipcia para continuar sus operaciones, y la atencion de ambas partes beligerantes se fijaba en los sucesos que se preparaban en el Archipiélago, donde el valor de los griegos subia de punto en razon de los peligros de que estaban amenazados.

Vicisitudes de la guerra de Creta.

Los cretenses habian manifestado hasta entonces la superioridad de sus armas con respecto á los turcos, pero á esta situacion ventajosa sucedic-

ron varios reveses, debidos á la enemistad entre los dos gefes cristianos. Afendulief no podia perdonar á Mr. Baleste su valor y su desinteres, cuando una accion ganada por aquel francés en veinte y siete de abril contra los bárbaros, que fueron derrotados por mar y tierra, sin que Comneno se hallase en la batalla, acabó de irritarlo de modo que juró vengarse de su rival: lo que por desgracia no tardó mucho en efectuar, valiéndose de una ocasion por demas oportuna.

La escuadra griega se habia visto obligada á salir del canal de Chio despues de una tentativa inútil contra las fuerzas navales turcas de muy superior porte, y se habia resuelto en un consejo de guerra de los marinos helenos atacar la armada enemiga, aprovechándose de la oscuridad de la noche, luego que se concluyese la luna; de modo que entre tanto se tenian suspendidas las hostilidades. Empero mientras las operaciones estaban asi paralizadas por aquella parte, los de Creta se veian embestidos por las fuerzas egipcias, con las cuales hacia mucho tiempo que se les amenazaba. La escuadra que las conducia, mandada por un marino llamado Ali Bey, se presentó el dia once de junio delante del cabo Malek, compuesta de tres fragatas, cuatro corbetas, varios bergantines y goletas, y treinta y cinco buques de transporte, entre los cuales iban seis bageles ingleses. Al pasar esta escuadra por delante de Retymos habia sorprendido ocho barcas de Kasos, cuyas tripulaciones se habian salvado retirándose á tierra. El doce desembarcaron tres mil turcos sin encontrar el menor obstáculo, y construyeron inmediatamente en la playa la mag-

nífica tienda del serasquier Hassam-bajá, que mandaba las tropas de desembarco. El diez y seis empezaron á subir á los montes cercanos; los griegos salieron al encuentro, y se empezó el combate con gran ventaja de posicion de parte de los insurgentes. Inesplicable es el furor con que desde el amanecer se batian los unos y los otros, no obstante el inmenso calor que abrasaba los campos, hasta que deshechos los bárbaros ácia el medio dia se pusieron en fuga. Baleste acababa de enviar por municiones de guerra, de las que ya se reconocia escasez, cuando en la rada sonó el cañon de alarma, y cuatrocientos ó quinientos hombres de tropas frescas, desembarcados de los buques ingleses, vinieron á reforzar la reserva del seraskier. Veíase de la otra parte la bandera de la Cruz tremolando al viento en aquella direccion, y los turcos iban á ser atacados en el último puesto donde se sostenian, á tiempo que una bala mató el caballo de Baleste, y Comneno Afendulief dió el grito fatal de *sálvese el que pueda*. Mientras él huia se esforzaba Baleste, aunque mal herido, á detener á los dispersos; pero no pudiendo conseguirlo, y siéndole forzoso ceder al impulso general, se retiró en brazos de sus amigos que se relevaban para transportarle. Luego que hubieron llegado á la entrada de un bosquecillo, les suplicó con las mayores instancias que lo dejasen alli, cubriéndole con unos ramages, para ocultarle hasta la noche, y que entonces viniesen por él y lo llevasen al campamento de Platania. Nadie se atrevió á contradecirle, pero asi que su gente estuvo ya lejos, los turcos que habian ido siguiendo sus pasos, registraron

el bosque y le hallaron escondido entre aquellas malezas. Inmediatamente le cortaron la cabeza y las manos, y se llevaron prisionero á un griego llamado Cokinos, que se quedó tambien emboscado á algunos pasos de donde estaba su infeliz capitan.

A las cinco y media de la tarde, una descarga general de fusilería anunció en el campamento del seraskier la victoria conseguida, y la muerte de un oficial que habia sido por mucho tiempo el terror de los infieles. No quiso detenerse un momento el general en anunciar tan importante noticia al capitan-bajá, á quien envió un iman en persona con la cabeza y las manos de Baleste, á bordo de uno de los buques ingleses que estaban al servicio del bajá de Egipto.

El iman enviado atravesó por medio de los cruceros griegos, que respetando el pabellon inglés no se atrevieron á visitar el buque en que iba, y llegó el diez y ocho de junio por la mañana al navio almirante. Fue tal la feroz alegria de aquel bárbaro oyendo la relacion de lo que habia ocurrido, que despues de escupir sobre los miembros sangrientos que le pusieron á sus pies, mandó esponerlos á la vista de toda la armada á la proa de su navio. Luego regaló al mensagero una rica pelliza, empavesó el buque y ordenó que se hiciese salva. El resto de la escuadra siguió su ejemplo, y no se pensaba mas que en solemnizar el triunfo, sin advertir que por entonces era el último dia próspero para los sacrílegos. La hora tardía de la venganza se aproximaba.

Maravillosa hazaña de Constantino Canaris y de Jorge Pepinis.

En un consejo de guerra secreto que tuvieron los cristianos, resolvieron castigar la iniquidad del enemigo incendiando su escuadra. Sabíase desde la retirada de los buques griegos del canal de Chio, que entregados los turcos á una profunda seguridad pasaban en fiestas las noches del ramazan, y olvidaban toda clase de vigilancia. Sus carabelas estaban llenas de mugeres cautivas, de saltimbanquis acudidos de Esmirna, de dervises encargados de contarles consejas, y de charlatanes armenios que los obsequiaban con el licencioso espectáculo de los títeres turcos. Luego que llegaba la noche, los buques empavesados encendian todos sus fuegos, y el navio almirante se alumbraba con una magnífica iluminacion, presentando gran diversidad de bellisimos vasos de colores en sus troneras y en sus castillos de popa y proa, y adornando con lucientes faroles sus aparejos hasta lo alto de los palos, como tambien las galerías de los masteleros. Asi pues, la presa que con mayor ansia se codiciaba era mas fácil de distinguirse.

Provistos de estos datos, Constantino Canaris, natural de Ipsara, y Jorge Pepinis, de Hidra, elegidos en virtud de la oferta que habian hecho para mandar dos jabeques forrados en cobre y transformados en brulotes, recibieron sus intrucciones con la orden de estar prontos á salir en la noche del diez y ocho de junio. En consecuencia pasaron á bordo con sus tripulaciones que forma-

ban un total de treinta y cuatro marineros, toda gente de buen ánimo y de intrépida resolucion. Inmediatamente los gefes del almirantazgo precedidos de Antemio, patriarca de Alejandría, se dirigieron al puerto para asistir á la bendicion de los brulotes, que levaron áncoras luego que el venerable prelado hubo vertido el agua bendita sobre sus cubiertas, y despues que les mandó darse á la vela en nombre del Señor.

Partieron pues con brisa de tierra recomendándose á las oraciones de sus hermanos, que pedian á Dios por el buen éxito de una empresa destinada á castigar el orgullo de los infieles. A las nueve de la mañana se divisaban todavia los dos brulotes detenidos por una calma á la altura de las islas Spalmadores; al medio dia se les habia perdido de vista, y como no debian atacar sino es durante la noche, la division naval encargada de protegerlos no se proponia hacerse á la mar hasta puesto el sol, para no dar sospechas á las dos fragatas turcas que estaban de avanzada y que se distinguian al horizonte.

Aunque las noches del estío ordinariamente son claras, la falta de la luna favorecia mucho el intento. Aproximábase la celebracion de la neomenia del bairam, y los mahometanos conforme á sus ritos hacia mas de un mes que habian empezado sus fiestas acostumbradas á la aparicion de las primeras estrellas, cuando los dos brulotes despues de haber superado los obstáculos de la calma y de la cercanía de las fragatas turcas, divisaron los fuegos de la escuadra otomana. El capitan bajá, que segun su

costumbre daba audiencias de noche, habia convidado á todos los individuos de los estados mayores de los buques, ademas de lo cual tenia biniche ó corte, y la victoria de Hassan-bajá en Candia llevaba al navío una multitud de curiosos con el ansia de ver los miembros de Balesste, cuyo nombre era conocido. Al mismo tiempo se preparaban á la circuncision de muchos cristianos jóvenes de la isla de Scio, pues la ceremonia debia efectuarse el dia siguiente. De modo, que en nada se pensaba menos que en la guerra, al penetrar los dos brulotes en el canal de Chio por la barra llamada Veneuce.

Las fragatas puestas de vigia se cansaron de cruzar y echaron el ancla. El navío almirante fondeado á la cabeza de la línea se hallaba á media legua, con corta diferencia, de tierra, y tenia á su bordo dos mil ciento ochenta y seis personas. Todavia duraba el crepúsculo cuando los dos jabeques incendiarios, que llevaban la proa en direccion de Esmirna, llegaron de una sola bordada tan cerca de los buques otomanos, que se les gritó para que se alejasen. Obedecieron virando de bordo ácia Tchesmé, en cuyo rumbo se les perdió de vista. Nadie se acordó mas de ellos: las fiestas empezaron, y sonaban clarines, tambores y trompetas, mientras que los brulotes que venian de vuelta, se incorporaban de nuevo con la escuadra al cabo de cuatro horas, aprovechándose á toda vela de una brisa favorable de tierra. El jabeque de Constantino Canaris se arrojó con la rapidez de un relámpago sobre el navío de ochenta cañones, montado por el capitan bajá en persona. Enla-

zó la proa, y aferrándose á su bauprés echó los cloques en sus serviolas. En el momento empezó á arder ínterin que, trasladándose á la góndola Canaris y su tripulacion, pasaban por debajo del castillo de popa del almirante saludándolo con la triunfante aclamacion: VICTORIA POR LA CRUZ. *Tangun var*: ¡*fuego á bordo*! Este grito espantoso llenó de horror á los mahometanos.

El brulote mandado por Jorge Pepinis acababa de engancharse á la proa de la capitanabey donde iba el tesoro de la armada; pero no tan bien amarrado como el de Canaris, y habiéndole dado fuego demasiado pronto, su accion no fue tan decisiva. De suerte, que desprendiéndose acertó á chocar en su curso indeterminado con otro buque, el cual empezó desde luego á arder. Sus cables se queman y se rompen, y ambos bageles van rodando como dos globos de fuego por el golfo de Cysos á tiempo que la barca de Canaris se junta con la de Pepinis. Todos los griegos sanos y salvos prorrumpen en aclamaciones de alegria; pero temiendo las consecuencias de una hazaña tan temeraria, bogan llevando enmedio de ellos un enorme tonel de pólvora, resueltos á volarse si algun buque enemigo les daba alcance. Luego que dejaron atras la línea de los osmanlis y estuvieron fuera de peligro, se arrodillaron delante del pabellon de la Cruz, dando gracias al Todopoderoso por haber protegido su audaz empresa.

En efecto, parecia que el cielo la aprobaba, porque era la una de la noche y un viento impetuoso aumentaba la violencia del fuego: el cual

iba serpenteando desde los puentes á los obenques, y de estos á las cofas y á las velas con terrible estrago y estrépito, en términos que solo se oian furiosos bramidos dentro de aquella sacrílega hornaza donde estaban encerrados los verdugos de los cristianos. Las lanchas que se aproximaban al navío para salvar la tripulacion, zozobraban con el peso de la mucha gente que saltaba en ellas y se sumergian en el mar alborotado por la fuerza del viento.

Las costas del Asia menor y de la desventurada isla de Scio, se alumbraron insensiblemente con el resplandor del incendio, que cada vez tomaba mas cuerpo. Los bárbaros acampados en una y otra ribera contemplaban con espanto los progresos de las llamas, sin que ninguna embarcacion ni esquife se atreviese á acercarse al fuego. Los cañones se calentaron y empezaron á tirar del mismo modo que en un combate. ¿Cómo era posible avanzar hasta el alcance de sus balas? El almirante huyó desde la popa á la proa de su navío incendiado, derramando sangre por una grande herida que habia recibido en la cabeza, invocando á Alá y á su falso profeta, y pidiendo á voces la muerte. Pero no debia sufrirla en el puesto de honor como los valientes, sino es como un miserable asesino. Así pues le obligaron á bajar á su bote, y cuando comenzaba á alejarse se rompió uno de los palos del navío, que cayendo sobre el frágil esquife que lo llevaba, le sumergió en el mar. Algunos nadadores consiguieron sacarlo con todas las costillas rotas, hasta la playa de Chio, donde espiró en medio de los cadáveres

de los cristianos asesinados por órden suya.

La esplosion de su navío anunció la muerte del gefe de los bárbaros, quienes del susto cayeron boca abajo como heridos de un rayo. Así tuvo Baleste unos funerales dignos de su valor, y su cabeza y sus manos no sufrieron el indigno ultrage de ser espuestas á las puertas del serrallo de Mahamud. A las dos de la mañana una profunda oscuridad cubrió las riberas, y las aguas testigos de aquel gran desastre: de modo que en cincuenta y dos minutos se efectuó el principio, los progresos y el fin de una de las mas grandes hazañas militares consignadas en las historias. Treinta y cuatro pobres marineros cogieron en tan breve tiempo inmortales palmas, cuya memoria no la borrarán los siglos, ni podrá la envidia oscurecerla nunca.

Calmadas las olas y los vientos luego que se voló el navío del capitan-bajá, se aprovechó Canaris de un viento favorable, é hizo rumbo ácia Ypsara. Hábiase divisado desde esta isla una luz brillantísima; pero se ignoraba si debia atribuirse el fenómeno al incendio de algun buque enemigo, ó á una de esas auroras luminosas que á veces se ven lucir durante la noche. Una parte de la poblacion habia estado en vela, mientras la otra dirigia al cielo sus mas fervorosas oraciones en demanda de la victoria. No bien llegaron al puerto las barcas en que venian los valerosos héroes, cuando comenzó un repique general de campanas acompañado de repetidas salvas de artillería empavesándose toda la escuadra. Canaris, puesto en el timon de su barquilla, pasó por medio de ella,

y los griegos subidos sobre los aparejos de sus buques, lo saludaban con festivas y alegres aclamaciones, moviendo sus gorros á uno y otro lado. La multitud del pueblo se agolpó á la playa gritando: *Victoria, victoria por la Cruz*, y proclamando al vencedor con las voces de *viva Constantino Canaris, viva la honra de los hijos de Ypsara*. Este guerrero cristiano llegó á la orilla, hizo señal á la gente para que se alejase, se descalzó de pie y pierna, y seguido de los suyos se encaminó en procesion á una iglesia inmediata. Allí prosternado delante del altar de Nuestra Señora recibió la comunion de manos del obispo de Myrina, y no menos modesto que valeroso, se fue huyendo del popular aplauso que le acompañó hasta su humilde posada. Su esposa, que lo estaba esperando, besó de rodillas la mano que habia puesto fuego al navío enemigo, y al anochecer de aquel dia de triunfo se vió á Canaris en el puerto entre los éforos del almirantazgo, y las gentes del pueblo que trabajaban en las fortificaciones de la plaza, mientras él les hacia la relacion fiel y sencilla del suceso conseguido contra los infieles.

Empero la misma aurora que alumbró la entrada de Constantino Canaris en el puerto de Ypsara, manifestó á los turcos los desastres de la noche anterior. Ciento ochenta marineros mutilados por el fuego era lo único que habia podido salvarse del navío almirante, y el buque del capitan-bey con otro bagel encallados en la playa de Tchesmé, al lado del segundo brulote griego que todavia humeaba, estaban incapaces de servir, aunque no destruidos del todo. Sus

tripulaciones, despues de saquear cuanto habia á bordo, andaban errantes por las montañas. Entretanto la escuadra que picó sus cables, vogaba dispersa sin verse por dó quiera mas que tablas, palos y entenas que las olas iban llevando ácia la costa, cuando Vehib que veló toda la noche sentado al lado del cadáver del capitan-bajá, dió la órden para sus exequias, y lo mandó transportar al Acrópolis. Mas irritada la soldadesca al presenciar la pompa fúnebre, cerró de nuevo con los habitantes del distrito destinados al cultivo del mastic, de los cuales se salvaron muchos por la prevision que tuvo el almirante griego Miaoulis de acudir con su escuadra al socorro de aquellos infelices. Sin embargo, sus casas fueron quemadas, y no pocos perecieron ó quedaron esclavos de resultas de tan funesta catástrofe, la que puede considerarse como la última de la horrible tragedia cuya representacion duraba ya mas de dos meses. Segun el censo que se hizo el dia cinco del siguiente mes de julio, solo existian novecientos individuos de una poblacion que pasaba de noventa mil almas, y era reputada por la mas amable, inocente y culta de las islas del mar Egeo.

Todos lloraban en Grecia las desdichas de Scio, y todos aplaudian el estraordinario valor de Canaris. En Hidra le apellidaron el héroe del siglo y le hicieron un magnífico recibimiento, mientras que la noticia del desastre de la escuadra otomana, ponia en consternacion á los bárbaros de la Anatólia y á las hordas brutales acampadas en Tchesmé: las cuales se dispersaron despues de arrojar al mar á los niños y á

los esclavos inválidos que no habian podido vender. El cielo parecia declarado contra los sacrílegos: varias cartas de Chipre anunciaban que sublevadas las tropas egipcias de guarnicion en aquel reino, habian saqueado indistintamente á griegos y turcos. Sabíase ademas, que despues de la traicion que costó la vida á Baleste, habian tomado de nuevo los cretenses la ofensiva, derrotando á Hassan-bajá y causándole una pérdida de mil y cien hombres; de modo que se hallaba otra vez bloqueado en las plazas fuertes, donde la peste consumia los restos de su ejército. Por último, el doce de julio se habia visto la escuadra griega maniobrar en orden de batalla dentro del canal de Chio, á tiempo que acababa de ser exonerado el sanguinario Vehib-bajá, á quien la Puerta remplazó con Elez-aga luego que ya no hubo mas cristianos que degollar.

Sucesos en el continente.

Mientras esto pasaba por aquella parte, gemia la Macedonia bajo el pesado yugo de Abulúbud. En vano el senado de Grecia habia dirigido en siete de mayo una proclama á los habitantes del monte Olimpo escitándolos á levantarse en masa; porque allí como en los otros puntos, debian los cristianos ser probados en el crisol de la adversidad, antes de hacerse dignos de vencer bajo el estandarte de la Cruz. Así es, que detenidos por una incomprensible apatía, esperaron el resultado de los manejos de su bajá, que por no verse obligado á marchar al Peloponeso organizó secretamente la guerra civil, to-

mando de ella pretesto para ejercer contra los macedonios las mas ingeniosas crueldades. Por no contristar el ánimo del lector con la tediosa repeticion de unas calamidades tan semejantes á las ya descritas, habrán de pasarse en silencio, el incendio, el saqueo y la destruccion de varios lugares, la conducta atroz de Abulubud en los pueblos de Cara Verria y de Naussa, los estraordinarios martirios que hizo sufrir á los cristianos por mano de sus encarnizados enemigos los judíos; el heróico ardimiento de muchas ilustres matronas griegas muertas por la fe, y los sacos de cabezas y orejas que remitió el bárbaro á Constantinopla, envolviendo en su proscricion á diversas poblaciones enteramente inocentes, para que aquellos despojos horrendos fuesen en mayor número y probasen al sultan la importancia de las victorias que conseguia contra los rebeldes.

Desde entonces solo pensó Abulubud en enriquecerse para conservar su empleo á toda costa, y para hacer de Salónica el trono de su dominacion, ó su sepulcro. Acababa de saberse que el valiente griego Tassos, cuya esposa mereció la corona del martirio, habia logrado sublevar la poblacion del monte Olimpo á tiempo que los hidriotas llamaban á las armas á los paisanos del Pelion. Los primeros, aunque debilitados por haber enviado á Ypsara mil y ochocientos hombres en fines de marzo, no bien supieron las desdichas de Naussa cuando bajaron al valle de Haliacmon. Allí reunieron á los fugitivos de aquella infeliz ciudad, los cuales parecia que cobraban un nuevo aliento al poner la planta en el terri-

torio nativo del heroismo. Diamantis y Tassos, como dos furiosos leones, á la cabeza de esta tropa, acuchillaron algunas partidas de Abulubud, y consiguieron apresar una conducta de dos millones de piastras que se enviaba al visir de Larisa, contra quien no tardaron en revolver sus armas.

Entre tanto se daban en el monte OEta sangrientos combates. Los eforos de Oravari escribian con fecha de 3 de mayo al senado de Grecia occidental, residente en Missolonghi, que los griegos despues de haber incendiado á Patradgik, tenian á los turcos bloqueados en algunas casas fortificadas. En 15 de abril habia empezado la campaña bajo el mando en gefe de Hipsilantis con la satisfaccion de que Nicetas el turcofago, Condojianis y Odissea consiguiesen varias ventajas importantes, estimulando con sus hazañas á los agrenses que atacaron é hicieron prisionero á Ali-bey; de modo que quedó libre el canton de Agrafa. En resolucion los helenos habian conocido la necesidad de regularizar sus operaciones, y ya no se proponian obrar contra los turcos al arbitrio de los gefes, que hasta entonces solo tomaban consejo de las circunstancias.

En 24 de abril se instaló un arzobispo en Corinto y se consagró la antigua metrópoli de aquella ciudad dedicada á san Pablo, que despues habia sido convertida en mezquita. Ya existia un gobierno, las bases de un sistema de hacienda, algunas leyes fundamentales, y sobre todo estaba adoptada una medida mas eficaz que todas las anteriores, á saber, el envio de varios comisionados del gobierno á las islas del Archipiélago.

Esta resolucion se anunció en 9 de mayo por una circular, y si se hubiera acordado antes, sin duda habria evitado las desgracias de Chio, impidiendo á Licurgo Logoteto emprender una espedicion contraria á las miras del gobierno griego.

En seguida se decretaron cuáles debian ser la forma y los colores del pabellon y de la escarapela (1), y se hubiera estendido la esfera de las instituciones á no ser por la necesidad de ocuparse con preferencia en la defensa de la patria. D. Ipsilantis pasó al ejército de la Grecia oriental mandado por Odisea, y poco despues de su llegada fueron los turcos completamente derrotados á pesar de constar su fuerza de quince mil hombres, y de no poder oponérseles mas de cinco mil. El general enemigo perdió su ba-

---

(1) *Por decreto de 27 de mayo se mandó que las banderas del ejército fuesen cuadradas, con una cruz blanca que ocupase todo el cuadro en campo azul. El pabellon para los buques de guerra debia dividirse en nueve bandas horizontales, alternando una blanca con una azul, y dejando en uno de los ángulos superiores un cuadro de este color con una cruz blanca. Los buques mercantes habian de llevar bandera azul con un cuadro blanco, y enmedio una cruz azul en uno de los ángulos superiores. Por último, la escarapela se dispuso que fuese azul y blanca, casando los dos colores de modo que empezase y concluyese con el blanco.*

gage, su caja militar, y un sobrino suyo, que fue hecho prisionero: en términos que con bastante dificultad logró retirarse á Thaumacos. Ipsilantis fue personalmente á dar cuenta al senado de Corinto de que en las diferentes acciones de guerra tenidas en las Termópilas desde últimos de marzo, habian perdido los bárbaros mas de cinco mil hombres entre muertos y heridos. Acia la misma época llegó la noticia de que Diamantis y Tassos habian vengado á los cristianos de Naussa esterminando en el puente de Baba, sobre el Penéo, un cuerpo de genízaros que el kiaya del Romeli Valicy conducia en ausilio del bey de Khaterino. Despues se apoderaron de la ciudad, á cuyos habitantes pasaron á cuchillo, arruinando sus propiedades para vengarse de los escesos de Abulubud-bajá. Colocotroni por su parte conseguia en el bloqueo de Patrás algunas ventajas aunque infructuosas, porque los sitiados recibian continuos socorros en bastimentos de guerra y boca con pabellon neutral; de modo que los cruceros griegos no podian sin comprometerse con las potencias europeas dar á respetar las leyes de su gobierno, por mas equitativas que fuesen.

Enmedio de este conflicto de circunstancias, se negoció el rescate del harem de Kurchid bajá con unos especuladores ingleses, que entregaron por este concepto al ministro de hacienda Notaris mas de dos millones de reales. En consecuencia fueron puestas en libertad la muger de Kurchid y sesenta y cuatro odaliscas; las cuales derramaron lágrimas al separarse de los griegos, cuya esclavitud preferian á la de un bajá medio caduco.

Desembarazado el gobierno de aquella negociacion que habia durado cinco meses, promulgó un decreto dividiendo el territorio en eparquias, anteparquias, municipalidades y justicias de paz. Luego ofreció en una proclama, que el valor de las tierras que se conquistasen á los turcos, se aplicaria al pago de la tropa; y por último, decretó la formacion de comisiones de alistamiento, designando los distritos donde habian de residir los empleados en esta operacion. Así es como los magistrados de la Grecia entre los horrores de la guerra, organizaban el estado sin perder de vista las tramas, los peligros y los enemigos que amenazaban á la patria, á los altare s del Señor y á la existencia de un pueblo armado en masa por una causa verdaderamente legítima.

Demetrio Ipsilantis volvió á las Termópilas esparciendo por los pueblos una proclama del gobierno de Corinto, é informándose del estado del sitio de Aténas, convertido en bloqueo despues de varios ataques y tentativas efectuadas para rendir la plaza; pues solo el hambre podia obligarla á capitular. Todos los generales griegos recibieron las órdenes correspondientes para cooperar á la realizacion del plan de campaña meditado, y que tenia por principal objeto llevar á Epiro el teatro de la guerra.

El proyecto que fue propuesto por los gefes de la Seleyde era que desembarcasen seis mil hombres en Glychis de Tesprocia, y que se reuniesen con los mainotas al mando de Ciriaco y con cuatro mil suliotas, á tiempo que Marcos Botzaris juntase las partidas de la Cassiopia, Djoumerca y monte Polyanos, con lo que se hallaria á la cabeza

de otros cuatro ó cinco mil hombres, dando algunos subsidios á los habitantes de Godistas, que solo pedian una módica suma para entrar en campaña. Jorge y Andres Hyscos, con otros capitanes y siete mil hombres de fuerza, avanzarian por el Macrynoros sobre Arta; de suerte que Kurchid atacado por mas de diez y ocho mil griegos llenos de entusiasmo, se veria precisado á encerrarse sin provisiones en los ruinosos castillos de Janina. Mientras se le sitiase en ellos, los epirotas cristianos debian sublevarse en masa ahuyentando á los shipetars musulmanes hasta mas allá del Adus. Asi era infalible el suceso de la campaña, y se terminaba la cuestion donde habia dado principio; pues que el ejército turco que se reunia en Larissa nada podia emprender entre tanto contra la Morea.

Espedicion de Maurocordatos á Epiro.

A nadie se creyó mas á propósito para mandar la espedicion destinada contra el Epiro que al patriota Maurocordatos, presidente del poder ejecutivo, á quien se le confirió una especie de poder dictatorial que empezaria á ejercer desde que saliese del Peloponeso. En la vanguardia de su ejército se dispuso colocar un batallon de filhelenos formado en Corinto bajo la direccion del general Normann; y se adoptaron otras medidas para asegurar el éxito de las operaciones. Pero cuando todo estaba ya preparado, se tuvo noticia de un despacho oficial del alto comisario ingles en las islas Jónicas concebido en los términos siguientes.

»El lord alto comisario en las islas Jónicas ha

»recibido cartas de ciertas gentes que se califican
»á sí propias con el titulo de gobierno de Grecia,
»y de un sugeto que se halla en la actualidad en
»este puerto encargado de tratar con S. E. de par-
»te de este supuesto gobierno. S. E. ignora abso-
»lutamente la existencia de semejante *gobierno*
»*provisional de Grecia*, y por consecuencia no
»puede reconocer á tal ministro. Solo la precision
»de mantener, como S. E. lo ha hecho siempre,
»los principios de la mas rigorosa neutralidad, le
»inclina á consentir en dar respuesta á algunos
»pasages de dichas cartas. S. E. tiene á bien ha-
»cer saber á quien corresponda, que en adelante
»rehusará toda comunicacion con una potencia
»*nominal*, que no reconoce; y que su determina-
»cion se reduce á lo que sigue: 1º Ningun bu-
»que titulado griego con pabellon no reconocido
»ni autorizado en el mundo, podrá arribar á los
»puertos británicos. 2º S.E. no está obligado á dis-
»cutir con una potencia no reconocida, acerca de
»lo que ha tenido por conveniente hacer; pero
»sin embargo condesciende hasta decir que la isla
»de Syvota es una dependencia del gobierno jó-
»nico, y que el rey de Inglaterra es su único
»protector; considerando S. E. ademas todo el
»canal de Corfú desde Cabo Blanco hasta Casopo
»como si fuera el mismo puerto de Corfú. El go-
»bierno jónico no puede menos de lastimarse
»segun los principios de la misma neutralidad
»que siempre ha mantenido, de la presuncion
»loca de aquella de las partes beligerantes que ha
»ocasionado el presente estado de cosas. S. E. de-
»sea que la persona que se halla en este puerto
»tenga á bien hacerse á la vela en el momento.»

Esta carta estaba refrendada de orden de lord Maitland por Federico Hankey, personage cuyo nombre figuró cuando la venta de la ciudad de Parga; pero como quiera que fuese, esto hacia temer que la empresa proyectada contra Epiro encontrase oposicion en los ingleses. No obstante, meditando bien la nota, como la navegacion prohibida á la bandera griega no se estendia mas allá del canal de Corfú se recobró en parte el ánimo perdido, y se creyó que podria operarse libremente sin pasar del puerto de Glychis ó Phanari, siete leguas antes de los límites que trazaba el gobierno ingles. Así que, la esperanza renació en el consejo de los helenos, que por lo mismo se hallaron mas interesados que nunca en ocultar el objeto de su espedicion, con el pretesto de penetrar en la Etolia, á fin de oponerse á la invasion que Kurchid-bajá preparaba contra la Grecia occidental.

Dirigido el presidente Maurocordatos por la sola ambicion de libertar su patria, no bien entrevió la posibilidad de ejecutar el plan de los suliotas, cuando se apresuró á nombrar gefe de su estado mayor al general Norman. Lejos de temer su mérito, dejó á su cuidado las medidas necesarias al buen éxito de la espedicion, y como para el alistamiento se habian enviado comisionados á las islas y á los demas puntos donde se hallase gente que hubiese servido en los ejércitos de Europa, se consiguió formar dos cuerpos escogidos, regularmente disciplinados; á saber, uno de filhelenos al mando del coronel Dania, y otro de griegos á las órdenes del coronel Tarella.

Sabíase de pocos dias antes que el seraskier Kurchid, viendo ya efectuado el cange de su harem, habia hecho públicas sus miras, hasta entonces secretas ; y que en vez de dirigir su ataque contra Tesalia ó contra Acarnania , estaba en marcha ácia la Seleyde. Así pues era llegado el momento de medirse con el enemigo , sorprenderlo , derrotarlo , precipitar sus hordas en las aguas del Aqueronte , darles un golpe decisivo, y tal vez destruirlo enteramente. La espedicion partió precedida del Lábaro por el camino que pasa por Sicyone y Eguim , y va hasta Patrás. Llegado Maurocordatos á esta ciudad tuvo una conferencia con Colocotroni que bloqueaba el castillo, y que se embarcó en el fondeadero de San Andres , á vista de los turcos , admirados del buen orden y del porte marcial de los cristianos.

El tiempo era favorable para gobernar ácia el Epiro, pero temiendo que Maitland no hubiese decretado que el puerto de Corfú se estendia desde la punta de Otranto hasta las tierras de la Morea , Maurocordatos vió con dolor la hermosa mar de Grecia cerrada al valor de sus hijos , y ordenó hacer rumbo acia Missolonghi, donde arribó el 5 de junio á medio dia.

Entretanto el seraskier Kurchid abrió la campaña contra los suliotas, apoderándose de la importante plaza de Regniassa que aquellos guerrilleros le entregaron por cierta cantidad de dinero que les ofreció. Habiendo reunido mas de diez y siete mil hombres al mando del escelente capitan Omer Briones, le envió á atacar á los de Souli, mientras él se quedaba en Janina con la division de reserva. Sin embargo en la accion de

29 de mayo, en que los turcos llevaban treinta piezas de artillería y varios obuses de montaña, vencieron los griegos en los puntos de Gouras Seritchani, Zavroucos y Liviskitas. Difícil sería especificar todas las hazañas de los suliotas en aquella jornada. El ataque empezó al amanecer en Liviskitas por las tropas de Tzavellas y Dracos, á quienes Omer embistió con cinco mil hombres; y despues de seis horas de una lucha sangrienta logró Tzavellas atacar de flanco la columna turca, mientras su cólega cerraba de frente con ella; de modo que los toxides se pusieron en fuga dejando cuatrocientos treinta y ocho muertos, y mas de quinientos heridos en el campo. Hago Bessiaris y Tahir Abas fueron batidos al mismo tiempo por el anciano polemarca de Souli Nothi Betzaris, que les tomó doce banderas, con dos piezas de artilleria, y antes de ponerse el sol les habia ocasionado una pérdida de mil trescientos hombres entre muertos y heridos, con diez y ocho estandartes que las mugeres suliotas presentes á la batalla llevaron en triunfo á Souli, donde los gerontes las recibieron con aclamaciones, mientras en señal de alegria tronaba el cañon de la fortaleza de Santa Veneranda.

A pesar de las brillantes ventajas de esta jornada, que solo les costó unos treinta hombres muertos, comprendieron los suliotas que les esperaban todavia grandes peligros, y tomaron sus medidas en consecuencia. Con efecto el dia siguiente 30 de mayo tuvieron contraria la suerte de las armas, y despues de un reñidísimo combate, en que varias veces fueron alternativamente vencedores y vencidos, abandonaron al cabo

todas sus posiciones, estableciendo su cuartel general en la iglesia de San Nicolás, á la entrada de un desfiladero. El 31 se apoderó el enemigo del lugar de Souli á pesar de la vigorosa defensa de los griegos, y de que las mismas mugeres no menos valerosas en aquellas guerras de montaña que los hombres, lanzaban sobre el enemigo, desde lo alto de los barrancos, enormes pedazos de roca y gruesos troncos de árbol, con los cuales hacian espantoso estrago en los turcos. La constancia de estos, su valor y la superioridad de su número, triunfaron al fin, obligando á los de Souli á retirarse mas allá del torrente de Samoniva, cuyo punto habian jurado defender hasta dar el último aliento.

Sin embargo los turcos reforzados con ochocientos hombres de refresco, atacaron tan encarnizadamente, que jamas se vió igual desesperacion en los soldados. Asi es que parecia que se aumentaban en razon inversa de sus pérdidas, y mientras en sus filas reinaba un tétrico silencio, se sostenian los unos á los otros con admirable orden y prontitud. Las mugeres suliotas acudieron á las armas, y mezclándose con los valientes, á quienes exortaban á defenderse como héroes, les dieron el consejo con el ejemplo. Las jóvenes doncellas llevaban refrigerios para apagar la sed, distribuian cartuchos, y transportaban los heridos á varios parages no menos ocultos que inaccesibles. La voz de estas heroinas tan sonora como la trompeta guerrera, llamando por sus nombres á sus esposos, hermanos é hijos, les recordaba sus deberes y el oprobio de sus familias si perdian aquella posicion, que era la última es-

peranza de la patria. Dificilmente se verá un entusiasmo mas unánime y generoso que el que produjeron estas arengas en los hijos de la Seleyde; quienes á fuerza de repetir prodigios de valor obligaron por fin al enemigo á que renunciase á su empresa. La accion habia empezado á las tres de la mañana, y acabó cuando el escesivo calor del dia encendió las armas, que espuestas á los rayos del sol y calientes del continuo tirar no podian ya manejarse; en términos que los soldados de una y otra parte solo clamaban porque les diese algun descanso. Los turcos se alejaron del torrente de Samoniva, llevándose sus muertos y sus heridos, mientras algunas partidas aisladas combatian todaviá por sostenerse en sus posiciones.

Cuando los cristianos abandonaron por última vez el lugar de Souli sesenta palícaros se obstinaron en sostenerse en dos casas aspilleradas, que habian resuelto defender para operar una diversion favorable á los cristianos. Atanasio Dracos, hermano del capitan Jorge, se atrincheró con treinta hombres en su propia casa, situada en una eminencia al occidente del pueblo. Allí se estaban batiendo desde las diez de la mañana contra los turcos, los cuales se relevaban para embestirles; y aun atacados por tropas frescas que Omer Briones destacó ácia ellos, luego que vió que no podia forzar los últimos atrincheramientos de los suliotas, hubieran resistido todavía á no haberse resuelto el general otomano á batirlos con el cañon.

Viendo avanzar la artillería y conociendo que iban á perecer bajo las ruinas de las casas que

defendian, dos de aquellas partidas salieron sable en mano y lograron abrirse paso por medio de los infieles confundidos de semejante audacia, y que no pudieron menos de aplaudir con un grito de admiracion. La otra partida quedó sola y sin medio alguno de retirarse, pero segun el derecho de la guerra establecido entre los schipetars, obtuvo permiso para salir con armas y bagages, pronunciando la fórmula *Bessa ya Bessa. Fé por Fé*; y los suliotas marcharon á Koloni, donde se incorporaron con sus compañeros de armas.

Estos acababan de recibir la noticia de la pérdida del molino de Dala, donde tenian un puesto fortificado, lo que ciertamente les fue muy sensible; aunque habiendo pasado muestra á su gente hallaron que en la última accion, que duró once horas, solo habian perdido veinte y un hombres incluso el hijo menor de Photos Tzavellas, y ocho mugeres que perecieron con las armas en la mano. Tambien consiguieron efectuar su retirada por detras del barranco de Samoniva, llevándose sus heridos, que serian unos treinta individuos de ambos sexos, sin que los turcos obtuviesen otros trofeos que una sola cabeza y un prisionero que sorprendieron estraviado.

Tales resultados parecerian increibles sino se dijera que los suliotas se baten en guerrillas, y rarisima vez se presentan al enemigo á pecho descubierto. Emboscados detras de las rocas ó parapetados con espaldones, tiran disparando como cazadores y tienen tal acierto que casi nunca pierden una bala. Algunas veces corren á ponerse fuera de tiro para cargar sus armas, y vuelven rápidamente ácia el enemigo; pero siempre á

parage distinto de donde antes hicieron fuego, á menos que no ocupen alguna fuerte emboscada. Este modo de pelear es la causa de que pierdan poquisima gente en semejantes encuentros.

Lo propio sucede con los schipetars mahometanos; pero los genízaros que marchan á descubierto, y los asiáticos acostumbrados á pelear solamente á caballo con sus largas carabinas, no apuntan jamas ó vuelven la cabeza cuando tiran; de modo que por casualidad dan en el blanco que se proponen. Espuestos así al fuego de fusil de un enemigo oculto, tienen ademas otra desventaja, si quedan desmontados ó les es preciso retirarse; porque no pudiendo huir sino es recogiendo con la mano izquierda sus anchos pantalones, estorbándoles sus sables, é incomodándoles la amplitud de sus vestidos y de sus botas, se detienen apenas andan doscientos pasos, se sientan con las piernas cruzadas, y esperan con la carabina ó pistola en la mano al enemigo, que no necesita hacer mas que envolverlos para pasarlos por las armas. Asi en una accion en que los turcos habian tenido dos mil y quinientos hombres entre muertos ó heridos, no es estraño que los suliotas hubiesen padecido tan corta pérdida.

El cinco de Junio atacaron animosamente á los turcos, y derrotándolos fueron persiguiéndoles hasta Paleochori. La noticia de este reves llegó á Kurchid cuando se hallaba afligido de pesares domésticos que le despedazaban el corazon. Las mugeres de su harem habian llegado, y tanto su esposa, criada en el serrallo de los sultanes, como las demas odaliscas, todas ofrecian pruebas

no equívocas de su infidelidad: linage de afrenta que si para cualquier hombre hubiera sido sensibilísima, para un turco era intolerable. Por otra parte no ignoraba la espedicion de Maurocordatos, destinada á Epiro; la codiciosa Puerta Otomana le pedia cuenta de los tesoros de Ali Tebelen, y por último el gobierno le instaba á que se apresurase á conquistar á Souli, para tomar en Larissa el mando del ejército destinado contra la Morea. Movido de tantas consideraciones salió de Janina y llegó el dia siete de junio con la flor de su gente hasta dar vista al torrente de Samaniva.

Primero entabló negociaciones con los suliotas ofreciendoles otro territorio en cambio del que ocupaban, doce mil bolsas de indemnizacion, y la continuacion de todos los fueros, privilegios é inmunidades otorgadas por los gloriosos sultanes á los armatolis de la Helade; y amenazándoles con que si pasados tres dias no admitian estas condiciones, no tendrian ni paz ni tregua que esperar de su parte. Los suliotas se decidieron á defenderse hasta perecer todos si era necesario, degollando en el último apuro á sus hijos y á sus mugeres para que no cayesen en poder de sus enemigos: heroicidades que por mas que se ponderen son tan propias y peculiares de los bárbaros, cuanto agenas de los pueblos civilizados. Como quiera, las mugeres prefirieron á tan triste suerte la gloria de vender caras sus vidas, y formaron de las mas valerosas un batallon de cuatrocientas plazas. El diez de junio comenzaron de nuevo los ataques: el trece pusieron fuego los griegos á los almacenes de Souli, y fue tal el ter-

ror de los musulmanes que perdiendo artillería, banderas y municiones, se dispersaron por todas partes. Omer Briones se vió precisado á huir á pie por medio de las quebraduras del terreno, y tuvo el dolor de ver á los suliotas apoderarse, en su presencia, de su caballo de batalla, que él estimaba como una alhaja preciosísima. Pero el fin de la jornada fue mucho peor, porqne aquella noche atacaron los griegos el cuartel de Omer y se apoderaron de su secretario, de sus tesoros, y de una parte de sus bagages, como tambien de los almacenes de víveres y forrages, y de las municiones de guerra; de cuyo transporte fueron encargadas las mugeres, que cargaron con todos estos artículos hasta depositarlos en la montaña. La luz del nuevo dia permitió ver un cuerpo considerable de mahometanos cercados en el monte Doudia.

Hallábanse bien distantes de su ejército que habia huido á cuatro leguas de alli, y como les ofreciesen perdonarles las vidas se rindieron á discrecion. Eran seiscientos turcos asiáticos que despues de despojados de cuanto tenian, y despues de verse obligados á adorar de rodillas la bandera de la Cruz, quedaron libres para reunirse á las tropas de Kurchid, el cual habia regresado en la noche del catorce al quince de junio á su residencia de Janina.

Al mismo tiempo le llegaba la orden de pasar á Romelia, y como veia el mal estado de los negocios en Epiro, no sintió dejar á Omer Briones el encargo de terminar de su cuenta y riesgo la guerra. Omer acababa de ser nombrado bajá de Janina, y debia corresponder á tan honrosa con-

fianza. En verdad que nadie mejor que él podia sacar partido de los schypetars, que empezaban á dispersarse, reunirlos y confundir con su actividad los proyectos de los cristianos. Su sobrino Achmet Briones habia compensado en parte los reveses sufridos en Souli con la conquista de los castillos de Playa, de donde espelió de nuevo á los griegos.

Kurchid dió sus instrucciones á Omer sobre el plan de campaña que habia de seguir, y despues de tener una larga conferencia con el arzobispo Gabriel, á quien quiso hacer responsable de la conducta de los cristianos, envió sus bajaes delante, y escoltado por cuatro mil caballos, se puso en marcha para Larissa, donde llegó el dia veinte y siete de junio, hallando alli un ejército de cincuenta mil hombres, que solo esperaban su presencia para entrar en campaña.

Ojeada sobre la Morea.

Entretanto la Morea, en vísperas de una horrible invasion, ofrecia por do quiera un aspecto guerrero. La noticia de la rendicion del Acrópolis de Atenas, que despues de siete meses de sitio capituló el veinte y tres de junio, habia electrizado los ánimos en el Peloponeso, al propio tiempo que arribaban á la península los infelices chiotas que lograron sobrevivir al desastre general de su patria. Demetrio Ipsilantis, como se ha dicho, fue nuevamente destinado al ejército oriental, y luego que llegó á Beocia, acompañado por el valiente Nicetas, á la cabeza de unos cuantos miles de hombres, se concertaron los estratarcas

para echar á los turcos de las posiciones que ocupaban en las fronteras. Acababa de saberse la llegada de Kurchid á Larissa, y jamás habia estado tan complicada la lucha entre turcos y griegos como se presentaba á principios de julio de mil ochocientos veinte y dos. Es cierto que se habia incendiado el navio almirante, obtenido grandes ventajas marítimas, conquistado el Acrocorinto y la plaza de Atenas, y derrotado á Dramali en las inmediaciones de Sperchio; pero Kurchid-bajá contaba bajo sus banderas treinta y cinco mil caballos, y mas de doce mil infantes. La escuadra turca, reunida en Tenedos, debia volver á presentarse en el mar Egeo mucho mas formidable que antes, y se le esperaba en las costas occidentales del Peloponeso para combinar sus operaciones con las de Omer-bajá, á menos de ser tales las ventajas de Maurocordatos que tuviese á aquel valiente caudillo aislado en el Epiro. Asi que, era urgente adoptar un partido decisivo.

Odissea propuso que se tomase la ofensiva para impedir á Kurchid el paso por las montañas, y en consecuencia atacó juntamente con Gouras el puerto de Fourca, donde estaban los turcos atrincherados. Pero como Demetrio Ipsilantis llegase tarde á embestir al enemigo por su retaguardia, segun estaba convenido, fue mucho lo que trabajó Odissea para desalojar de su posicion á los turcos, y aun no pudo conseguirlo sin perder gran número de sus palicaros, y á un primo suyo á quien amaba mucho. Esto le irritó hasta el estremo de injuriar en público á Ipsilantis, que aunque era hombre de valor acreditado, no quiso remitir á la espada su venganza, sino es

que dió cuenta de todo al senado de Corinto, quejándose amargamente de su antagonista, á quien calificaba de bárbaro sin otro mérito que un arrojo brutal, y de hombre violento, sin freno, sin reserva, y sin ninguna sumision á las leyes.

Conocíanse generalmente en Odissea algunos de estos defectos, y como al parte de Ipsilantis añadió su veneno el archigramatista Teodoro Negris, le fue fácil conseguir que se tomase una determinacion humillante contra el impetuoso epirota. Intimósele pues la orden de pasar á Corinto para responder á ciertos cargos; y como no quisiese obedecer, se le exoneró del mando, y se nombró en su lugar á Christos Palascas, hombre de mérito, y que habia obtenido la graduacion de sargento mayor de artillería al servicio de Rusia. El nuevo elegido marchó al ejército acompañado de Alejo Noutzas; cuyo descrédito y cuyas antiguas relaciones con Ali Tebelen bastaban á lo menos para hacerle muy sospechoso. Sin embargo, la conducta de Odissea, por mas que se pretenda escusar, aparece en esta ocasion en estremo culpable. No solo no quiso obedecer á las órdenes del gobierno que le prevenian su marcha á Corinto para justificarse de los crímenes de que se le acusaba, sino es que á poco de haberse retirado con algunos de los suyos, se tuvo noticia del asesinato de Palascas y de Noutzas, muertos á la entrada del desfiladero de Triodos, siempre famoso por los asesinatos que en aquel sitio se han cometido desde la muerte trágica de Layo. Esta atrocidad fue imputada á Odissea, y por cierto no sin gravísimos fundamentos.

La verdad es que un suceso tan horroroso llenó de consternacion á todo el ejército de la Grecia occidental, si merecian este nombre algunos miles de armátolis y de habitantes del Peloponeso esparcidos por las cercanías de las Termópilas; dado que la mayor parte de los cuerpos se hallaban dispersos desde la deposicion de Odissea. Una anatema general se lanzó contra este rebelde caudillo: en el senado griego se introdujo la confusion, y la patria iba á declararse en peligro si para hacer treguas á tales inquietudes, Thanos Kanacaris, vice-presidente del poder ejecutivo, y el diputado Gonivos que se hallaban en Argos, no hubiesen escrito que los turcos sitiados en el castillo de Náuplia habian entrado en conferencias para capitular.

Aquella guerrera llamada Bobolina, de quien se tuvo ocasion de hablar cuando se refirieron los sucesos de la rendicion de Tripolitza, era la misma que con una escuadrilla, armada de su cuenta, estaba bloqueando hacia mucho tiempo el puerto de Nápoles de Romanía, y tenia á los turcos en el mas estrecho apuro. Desde la quema del navio almirante, á que se siguió la dispersion de la escuadra otomana, habian principiado los sitiados á tratar con la heroina griega; bien que para sorprenderla le enviaban siempre de parlamentarios los soldados mas robustos y de mejor semblante, á fin de mostrar que el hambre no les estenuaba, ó los mas astutos, porque sacasen mejor partido. Pero ella respondia á los primeros con notable desembarazo que su porte mostraba que no tenian bastante sobriedad para conservar sus víveres por mucho tiempo; y á los segundos

les decia, que habiendo muerto su esposo por una sentencia tiránica de sus opresores, y habiendo perecido su hijo mayor con las armas en la mano, estaba resuelta á vencer á sus enemigos, ó á morir con el consuelo de no dejar sobre la tierra ningun griego que fuese esclavo.

Asombrados los turcos de tan magnánima resolucion y acosados del hambre, consintieron en capitular, y tuvieron la fortuna de que los sitiadores pasasen por las condiciones que proponian. Eran estas, que los griegos ocupasen un fuerte situado en cierto islote, á alguna distancia de la Dársena, enfrente del castillo de Ytchcalhesi, pero que desde que se efectuase la ocupacion se diese á los sitiados una cantidad determinada de víveres, y que si pasados cuarenta dias no recivia la plaza socorro, tanto la guarnicion como las familias turcas serian embarcadas bajo pabellon estrangero, con destino al Asia menor.

Aunque en virtud de este tratado adquirieron los griegos una obra avanzada, que no tardó en serles de mucha importancia, no puede negarse que los ministros helenos y sus gefes cometieron una falta notable firmando semejante capitulacion eventual con la guarnicion turca de Náuplia. Todas las ventajas de la dilacion estaban de parte de los sitiados, al paso que los sitiadores tenian sobrados motivos de temer las vicisitudes de la fortuna. El bajá Kurchid les amenazaba con una temible invasion, Atenas no estaba aun al abrigo de un golpe de mano, y la indolencia de los miembros del consejo ejecutivo habia sido tal, que todavia no estaba aprovisionado el Acrocorinto.

Disculpábanse con que habiendo contado con los tesoros de Kyamil-bey para la compra de bastimentos de guerra y boca, se veian frustrados de sus esperanzas por la tenacidad con que el bárbaro se negaba á declarar el sitio en que tenia escondidas sus riquezas. Sin embargo, no por esto era menos cierto que desde la conquista de Tripolitza se advertia una prosperidad general en el Peloponeso. Mas de ciento cincuenta millones de reales habian pasado á manos de los insurgentes: los oficiales llevaban armas de oro macizo, y los magistrados se hallaban ricos. Pero nadie queria hacer desembolsos, y cada cual trataba de ocultar su egoismo diciendo que los turcos no se atreverian á emprender otra nueva campaña. En una palabra, puede juzgarse del estado de la Morea en aquella época, en que ministros, senadores, diputados y generales habian repartido entre sí los despojos sangrientos de una presa próxima á escapárseles de las manos, por una sencilla observacion, á saber: que no se hablaba de Maurocordatos desde su arribo al puerto de Missolonghi.

Narracion histórica de los mas importantes acontecimientos de la insurreccion griega, hasta fin de diciembre de mil ochocientos ***veinte y dos.***

En efecto, parecia que con la ausencia de tan decidido patriota se habia amortiguado el entusiasmo en el Peloponeso. Los principales caudillos de las tropas y los primeros magistrados del pueblo se mostraban satisfechos viendo lejos al

presidente. Varios de ellos se volvieron con diversos pretestos á sus casas de campo, para gozar del aire fresco de los llanos de Arcadia; y el patriotismo no residia ya sino en las almas generosas de algunos habitantes de las montañas. En el ismo habria unos novecientos hombres, tres mil en las cercanías de Atenas, dos mil y quinientos en la Argólide, y tres mil con Colocotroni, que bloqueaba desde muy lejos el fuerte de Patrás. Estas eran todas las tropas existentes en la parte occidental de la Morea y en los demas parages de la Grecia.

Ya hacia bastante tiempo que Maurocordatos habia aportado á Missolonghi sin que viese llegar ningun socorro de los que se le prometieron, lo que daba á entender que no solo reinaba la apatía, sino es que se le hacia traicion. ¿Por qué causa se decidió á salir de la península, cuando no podia ignorar que un considerabilísimo ejército se reunia en Thesalia? ¿Qué iba á hacer en Epiro? Dos meses antes habria sido oportuno el proyecto, pero entonces era evidente que no se concentraria la guerra en aquella provincia. Asi que, la razon natural prescribia hacer desde luego lo que hizo despues. Venia á ser indispensable abandonar los suliotas á sus propios recursos, fortificar á Missolonghi, y dejar en la plaza una guarnicion. Marchando en seguida por las montañas hasta llegar á las Termópilas se atendia mejor á la defensa de la patria, y los turcos hubieran encontrado allí su sepulcro. Pero aunque los cálculos ordinarios del juicio humano parecia que dictaban este partido, la divina Providencia queria que triunfa-

sen los griegos en oposicion con todas las combinaciones de los hombres.

Informado Maurocordatos de lo sucedido en Seleyde desde veinte y siete de mayo hasta trece de junio, y no esperando ya ningun refuerzo, se puso en marcha con una parte de su gente para entrar en Epiro. En el camino se le reunieron algunas tropas de aquellos naturales, y despues de tener un consejo de guerra en la fuente de Cufara se dirigió por medio de los bosques de Comboti, donde estableció su cuartel general. Hasta entonces no se habia dejado ver el enemigo, y los capitanes de Acarnania mostraban estar bien dispuestos; de modo que concertado el plan de operaciones, se resolvió atacar la ciudad de Arta.

Entretanto, los suliotas conseguian el diez y nueve de junio su última victoria, bastante costosa al enemigo, pero en la cual perdieron ciento y treinta hombres, y veinte y seis mugeres mandadas por un anciano de setenta y seis años, y que precipitándose sobre los turcos con el puñal en mano cayeron casi todas ellas en las profundidades del Acheronte. El mismo dia avanzaba Maurocordatos ácia el lugar de Peta, inmediato á Arta, y teniendo noticia Omer Briones de este movimiento dirigido á socorrer á los suliotas, se vió precisado á variar su sistema de campaña.

Cualquiera otro general hubiera sucumbido en vísperas de una crisis tan grave; porque ademas de llamarle la atencion por diversos puntos, empezaba la peste á hacer grandes estragos en Janina y Paramythia, como asimismo en va-

rios lugares de las inmediaciones, y era de temer que se comunicase al ejército. Pero Omer Briones, no menos hábil capitan que valiente soldado, puso sus tropas en movimiento convencido de que así rarísima vez las ataca el contagio, y tomó posicion en Variades, punto intermedio entre Janina, Souli y el puesto atrincherado de Cinco-Pozos. Sin perder de vista su principal objeto, que era la rendicion de Souli, dejó á su teniente Tahir Abas el cuidado de tener á los cristianos en jaque, ocupando la orilla derecha del Acheronte, mientras encargaba á Hassam y á Mehemet-bajá que, en union de los Chamides, hiciesen frente al caudillo de los mainotas Ciriaco, fortificado en Phanari. De este modo convirtió en bloqueo el ataque de la Seleyde, y proveyó á la seguridad de Cinco-Pozos, encomendando á Rouchid-bajá la defensa de aquel punto, que se hacia de la mayor importancia si Maurocordatos intentaba penetrar en Tesprocia. Tal fue el cambio de frente de Omer, luego que supo lo que sucedia en la baja Albania, y los acontecimientos posteriores probaron que no podia idearse mejor.

Despues de varias escaramuzas ventajosas, pero poco importantes, cerca de Camboti, se establecieron los insurgentes en Peta desde donde se debia marchar á la conquista de Arta, cuya posesion era indispensable antes de internarse en Epiro. Sin embargo, se cometió la falta de encargar la defensa de Peta á un gefe de los armatolis de Athamania, llamado Gogos, hombre que justamente debia inspirar sospechas acerca de su fidelidad, por su antigua conducta desde

el tiempo de las prosperidades de Ali Tebelen. Los regimientos de filhelenos y de tropas regulares quedaron allí á sus órdenes, y como sino fuese bastante aquel error, se cometió el de desmembrar el ejército poniendo seiscientos hombres al mando de Márcos Botzaris, que con el ansia de socorrer á sus compatriotas de Souli, se dirigió contra el fuerte de Cinco-Pozos, ignorando enteramente los preparativos hechos de orden de Omer y la numerosa fuerza que se habia situado de guarnicion en aquel puerto.

En su primer encuentro logró poner en fuga á los turcos; pero como tenia concertadas sus operaciones con otros caudillos de armatolis, no se aventuró á perseguir al enemigo hasta saber el resultado del movimiento de los otros, sin embargo de que, segun noticias de prisioneros, los turcos acababan de perder en la accion ciento ochenta hombres, y entre ellos varios gefes de los mas distinguidos. Esperábanse pues noticias de los demas puntos, antes de atacar á Cinco-Pocos, cuando se supo que los cristianos habian sido batidos en todas partes, y que solo el capitan Tassos se podia consolar del mal éxito de la tentativa que se le encargó para llamar la atencion del enemigo, con haber hecho prisioneros ciento y cincuenta genízaros y cinco beyes, los cuales perecieron algunos dias despues á consecuencia de querer aprovecharse del desastre de los griegos para recobrar su libertad.

Desde entonces presentó ya un aspecto siniestro la espedicion á Epiro en que se fundaban tantas esperanzas. Márcos Botzaris divisaba las montañas de su patria sin poder socorrerlas,

y veia como inevitable la pérdida de la Seleyde. Lleno de pesar dió la orden de retroceder, á tiempo que toda la poblacion musulmana de Epiro se habia sublevado en masa con noticia de su llegada, y en ocasion que los mismos schipetars, desertores de las banderas de Kurchid, acababan de incorporarse con las divisiones de Achmet Briones y Hago Bessiaris.

El dia doce de julio, á que segun el ritual griego corresponde la festividad de los Santos Apóstoles San Pedro y San Pablo, fueron los cristianos atacados al amanecer por un enemigo diez veces superior en número, y cuando ya la victoria empezaba á declararse por ellos despues de cuatro horas de lucha encarnizada, recibieron los mahometanos un refuerzo de tropas frescas y Achmet Briones continuó con el mayor ardor el combate. En efecto, penetrando por medio de los insurgentes que combatian en grupos, logró poner varias emboscadas entre dos fuegos, y tuvieron que retirarse. Como eran dueños de las alturas pudieron no obstante sacar del campo de batalla los cadáveres del capitan Duraxis y de otros muchos gefes que habian sido muertos: todo en presencia de los turcos, los cuales perdieron en aquella accion á Hassan Tomoritza, magistrado de Arta, con diferentes oficiales de los mas distinguidos.

Dada la señal de dispersion á los guerrilleros, Márcos Botzaris tomó el camino de Arta con treinta y dos de los suyos, mientras los demas capitanes se internaban en los montes de Atamania. Pero no tardó en llegar la noticia de su derrota á Kurchid Achmet y á

Ismael Riassa, bajaes que mandaban en Arta.

Al enviarles el aviso Omer Briones, les daba orden de que atacasen á Maurocordatos, asegurándoles que reducido á las fuerzas que habia traido de la Morea no podria ya recibir socorro de ninguno de los capitanes cristianos del Epiro. A esto se agregaba que la mayor parte de los armatolis luego que vieron la victoria de los turcos, se separaron de la causa comun con varios pretestos, y que tambien andaba Omer en tratos con Gogos ofreciéndole el gobierno de toda la Atamania si le vendia el puesto de que estaba encargado, en términos que no se juzgaba dificil corromperlo.

En semejantes críticas circunstancias no pretendia ya Maurocordatos sino sostener su ejército en la posicion que ocupaba, limitando el objeto de su empresa á la posesion de Arta; y por lo mismo se resolvió á no perdonar medio para conseguir este resultado. Ya escaseaban mucho los víveres y se hacia preciso ponerse en movimiento, cuando hubo de recurrirse al ausilio de un aventurero llamado Passano que mandaba dos lanchas cañoneras en el golfo ambracico, á fin de transportar la artillería de que se tenia gran necesidad. Pero esto no pudo verificarse y las lanchas fueron apresadas por los buques del capitan-bey, quien se contentó con poner un grillete á Passano, sugeto poco digno de que su nombre figurase entre los ilustres soldados de la Cruz.

Ignorábase esta ocurrencia cuando Maurocordatos tuvo noticia en Langada el quince de julio de los progresos del enemigo, y convocó un

consejo de guerra para tratar de los medios de defender el lugar de Peta. Despues de lo sucedido á Márcos Botzaris era de esperar un ataque, y ademas era evidente que no se podia tomar la ofensiva sin conseguir antes una victoria señalada que animase á los griegos, y atrajese de nuevo á sus banderas á los capitanes epirotas que se habian dispersado en los montes de la Atamania. Los de Acarnania no parecian; y como no era posible avanzar ni retirarse, sin combatir, se dieron las disposiciones convenientes para sacar el mejor partido de la falsa posicion en que se habia puesto el ejército.

A Gogos se le mandó ocupar una altura que dominaba el lugar de Peta. Dimo Alocos y algunos otros salieron de descubridores subiendo á los montes inmediatos, y en el ala derecha se situó el coronel Rameau con el primer batallon de tropas regulares que constaba de unos trescientos hombres. El centro lo ocupaba el cuerpo de filhelenos al mando del coronel Tarella, oriundo del Piamonte, con el gefe de escuadron Dania, natural de Génova, guarneciendo su flanco la valiente compañía de cefalónicos, toda gente intrépida que hacia mas de un año que estaba sirviendo á las órdenes de su compatriota Spiro Panos. Dispersáronse en guerrillas dos compañías griegas á las inmediaciones de la reserva situada en una eminencia detras de Peta, y se cubrió el frente de batalla con dos piezas de campaña á que se reducia toda la artillería de los insurgentes. La retirada, en que no podian menos de pensar unos oficiales tan esperimentados como los que se hallaban entre los fil-

helenos, se proporcionó mediante un destacamento colocado en el desfiladero que conducia á Langada. En resolucion estas fueron con corta diferencia las medidas de los griegos y de los estrangeros presentes en Peta, cuyo número no pasaria de dos mil hombres, sin incluir la partida de gogos ni la reserva que quedó en Langada, donde estaba Maurocordatos con otros varios oficiales.

Los bajaes Rouchid Achmet, é Ismael Pliassa, que vacilaron en embestir al ejército acampado cerca de Arta, por juzgarlo de una fuerza considerable, luego que recibieron el aviso y orden de Omer se dirigieron el dia diez y seis de julio contra Peta, cuyo punto atacaron al amanecer. Una fuerte division dió principio al combate contra el primer batallon de tropas regulares, que recibió á los bárbaros con aquella calma propia de los soldados disciplinados: sin embargo, no pudo desordenar al enemigo, el cual se obstinaba en apoderarse de una pequeña iglesia situada sobre una loma, por mas que en torno de ella fuese tal la pérdida de los turcos que sus cadáveres formaban una masa casi igual en grosor al mismo edificio.

Empero, despues de algunos esfuerzos empezaban ya á ceder los schipetars, y el cuerpo de los filhelenos les embestia en términos de decidir del éxito de la jornada, cuando el pérfido Gogos, que hacia frente á Ismael, abandonó su puesto, y huyó con los suyos cobardemente. El ála derecha victoriosa en aquel momento, viéndose descubierta se desconcertó, y creyó la traicion consumada viendo ondear al viento como

unas veinte banderas turcas sobre su flanco. Un destacamento griego las llevaba para ponerlas en seguridad en el cuartel general, pero esta gente anduvo errante y perdida por los bosques, y cuando menos se pensaba en ella apareció en las alturas; de modo que todos la tuvieron por la vanguardia de una division turca que amenazaba cortar la retirada. Asi pues, el temor de hallarse entre dos fuegos llenó de espanto á los vencedores.

Los que acababan de arrancar de las manos del enemigo aquellos estandartes, perdieron en un momento el fruto de su victoria, y conociendo los turcos la falta cometida, caen como un torrente sobre el ála derecha. A pesar de la mas valerosa resistencia tuvo esta que ceder, atravesó en desórden por medio del lugar de Peta, y fue á incorporarse con la reserva mandada por Norman. Tal fue el primer resultado de la traicion y de un error imposible de preveer, que hizo fallar aquella empresa temeraria ya desde que no pudo ejecutarse con arreglo al plan y en el tiempo indicado por los suliotas.

Atacado el segundo batallon de tropas regulares por fuerzas muy superiores, sin tener apoyo, le fue forzoso hacer su retirada ácia la reserva, á tiempo que Tarella recibió una herida mortal. El jóven Wrendlie, natural de Zurich en Suiza, que mandaba la artillería, murió á cuchilladas con sus artilleros, junto á las mismas piezas, y los filhelenos cuya posicion no les habia permitido observar el movimiento retrogrado que acababa de operarse, mientras ellos peleaban con estraordinario valor, se vieron de repente cercados y aban-

donados á sus propias fuerzas; porque los turcos eran dueños de Peta y de las colinas inmediatas.

No se oyó un grito, una queja, ni una murmuracion entre aquellos veteranos. Todos siguieron batiéndose y disputando el terreno á palmos con tan estraordinario valor, que escediendo los límites de lo verosímil, raya en lo increible. El animoso Dania cayó muerto, y su cabeza pasó de mano en mano hasta los pies de Rouchid-bajá que animaba á los suyos á la matanza. Viendo esto los filhelenos no tomaron ya consejo sino de la misma desesperacion, y solo trataron de vender caras unas vidas que habian salvado de tantas batallas.

Si se quisiesen enumerar todos los rasgos de valor y todas las esquisitas hazañas que ilustraron entonces la jornada de Peta, seria necesario citar á cuantos esforzados militares se hallaban allí. Sucesivamente iban haciéndose fuertes en varias casas del pueblo, de donde los turcos no lograban desalojarlos sino es sufriendo considerables pérdidas, ó poniendo fuego á los edificios. Aun precisados á salir de entre aquellas ruinas parecia que su valor aumentaba con los obstáculos, y reuniéndose una porcion de heróicos oficiales, marchan impávidos sembrando de cadáveres las calles, y se apoderan de una capilla aislada, en cuyo punto consuman su glorioso sacrificio, y se sepultan con el estandarte de la cruz que habian hecho juramento de defender, bajo los escombros encendidos de un templo consagrado al Omnipotente.

A favor de la resistencia de estas ilustres víctimas, y guiados por el general Norman, se

abrieron paso muchos oficiales por entre las filas de los bárbaros, y lograron incorporarse con las reliquias del ejército en Langada, donde Marcos Botzaris se reunió aquella misma noche con el cuartel general compuesto de Maurocordatos y de algunos oficiales que no se habian hallado en la batalla. Botzaris proponia que se tentase de nuevo la suerte de las armas, pero ya nadie pensaba mas que en la retirada, y era tan general el desaliento, que todos querian ponerse en marcha en el instante. Sin embargo, reflexionando que el enemigo estaba igualmente fatigado y que se le llevaban algunas leguas de delantera, se cobró ánimo y se esperó al dia siguiente para pasar á Camboti, continuando tranquilamente la retirada ácia Acarnania sin encontrar obstáculo.

Los turcos habian comprado muy cara la victoria para que pensasen en perseguir á los cristianos, y con mas ansia de aplausos, que de nuevos peligros, los bajaes victoriosos entraron en Arta la misma noche del diez y seis de julio llenos de despojos de los vencidos. Muchos mahometanos llevaban prendidas en los turbantes estrellas de la legion de honor, condecoraciones militares, y otros adornos bélicos. Segun su bárbara costumbre asesinaron á los prisioneros, porque ninguno de ellos quiso renegar, bien que por otra parte el capitan griego Alios, no menos feroz que los turcos, hizo ahorcar á seis beyes con ochenta y dos soldados musulmanes, que habia cogido en una emboscada, y solo perdonó á uno la vida enviándole á los bajaes con la noticia, despues de haberle mandado sacar los ojos.

Mientras estas horribles represalias se ejecuta-

ban, el valiente Ciriaco sucumbia en Phanari. Cercado por los turcos, destruidos los muros del fuerte, y viendo que era imposible prolongar ya la resistencia, aconsejó á sus compañeros que se pusiesen en salvo; y acribillado de heridas como estaba, quiso que le llevasen á la brecha para morir frente al enemigo. Alli espiró rogando á sus soldados que no sufriesen que la cabeza del capitan Ciriaco cayera en poder de los turcos. Este fue el trágico fin de tan ilustre caudillo. Su cadáver lo hicieron transportar hasta Missolonghi por treinta guerreros eleutero-lacones, mientras los demas se dispersaron por las montañas de la Cassiopia, desde donde lograron regresar al Peloponeso. Con esto ocuparon los turcos á Phanari en fines de julio, y el Epiro que un momento antes parecia estar á punto de conseguir su independencia, pasó de nuevo bajo el yugo de sus opresores.

En la Morea no era mucho mas lisongero el estado de los negocios, y las noticias que corrian relativamente á la conducta y á las intenciones de Odissea no dejaban de ser alarmantes. Pero á pesar de estos rumores que presagiaban la próxima borrasca, el ministerio y el senado de Grecia confiados en el cumplimiento de la capitulacion que debia abrirles las puertas de Náuplia, bajaron á Argos con aquella ansia inconsiderada de unos hombres mas codiciosos de gozar de la victoria, que de asegurar las ventajas conseguidas. Antes de marchar repitieron sus instancias con Kyamil bey á fin de que les descubriese sus tesoros, pero insistiendo en decir que todo su caudal lo habia gastado durante el sitio de Tripolitza,

se le abandonó á la merced de un chiliarca que tenia orden de observarlo y de vencer su obstinacion.

Por falta de fondos para aprovisionar el Acrocorinto se le habia dejado tambien bajo la custodia de un sacerdote llamado Aquiles, hombre valiente, pero sin esperiencia en el arte militar. En fin, Demetrio Ipsilantis, que hubiera debido permanecer en aquel puesto importante, partió para la Argólida, precisamente cuando un ejército turco estaba en vísperas de pasar el Sperchio, y cuando el istmo de Corinto se hallaba abandonado á los dervengis de Megara.

Náuplia era el objeto de la atencion general: el tiempo señalado para su rendicion se acercaba, y los turcos parecian dispuestos á cumplir las condiciones estipuladas, cuando se supo que Kurchid-bajá acababa de lanzar contra la Morea treinta mil hombres á las órdenes de Mehemet Dramali. Recibióse el primer aviso por medio de Odissea, que escribia al vice-presidente Atanasio Kanacaris: *Ahí os envio treinta mil hombres para que os pongan de acuerdo: componeos como podais: por lo que hace á mí os prometo que no dejaré pasar otros, y el seruskier Kurchid queda de mi cuenta.*

La misma alarma se tuvo en Atenas al saberse que la escuadra del capitan-bajá, compuesta de mas de cien velas, habia aparejado en Tenedos para la Morea. Estas noticias llegaban el once de julio, y el pueblo enfurecido veia los turcos hechos prisioneros en el Acrópolis, y que aun no habia podido lograrse que se embarcasen, prontos á aumentar el número de los bárbaros que se

suponian llegados á Maraton. Es sensible, aunque cierto, decir que la multitud les asesinó sin misericordia, pero si todos los populachos son feroces ¿qué debia ser el de Grecia bajo la educacion y con el ejemplo de los turcos? Sin embargo, todos aquellos atentados fueron inútiles, porque Kurchid no pensaba entonces en el Ática, ni en Atenas, cuya plaza estaba segura de un ataque brusco, teniendo ochocientos hombres de guarnicion. Dramali solo iba con orden de dirigirse por el camino mas corto á la Morea, mientras que el capitan-bajá atacaba la península por la parte de Patrás.

Pero ademas de doce mil hombres escogidos que Kurchid dejó cerca de su persona, se habian visto desfilar en Salónica desde el siete hasta el quince de julio once mil soldados del ejército del Danubio, que la Puerta, segura ya de las intenciones del gobierno ruso, enviaba á Larissa, de modo que, con las milicias de la alta Macedonia, debia completar antes de primero de agosto un total de cuarenta mil combatientes. Esta masa de fuerzas era la que Odissea pretendia detener cuando escribia á los gefes del Peloponeso que el seraskier quedaba de su cuenta. ¿Y cómo habia vuelto á entrar en escena? ¿Cuáles eran sus recursos militares para cumplir semejante promesa? Uno y otro conviene esplicarlo para la mayor inteligencia de los sucesos posteriores.

Retirado Odissea del ejército, y hallándose condenado por la opinion pública y por el gobierno de Grecia, creyó Kurchid muy oportuno ganarlo con ofrecerle bienes de fortuna y un porvenir tranquilo y cómodo, si consentia en pasarse

á sus banderas. El habia fingido dar oidos á las proposiciones del sátrapa, y á favor de esta negociacion se aplicó á conocer sus planes y sus fuerzas. Durante este tiempo reunió los principales cabos de los armátolis de aquellas montañas, que de pastores de ganado habian venido á ser gefes de partida, y juntando un peloton de cinco mil hombres logró que le nombrasen polemarca ó gefe superior.

En seguida convocó un consejo de guerra compuesto de los mas afamados guerrilleros para tratar de la cuestion de si debia ó no defender el paso contra Dramali, y todos convinieron unánimemente en que convenia dejarle entrar en la Morea, y apoderarse despues de los desfiladeros, cortando sus comunicaciones con el cuerpo principal del ejército á las órdenes de Kurchid. Creyóse que estando ya cogida la cosecha, y alzada en parages ocultos, seria imposible á los turcos hallar mantenimientos para tanta gente, y que atacados contínuamente sus flancos y su retaguardia por las guerrillas habrian de perecer en detall. y concluirse su ruidosa espedicion con una terrible catástrofe. *Son treinta mil hombres que nos envian al sacrificio*, dijo Odissea, *y que turbarán los goces de los ministros de Corinto, nuestros señores: pero sin duda con su presencia recobrarán la primera energía nuestros hermanos del Peloponeso. Que se compongan como puedan, y sino quieren tomarse la molestia de acabar con ellos, que dejen este cuidado al hambre y á las enfermedades. Dentro de dos meses no quedará uno.* Celebráronse estas palabras con grandes aplausos, y no solo se aprobó

el plan sino es que el cabrero Panorias, que era uno de los vocales del consejo, se ofreció á entrar delante de los turcos, talando los campos é incendiando los lugares, de modo que el ejército invasor nada hallase de que poder aprovecharse. En efecto, luego que se supo la llegada de Dramali y su marcha durante la noche del trece de julio, ocuparon los griegos el lugar de Furca, y algunos dias despues conoció Kurchid la enorme falta que habia cometido, aunque su responsabilidad estuviese á cubierto. Las órdenes de Constantinopla le prohibian emprender nada antes de recibir noticias de lo que sucediese en Morea, y á fin de darles cumplimiento resolvió esperar despachos de Dramali; de suerte que los insurgentes tuvieron tiempo suficiente para fortificarse en los desfiladeros del monte Catavothra. Desde aquel momento cesaron tambien todas las comunicaciones con Dramali y el cuartel general de Larissa, porque hasta los correos á la ligera eran interceptados por los paisanos del Ático y de la Focide.

Sin curarse Dramali de lo que pasaba por su retaguardia, creyendo hallar víveres que empezaban ya á escasear en el ejército, y confiando en la cooperacion del capitan-bajá, en cuya escuadra se suponia que veniau tropas de desembarco, con municiones de guerra y boca, apresuró su marcha para entrar lo mas pronto posible en la tierra de promision. Provisto de un firman en que se le nombraba visir de la Morea, atacó sin detenerse el gran desfiladero, y los griegos huyeron espantados á lo mas fragoso de los montes OEnienses. El quince de julio por la mañana bajó su ejército al llano de Corinto que se vió

inmediatamente inundado por una multitud de bárbaros.

A su vista el sacerdote Aquiles que mandaba en el Acrocorinto, abandonó con su gente el castillo, sin disparar un tiro, y se retiró llevando en la punta de una pica la cabeza del infeliz Kyamil-bey, á quien no habia sido posible arrancarle la confesion que se deseaba. Su viuda envió á Dramali la noticia de la evacuacion de la fortaleza, y no pudiendo el bárbaro concebir semejante cobardía dió orden á unos vivanderos judíos para que pasasen á cerciorarse de la certeza del hecho. Volvieron los esploradores asegurándolo en términos que las tropas marcharon desde luego al Acrocorinto, cuyas puertas les abrió la misma que les habia llamado, descubriendo entonces el parage donde su difunto esposo tenia escondidos sus caudales. A consecuencia de esta revelacion se hallaron en el fondo de un pozo, situado no lejos de allí, cuarenta mil bolsas ú ochenta millones de reales en dinero contante, suma prodigiosa que hacia mucho mas importante el fácil triunfo conseguido, y que al parecer bastaba para asegurar el buen éxito de aquella empresa.

Gozosísimo estaba Dramali con tan prósperos como inesperados sucesos, cuando sus batidores le dieron parte de que por ningun lado se descubria rastro del enemigo; en consecuencia salió de Corinto al frente de su ejército el diez y siete de julio, y el diez y ocho entraba en la Argolide. Como hasta entonces le habia favorecido la fortuna contaba firmemente con los almacenes formados por los griegos en Argos; pero no tar-

dó en verlos ardiendo desde las alturas de Micenas; porque informados los cristianos de la aproximacion del enemigo, que ellos creian detenido en el paso del itsmo, ó delante del Acrocorinto, y con noticia del verdadero estado de las cosas, acababan de tomar grandes medidas para salvar la patria. La suerte de esta dependia de la actitud que tomasen, y en efecto, fue digna del peligro que les amenazaba. A la primera señal de alarma pasó orden Kanacaris á Colocotroni, que se hallaba sitiando á Patrás, para que á marchas forzadas se dirigiese á la Argolide, y el correo que llevaba el pliego lo encontró en Calavrita. Ya habia sido informado por Odissea de la próxima invasion y se ocupaba en reunir los montañeses que se levantaban en masa y que venian de todas partes á militar bajo el estandarte de la cruz. Jamás se advirtió un entusiasmo semejante en los griegos desde la memorable jornada de Platea. Los soldados de la Acaya, los del monte Cileno, los calavriotas, los feneatas, y los estimpalienses se reunieron desde el primer amago de peligro. Todos pedian á gritos la batalla, y la certidumbre de la victoria se anunciaba por el ardor marcial de los cristianos que solo trataban de informarse del sitio donde podrian hallar al enemigo.

Por la parte de Argos se transportó el cuartel general á Lerna, lugar situado á dos leguas de esta ciudad en el camino de Tripolitza, y á pesar de no haber mas que dos mil hombres disponibles, incluses los que bloqueaban á Náuplia, se guarnecieron las posiciones que podian ser defendidas. Despues de proveer á la seguridad de

los efectos de mas valor y de las personas que no eran de armas tomar, se embarcó Atanasio Kanacaris con los principales personages del gobierno; se pusieron en salvo los archivos, se llevó á bordo el gran libro de la hacienda y las alhajas de plata, con cuanto pertenecia al tesoro público, y tomadas estas disposiciones cada cual se halló pronto á tomar una parte activa en la defensa pública.

Fuese por efecto de cálculo, ó por casualidad, los griegos conocieron la falta de sus contrarios en internarse sin infanteria en un valle rodeado de montes escabrosos, en los cuales no podian maniobrar los caballos. Demetrio Ipsilantis, cuya pericia, actividad y valor en aquellas circunstancias le hicieron acreedor á los mayores elogios, se puso de acuerdo con los principales cabos del ejército, y á pesar del dictámen de algunos, que aunque muy valientes, opinaban por la retirada á las montañas, se adoptaron las medidas siguientes. Un cuerpo de maniotas se situó en escalones dentro de las viñas que guarnecen la orilla izquierda del Ynaco, y de este modo se tuvieron puestos avanzados entre aquellas, como especie de empalizadas, suficientes por la altura de las cepas para contener la gente que el enemigo enviase á la descubierta. Asi es que desde luego empezó una guerra muy estraña, porque los turcos tenian que apearse para robar las ubas y se internaban en las viñas donde los griegos emboscados los mataban con facilidad, y apoderandose de sus caballos los enviában á la montaña. En seguida se colocaron de distancia en distancia, á lo largo de la ribera del mar entre las lagunas y

enmedio de los arrozales, grupos de tiradores que impidiesen forragear á los enemigos, ó que les atragesen, provocándolos algunas veces á las barrancas ó honduras pantanosas, donde era facil acabar con ellos. Ultimamente con el ausilio de dos oficiales franceses se construyeron unos espaldones de piedra seca apoyados á las paredes de las arruinadas casas de Argos, y se logró situarse de modo que fuese posible la defensa contra un repentino ataque de los turcos.

Previsto asi todo lo que podia ejecutarse, resultó que por medio de las emboscadas repartidas por la costa pudo enlazarse la linea de operaciones desde Argos hasta el fuertecillo de Nauplia ocupado en virtud de la capitulacion eventual. Entonces Stamatopoulos y Nicetas, que mandaban el bloqueo de esta última ciudad, se situaron en las montañas detras de la plaza, destinándose varios buques para llevar socorros á los diferentes puestos establecidos junto á la costa. El capitan de un místico armado con dos cañones recibió orden de anclar al abrigo del fuerde Burdzi, cuyo mando se confirió al capitan frances Felipe Jourdain, al mismo tiempo que se enviaban otros dos místicos, el uno á los molinos de Lerna para que atendiese á la seguridad del cuartel general, y el otro para que custodiase los buques de transporte. Varias lanchas cañoneras y una multitud de barcos menores se pusieron á disposicion de los gefes para que pudiese transportarse á donde lo exigiese el servicio; y el vice-presidente Kanacaris con el conde Andres Metaxas, que eran el alma y el consejo de aquella escuadrilla, mandada por la heróica matrona Bobolina, y por algunos navarcas de Hi-

dra, recibieron instrucciones para dirigirse á cualquier punto en que necesario fuese reforzar los destacamentos de los helenos. Pero como hombres prudentes los senadores, que nada entendian de náutica, dejaron á los marinos el cuidado de maniobrar segun lo juzgasen conveniente. Sabian que era indispensable vencer, y que la rigorosa ley de la historia es juzgar á los hombres por los sucesos, de modo que ya no tuvieron presente mas que la patria, el mundo cristiano y la posteridad.

Mientras los griegos tomaban estas disposiciones, Dramali estuvo ocho dias acampado al pie de las laderas de Micenas, y en vez de ponerse en comunicacion con Nauplia, de cuya plaza no distaban sus avanzadas mas de legua y media, esperó en la mayor inaccion el arribo de la escuadra otomana, hasta que faltándole ya los víveres, se decidió á marchar adelante. El dia primero de agosto se puso en movimiento enviando una parte de sus tropas á Nauplia, donde entraron enmedio de las alegres aclamaciones de los sitiados y conduciendo en persona el grueso del ejército contra Argos, que era el punto en que los griegos se proponian hacer resistencia, sin embargo de que con los refuerzos que acababan de recibir no pasaban de mil y ochocientos hombres. Al considerar la debilidad de estos elementos de defensa se agitó de nuevo la cuestion de si convendria retirarse á lo mas escarpado de los montes Lyreeo y Artemisio, pero cuando se consultó el parecer de los capitanes y de los soldados, todos pidieron que no se abandonasen las ruinas de Argos hasta que quedasen teñidas con sangre de los bárbaros, diciendo que siempre

sería tiempo de adoptar la medida propuesta.

Los turcos precedidos de una multitud de estandartes dieron principio al ataque con toda aquella furia que ordinariamente muestran en sus primeros choques, pero su ala derecha compuesta de quince mil hombres fue detenida por solo trescientos lacones emboscados en el lugar de Contzopodi, los cuales no se retiraron hasta haber hecho grande mortandad en el enemigo. Causaban á los bárbaros notable sorpresa los hoyos y fosos en que tropezaban ó caian sus caballos, cuando los que consiguieron superar aquelles obstáculos se hallaron detenidos de nuevo delante de unos espaldones de piedra seca desde donde les hacian un fuego terrible de fusil. Entonces se empeñó el combate, y viendo que los turcos retrogradaban, mandó Dramali avanzar á los spahis, que son considerados como los mejores soldados de caballería del imperio otomano, y que atacaron con impetuosidad. Sin arredrarse los esperaron los griegos con solos dos mil hombres, y despues de ocho horas de accion y de seis ataques consecutivos fue cuando Dramali embistiendo en persona a la cabeza de los principales de su misma servidumbre, obligó á los cristianos á abandonar sus atrincheramientos. Pero la conquista de las ruinas de Argos le costó novecientos hombres muertos y doble número de heridos, mientras la pérdida de los griegos no escedió de treinta de una y otra clase.

El ejército cristiano se retiró a una posicion ventajosisima detras de un muro flanqueado por dos baluartes construidos en las rocas, y de consiguiente aquel puñado de guerreros se hacia

mas temible que en el primer encuentro, porque ¿como era posible desalojarlo sin infantería? Demetrio Ipsilantis ocupó al propio tiempo el acrópolis de Argos, que era un castillo muy alto, pero abandonado y solitario, muchos siglos hacía, tanto que cuando entró la tropa salió de él una vandada de águilas, buitres y cuervos. En vano hizo uso Dramali de su artillería: los insurgentes respondian á las balas de cañon que botaban sobre las rocas con cánticos patrióticos, y aun varios de ellos se atrevieron á bajar al llano para provocar al enemigo. Mas rápidos en la carrera que los caballos de los spahis, casi siempre lograban atraer algunos á uno ú otro lado, y no dejaban de matarlos, porque rarísima vez perdian un tiro. En una de estas escaramuzas se vió á un abanderado griego perseguido por cuatro de á caballo, y como en el combate de los horacios y curiacios matar á dos de sus enemigos, á quienes sucesivamente atacó solos, herir al tercero; y hallándose muy acosado por el cuarto, ponerse al abrigo de un pedazo de roca, plantar en ella su estandarte, hacer su puntería y atravesar de un balazo al que le venia persiguiendo. En resolucion, los combates parciales no cesaban por aquella parte al propio tiempo que Mauromichalis guarnecia la cordillera de montañas hasta el monte Erasino, y que el espartano Krevata, con sus tiradores, incomodaba constantemente á los turcos.

Irritado Dramali de las pérdidas que padecia, determinó un ataque nocturno, y mandando á cuatro mil soldados de caballería echar pie á tierra, tuvo la temeridad de emprender el asal-

to, que duró cuatro horas, al cabo de las cuales huyó rechazado y dejó el campo cubierto de heridos y cadáveres. Demetrio Ipsilantis habia salido del acrópolis desde el principio de la accion con doscientos cincuenta hombres para ocupar un punto importante á distancia de una legua del enemigo encomendando la defensa del fuerte á cincuenta. Desde luego embistió intrépidamente á los mahometanos, les quitó dos obuses, se reunió con el capitan Paplouta, y derrotó una muchedumbre de bárbaros, de cuya gente quedaron trescientos sesenta y tres muertos en el campo. Mientras duró este glorioso encuentro, en que á Ipsilantis le mataron el caballo, siempre estuvieron cerca de su persona Mr. Maison, oficial frances, Dionisio Eumorphopoulos, Juan Basílides, Christos Leonidas y Jorge Kalos, que se portaron de manera que todavia hablan los otomanos con espanto del terror que aquellos valientes les infundieron.

Al salir el sol conoció Dramali toda la estension de su pérdida, y escribió á Corinto donde habia dejado diez mil hombres, para que le enviasen un refuerzo de tres mil soldados. En seguida se dirigió á Nauplia porque los sitiados rehusaban hacer fuego contra el fuerte de Bourdzi, y destacó artilleros de su ejército para que egecutasen lo que los otros no querian hacer. Los individuos del senado griego que estaban en el místico apostado en aquel punto, dieron orden para que se incendiase la parte de la ciudad comprendida entre las murallas; y habiéndose construido un caballero, sobre el que se logró poner una pieza de á treinta y seis, se intimó á los sitiados que

si no dejaban de tirar se iba á usar contra ellos de bala roja hasta reducir el pueblo á cenizas. Con esto se intimidaron y suplicaron á Dramali que retirase sus artilleros, pero pasado algun tiempo en negociaciones se rompió el fuego el quince de agosto, aunque los griegos viendo la buena fé de sus enemigos no quisieron valerse de los medios que tenian para incendiarlos. Entretanto aumentaba á cada momento el entusiasmo general en el Peloponeso; Nicetas el turcófago se apoderaba de los desfiladeros de Cleones y de Treté, y mas de dos mil paisanos de Arcadia precipitándose á incorporarse en las banderas de Colocotroni acababan tambien de ocupar el paso del monte Polyplientgos. A Pedro Mauromichalis le llegaron mil y quinientos hombres, y se dispusieron los diversos puestos de modo que los turcos se hallaron cercados por once mil griegos emboscados en torno del valle de Argos y sin comunicacion con la plaza de Corinto.

Despues de haberlos envuelto asi en una red de hierro, se concertaron los gefes entre sí y nombraron á Colocotroni generalísimo del ejército. Dióse orden para que dos mil hombres que llegaban de Laconia y Messenia se embarcasen en los buques anclados en Lerna y fuesen á tomar posiciones delante de Corinto; lo que se egecutó con increible celeridad, mientras los griegos de la Megarida se apoderaban de los desfiladeros del istmo. De suerte que los nueve mil turcos que quedaron en Corinto se hallaron aislados, esceptо por la parte del golfo de Lepanto.

Mauromichalis y Krevata se apoderaron en la mañana del diez y seis de agosto de cinco pie-

zas de campaña, y Demetrio Ipsilantis apareció de nuevo en la ciudadela de Argos, donde Dramali quiso atacarlo, aunque la empresa era verdaderamente imposible. Pero en tanto que el turco perdia sus municiones contra aquellas escarpadas y altísimas rocas, dió orden Colocotroni para que se inquietase al enemigo por todos puntos.

Las viñas eran sobre todo muy funestas para los mahometanos, porque sorprendidos contínuamente en ellas pagaban con la vida la necesidad que tenian de usar de las ubas para templar la sed. Sin embargo, luego les dejaron comerlas en paz cuando se supo que causaban una terrible disentéria en el ejército; y llegó á ser tan congojosa su situacion que se vieron reducidos á comerse sus caballos, y á beber aquel mosto mortífero. En una palabra, molestados sin cesar por los griegos, afligidos por las enfermedades, sin víveres, y en una contínua alarma dia y noche, hubieran sucumbido, sin que los insurgentes llegasen con ellos á las manos, si el ansia que estos tenian de vengarse, no les hubiera impulsado á darles una batalla el ocho de agosto que duró hasta ponerse el sol, con grande estrago de ambas partes, bien que de la de los turcos fuese infinitamente mayor la mortandad.

Dramali envió á su secretario al cuartel general de Mauromichalis ofreciendo en nombre del sultan una completa amnistía á los rajas, si consentian en dejar las armas, en cuyo caso pagarian un carach moderado y serian tratados con todos los miramientos debidos á unos vasallos fieles y sumisos. Pero los griegos rompieron el

despacho en presencia del mismo parlamentario, y se negaron á dar respuesta á sus absurdas proposiciones. En seguida dieron aviso á todas las fuerzas de tierra y mar de que probablemente serian atacadas en aquel propio dia ó el siguiente, con lo que se desembarcaron de los buques varias piezas de cañon, y se tomaron otras medidas para prepararse á una accion general.

En este estado estaban las cosas cuando el veinte y dos se empezó á sospechar que Dramali pensaba en retirarse, pasando de noche el Treté, mientras una de sus divisiones se dirigia ácia el desfiladero del monte Polifengos, á fin de entrar por Nemia en la Corintia. Colocotroni habia pasado á aquel punto. Nicetas, el hermano del que se hallaba en el sitio de Nauplia, defendia el Treté, y Demetrio Ipsilantis debia haber llegado á Cleones. Mauromichalis destaca entonces á Krevata con mil quinientos hombres, y luego que se supo de cierto que el enemigo estaba en completa retirada, se le empezó á perseguir por todas partes. Los turcos que habian perdido sus caballos, y que no podian seguir la marcha con tanta celeridad como los otros, perecieron casi todos á manos de los griegos; pero llegado que hubo Dramali á lo último del llano Dragomanon Campos, ó Campo del Dragoman, se creyó seguro viendo desocupado el desfiladero. Al presentarse se habia retirado Nicetas para inspirarle una falsa confianza, y aun llevó al estremo su ilusion, porque ya la cabeza de la columna desembocaba por la otra parte cuando el caudillo griego la atacó por el flanco. Allí

dió principio una horrorsa confusion, y el paso quedó obstruido con los cadáveres, los heridos y los caballos, presentando una de las escenas mas singulares que ofrece la guerra. No se oian mas que gritos espantosos, sin que nadie pensase en defenderse, porque ni un tiro de fusil salió de las filas de los turcos, los cuales se mataban unos á otros en aquel desorden, haciéndose á sí propios mas daño que el que podia ocasionarles el enemigo que tiraba á la ventura en medio de la escuridad. Subiéndose sobre montones de hombres y de animales los que lograron avanzar, aunque casi ahogados por la muchedumbre, se vieron al fin detenidos por una barrera insuperable formada de cadáveres, y cuando se oyó el grito de *no se puede pasar*, el terror de todos llegó á su colmo. Cinco mil caballos sable en mano atravesaron por medio de las partidas de Mauromichalis, y fueron á refugiarse bajo los fuegos de la fortaleza de Nauplia.

Es imposible figurarse el espectáculo que ofrecia aquel sitio al despuntar los rayos del sol. Dos mil y quinientos cadáveres cegaban el Treté, cuyas aguas iban ensangrentadas y fangosas. Los bagages del ejército, sus tiendas esparcidas aquí y allí, una multitud de caballos sin ginetes errando por el campo, que estaba cubierto de banderas, fusiles y armas de todas clases; gran número de camellos arrodillados con sus cargas, los cañones sumergidos en los torrentes, y no lejos de la caja del tesoro que contenia todavia tres millones de piastras; el bajá, lugarteniente de Dramali, muerto y tendido cerca de su caballo de batalla, eran las figuras mas impor-

tantes de aquel espantoso cuadro trazado en el espacio de terreno que dista el Treté de Micenas. Pero no obstante la riqueza y abundancia del botin, no quiso Nicetas aprovecharse sino de la silla de montar que le presentaron sus soldados, á quienes previno que se preparasen para un nuevo ataque la noche siguiente. En esta ocasion fue cuando el ejército le dió el sobrenombre de turcófago, título terrible y propio de los que se le conferian, aunque pudo pasar la metáfora en obsequio de la admiracion, pues durante el combate usó de la mano con tal frecuencia, que despues no podia sacarla de la guarnicion de su sable.

Entretanto atacó y derrotó Colocotroni al mismo Dramali, que apenas pudo salvarse perdiendo una cuarta parte de su gente, y llegando á Corinto con varias contusiones, desgarrado el vestido y sin turbante. Los griegos hicieron en esta segunda accion doscientos prisioneros y enviaron á Tripolitza un comboy de ochocientos caballos árabes, treinta y seis camellos y doscientas mulas cargadas de armas y bagages. La misma suerte que el seraskier tuvieron los refugiados en Nauplia que se determinaron á tentar de nuevo la fortuna para retirarse á Corinto, porque mas de ochocientos perecieron en el desfiladero, y de mil y quinientos que lo pasaron, apenas pudieron reunirse mil y doscientos con Dramali, cayendo los demas en las emboscadas que se les tenian prevenidas. Ochocientos caballos con una cantidad considerable de armas fueron el fruto de la victoria, y lo que es mas, la ventaja de impedir la salida á los turcos que que-

daban aun en la Argolide, los cuales hubieron de reconcentrarse en torno de Nauplia donde Pedro Mauromichalis estableció su cuartel general, dejándolos completamente bloqueados.

El veinte y cinco de agosto Colocotroni, Andres Zaimis y otros capitanes supieron que no hallando Dramali mas provisiones en Corinto que en la Argolide, se preparaba á deshacerse de una parte de sus tropas haciéndolas desfilar ácia Patrás donde habia arribado la escuadra del capitan-bajá. Con esta noticia salieron al encuentro, desembocando Zaimis repentinamente por el valle de Nemea, alcanzó á los mahometanos en la vertiente oriental de las montañas de la Filiasia, los embistió y los derrotó de suerte que, de mas de cuatro mil hombres que eran, apenas dos mil lograron retirarse bajo los fuegos del Acrocorinto. Entonces si que pudieron los griegos tenerse por victoriosos; pero como si la fortuna hubiese querido mostrarles cuan caros vende sus favores, ácia el mismo tiempo tuvieron que llorar la muerte de Nicolás Nicetas, hermano del turcófago, que pereció gloriosamente en una accion delante de la plaza de Nauplia.

El dia primero de setiembre cesaron las acciones de guerra, y aunque la invasion de la Morea habia costado mas de diez mil hombres á los turcos, Argos y los demas pueblos inmediatos se hallaban arruinados, de suerte que como no podia habitarse en ninguna poblacion de aquella parte de la península, se determinó trasladar la residencia del gobierno á San Juan de Astros, en la Cimeria. Con efecto, los buques hidriotas hicieron rumbo ácia este puerto, y el

dia tres celebraron los diputados sus primeras sesiones en un vergel que sirvió despues de salon al cuerpo legislativo de los helenos.

No era tan próspero por cierto el estado de los suliotas, pues abandonados á sus escasos recursos despues de la derrota de Maurocordatos, é intimidados con las noticias no menos infundadas que alarmantes de los progresos de Dramali en Morea, firmaron el nueve de agosto, bajo la garantía del gobierno anglo-jónio, una capitulacion por la cual se obligaban á evacuar sus montañas. En ella se estipuló su embarque en el puerto de Glychys, para ser transportados en buques de S. M. británica á la isla de Cefalonia, con sus familias, y con cuanto pudieran llevar consigo; en inteligencia, de que llegados á aquel puerto se les proveeria de alojamientos, y de que si despues lo tenian á bien, quedaban libres para tomar las armas en union con sus compatriotas por tierra ó por mar. Tales fueron las condiciones en cuya virtud consintieron los suliotas á abandonar su triste patria por segunda vez.

Sin embargo esta intervencion del gobierno anglo-jónio, infundió tales sospechas al senado griego acerca de las miras é intenciones de la Gran Bretaña, que no tuvo reparo en espedir un decreto en San Juan de Astros haciendo de Colocotroni una especie de dictador. La medida tal vez no dejaba de tener sus ventajas; pero de ninguna suerte podia apoyarse racionalmente en las razones que la motivaron, porque segun el estado de los negocios políticos de Europa no era presumible que el gabinete ingles ambicio-

nase dominios en Grecia, esponiéndose á dar ocasion á la Rusia para engrandecerse á costa de la Turquía. Lo cierto es que el viejo seraskier Kurchid, contento por una parte con el buen éxito de la empresa contra Souli, y noticioso por otra de los primeros sucesos prósperos de Dramali, se apresuró á enviar un pomposo parte á Constantinopla en estilo oriental.

Grande fue el gozo que produjo en el serrallo este despacho, y no menor el orgullo con que á consecuencia de las noticias de Kurchid respondió el divan á las comunicaciones que para el restablecimiento de sus relaciones diplomáticas con el emperador Alejandro, le hicieron el ministro ingles lord Strangford, y el internuncio austriaco Mr. Lutzoff, quienes tuvieron que ausentarse para asistir al congreso de Verona, con el disgusto de que la Puerta hubiese usado con ellos de un lenguage tan altivo como el que pudiera haber tenido Tamorlan despues de sus mas brillantes victorias. Pero es fácil conocer cual seria la indignacion del gobierno turco. cuando mejor informado de lo ocurrido en Morea y en las islas del Archipiélago vino en conocimiento de que Kurchid abusaba de su credulidad. Inmediatamente se despacharon varios capigis-bachis á Larissa para aquel general, á fin de que avanzase sin demora y remitiese datos positivos con respecto al estado de la Grecia.

Estos oficiales espelidos por la Puerta *ab irato* llegaron al cuartel general de Kurchid, en ocasion en que se entablaban negociaciones con los insurgentes, dueños del paso de las Termópilas. Habianseles enviado el arzobispo de La-

rissa y varios prelados de la Magnesia con orden de exortar á Odissea á someterse y á franquear á los turcos la entrada en Morea por el desfiladero que ocupaba. En efecto, los prelados usaron de grande elocuencia para persuadirlo; pero Odissea sacando de un saquito que llevaba en el pecho un pedazo de lienzo basto, les preguntó si conocian aquellas reliquias: ellos respondieron que no sabian lo que era: *pues yo sí*, les dijo: *esta reliquia que dá fuerzas á nuestros valientes soldados, es un pedazo de la mortaja de nuestro patriarca y mártir Gregorio. Ved aqui nuestra respuesta al elogio que acabais de hacer de sus asesinos.* Asi estaban las cosas cuando llegaron los oficiales de S. A. á presenciar la sublevacion de los genízaros de Larissa, que atemorizados con los desastres sucedidos á Dramali se amotinaron tan luego como recibieron orden para ponerse en marcha. El resto del ejército siguió su ejemplo, y dos dias despues de este movimiento partieron los capigis-bachis á anunciar á la Sublime Puerta, que hallándose su seraskier sin tropas que le obedeciesen, le era imposible tomar la ofensiva, y que ni aun podria tal vez pasar el invierno á orillas del Peneo.

Con todo, mas funestas nuevas habrian llevado si hubiesen sabido la última derrota de Dramali á orillas del rio Nemeo en diez y ocho de setiembre, pues atacado y vencido por Andres Zaimis perdió la reserva de su ejército y paró al cabo en encerrarse dentro del Acrocorinto con solos tres mil hombres que le quedaban. Bien es cierto que antes de llegar á este estremo tu-

vieron la interesada condescendencia, tanto él como el almirante y el bajá de Lepanto Jusuf, de permitir que la mayor parte de las tropas vendiese sus armas para comprarles por medio de los judíos aquellos mismos víveres que sacaban de los almacenes del estado, llegando á tal estremo la escandalosa codicia que consentian por determinada cantidad el tráfico de los jonios con los insurgentes. Por este medio increible pasaron los sables y fusiles turcos á manos de los griegos, que daban á los jonios en cambio de pólvora y balas sus ricas pasas de Corinto, y otros frutos de lucrativo y fácil comercio.

Quizá no se hubiera satisfecho tan pronto el ansia que el capitan bajá tenia de enriquecerse sin reparar en los medios, á no ser porque empezándose á introducir la peste en la escuadra juzgó que ya era tiempo de dejar algunos víveres en la fortaleza de Nauplia, antes de regresar á Constantinopla. Pero informado de este plan el almirante griego Andres Miaoulis, salió al encuentro de la armada otomana para impedirle llenar el objeto que se proponia. El dia diez y nueve de setiembre se pasó haciendo evoluciones, y el veinte se presentó la escuadra turca tan imponente por su número y por la clase de los buques, que parecia capaz de destruir cuanto se le pusiese delante. Coligióse de sus maniobras que intentaba pasar á Nauplia por el canal de Spetzia; pero los insurgentes habian dejado en aquella isla un cuerpo de tropas suficiente para oponerse á un desembarco, mientras doce mil paisanos descendidos de las montañas ocupaban los surgideros y las playas del litoral del Pelo-

poneso, de suerte que en torno de aquel golfo y el de Argos, todo anunciaba una accion general y decisiva.

Inspirados los griegos por el genio que reveló á Temístocles el medio de vencer á Xerxes en Salamina, formaron en lo mas angosto del estrecho tres líneas de bergantines y brulotes, en términos que nunca pudieran entrar en combate mas de seis buques de frente. Constaba su fuerza de diez y ocho bergantines y ocho brulotes, y como la existencia de estos buques incendiarios tan temidos de los turcos compensaba la superioridad de sus fuerzas, se creyeron invencibles por medio de la triple barrera que oponian á un enemigo bastante estúpido para haber emprendido penetrar en el golfo por aquel estrecho paso. El almirante heleno hizo señal al resto de su escuadra, á fin de que tomando el viento de las islas se preparase á atacar la retaguardia enemiga, y poco despues empezó el combate por divisiones. Un brulote lanzado por los griegos atacó en el mismo momento á una fragata turca, que apenas pudo escapar de ser incendiada por la actividad con que cincuenta marineros se precipitaron al esquife para romper los cloques; pero el fuego arreció con tanta violencia que todos se quemaron ó se ahogaron mientras los hidriotas solo tuvieron dos hombres heridos por la fusilería. Peleábase entretanto con grande encarnizamiento dentro del canal, y como la artillería de Spetzia estaba muy bien servida hubieran sido los turcos destruidos á no haber sobrevenido una calma que detuvo los buques destinados á cogerlos entre dos fuegos.

Los habitantes de Hidra con el obispo de Egina á su cabeza, estaban reunidos á la orilla del mar esperando con ansia el resultado de una batalla que iba á decidir de la suerte de la Grecia, y fijando los ojos en la escena del combate, se admiraban, llenos de temor, de las maniobras de los griegos en medio de un piélago lleno de rocas. Pero despues de una accion de mas de seis horas se retiraron los turcos sin haber podido forzar el paso, y ambas escuadras fueron observándose hasta el veinte y tres al medio dia. Aquella noche fue borrascosa, y el dia siguiente veinte y cuatro salió el sol sobre un horizonte despejado y descubrió las dos armadas en el golfo de Argos que presentaba en aquel momento el mas bello espectáculo que los mares de Grecia habian ofrecido en mucho tiempo. La escuadra otomana compuesta de ochenta y cuatro velas, en cuyo número se contaban siete navíos de línea, quince fragatas y varias corbetas, bergantines y bombardas, con mas de dos mil cañones de bronce, avanzaba favorecida por el viento contra la armada griega de sesenta bajeles de poco porte y de quince brulotes. Ya no distaban los turcos mas de diez millas de Nauplia, y los sitiados estaban á punto de conseguir su libertad, cuando la escuadra mahometana se detuvo á la altura de Cavuno-Nisi y destacó un bergantin de transporte austriaco que pasando por debajo de popa del navío almirante, hizo vela con buen viento ácia la playa de Tirinto. Dependia de aquel buque la suerte de Nauplia, y los turcos le seguian siempre con la vista cuando dos bajeles griegos, de los cuales el uno estaba de guardia en el fuerte

de Bördzi, y el otro era un brulote escondido detras de la isla de Pitiusa, le dieron caza y le apresaron á vista de los bárbaros. Entonces el capitan-bajá cubriéndose de velas dió la señal de retirada á su escuadra, y sus buques consternados maniobraron en desórden para salir del golfo argólico. Al mismo tiempo dieron los griegos el grito de *¡victoria por la Cruz!* y alborozados con la captura del buque, hallaron á su bordo bastante provision de granos y la correspondencia del almirante enemigo, muy oportuna para demostrar á los que buscan en los anales turcos materiales para escribir la historia, el caso que debe hacerse de las relaciones de sus escritores (1).

La escuadra turca huyendo de los buques griegos sufrió una espantosa borrasca, y parte de ella logró salvarse en el puerto de Suda en la isla de Creta, donde no bien se consideró seguro el capitan bajá cuando anunció al ejército de Egipto mandado por Hassan, lugar-teniente de Mehemet Ali que habia socorrido á Nauplia y conseguido una brillante victoria contra los helenos. Creyósele sobre su palabra, y á la verdad que no podia llegar á mejor tiempo para calmar las inquietudes de Hassan, porque la peste que reinaba en el Cayro se habia introducido en su ejercito por medio de los buques encargados de proveer-

---

(1) *Lo mas notable de esta correspondencia eran dos cartas del capitan-bajá al gobernador de Nauplia llenas de soñados triunfos, de fanfarronadas ridiculas, y de imprudentes falsedades.*

le de víveres. De cinco mil hombres que habia llevado no le quedaban la mitad: las ciudades de Canea, Candia, Retymos y Suda estaban contagiadas, y él sostenia una guerra tan desastrosa contra los insurgentes que acababa de verse obligado á pedir nuevos refuerzos á Mehemet. En esta desesperada situacion envió el capitan-bajá un despacho á Constantinopla, donde por mas que se esforzaba á desfigurar los hechos, no pudo menos de irritar á S. A. á vista de la impericia de sus generales de mar y tierra por una parte, y de la insolencia de los rajas rebeldes por otra. Varias medidas de rigor fueron consecuencia del desagrado del sultan, y las cabezas de Ismael Packo-bey, instigador de la guerra contra Ali Tebelen, y de muchos amigos de aquel sátrapa de Janina, comprendidos por una de aquellas ordinarias contradicciones del gobierno turco en el propio castigo con motivos opuestos, manifestaron que el gran turco no se enoja en vano. Sin embargo, á vista de tales suplicios se aquietaron los genízaros, se disminuyó el precio del pan, y el zequí de diez piastras se fijó en doce en virtud de un firman de S. A. que enriqueció con una plumada el tesoro imperial y á los particulares, quienes no tardaron en pagar por los géneros una cuarta parte mas de lo que costaban antes de esta económica operacion.

Los griegos eran vencedores, pero veian su pais desolado. En la Argólide, aunque libre de los bárbaros, no habia mas que ruinas que perdonó el incendio, como en la Megaride, el Atica y la Beocia que estaban cubiertas de escombros. La Eubea se hallaba sublevada; pero due-

ños los turcos de las plazas fuertes proseguian llenando de espanto á los cristianos, quienes espulsados de los llanos vivian atrincherados en las montañas. Segun los informes que se dieron entonces al senado heleno, la isla de Scio no era mas que un osario cubierto de esqueletos de su poblacion. Cos y Rodas permanecian en poder de los turcos que habian degollado una parte de sus habitantes; y lo propio sucedia en Chipre donde los turcos, segun su espresion familiar, continuaban *cazando cristianos*. Varias iglesias habian sido convertidas en mezquitas, otras en cuadras, y el bajá de Cesarea, queriendo esceder á los demas de su clase, llevaba la demencia hasta el punto de ensillar y poner freno á los religiosos del convento de Panteleimon. Sus oficiales gustaban de correr por los campos montados sobre aquellos infelices, de los cuales muchos habian muerto de fatiga á latigazos, ó ahogados por el bocado que les introducian en la boca rompiéndoles los dientes. La mayor parte de ellos fueron empalados con el ignominioso ceremonial afecto á este género de suplicio (1). En varias partes de la isla habian quemado las viñas, cortado los árboles frutales, y abrasado los bosques, de modo que la opulenta Chipre ofrecia una escena de ruinas y de sepulcros.

---

(1) *Se pone al paciente boca abajo con las manos atadas, y á la espalda se le echa una albarda de asno sobre la cual se sientan dos criados del verdugo, mientras éste le introduce lentamente la punta del palo por las entrañas.*

Sin embargo, al lado de este cuadro formado por el conde Metaxas en su informe al congreso griego, figuraba la isla de Samos como el terror de los bárbaros: la de Ipsara victoriosa del capitan-bajá Cara-Ali: la de Lebos todavia en esclavitud; y la de Syros cual una encarnizada enemiga de la causa de la independencia. Pero como el éxito de ésta debia ser el resultado de las medidas que adoptasen los gabinetes de la cristiandad con respecto á Grecia, se resolvió en el senado, oida la lectura del papel de Metaxas, enviar diputados á los monarcas reunidos en Verona para presentarles una esposicion en los términos siguientes.

" Diez y ocho meses han transcurrido desde » que la Grecia empezó la guerra contra los ene- » migos del nombre cristiano, y todas las fuerzas » del islamismo se dirigen contra ella. Los pue- » blos musulmanes de Europa, Asia y Africa se » arman á porfia para venir al ausilio de aquella » misma mano opresora por tanto tiempo de una » nacion que ahora pretende aniquilar. Desde el » principio de la lucha dos veces ha acudido la » Helade por medio de sus legítimos representan- » tes á invocar el socorro, ó á lo menos una rigo- » rosa neutralidad de parte de las potencias cris- » tianas.

» Hoy que una reunion de los principales so- » beranos, formada en la península italiana, de- » libera sobre los grandes intereses de la humani- » dad, cuando todas las naciones confian en la » conservacion de la paz y en la distribucion de » la justicia, el gobierno heleno creeria faltar » á su deber sino espusiese de nuevo á los augus-

» tos monarcas aliados el estado de la nacion que
» representa, sus derechos, sus deseos, y la firme resolucion de los griegos de obtener justicia de los depositarios del poder sobre la tierra, como hasta ahora han hallado gracia ante el árbitro supremo de los imperios, ó de morir todos independientes y cristianos.

» Rios de sangre se han derramado; pero el estandarte de la Cruz victorioso en todas partes, tremola al viento en el Peloponeso, en el Ática, en la Eubea, en Beocia, en Acarnania, en Etolia, en Epiro, en parte de Tesalia, sobre el monte Ida, de Creta, y en el seno de las islas del mar Egeo. Tales han sido los progresos, y tal es la posicion de los ejércitos helenos.

» En semejante estado de cosas es evidente para cuantos conocen la Turquía que los griegos no podrian dejar las armas sin haber conquistado ú obtenido las garantías de una existencia política, distinta, independiente y nacional, como único gage de la proteccion del culto, de la vida, de la seguridad de las propiedades, y del honor de los particulares. En consecuencia de esta manifestacion de las intenciones de la Grecia, si la Europa con objeto de conservar la paz condesceudiese á negociar con la Puerta Otomana, á fin de asociar la nacion griega á un mismo sistema de pacificacion general, el gobierno se apresura á declarar oficialmente por medio de este escrito que no consentirá en ninguna transacion, por mas ventajosa que pueda ser en la apariencia, hasta que sus diputados hayan sido admitidos á

„defender su causa, á esponer sus agravios, y á
„hacer constar sus derechos, sus necesidades y
„sus mas apreciados intereses.

„Los sentimientos de piedad, de humanidad,
„y de justicia de que se halla animada la reunion
„de los augustos soberanos inspiran al gobierno
„helénico la esperanza de que su justa demanda
„será convenientemente acogida. Pero si contra
„todo lo que es de creer fuese desoida su oferta,
„equivaldrá la presente declaracion á una protes-
„ta formal que la Grecia suplicante depone en
„este dia á los pies del trono de la divina justi-
„cia, y que un pueblo cristiano dirige lleno de
„confianza á la Europa y á la gran familia que
„compone la cristiandad.

„Entonces los griegos débiles y abandonados
„solo esperarán en el poder de Dios, y sosteni-
„dos por su mano omnipotente no se arredrarán
„ante sus verdugos.

„Cristianos perseguidos y mártires hace cua-
„tro siglos por haber continuado fieles á nuestro
„Salvador y divino maestro, juramos defender
„hasta exalar el último suspiro su santa Iglesia,
„nuestros hogares y nuestros sepulcros. Conside-
„rándonos felices con morir independientes y
„cristianos ó con vencer como hemos vencido
„hasta ahora, mediante el ausilio y la fuerza
„de nuestro Señor Jesucristo, á los enemigos de
„su culto, estamos resueltos á vencer ó morir.
„Astros diez y nueve de agosto de mil ochocien-
„tos veinte y dos. = En ausencia del presidente
„del poder ejecutivo el vice-presidente. = Atana-
„sio Kanacaris. = El secretario de estado minis-
„tro de negocios estrangeros. = Teodoro Negris."

Para presentar esta especie de nota espositiva se eligieron tres plenipotenciarios, á saber: el Arzobispo Germanos, el mismo conde Andres Metaxas, ministro del gobierno provisional, y Jorge Mauromichalis, hijo de Pedro, los cuales se embarcaron juntos para Ancona. En sus instrucciones se les prevenia que hiciesen saber á quien correspondiese, inmediatamente despues de su llegada á aquel puerto, el motivo de su viage á Italia, y que dirigiesen en nombre del senado griego una carta al soberano Pontífice Pio VII, dando gracias á S. S. por la hospitalidad que se habia dignado conceder en sus estados á los cristianos fugitivos de Chios y de otras partes de la Grecia. Esto es todo lo que pudo saberse acerca de esta legacion, y aun todavia es imposible decir con certeza si llevaba ó no orden para entablar comunicaciones con la órden de Malta y persuadirla á que solicitase la restauracion bajo su dominio, de las islas de Rodas y Chipre.

En ninguna época se habian ocupado los helenos de mas importantes objetos que los que constituian entonces el asunto de sus deliberaciones. Durante los meses de setiembre y octubre trataron sucesivamente de estrechar el bloqueo de Corinto y de abastecer el Acrópolis de Atenas, cuyas fortificaciones acababan de aumentarse. Despues se acordó retirar de Creta á Comneno y reemplazarlo con el hermano del navarca Tombasis, á quien se confirió el título de harmiosto ó conciliador, encargado del gobierno civil y militar de la patria de Minos. Por último, se determinó enviar comisionados á Londres para la realizacion de un empréstito hipotecado sobre los bie-

nes del Vacuf (1). Se convino en el plan de campaña de otoño, y visto lo rigoroso del clima en Cymiria durante el invierno y la falta de alojamiento, ó quizá por facilitar mas las comunicaciones con Hidra, se decretó la traslacion del gobierno á Cranidi ó Hermiona, lugar situado en la punta meridional de la Argólide.

Por entonces la Etolia llamaba especialmente la atencion de los griegos. Despues de la fatal jornada de Peta, el presidente Maurocordatos volvió á Vrachori, de cuya ciudad no debió nunca haber salido, y conociendo tanto él como el general Norman y los demas oficiales que le rodeaban cuán fácil era defender un pais montuoso, cubierto de bosques, con una poblacion enteramente armada que solo ansiaba por una independencia salvage y que estaba avezada al saqueo, se ocupó en organizar por compañías una numerosa recluta. Su infatigable actividad le hizo recorrer todas las aldeas, todos los sitios mas inaccesibles de la Acarnania y de la Etolia. Apaciguando por una parte á los orgullosos armátolis de Agrafa, y escitando por otra el valor de aquellas poblaciones perezosas y apáticas, á consecuencia de algunos siglos de miseria y de sujecion, logró mediante su habilidad, paciencia y dulzura, adormecer y estinguir los enconos y las rivalidades de los capitanes, é inclinar á las autoridades griegas á un género de administracion menos onerosa pa-

---

(1) *Dotacion de las mezquitas de que los griegos se habian apoderado, y que antes de la conquista pertenecia á las iglesias.*

ra los paisanos, como igualmente á proveerse en cada punto de medios de defensa, y de restablecer la armonía entre unos pueblos antes opuestos.

A favor de su longanimidad habia conseguido el presidente componer un cuerpo de cinco mil milicianos, los cuales se hallaban acampados en el lugar de Paradisi cerca de Vonitza, cuando uno de aquellos cabecillas llamado Varnakiotis, á quien habia confiado el mando de la nueva tropa, ganado de antemano por el astuto Omer Briones, se pasó cobardemente á los enemigos. Sin embargo, no desesperó Maurocordatos de llevar á cabo su plan de defensa, ocupando varios desfiladeros importantes, haciendo nuevo alistamiento y enviando á la Morea y á las islas comisionados con el encargo de pedir socorro de hombres y vageles. En una palabra, cuantos medios pueden sugerir la prudencia humana y el patriotismo, otros tantos se adoptaron por Maurocordatos para remediar lo desesperado de la situacion de la Grecia occidental. Pero ¡vana esperanza! la habia con un enemigo no menos activo y que se puso en marcha antes que los insurgentes se aposesionasen de los dos principales desfiladeros de Laspes y de Machala.

Sabia Omer por el traidor Varnakiotis el plan del presidente, y acababa de recibir un comboy de pólvora y municiones de guerra procedente del arsenal de Corfú, y transportado en la corbeta de S. M. B. la *Medina*, con lo que inmediatamente pudo entrar en campaña. Su ejército constaba de diez mil schipetars, que son las mejores tropas turcas, con su correspondiente artillería y una numerosa caballería mandada por el

pérfido transfuga Varnaskiotis. El aspecto de esta gente bastó para dispersar, por decirlo asi, á los griegos, los cuales abandonando sus posiciones y sin contar los unos con los otros se retiraban de todas partes en la mayor confusion; de modo que si el enemigo hubiese sabido el desórden que habia causado en la hueste cristiana, aquel dia hubiese sido señalado por la entera destruccion de los helenos. Maurocordatos no tuvo por último otro recurso á que apelar que el de hacer un movimiento en sentido inverso de lo que proyectaba, retroceder repentinamente engañando á un mismo tiempo á los turcos y á los mismos que le seguian, y retirarse al lugar de Gerasovo, con tal presteza, que el dia diez y siete de octubre entró en Missolonghi mas rápido que un rayo.

Instábanle para que dejase esta ciudad y no se obstinase mas en defender la Etolia, pero mas afligido de la traicion de los acarnanios que sensible á la desgracia de su posicion, respondió en sustancia en estos términos. *Los habitantes de estas provincias son poco dignos de que nos sacrifiquemos por ellos; pero si me alejo se someterán, y las hordas albanesas pasarán á Patrás. El Peloponeso, que apenas puede resistir al ejército otomano, será víctima de unos nuevos enemigos, y quedará perdida la causa de los griegos. Aqui es donde debemos perecer.* Mientras pasaban estas cosas Marcos Botzaris con solos seiscientos palicaros sostenia el peso y los esfuerzos del ejército otomano. El dia cuatro de noviembre al salir el sol se divisaba desde Missolonghi y desde Anatólico el fuego que hacia aquel heróico batallon, y como iba estendiéndose ácia

el sur. A las dos de la tarde se le veia tomar nueva fuerza, y luego disminuyó insensiblemente hasta la noche; pero al aparecer las estrellas se vieron á lo lejos las llamas de los vivaques enemigos esparcidos por todo el llano. La noche fue tranquila, y el cinco por la mañana entró Botzaris en Missolonghi con treinta hombres, los demas habian perecido.

A favor de tan valerosa resistencia el presidente Maurocordatos, que no pudo socorrer el batallon de Marcos Botzaris, se ocupó en retirar á las plazas cuantos ganados y víveres le fue posible reunir. Al mismo tiempo habia pensado en que se salvasen los habitantes embarcando para el Peloponeso los ancianos, las mugeres, los niños, y todas las bocas inútiles. Menester era que hubiese tenido esta actividad, porque el dia seis llegaron los bárbaros á la cabeza de la calzada que empieza mas abajo de Plevrona, y habiendo enviado Jusuf-bajá dos bergantines de Lepanto, quedó completamente cercada por tierra y por mar la plaza de Missolonghi el siete de noviembre.

No se descuidó por cierto el gobierno de Astros en preparar una espedicion que volase al socorro de Maurocordatos luego que se supieron sus infortunios. Varios caudillos de los mas distinguidos se dispusieron á marchar, y aunque los marineros pidieron un salario para mantener sus familias durante su ausencia, siendo necesario ademas el embarque de provisiones, á todo se hizo frente. Nicetas se adelantó hasta ponerse enmedio del congreso, y echando en el suelo un sable de mucho precio que habia quitado al general turco en los últimos combates, dijo en alta voz:

Ved aqui todo lo que poseo, y lo ofrezco en donativo á la patria. Demetrio Ipsilantis, que rara vez se quedaba atras en valor ni en desinteres, hizo donacion de su vajilla de plata, y como tales ejemplos bastasen á llenar de rubor aun á los mas avaros, se apresuraron todos los gefes, navarcas y capitanes á ofrecer sus tributos voluntarios, y se decretó el armamento.

Ya se habia trasladado el gobierno á Hermione cuando llegó la noticia del resultado de los planes del almirantazgo de Hidra que dieron ocasion al inmortal Constantino Canaris para repetir una de aquellas hazañas, que no solo no tienen copias, sino es rarísima vez originales. En efecto, luego que la escuadra Hidriota llegó á Ypsara se votó unánimente la destruccion de la escuadra otomana que se hallaba en Tenedos. Era la empresa muy difícil, porque los turcos despues de la catástrofe de Chios usaban de gran vigilancia y visitaban hasta los mas pequeños barquichuelos: pero como el almirantazgo tenia una entera confianza en sus marinos y en los servicios de Canaris, que se ofrecia de nuevo al desempeño de tan peligroso encargo, juzgóse oportuno tentar la fortuna. En consecuencia añadió otro brulote al que debia montar el mas intrépido marino de nuestro siglo, y no obstante hallarse la mar alborotada se hicieron á la vela los dos buques á las siete de la noche del dia nueve de noviembre acompañados de dos bergantines de guerra muy veleros. Llegados el dia siguiente á su destino, los guardacostas de Tenedos los vieron sin desconfianza doblar uno de los cabos de la Isla con pabellon turco. Pare-

cia que iban huyendo de los mismos bergantines que los escoltaban, y que llevaban al viento el gallardete y la bandera de la Cruz, acabando de completar la ilusion el trage turco de las tripulaciones de ambos brulotes. Asi es que las dos fragatas turcas apostadas á la entrada del puerto los divisaron y los dejaron dirigirse ácia el surgidero que buscaban.

El dia empezaba ya á declinar y era imposible distinguir el navio almirante enmedio de aquel bosque de palos, cuando respondió á las señales de las tres fragatas de vanguardia con tres cañanozos. *Nuestro es*, dijo al punto Canaris á su tripulacion, *ánimo compañeros, no se escapará*; y maniobrando directamente en la direccion que se oia el fuego llega junto á aquella enorme ciudadela flotante, é introduce su palo baupres por una de las troneras. Con la tea en la mano pone fuego por dos veces á su brulote, y el navio enemigo se abrasa con tal rapidez, que de mas de dos mil individuos que lo montaban, el capitan bajá y unos treinta de los suyos, consiguieron solo salvarse.

El segundo brulote encendió otro navío inmediatamente, y la rada presentó desde entonces una singular escena de desorden y de confusion. Los cañones que se encendieron empezaron á tirar sucesivamente y por andanadas, y algunos cargados con balas y granadas propagaban el fuego mientras el fuerte de Tenedos, creyendo á los griegos en el puerto, cañoneaba á sus propios buques. Estos cortan los cables, se empujan, se chocan, se desarbolan, se hacen pedazos unos con otros ó se van á pique, y la mayor parte de

la escuadra que logra salvarse á pesar de la confusion inseparable de semejante catastrofe, no bien se encuentra en alta mar, cuando se vé asaltada por una de aquellas borrascas tan terribles y peligrosas en el estrecho durante las noches largas de noviembre. Muchos buques naufragaron, doce bergantines encallaron en las playas de la Troade, y dos fragatas y una corbeta abandonadas de sus tripulaciones fueron impelidas por las corrientes hasta los surgideros de Paros.

Mientras los turcos se agitaban enmedio de las llamas y de las olas, las tripulaciones de los brulotes, cuyo total era de diez y siete hombres, asistian á la destruccion de la escuadra otomana. Primero vieron volarse el navio almirante y salir á tierra en una canoa el que montaba pocos minutos antes el bajel mas hermoso de los mares de oriente. Pero despues presenciaron como el navío se sumergió con mil y seiscientos hombres sin que escapasen mas que dos individuos medio quemados que lograron agarrarse á unas tablas que los condujeron hasta la playa, donde estaban encalladas dos famosas fragatas. Canaris entró el doce de noviembre en el puerto de Ypsara y fue recibido por los éforos, por las tropas, por la marineria y por un pueblo numeroso que gritaba lleno de júbilo ¡*Salve, vencedores de Tenedos*! *honor y gloria á los valientes. La patria reconocida*, dijo el presidente de los éforos, mientras ceñia las sienes de Canaris con una corona de laurel, *honra en tí al vencedor de los almirantes enemigos*. Pe-

ro este hombre no menos modesto que valeroroso, luego que dió públicamente las gracias al Dios de las victorias, y despues que ofreció su corona á los pies de una imágen de la Virgen nuestra Señora, se retiró huyendo del aplauso á descansar en el seno de su familia. ¿Como preparais los brulotes? le preguntó el capitan del navío ingles el Cambrian. *Como los ingleses, comandante, pero tenemos un secreto oculto aquí*, respondió Canaris, poniendo la mano sobre su corazon, *el amor á la patria nos ha hecho descubrirlo.* (1).

Entretanto era Constantinopla teatro de varias escenas tumultuosas. Los genízaros se habian sublevado, pidiendo la deposicion del gran visir Kalet effendi, y el nueve de noviembre víspera de la destruccion de la escuadra en Tenedos recorrió el sultan las calles de la capital sin mas escolta que dos verdugos ocultos,

---

(1) *Constantino Canaris, dice un comodoro ingles, tendria entonces veinte y nueve ó treinta años. Mr. Clotz fue á su casa y halló á su muger con algunas vecinas todas ocupadas en hacer cartuchos, teneis, le dijo, un hombre muy valiente por marido, y ella respondió: De otra manera no nos hubiéramos casado. En este momento entró Canaris y el comodoro se sorprendió de ver un hombre bastante pequeño con los ojos vivos y penetrantes, pero cuya apariencia no correspondia de ningun modo á sus hazañas.*

como él, bajo un mismo disfraz. Visitó los cafés, conversó con varias personas; y habiéndose informado de todo, determinó acceder á las instancias de los sediciosos. De vuelta á palacio decretó la exoneracion del gran visir, del mutphi, y de su barbero que habia intervenido en los negocios como principal favorito de S. A. Igualmente fueron despedidos muchos escribas y empleados, y la Kasnadan-Ousta quedó á discrecion del gefe de los eunucos negros para ser azotada y sufrir un encierro en las cárceles correccionales del harem, con otras varias odaliscas, á quienes se condenó á la propia pena.

Aunque al principio Kalet-effendi creyó haber satisfecho á sus enemigos con la pérdida de su empleo, y con el destierro que se le impuso, no tardó en desengañarse del poco valor que tenia un firman en que S. A. le aseguraba la vida contra cualquier orden contraria. En camino estaba para el lugar donde se le habia confinado, cuando llegó el capigi-bachi y le presentó la fatal sentencia exortándole á que se preparase para morir. Quiso resistirse, pero fueron inútiles sus esfuerzos, y despues de una violenta lucha con el agá de los genízaros logró este ahorcarle con el cordon de seda de su sable. Su cabeza fue espuesta á la puerta del serrallo y todos sus adherentes y fautores fueron comprendidos en una lista de proscripcion redactada por los Ulemas de acuerdo con los genízaros. El anciano Kurchid, aquel general que tanto habia figurado en la guerra de Grecia principal-

mente como vencedor de Ali Tebelen sin que se atendiese á sus dilatados servicios, sufrió la misma condenacion y solo pudo evitar el funesto lazo por medio de un veneno de que murió en Larissa, antes de que llegase el Capigi-bachi. ¡Digna recompensa en verdad de parte de un gobierno que se regia por los gritos de la soldadesca, y que solo consultaba en sus providencias la engañosa voz de las pasiones.

Quizá no podia ofrecerse mejor coyuntura á los griegos para conseguir su independencia que la época en que reinaban tales desordenes entre sus enemigos, si los importantes intereses políticos que se habian discutido en Verona hubiesen permitido á los soberanos detenerse á estatuir sobre los asuntos de Grecia. Pero los enviados del senado helénico no pudieron pasar de Ancona, y hubieron de volver sin respuesta, bien convencidos de que la insurreccion griega presentaba por desgracia tal carácter de analogía con las agitaciones de Europa, que no podria considerarse bajo de un punto de vista favorable hasta que las grandes potencias se cerciorasen de la verdadera índole de aquellos sucesos.

Sin embargo, los insurgentes, á quienes ningun obstáculo arredraba, tenian tan estrechamente bloqueada la plaza de Nauplia, que no era posible á los sitiados recibir el menor socorro. El diez de diciembre se consumieron los últimos víveres, y la guarnicion abandonó el castillo y se retiró á la parte baja de la ciudad, donde se rindió á la primera intimacion sin que se derramase una gota de san-

gre. Durante la noche ocuparon los griegos la Palamide ó ciudadela, y el dia siguiente el ruido del cañon anunció á los habitantes de la Argolide la toma de la importante plaza de Nauplia. Despues de haber concedido generosamente á los turcos una capitulacion que no merecian por su pasada infidelidad, y luego que se hubieron dado las diposiciones convenientes para su transporte al Asia menor, publicó el congreso una proclama, dirigida á los helemos, y que decia así: «Gobierno provi-»sional de la Grecia = El vice-presidente del »poder ejecutivo. = Dios está con nosotros. = ¡O »milagros de nuestros dias semejantes á los que »operó en favor de Israel! El dia veinte y »nueve de junio último aceptaron y firmaron »los otomanos una capitulacion que quedó en »poder nuestro autorizada con catorce sellos de »gefes, comandantes y agaes de Nauplia. En »una proclama se os anunció entonces que la »perseverancia constituye la gloria de los hom-»bres generosos. Pues bien, ya ha tenido su re-»compensa esta misma perseverancia del gobier-»no, reunida á los esfuerzos de nuestros guerre-»ros y mediante la proteccion divina. El jue-»ves, dia del apóstol San Andres (1) á las seis »de la noche, ha caido en nuestro poder la »Palamide de Nauplia, y nuestros soldados han »plantado sobre su muros el estandarte de la »cruz. Regocijáos helenos regenerados, regocijáos.

---

(1) *Segun el calendario griego.*

»La sabiduría y la humanidad que caracte»rizan á las almas generosas sean en adelante »vuestros dotes. Imitad al nuevo Aquiles de la »Grecia, á Nicetas, que os recuerda y que su»pera á el de los tiempos heróicos que peleó »delante de Troya, siempre vencedor de los »bárbaros á su brazo y á su noble esfuerzo, »rechazando los ataques del enemigo, rom»piéndolo en los desfiladeros y presentándole »de continuo un frente terrible, debemos esa »hambre que nos ha entregado los turcos de »Nauplia; pero mas bien alabemos y bendi»gamos al Señor.

»Que la Cruz acompañe por do quiera á la »justicia y á la filantropía: que la cordura »dirija en todas partes el valor, y que la cle»mencia marche siempre en pos de la victo»ria. Léjos de vosotros los desórdenes, la pu»silanimidad y la vanagloria. Sed grandes y »generosos en perdonar á los vencidos, y »mostrad al mundo que no menos intrépidos »que disciplinados sois dignos de elevaros al ran»go de las demas naciones; porque entonces »los monarcas cristianos se apresurarán á re»conocer y proclamar esa independencia, que »es el objeto de nuestros deseos. Dado en Her»mione el dia 1=13 de diciembre de mil »ochocientos veinte y dos, año segundo de la »regeneracion. El vice-presidente Atanasio Ka»nacaris=El Archicanciller de estado, minis»tro de negocios estrangeros=Teodoro Negris."

Esta proclama fue recibida en todas partes con grandes alegrias, pero al glorioso triunfo que anunciaba no tardó en suceder otra victo-

ria no menos importante. Sabida por Dramali en Corinto la rendicion de Náuplia, y no teniendo ya diversion que operar por aquel punto, determinó enviar á Patrás la casi totalidad de sus fuerzas, y confió la direccion de ellas á un gefe esperimentado que se puso en marcha creyendo hallar libres los pasos despues que Colocotroni, impelido por su codicia, se habia dirigido á Náuplia, donde esperaba enriquecerse como en Tripolitza. Mas el valiente Nicetas, que solo pretendia coger laureles, acababa de tomar el mando de la Corintia, y prevenido de los designios del enemigo, juzgó conveniente no atacarlo hasta que bastante adelantado en su marcha no pudiese ya retroceder. En efecto, el resultado de sus operaciones combinadas con las del esforzado caudillo Andres Zaimis, fue derrotar á los turcos en los desfiladeros, y principalmente en el de Santa Irene, en que los cristianos tuvieron una pérdida de doscientos sesenta hombres muertos y trescientos heridos, pero donde los turcos acabaron de sufrir la completa destruccion de los tres mil hombres destacados por Dramali, y que eran la flor de su ejército.

No parecia sino que la divina Providencia derramaba sus misericordias sobre los griegos. En la plaza de Nápoles de Romania habian hallado cuatrocientas ochenta piezas de cañon y un gran número de fusiles, sin comprender los de la guarnicion que rindió las armas: ademas de que esta conquista les hizo dueños de la principal fortaleza del Peloponeso. Ya podian lisongearse de tener un punto fijo para residir, un arsenal y una plaza segura donde con el ausilio de la ma-

rina de Hidra les era posible rehacerse aun despues de grandes desastres.

Por lo tanto el senado griego dió solemnes gracias al Dios de los ejércitos, á quien tan señalados favores se debian, y mediante á que sus poderes iban á concluir, publicó una proclama para convocar los nuevos estados generales, comunicándola al pueblo por medio del clero encargado de leerla en todas las iglesias. Este importante documento manifestaba la necesidad de proceder á nuevas elecciones; los ostáculos que hasta entonces se habian opuesto al establecimiento de un gobierno fijo y permanente; las ventajas de la union; los males que arrastra en pos de sí la anarquía y el desenfreno de las pasiones, llamado impropiamente libertad; y por último, los vehementes deseos del consejo ejecutivo de dar cuenta de su administracion al nuevo senado que se eligiese. Como era de esperar, un discurso tan oportuno produjo el mejor efecto en los griegos; pero otros intereses mas graves llamaban con preferencia su atencion. Todos tenian entonces fija la vista sobre la Etolia, donde Maurocordatos se sostenia dificultosamente contra los turcos, y atendiendo á que la plaza de Missolonghi reclamaba el ausilio del Peloponeso, fue necesario suspender todavia las medidas legislativas hasta ver el resultado del suceso que tenia los ánimos indecisos entre el temor y la esperanza.

Menester era la heróica resolucion de Maurocordatos para encerrarse en una cloaca como Missolonghi, y para considerar á sangre fria el deplorable apuro en que se habia puesto contra

el dictámen de los oficiales estrangeros, y principalmente del general Norman, cuya salud estaba ya muy quebrantada. La ciudad, si puede darse este nombre á un monton de casas construidas en un terreno mas bajo que el mar, contra cuyas olas le servian de diques los terromonteros del rio Achelous, contenia en tiempos ordinarios una poblacion de cuatro á cinco mil almas, que acababa de refugiarse en Morea, escepto unos trescientos pescadores tan pobres como los de Teócrito, cuya memoria recordaban sus habitaciones y costumbres.

Como no podia atacarse la plaza por mar tenia por la parte de tierra una línea de fortificaciones contra todas las reglas del arte, y en un recinto tres veces mayor que se necesitaba, y para cuya guarnicion apenas hubiera bastado con tres á cuatro mil hombres. Un foso de siete pies de ancho y cinco de profundidad; pero sin acabar por varios parages, rodeaba un parapeto de piedra seca, elevado cuatro pies sobre la contraescarpa, y tan poco sólido que apenas presentaba un espesor de dos pies y medio. Tales eran las murallas que habian de servir de abrigo contra los turcos. En los almacenes solo existia pólvora para un mes, y harina de maiz para mucho tiempo, porque la guarnicion al mando de Maurocordatos no pasaba de trescientos ochenta hombres.

No habiendo otro partido que tomar se puso mano inmediatamente á la obra para reparar el parapeto que tenia anchísimas brechas, en razon de los derrumbamientos ocasionados por las lluvias. Colocáronse tres cañones de hierro en ba-

tería frente á la calzada que continuaba con la tierra firme, y se hizo metralla rompiendo á martillo algunas bombas tan pasadas por la accion del aire y de las aguas que cedian al menor impulso. Varias bayonetas viejas que se hallaron en un almacen se pusieron en lo alto de unas estacas para guarnecer la muralla, ó sirvieron para armar á los paisanos; y ya se habia empezado á despejar las fortificaciones, derribando olivos en la esplanada, cuando se presentó el enemigo á la orilla de las lagunas. Como no era posible ninguna defensa fuera de la plaza, dieron principio desde luego los turcos á las operaciones del sitio con doce mil hombres. Pero la necedad de Omer Briones fue empeñarse en atacar siempre la puerta de la ciudad donde se reunian los trescientos ochenta sitiados, y haciendo un fuego muy vivo y mortífero rechazaban á los turcos, con tan grande pérdida, que Omer juzgó muy numerosa la guarnicion. La via de las negociaciones le parecia la mas á propósito para obtener los mismos resultados que en Suli, y se determinó á entrar en parlamentos enviando á uno de sus edecanes que en otro tiempo habia conocido á Marcos Botzaris.

Este valiente guerrero de la Seleyde, no menos astuto que valeroso, supo servirse del propio seductor que se le dirigia para engañar completamente al enemigo. "Yo tengo á mis órdenes, le dijo, ochocientos hombres: el capitan Makrys cuenta otros tantos: los francos forman un cuerpo escogido de seiscientos soldados, y tú sabes cuán orgullosos son: es necesario paciencia y destreza para inducirlos á capitular:

„ no precipitemos las cosas, porque en el últi-
„ mo apuro podriamos solo con la poblacion de
„ Missolonghi oponer cuatro mil fusiles á tu ge-
„ neral." Maurocordatos por su parte usó de todos sus talentos diplomáticos para entretener á Omer Briones, y se vió en el curso de estos tratos una circunstancia estraordinaria, propia, sin embargo, de aquellas gentes y de aquellas costumbres.

Jusuf, bajá de Lepanto, que tenia bloqueado el puerto con dos bergantines y una corbeta, envidioso de las victorias de Omer, hizo por separado sus proposiciones, y despues de varias promesas de clemencia exigió que le entregasen veinte individuos y la cabeza del mismo presidente, con quien se negociaba (1). Es claro que Maurocordatos tendria sus dificultades en acceder á la capitulacion que se le ofrecia; pero á fin de ganar tiempo pasó copia de ella á Omer fingiendo no estar muy léjos de consentirla con algunas pequeñas modificaciones. El ejército sitiador rompió despues el fuego con cañones de veinte y cuatro y algunos morteros; pero esto

(1) *Las proposiciones que llevó el agente de Francia Antonio Maritea, eran de este tenor. Primera: el seraskier pide la cabeza de Alejandro Maurocordatos y las de Capsali, Botzaris, Makrys y otros treinta capitanes. Segunda: la entrega en calidad de esclavos de todos los francos, suliotas y soldados. Tercera: el pueblo volverá á sus trabajos de campo sin que se le moleste de ningun modo.*

no hizo mas impresion en la plaza que la de una fiesta de pólvora, y los paisanos y soldados corrian tras las balas para ganar la pequeña gratificacion que se daba por cada una. Pero Maurocordatos se valió de nuevo de sus artes engañando alternativamente á los dos gefes enemigos, que cada cual queria para sí la gloria del triunfo, y cesaron otra vez las hostilidades. Entretanto se esperaba con mortales ansias la llegada de los socorros del Peloponeso, y la menor nubecilla á lo léjos en el horizonte les parecia á todos un bajel, cuando el dia veinte de noviembre por la mañana se notó movimiento en la escuadrilla turca, y poco despues pudo presenciarse un combate en que el bergantin turco atacado por otro hidriota, y perdida la mitad de la tripulacion, encalló en la playa de Ytaca.

Sobrevino la noche que se pasó entre el temor y la esperanza; mas el veinte y uno por la mañana se vió toda la escuadra griega cerca del fuerte de Vasilades. ¡Qué transportes de alegria! ¡Qué momento de felicidad! Bien podrá figurárselo quien se haya visto esperando socorro dentro de una plaza sitiada. Sin embargo, como la vida humana es un tejido de bienes y de males, en medio de aquella ventura se tuvo el dolor de ver morir al general Norman, que tan útil habia sido á la causa de la independencia desde su arribo á Grecia. Hiciéronsele las exequias con toda la magnificencia que permitian las circunstancias, y fue enterrado cerca de Ciriaco Jatrani que perdió la vida algunos meses antes peleando á orillas del Aqueronte.

Esta fue la última pérdida sensible que el

ejército sufrió durante la campaña. La suerte se manifestaba ya en un todo propicia. Sabíase que Odissea y el estratarca Andres Londos habian ocupado de nuevo á Salona, apoderándose de una parte de los bagages turcos; los paisanos de la Acarnania estaban sublevados y atacaban los destacamentos y comboyes de los otomanos; en el campo enemigo reinaba la division entre los cabos principales; y por último, un movimiento general del pais acababa de verificarse en defensa de los valientes de Missolonghi, cuando llegaron las primeras tropas que el Peloponeso enviaba al presidente Maurocordatos.

Su noble conducta atraia cerca de su persona la flor de los guerreros de la Morea. Entre estos se distinguian Pedro Mauromichalis, á quien su avanzada edad no habia impedido venir á la cabeza de sus leones. Canelos Deli-Janci, comandante de los arcades, Zaimio de Calavryta, seguido por los habitantes de los ricos valles de Ladon y de Cerynite, y Andres Loerdos de Vostitza con los serranos del Crathis y del Cylene. En resolucion dos mil moreotas ensoberbecidos á consecuencia de sus recientes victorias, vinieron á reforzar la plaza, y se indignaban de que su valor estuviese sujeto detras de unas murallas. Maurocordatos no pudo contenerlos, y habiendo recibido algunas piezas de campaña que le enviaron de Navarino les permitió hacer una salida en la mañana del diez de diciembre, de cuyas resultas trajeron ciento diez cabezas enemigas sin otra pérdida que la de quince hombres muertos y heridos.

Despues de esta irrupcion fueron frecuentes

las escaramuzas, y los mahometanos irritados de haber perdido ciento y diez cabezas, que veian plantadas sobre la muralla, no cesaban en sus ataques nocturnos para tantear á los sitiados. Sus baterias proseguian echando bombas en la ciudad, cuando una bala de cañon dirigida por los griegos contra la tienda de Omer Briones, dió muerte á su Tchiboukdgi, ó mozo de pipa, en el momento en que le presentaba el narquilet (1), lo que le determinó á alejarse de la trinchera. Al mismo tiempo supo el fin trágico de Kurchid, y aunque habia guerreado unas veces contra él, y otras á sus órdenes, no pudo menos de derramar lágrimas recordando que aquel seraskier habia deseado morir como Ali-bajá de Janina. Esta memoria y el temor de ser víctima de la perfidia, lo decidieron á tentar un golpe de mano, que ya era absolutamente necesario, vista la insurreccion de los montañeses de la Etolia.

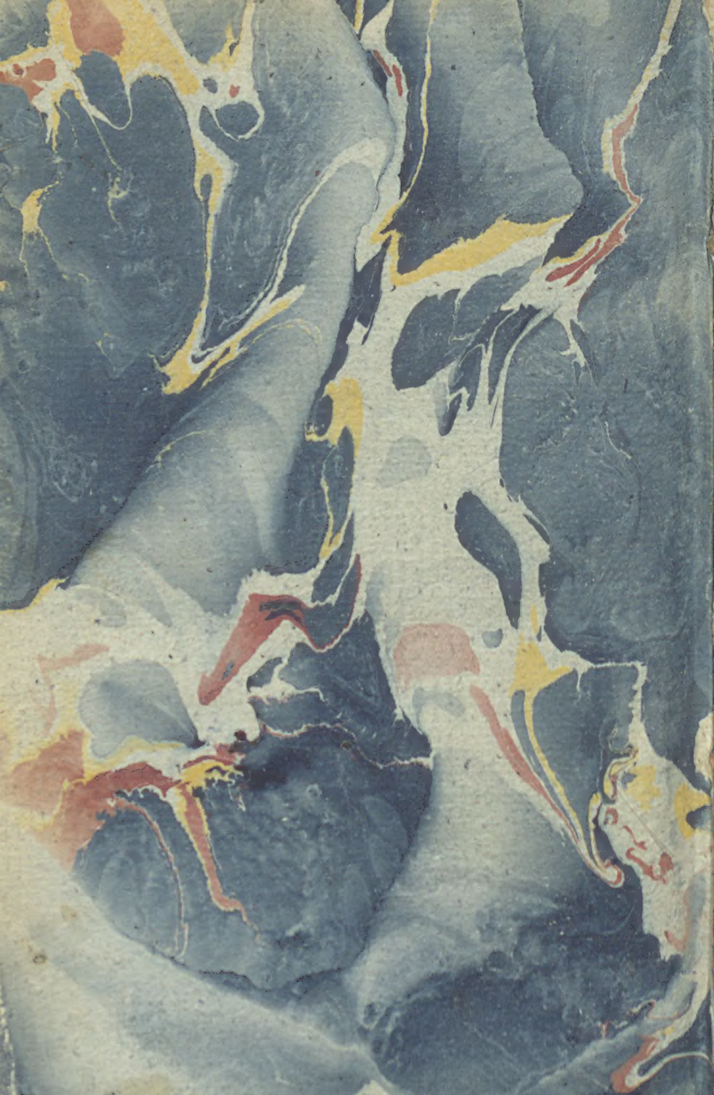
El dia veinte y ocho de diciembre vertian las cataratas del cielo torrentes de agua, y Omer Briones informado de la situacion de las cosas, determinó acabar de una vez. Al intento se puso en combinacion con el bajá Rouchid; pero los manejos inseparables de los conciliábulos turcos fueron causa de que por dictámen de sus oficiales difiriese el ataque por ocho ó diez dias.

Asi acabó el año de mil ochocientos veinte y dos tan fecundo en sucesos prósperos y adversos

(1) *Narquilet ó pipa de Persia. En la Turquía de Europa pocas veces la usan sino los bajaes y grandes señores.*

para los griegos, pero en el cual habian adelantado lo bastante para fundar una esperanza racional con respecto al buen éxito de la lucha. Sin embargo, ¡cuántos rebeses y cuántos triunfos debian sentirse ó celebrarse, y cuánta sangre tenian que derramar ambos pueblos beligerantes primero que decidiese la fortuna á cual de los dos destinaba la gloriosa palma de la victoria!

FIN DEL TOMO PRIMERO.






278
1


colorchecker CLASSIC
calibrite
mm